



Nicomedes Pastor Díaz

# Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Nicomedes Pastor Díaz

## Poesías

Prólogo de esta edición  
de Juan Eugenio Hartzenbusch

En el año de 1840 publicó sus versos en Madrid el Sr. D. Nicomedes-Pastor Díaz con el discreto prólogo que sigue a éste, y debiera excusar el nuestro; pero la costumbre o manía reinante de prologuizar toda publicación exige que, antes de lo que previno muy al caso el autor, vaya impreso algo de otra pluma, que de seguro no ha de ser tan propio ni tan necesario.

Aquí sólo convendría manifestar que no es la presente colección igual del todo a la del año 1840; pues, en efecto, sale ordenada en otra forma, y enriquecida con catorce composiciones, de gran valor algunas, y todas de alguno.

Después de tal aviso, nada puede añadirse que no sepa el lector, o pueda saber, ya por sí, ya por la noticia biográfica inserta en el primer tomo, de estas obras, ya en fin por el prólogo que va reimpresso a las pocas páginas. Quien ignore que el señor Pastor Díaz ha sido uno de los mejores poetas españoles de nuestros tiempos; el que no conozca ya el carácter por que se distingue su poesía, no espere de nosotros una filosófica disertación, destinada a probar qué fue Pastor Díaz como poeta, y por qué lo fue: aquello nos lo declara él mismo; esto nos lo indica también suficientemente, y no tratamos de esclarecerlo más, porque no es tiempo aún de que salgan a luz todos los secretos y pormenores de una vida forzosamente relacionada con las de otros, que, o viven aún, o bajaron al sepulcro dejando a sus familias tiernos recuerdos, que merecen ser atendidos y respetados.

«Mis versos (dijo nuestro difunto amigo en el prólogo ya citado) no pertenecen al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice, humanitario; son composiciones individuales.» Ama mi corazón todo lo triste, añade en una de las obras nuevamente agregadas a nuestro libro; y en la primera de él, intitulada Mi inspiración, se nos presenta desde luego como cantor de amores y desventuras: una visión, una fantasma, que se le aparece misteriosa y lúgubre y le llama infeliz, le anuncia:

«...

El dedo del destino

Trazó tu oscura y áspera carrera.  
Yo he leído en su libro diamantino  
La suerte que te espera.

A vano, eterno llanto  
Te condenó, y a fúnebres pasiones...  
El rigor de la suerte  
Cantarás sólo, inútiles ternuras,  
La soledad, la noche, y las dulzuras  
De apetecida muerte.»

La predicción de la fantasma, en su parte primera, no fue cumplida. Llevado pronto Nicomedes Pastor Díaz a puestos honrosos, luego a mandar una provincia, después al Consejo de la Corona y al Senado; Embajador y Ministro, condecorado con cinco grandes cruces, insigne en el periodismo, en el Parlamento y en el Parnaso, la carrera de Pastor Díaz como hombre público no fue ni oscura ni áspera, sino llana, próspera y brillante. Pero las amarguras de su juventud habían puesto desde muy al principio la queja en los labios de su musa, que nunca supo sonreír sino con tristeza. La prematura muerte de una mujer tiernamente amada, célebre por él con el nombre de Lina, fijó su carácter poético; nacieron de una tumba las flores de la corona que ornó sus sienes; y para todas las impresiones que agitaron su corazón después, y le movieron a tomar en las manos la lira, sólo tuvo, como el cantor de Eliodora,

Voz de dolor y canto de gemido.

Vemos ya declarado, por quien mejor lo pudo saber, el hecho con la causa, la índole poética melancólica de los versos de nuestro amigo, y la razón de ella: fue un deplorable suceso, de consecuencias permanentes, una desgracia de la juventud, que lastimó el corazón del autor y su imaginación, igualmente sensible, para toda la vida. En los discursos, en las lecciones, en las demás obras de Pastor Díaz, aparece el repúblico, el literato, el orador, el hombre de Estado; en sus poesías el hombre a solas: allí su ingenio, aquí su corazón: pudiéramos decir de ellas, repitiendo una inscripción muy sonada, tiempo antes que naciese nuestro poeta: Son coeur est ici, son esprit est partout.

A la verdad, muchos han sido los escritores que experimentaron en su juventud pérdidas semejantes, y no se acibaró tanto y tan largamente por eso el carácter de su poesía. Y no eran hombres que sentían menos que otros las pesadumbres; pero sabían o podían sentir cual el mal el bien, y en la vida hay de todo. Pastor Díaz hubo de nacer con una predisposición señalada para la elegía; y reuniéndose en él una causa natural y otra fortuita y fuerte, hubo de escoger para sus poemas asuntos dolorosos, los cuales no escasean en la vida más apacible. A los diez y siete años no cumplidos, cuando, según él mismo nos lo dice, amaba sin objeto, ya las inspiraciones de su musa eran tristes, ya (quejándose de soledad espantosa) deseaba la muerte. Vivía entonces, y no la conocería tal vez aún, la que había de ser otra Laura para el Petrarca nuevo, y ya la queja era la voz del joven poeta. Desde el primer arrullo ya emite la tórtola tonos dolientes: el presentimiento de la desgracia es en ciertos corazones innato; y entre temerla antes y plañirla después, consumen los breves días de su existencia. Quien apetecía morir si no había de gozar las dichas de amor, para él todavía incógnitas, bien podía, al amar con objeto, y hallarse separado de él, anhelar otra vez la muerte, como fin de una ausencia cruel y desesperada. «¡Verla y expirar!» decía

Leandro a las olas que le repelían de la torre, donde le esperaban en vano los brazos amantes de la tierna Hero.

Procede a la composición dirigida A la muerte, que tiene la fecha de 1829, la que lleva el título de La inocencia, escrita después (en 1830); pero está muy bien colocada primero, porque los afectos del autor expresados en ella se refieren de hecho a tiempos anteriores. Contaría Pastor Díaz de veinticuatro a veinticinco años a lo sumo cuando se hallaba en la situación que allí se describe. Podía entonces decir a Amelia:

«Y cuando de tu angélica ternura  
Inspirado me veo,  
Yo creo en la virtud, en la hermosura,  
Y hasta en la dicha creo.»

Amargo es, por cierto, ese hasta, cuya explicación se hallará en los versos siguientes:

«Ángel de la inocencia, yo te imploro!...

Disipa estas quimeras.  
Celestial hermosura, yo te adoro...  
Mas ¡ay! Tú no me quieras.  
No se fijen tus vagas ilusiones  
Sobre mi ardiente seno.  
Teme el triste furor de mis pasiones  
Y su oculto veneno.  
Todos los fuegos que mi pecho inflama  
Son rayos matadores.  
Quema mi corazón todo lo que ama;  
Sólo inspira dolores.»

Desde que Pastor Díaz había escrito El amor sin objeto, hasta cuando se retrató en estas estrofas, había recorrido muchas revueltas en el laberinto del mundo; por fortuna podía decir:

«Allá en otros momentos  
Podré sentir, mi bien, palpitaciones,  
Nunca remordimientos.»

Acaudalaba ya experiencia bastante para prorrumpir en este otro pensamiento, uno de los más profundos y más bellos que se leen en las obras de nuestro autor:

«Y abarcando a su fin de una mirada  
Mi efímera existencia,  
Diré: Felicidad... o no eres nada,  
O fuiste la Inocencia.»

¡Hermosísimo rasgo, de exquisita delicadeza y sólida verdad! La dicha nace de la virtud, y la virtud del hombre, el cual es por naturaleza frágil, suele ser hija del arrepentimiento: así, a la candidez inmaculada de la inocencia no iguala felicidad alguna: toda otra virtud, toda otra dicha será puramente de hombres; la felicidad propia de la inocencia es de ángeles, criaturas predilectas de la Suma Sabiduría.

Siguiendo el autor la historia de sus deseos y sentimientos, nos cuenta:

«Corrí a las fuentes dó mi labio ardiente  
Beber el bien quería;  
Y a su hidrónico afán inobediente,  
El néctar del deleite no corría...  
Y corrió por mi mal... ¡y era veneno!  
Bebieronle conmigo:  
Crimen en vez de amor ardió en mi seno;  
Fui amante inútil y funesto amigo.»

Al crimen sigue indefectiblemente el remordimiento: estos versos, pues, a pesar de su fecha, se refieren a un tiempo, según va dicho, posterior.

En las composiciones tituladas Desvarío, Su memoria y A la luna, encontrará el lector acá y allá esparcidos los trémulos y confusos rasgos de la catástrofe tan vivamente sentida por el poeta: de una vaguedad tétrica semejante participan los versos de Su mirar y Una voz. A la fuerza del tiempo, consolador el más eficaz de los tristes, ceden las penas en el corazón del amante de Lina; ya era dulce su sueño, sus días plácidos; ya no pasaban por su frente negras nubes que le arrancasen lágrimas, cuando en una noche serena y clara, levantando con gratitud los ojos al cielo, vio delante de sí revolar una Mariposa negra, que

turbó de nuevo la paz de su espíritu, laboriosamente adquirida; y, con pesar ya sobre el volcán gruesa capa de nieve,

«Las nieves del volcán se derritieron  
Al fuego que ligeras encendieron  
Dos alas de crespón.»

En la lucha que mantiene el hombre consigo mismo, no hay arma, no hay auxilio, por endeble que sea, que no baste para decidir la victoria del sentimiento: La mano fría de la razón es impotente para extinguir la llama que brota más pujante cuanto más concentrada estuvo. Aconsejamos al lector que vea la composición titulada La mano fría, o ya entre las primeras, porque allí es su lugar por la fecha, o ya entre las últimas, porque a ellas corresponde más por su objeto y su tono.

Dulcísimo es el de los versos dedicados a la muerte de aquel hermano, que se le murió en la niñez; misericordioso y benévolo el de los que forman la composición aplicada A un ángel caído; blandamente amorosas (como que expresan el cariño filial) las estrofas con que remite su retrato Nicomedes-Pastor a su digna madre. Bajo los rudos majestuosos arcos del acueducto de Segovia discurre con severa filosofía; con la autoridad de la ciencia católica en el largo romance que leyó la noche de Navidad de 1857 en casa del Sr. Marqués de Molins: de la titulada El quince de Octubre juzgarán los políticos; en ciertos versos de ella habló el autor en nombre de algunos; los sentimientos expresados en los cuartetos A S. M. la Reina Gobernadora fueron los de muchos millones de habitantes de España. Con citar aquí La Sirena del Norte habremos recorrido la lista de todo lo bello, de casi todo lo que en poesía escribió nuestro amigo: no mucho en cantidad, mucho, sí, por su alta valía: el tierno Latorre y el sentido cantor de la Arrebolera, nos dejaron aún menos rasgos de sus felices plumas, atinadas hasta en aquella sobriedad para producir, que deja al lector con deseo de más largo placer entre la admiración de lo que disfruta.

D. Nicomedes-Pastor Díaz, nacido con exquisita sensibilidad y con imaginación ardiente, viviendo su juventud en una época turbulenta, cuando el hierro y el fuego devastaban su patria; cuando veía derrocar los alcázares de lo pasado, y no alzaba todavía la edad presente sus monumentos para la venidera; herido en sus afectos, contrariado en sus más dulces inclinaciones, burlado en el logro de sus más vehementes anhelos, reservó casi exclusivamente para sí la voz de su poesía, que no pudo ser sino dolorosa; y cantando sus sentimientos en dulce sonido, atrajo a su alrededor a las almas tiernas, que le oyeron y le oyen con viva simpatía, con melancólico deleite, con admiración y entusiasmo. Producto de su juventud los más de sus versos, a la juventud los dedicó, más capaz de sentirlos y saborearlos, que la madurez de la vida ni su decadencia. Los jóvenes hallarán en ellos fieles pinturas de pasiones y padecimientos, de esperanzas y desengaños, que les son ya o les habrán de ser conocidos; algo tal vez oscuro en el pensamiento o por la expresión, mucho que les admire, mucho que los enseñe, nada que ofenda, nada que perjudique ni su moralidad ni su gusto.

La poesía de Pastor Díaz se explaya en conceptos graves o delicados, o brillantes y enérgicos; su versificación bien trabajada une del continuo la propiedad, la variedad y la armonía. No diremos que por variar el ritmo de los endecasílabos convenga usarlos de la factura de estos:

Así las ondas de este Landro hermoso...  
¡Mísero yo! No soy más que un mortal...  
Miro do quier como un mortuorio manto...  
Y sobre sus tormentos y avenidas...  
La copa busca de un pensil de estrellas...

Sin embargo, estos versos, con la buena, con la oportunísima entonación que les daba Nicomedes-Pastor al leerlos, encantaban al que los oía. El verbo convulsar, el violento monosílabo lee, convertido en consonante de ve; leerá e ideal hechos voces disílabas, y alguna que otra incorrección harto leve, ¿qué son entre tantos excelentes versos que forman esta colección preciosa, modelo de arte métrica de los mejores que puede presentar nuestro siglo en España? No eran tan esmerados, por cierto, los autores del siglo de oro de nuestras letras, cuyo estudio se prescribe en reglamentos y cátedras, en libros de clase y en controversias críticas. El que busque versos defectuosos en las obras de Pastor Díaz, tardará en encontrarlos; quien los apetezca fluidos, valientes, sonoros, buenos en fin, abra por cualquiera de sus páginas este libro, sincera historia de un corazón doliente, sembrada de episodios y digresiones interesantes, donde una rica imaginación reviste de galas deslumbradoras las maduras sentencias de la filosofía.

Juan Eugenio Hartzenbusch

Prólogo del autor  
En la edición de 1840

Al dar a la prensa estas composiciones, creo de mi deber manifestar el principal motivo que me ha decidido a hacerlo. Si la prensa fuera el público, no me atrevería a llamar su atención sobre estas producciones; pero le respeto demasiado, y le conozco lo bastante, para que yo pueda presumir que dar a la estampa meramente este libro es publicarle. La prensa es un medio de copiar como cualquier otro; y cuando el número de personas, que por afición, por curiosidad o por cortesía me piden copias de mis versos, ha llegado a ser demasiado considerable para que yo pueda satisfacerlas a todas, he creído más cómodo, formar esta pequeña colección y tenerla impresa.

Por otra parte, habiéndoseme llamado más de una vez poeta, debo presentar mis títulos a fin de no usurpar un nombre no merecido, y de no arrogarme, a la sombra del misterio, una

reputación fundada en lo que no existe; porque tal vez no existirá más que lo que al presente imprimo. Las composiciones que ahora doy a luz, muchas de ellas publicadas ya en folletines o en periódicos literarios, cuentan por la mayor parte siete u ocho años de fecha. Hace tiempo que, dedicado a negocios y ocupaciones de muy distinta naturaleza, no he podido entregarme al delicioso placer de hacer versos. Tal vez no puedo hacerlos ya; tal vez no los haré nunca. En esta época desventurada, las facultades poéticas se extinguen pronto, la imaginación se desencanta, el corazón se hiela, el gusto, en vez de perfeccionarse, se corrompe, las ilusiones se disipan, y la región poética del mundo se eclipsa, quedando sólo a la vista el mundo real y positivo, o la parte de él llamada así por los desdichados que creen que la imaginación, el sentimiento, el alma, el amor de lo bello y el éxtasis de lo sublime no son nada, como los ciegos pudieran llamar mundo real al que ellos palpan, creyendo fantástico el que nosotros vemos.

He aquí las razones que me asisten para aventurarme a dar a luz estas páginas; he aquí la disculpa de mi osadía.

Por lo demás, todo el que lea el prólogo que escribí para las poesías de mi amigo el Sr. Zorrilla, conocerá la poca importancia que yo puedo dar a estos versos, y aun al género a que pertenecen. En aquel escrito están consignados mis principios literarios, y allí se puede ver lo que a mis ojos vale y significa la estéril y anárquica literatura de nuestra edad. Mis versos son hijos de esta triste edad, y de esta literatura más triste aún: no pertenecen al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice, humanitario: son composiciones individuales, acentos aislados, plegarias, suspiros, desahogos, gemidos solitarios de un corazón que, como la mayor parte de los corazones que nos rodean, gime y llora solamente por haber nacido. Y si nadie puede estar más convencido que lo estoy yo de que la poesía debe tener un fin social, y una misión fecunda, moral y civilizadora; si a nadie pueden parecer más vanas, fútiles y efímeras todas esas obras de escombros, que van esparciendo como el polvo de su camino los que hoy peregrinan por el desolado campo de las artes; si creo que la ráfaga del huracán que sobre ellos sopla, barrerá pronto ese polvo, y barrerá sus huellas; si estoy evidentemente penetrado de que poesía social no puede existir donde no hay sociedad, y de que en Europa la sociedad pereció, y no hay más que individuos; y si de tan terrible anatema creo heridas las más célebres producciones y las más ilustres capacidades literarias de nuestra época, dejo a cualquiera coleccionar lo que de estos oscuros cantos podré yo creer y esperar. Por eso he dicho que no los publicaba, sí que los imprimía. En la poesía puede suceder lo que en la arquitectura; en torno de los monumentos es preciso que se eleven las obras pasajeras que sólo duran la vida de un hombre. A par del Escorial y del Vaticano se alzan miles de casas comunes, que se derriban y se renuevan cada generación: y al pie de las Pirámides levanta el árabe su barraca de palmas, que dura sólo un día; como a vista de Homero, Virgilio, Dante, Tasso, Shakespeare y Calderón, que cantaron para los siglos y para las generaciones, hoy se escribe para una población, para una clase, para una tertulia. He aquí todo el interés, toda la importancia que, a lo más, doy a mis versos. Hasta desgracia es no tener más fe, y carecer de la arrogante presunción del que estampó al frente de los suyos: *Exegi monumentum aere perennius*.

Por eso al imprimir estos preludios, he creído deber disculparme para con el público y para con los artistas, del arrojado de publicarlos.

Primer período: Adolescencia

### Mi inspiración

Cuando hice resonar mi voz primera  
Fue en una noche tormentosa y fría:  
Un peñón de la cántabra ribera  
De asiento me servía:  
El aquilón silbaba;  
La playa y la campiña estaban solas;  
Y el Océano rugidor sus olas  
A mis pies estrellaba.

No brillaban los astros en el cielo,  
Ni en la tierra se oía humano acento;  
Estaba oscuro, silencioso el suelo,  
Y negro el firmamento.  
Sólo en el horizonte  
Alguna vez relámpagos lucían;  
Y al mugir de las mares respondían  
Los pinares del monte.

Fuera ya entonces cuando el pecho mío,  
Lanzado allá de la terrestre esfera,  
Vio que el mundo era un árido vacío;  
El bien, una quimera.  
Nunca un placer pasaba  
Blando ante mí, ni su ilusión mentida;  
Y el peso enorme de una inútil vida  
Mi espíritu agobiaba.

Quise admirar del mundo la hermosura,  
Y hallé do quiera el mal. De amor ardía,  
Y nunca a mi benévola ternura  
Otro amor respondía.  
Sólo y desconsolado,  
Cantar quise a la tierra mi abandono,  
Mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono  
Para un desventurado?...

Al destino acusé, y acusé al cielo  
Porque este corazón dado me habían;  
Y de mi queja, y de mi triste anhelo

Los cielos se reían.  
¿Dó acudir?... ¡Ay!... Demente  
Visitaba las rocas y las olas  
Por gozarme en su horror, llorar a solas,  
Y gemir libremente.

Un momento a mi lánguido gemido  
Otro gemido respondió lejano,  
Que sonó por las rocas, cual graznido  
De acuático milano.  
De repente se tiende  
Mi vista por la playa procelosa,  
Y de repente una visión pasmosa  
Mis sentidos sorprende.

Alzarse miro entre la niebla oscura  
Blanco un fantasma, una deidad radiante,  
Que mueve a mí su colosal figura  
Con pasos de gigante.  
Reluce su cabeza  
Como la luna en nebuloso cielo:  
Es blanco su ropaje, y negro velo  
Oculta su belleza

Que es bella, sí; de cuando en cuando el viento  
Alza fugaz los móviles crespones,  
Y aparecen un rápido momento  
Celestiales facciones.  
Pero nube de espanto  
Tiñó de palidez sus formas bellas,  
Y sus ojos, luciendo como estrellas,  
Muestran reciente el llanto.

Cual ciega tromba que aquilón levanta  
En los mares del Sur, así camina;  
Y sin hollar el suelo con su planta,  
A mi escollo se inclina.  
Llega, calladamente  
En sus brazos me ciñe, y yo temblando  
Recibí con horror ósculo blando  
Con que selló mi frente.

El calor de su seno palpitante  
Tornóme en breve de mi pasmo helado:  
Creí estar en los brazos de una amante,  
Y... «¿quién, clamé, arrobado,  
Quién eres... que mi vida

Intentas reanimar, fúnebre objeto?  
¿Calmarás tú mi corazón inquieto?  
¿Eres tú mi querida?»

«¿O bien descendes del elíseo coro  
Sola, y envuelta en el nocturno manto,  
A ser la compañera de mi lloro,  
La musa de mi canto?  
Habla, visión oscura;  
Dame otro beso, o muéstrame tu lira;  
De amor o de estro el corazón inspira  
A un mortal sin ventura.»

«No, me responde con acento escaso,  
Cual si exhalara su postrer gemido;  
Nunca, nunca los ecos del Parnaso  
Mi voz han repetido.  
No tengo nombre alguno;  
Y habito entre las rocas cenicientas,  
Presidiendo al horror y a las tormentas  
Que en los mares reúno.»

«Mi voz sólo acompaña los acentos  
Con que el alción en su viudez suspira,  
O los gritos y lánguidos lamentos  
Del náufrago que expira.  
Y sí una noche hermosa  
Las playas dejo y su pavor sombrío,  
Sólo la orilla del cercano río  
Paseo silenciosa.»

«Entro al vergel, só cuya sombra espesa  
Va un amante a gemir por la que adora;  
Voy a la tumba que una madre besa,  
O dó un amigo llora.  
¡Pero en vano mi anhelo!  
Sé trocar en ternezas mis terrores,  
Sé acompañar el llanto y los dolores;  
Más nunca los consuelo.»

«¡Ni a ti, infeliz!... el dedo del Destino  
Trazó tu oscura y áspera carrera.  
Yo he leído en su libro diamantino  
La suerte que te espera.  
A vano, eterno llanto  
Te condenó, y a fúnebres pasiones,  
Dejándoos sólo los funestos dones

De mi amor y mi canto.»

«De ébano y concha ese laúd te entrego  
Que en las playas de Albión hallé caído;  
No empero de él recobraré su fuego  
    Tu espíritu abatido.  
    El rigor de la suerte  
Cantarás sólo, inútiles ternuras,  
La soledad, la noche, y las dulzuras  
    De apetecida muerte.»

«Tu ardor no será nunca satisfecho;  
Y sólo alguna noche en mi regazo  
Estrechará tu desmayado pecho  
    Iluso, aéreo abrazo.  
    ¡Infeliz si quisieras  
Realizar mis fantásticos favores!  
Pero, ¡más infeliz si otros amores  
    En ese mundo esperas!»

Diciendo así, su inanimado beso  
Tornó a imprimir sobre mi labio ardiente.  
Quise gustar su fúnebre embeleso;  
    ¡Pero huyó de repente!  
    Voló; de mi presencia  
Desapareció cual ráfaga de viento,  
Dejándome su lúgubre instrumento,  
    Y mi fatal sentencia.

¡Ay! se cumplió!... que desde aquel instante  
Mi cáliz amargar plugo a los cielos,  
Y en vano a veces mi nocturna amante  
    Torna a darme consuelos.  
    Mis votos más queridos  
Fueron siempre tiranas privaciones;  
Mis afectos, desgracias o ilusiones;  
    Y mis cantos... ¡gemidos!

En vano algunos días la fortuna  
Ondeó sobre mi faz gayos colores;  
En vano bella se meció mi cuna  
    En un Edén de flores;  
    En vano la belleza  
Y la amistad sus dichas me brindaron;  
Rápidas sombras, ¡ay! que recargaron  
    ¡Mi sepulcral tristeza!...

Escrito está que este interior veneno  
Roa el placer que devoré sediento.  
Canta, pues, los combates de mi seno,  
    ¡Infernal instrumento!  
    Destierra la alegría,  
Que nunca pudo a su región moverte;  
Y exhala ya tus cánticos de muerte  
    Sin tono ni armonía.

Y tú, amor, si tal vez te me presentas,  
No pintaré tu imagen adorada;  
Describiré el horror de las tormentas,  
    Y mi visión amada.  
    En mi negro despecho  
Rocas serán mis campos de delicias,  
Lánguidas agonías mis caricias,  
    ¡Y una tumba mi lecho!

El amor sin objeto  
Vanamente mis ojos inquietos  
Por do quiera se tienden y giran;  
Vanamente mis labios suspiran  
Abrasados de fúnebre ardor.  
Soledad espantosa me cerca,  
Noche eterna mi pecho ha cubierto;  
Para mí todo el mundo es desierto...  
¡Pues que nadie responde a mi amor!

Todo es fuego mi pecho exaltado;  
Sólo amando me place la vida,  
Y fijando en otra alma querida  
De existir la penosa ilusión.  
Ilusión... ilusión desgraciada  
Que la triste verdad no realiza;  
Ilusión que mi pena eterniza...  
¡Porque nadie responde a mi amor!

Yo no sé lo que quiere mi pecho,  
Yo no sé porque tiemblo y qué lloro,  
No conozco lo mismo que adoro,  
No hallo objeto a mi triste pasión.  
Sólo encuentro un inmenso vacío  
Donde el alma se agita sedienta,  
Y esta sed de querer se acrecienta...  
¡Porque nadie responde a mi amor!

Tal vez amo en mis tristes delirios

A un fantasma que forja mi mente;  
Y dó quiera le miro presente,  
Le da vida mi fúnebre ardor.  
Yo le escucho, le estrecho en mis brazos,  
Yo su aliento de aroma respiro;  
Yo... ¡infelice!... demente deliro...  
¡Nadie, nadie responde a mi amor!

Vanamente de nácar y rosas  
El Oriente engalana la aurora;  
Vanamente su faz brilladora  
Lanza el sol con radioso esplendor  
Ni la tarde en los campos me agrada,  
Ni de noche la luna brillante;  
Luz y sombra buscaba en mi amante,  
¡Ay!... ¡y nadie responde a mi amor!

Con mi amante risueña la aurora  
Me inundara de blanda alegría;  
Con mi amante gozara yo el día,  
Campo y sombras, y grato frescor.  
Con mi amante la luna me viera,  
De sus rayos bañado y de llanto,  
Apurar ese mágico encanto  
¡Que a las penas les presta el amor!

Tú tal vez, corazón que yo busco,  
Tú tal vez solitario palpitas,  
Y en fantásticos sueños te agitas,  
Y suspiras y lloras cual yo.  
Ven a mí, yo te haré venturoso,  
Yo te ofrezco esas horas risueñas,  
Yo te ofrezco esa dicha que sueñas...  
Ven, querida... ¡responde a mi amor!

¡Ven a mí... yo no busco hermosura;  
No apetece este pecho vacío  
Sino un pecho de amor como el mío,  
Sino el alma, sino el corazón.  
¡Ven!... abiertos te esperan mis brazos;  
Ya parece que en ellos te estrecho;  
Ya parece que siento tu pecho  
Contra el mío latiendo de amor.

¡Nadie me oye!... mis voces se apagan,  
Y se apaga con ellas mi vida;  
Donde no halla mi pecho querida,

Un sepulcro hallará mi dolor.  
Un sepulcro es el lecho florido  
Que apetece mi anhelo postrero;  
Un sepulcro la dicha que espero,  
Pues no existe la dicha de amor.

La inocencia  
A Amelia

Tendió su manto ya de oro y de rosa  
La tarde en la pradera.  
¡Qué tranquilo está el mar! ¡Qué silenciosa  
La ría y la ribera!

Mas... ¡qué en vano a mis ojos tan brillante  
Decoración se pinta,  
Si no refleja otra mirada amante  
Su inanimada tinta!

Que el alma sin amor, y sin profundos  
Latidos, y aun pesares,  
Se halla más sola en medio de esos mundos  
Que un bajel en los mares.

Mas aún benigno compadece el cielo  
Mi espíritu postrado;  
Y un ángel me depara de consuelo  
De su altura bajado.

Aun hay para mi noche luz de aurora;  
Aún Amelia me ama.  
Bella inocente, ven... tu amigo llora,  
Y en su dolor te llama.

No tardes ¡ay!... Tus ojos virginales,  
Tu celeste inocencia,  
Me infunden nuevo amor a los mortales  
Y a mi triste existencia.

Y cuando de tu angélica ternura  
Inspirado me veo,  
Yo creo en la virtud, en la hermosura...  
¡Y hasta en la dicha creo!

Ya viene allá... ¡Cuán cándidas, cuan bellas  
Se ostentan sus facciones!  
Aún no surcan ¡su rostro, cual centellas,

Fogosas las pasiones.

Mas sus ojos mirándome se inflaman  
De rayos de alegría,  
Y con magia del cielo la derraman  
¡Hasta en el alma mía!...

Ven a mi corazón, dulce hermosura;  
Ven, ángel, a mis brazos;  
Ven, y de tu pureza y mi ternura  
Forme el dolor los lazos;

¡Ay! ven... que aunque mi pecho los rigores  
Del desengaño oprimen,  
Aún no trocara al mundo mis dolores  
Por sus goces de crimen...

¡Santa ilusión que en la desgracia imploro!...  
A ser vuelve mi anhelo  
No es ilusión esa virtud que adoro:  
Conservádmela ¡oh cielo!

Eternizad de este ángel la pureza,  
Y esa celeste calma:  
Que es el supremo bien esa belleza  
Que da la paz del alma.

¡Amelia!... Un corazón desencantado  
Nada puede ofrecerte;  
Ni tú hallarás donde te guarde el hado  
Más venturosa suerte.

Fascinada por mágicas visiones  
Creerás en otros seres;  
Suspirarás por nuevas sensaciones,  
Por extraños placeres.

Abrazarás la nube engañadora  
De esa dicha mentida,  
Y llorarás, como tu amigo llora,  
La bella edad perdida.

Verás al fin de era esperada calma  
Un letargo sombrío,  
Y llegarán los vuelos de tu alma  
Al caos del vacío.

Así las ondas de este Landro hermoso  
Corren al mar vecino,  
Apeteciendo el natural reposo  
De su raudo camino.

Hélas, empero, aquí, por los juncuales,  
Tan puras, tan serenas,  
Retratando en sus plácidos cristales  
Las márgenes amenas.

Y hélas allá cuan bravas y verdosas  
Tus ojos amedrentan;  
Y en montañas alzándose espumosas...  
En las rocas revientan.

Quédate, Amelia mía, en la ribera,  
Quédate entre las flores;  
No agoste tu lozana primavera  
Canícula de amores.

Vive los días de tu alegre mayo  
Enlazada a tu amigo;  
Que aún tiene rama el árbol que hirió el rayo  
Para darte su abrigo.

No serás tú la nube que le encienda,  
¡Leve vapor de aurora!  
Ni será que a tu soplo se desprenda  
Su cima protectora.

No... ni el cariño avivaré risueño  
Que tu candor me ofrece;  
Ni seré osado a despertar el sueño  
Que feliz te adormece.

Y ¡ojalá que jamás se despertara!  
Y piadosa la suerte,  
De ese sueño a los dos nos transportara  
¡Al sueño de la muerte!...

¿Quién sabe en tanto si pasión traidora  
Su tiro oculto apresta?  
¿Si en tu pecho sonar podrá una hora  
De mudanza funesta?

¿Qué?... ¿sonó ya tal vez?... En tu alma bella

La compasión trocada  
¿Habrá encendido la primer centella  
Que brota en tu mirada?...

¡T  tiembles!... ¡t  enmudeces!... ¡t  suspiras!  
Y reprimiendo el llanto,  
Mi mano estrechas, y mis ojos miras  
Con sonrisa de espanto.

¡ ngel de la inocencia, yo te imploro!...  
Disipa estas quimeras.  
Celestial hermosura, yo te adoro...  
Mas ¡ay!... ¡T ... no me quieras!

No se fijen tus vagar, ilusiones  
Sobre mi ardiente seno.  
Teme el triste furor de mis pasiones,  
¡Y su oculto veneno!

Todos los fuegos que mi pecho inflama  
Son rayos matadores.  
Quema mi corazón todo lo que ama;  
Sólo inspira dolores.

Sufra yo solo, y mi feliz querida  
Enjague en paz mi llanto;  
Su voz arrulle el sueño de mi vida  
Como un celeste canto.

Y duerma tu ilusión con mis temores  
Tan sumida en el pecho,  
Que pueda la virtud mullir de flores  
Para los dos un lecho.

Alc mosle, mi bien, en la espesura  
Que este valle guarece,  
Lejos del mundo que con risa impura  
La inocencia escarnece.

Y no importa que oscuros e ignorados  
Nos rechace aquí el suelo,  
Si nos ven a su gloria aproximados  
Los  ngeles del cielo...

¡Ven,  ngel mío, ven!... La unión más santa  
En mis brazos te espera...  
Mira cómo la luna se levanta

Por la azulada esfera.

Como ella, por el cielo sostenidos,  
Nosotros volaremos  
Dó la oscura región de los sentidos  
De lo alto miraremos.

Y pasarán cual sombra las pasiones;  
Y allá, en otros momentos,  
Podré sentir, mi bien, palpitaciones...  
¡Nunca remordimientos!

Y abarcando, a su fin, de una mirada  
Mi efímera existencia,  
Diré: «Felicidad... o no eres nada,  
O fuiste la Inocencia.»  
1830.

A la muerte

Te teneam moriens, Tib. Eleg. , lib. I.

Ven a mis manos, de la tumba oscura,  
Ven, laúd lastimero,  
Dó Tibulo cantaba su ternura,  
Dando a Delia su acento postrimero.

Y tráeme los ayes encantados  
Con que dulce gemía,  
Cuando ya con los párpados cerrados,  
En brazos de su amor, desfallecía.

Ven, y el son de tu armónico suspiro,  
Sobre mi arpa vibrando,  
Al viento dé las ansias que respiro,  
El fin de mi existencia preludiando.

Yo lloraré de un alma solitaria  
El insaciable anhelo,  
Invocando en mi lúgubre plegaria  
Él solo bien que me reserva el cielo.

Yo ensalzaré tu celestial dulzura,  
Muerte consoladora.  
Yo cantaré en tus brazos tu hermosura;  
Nadie en el mundo como yo te adora.

Parece ya que en el dintel sombrío  
De la tumba dichosa  
Siento exhalarse un delicioso frío  
Que el ardor templa de mi sed fogosa;

Y que un ángel más bello que mi Lina,  
Con semblante risueño,  
En féretro de rosas me reclina,  
Y el himno entona de mi eterno sueño.

«Venid, exclama, a los sepulcros yertos  
A terminar los males.  
No es ilusión la dicha de los muertos;  
¡La nada es el vivir de los mortales!...»

-Lo sé, lo sé; mas de otro modo, un día,  
Brillante a mis ardores  
El campo de la vida se ofrecía  
Vertiendo aromas y brotando flores.

«Dó más placer divise, dije ufano,  
Allí está mi ventura.  
El ser que me formó no es un tirano;  
Y el bien en el gozar puso natura.»

«Destiérrese de mí la razón lenta  
Y su impotente brillo;  
Será mi norte lo que el pecho sienta;  
Será feliz mi corazón sencillo.»

Dije, y cual ave del materno nido  
Lancéme en vuelo osado;  
La senda del placer hollé atrevido,  
Siempre de sed inmensa arrebatado.

Corrí a las fuentes dó mi labio ardiente  
Beber el bien quería;  
y a su hidrópico afán desobediente,  
El néctar del deleite no corría...

Y corrió por mi mal... ¡y era veneno!  
Bebieronle conmigo;  
Crimen en vez de amor ardió en mi seno,  
Fui amante inútil y funesto amigo.

Denso vapor al fin anubló el alma;  
Y en letargo profundo

De quietud falsa, de horrorosa calma,  
Dejé los hombres, y maldije al mundo...

¡Oh natura falaz! Tú me engañaste  
Con pérfida mentira,  
Cuando en mi débil corazón grabaste  
Esa imagen ideal por quien suspira.

Pasó de mis fantásticas visiones  
La magia encantadora;  
¡Destino atroz!... no tengo ya pasiones;  
Y un solo bien mi corazón implora.

Envía sólo un rayo de contento  
Sobre mi hora postrera;  
Dame un solo placer, sólo un momento...  
El momento no más en que me muera.

Ya que entoldaste siempre mi ventura  
Con tan nubloso velo,  
Rasga en mi ocaso su cortina oscura,  
Déjame, cuando expire, ver el cielo.

¡Ay! y al sentir ese éxtasis profundo  
Que da la patria eterna,  
A la que fue mi patria en este mundo  
Volver me deja una mirada tierna.

Llévame de mi Landro a los vergeles,  
Y allí, muerte piadosa,  
Bajo los mismos sauces y laureles  
Dó mi cuna rodó, mi tumba posa...

Apura, oh muerte, mi deseo apura...  
Y a mis votos te presta.  
Lleva a su colmo mi postrer ventura;  
Premia un instante una pasión funesta.

Propicia a la ilusión que me alucina,  
Llévame a la que adoro;  
Tremola entre los brazos de mi Lina  
Tu crespón para mí, bordado de oro.

En ellos ¡ay! exánime posando,  
Mi rostro al suyo uniendo,  
Al compás de su lloro agonizando,  
Y sus tardías lágrimas bebiendo,

Mis brazos se enlazaran a su cuello,  
Que apoyo me prestara  
Para esforzar el último resuello  
Que en sus labios mi espíritu exhalara...

¡Ay! accede al ansiar de un alma triste,  
¡Muerte que anhelé tanto!...  
Y en vez de esa corona que no existe,  
¡Cubra una flor no más tu negro manto!

Mas no... no cederás tu poderío,  
¡Oh destino inclemente!  
Y contra el mármol del sepulcro mío  
Con furor ciego estrellarás mi frente.

Mi tierna juventud, mis padeceres,  
Mi llanto no te apiada...  
¡Moriré, moriré!... mas sin placeres;  
¡Ay! ¡moriré fin ver a mi adorada!  
1829.

A alborada  
Poesía gallega  
¡Ay miña pequeniña!  
¡Qu'ollos bonitos tés! ¡Que brilladores!  
¡Case salta a alma miña,  
É vendo os teus colores,  
Ver me parece todos os amores!

Agora qu'á alborada  
Os dulce paxariños xa cantaron,  
É da fresca orballada,  
N'as perlas os ramiños se pintaron,  
Agora ¡qué diviños  
Brillaran os teus ollos cristaliños!

¡Ay! asoma esas luces,  
Asoma a esa ventana, miña hermosa;  
Tú que sempre reluces  
Con elas máis lustrosa  
Qu'á Luna, cando nace silenciosa.

Verásme aquí cantando,  
Xunto estas augas craras, estas penhas,  
Verásme aquí agardando  
Que se rompan as lúgubres cadenas

D'a noite que m'aparta  
De quén nunca a alma miña se véu farta.

Mírame, sí, querida,  
Cando d'o blando sono te levantes,  
Máis fresca, é máis garrida  
Qu'estas frores fragantes,  
Qu'á espuma d'estas ondas resonantes.

¿E aínda non parecen  
Eses olliños teus? ¿Dormes rosiña?  
¿Dormes, é resplandecen  
Os campanarios altos d'a mariña?  
¿Aínda non oiche  
Aquela dulce voz que m'aprendiche?

¿Déixasme qu'aquí solo  
Á as áugas lles dirixa os meus acentos,  
É non vés ao meu colo  
Fartarme de contentos,  
É amante aproveitar esteis momentos?

Des d'aquí vexo os mares  
Serenos, estenderse alá no ceo;  
Oio d'aquí os cantares  
Da pillara fugaz, d'o merlo feo,  
Pero o teu seno lindo  
Non ovexo, meu bén, qu'estas durmindo.

Xa se foi o luceiro;  
Desperta d'esa cama, miña rosa;  
Desperta, é ven primeiro  
Abrir á venturosa  
Ventana d'o teu carto: ven graciosa.

Sál como sempre sales,  
Máis diviña qu'á diosa de Citera  
Salindo dos cristales,  
Máis galana qu'á leda primavera  
Esparcindo rosales:  
Venus pra min, amante,  
Primavera, mañan, é fror fragante.

Xa te vexo salindo  
Mirarme, é retirarte avergonzada,  
¿É de quén vás fuxindo  
Tontiña arrebatada?

¿Do teu amor que canta n'a enramada?

Non fuxas, non, querida;  
Ven aquí: baixa á escala sin temores:  
Esa frente garrida  
Á miña man á cubrirá de frores;  
Xa as teño aquí xuntiñas;  
¡Qué venturosas son! ¡Qué bonitiñas!

Ven despeinada aínda  
Dar-me o primeiro abrazo, darm'a vida  
¡Canto es así máis linda!  
Ven qu'a mañan frorida  
Solo pr'os que se queren foi nacida.

Non, non, durme, descansa,  
Naide turbe o reposo d'o teu peito:  
Plácida quietud mansa  
Sin cesar vele o téu hermoso leito:  
Durme, que non tés penas,  
É acaso en min soñando te enaxenas.

Reposen os teus ollos,  
Eses ollos diviños, venenosos:  
Tamén finos cogollos  
N'os rosales pomposos  
Agardan por abrirse recelosos.

Sí, miña prenda amante:  
Eu cantarei aquí mentras que dormes.  
¡Ay qu'o Landro brillante  
Non é dourado Taxo; nin o Tormes  
Alinda o meu retiro!  
Durme, si, durme, mentras qu'eu suspiro.  
Mayo 11 de 1828.

La inmortalidad  
Epístola a Genaro

... anne aliquas ad caelum hinc ire putandum est  
Sublimes animas; iterumque ad tarda reverti  
Corpora? Quae lucis miseris tam dira cupido?...  
Virg. AEneid. lib. VI.

Decretada ya está por el Destino  
Mi eterna suerte al fin: siempre sombrío,  
Sólo la oscura soledad me agrada;  
Claustros y torres, bosques y ruinas.

Buscando alivio a una pasión tan triste,  
Cual hoy me abrasa lo interior del pecho,  
Vengo a templar las llamas que me cercan,  
Junto a estos muros santos, dó reposan  
Generaciones mil; aquí gustoso  
Cerca miro las olas estrellarse,  
Las luchas remedando de mi pecho;  
Y más cerca, las urnas solitarias  
¡Aumentando el pavor de las tinieblas!  
Ellas me aguardan, ¡ay! ¡Genaro amigo!

Cual incierto marino, descubriendo  
La playa a dó los vientos le conducen,  
Primero ve desde la erguida popa  
Qué mansión el destino le prepara;  
Así yo, de las olas dó fluctúo  
Contemplo el puerto a dó ru rumbo lleva  
La contrastada nave de mis días.  
La contrastada nave de mis días.  
¡Ignorada región!... ¡Oh! si a lo menos  
De aquel país oscuro, algún viajero  
¡Tornase a las mansiones de la vida!...  
¡Supiera el hombre su eternal destino!  
Mas ¡ah! no vuelven; y el postrer letargo,  
Es cima que, una vez ya traspasada.  
El mísero mortal nunca recobra.

Pero ¿puede lo eterno a los humanos  
Parar arrebatado el pensamiento?  
¡En vano un muro inmenso nos separa!  
¡Cuan corta es la carrera de la vida  
Al rápido correr de aquella mente,  
Que altiva, impetuosa, irresistible,  
Supo escalar la cima de los cielos  
Ensanchando el espacio, y de los mundos  
La inmensidad continua dilatando!  
¡Cuán estrecha, al vagar interminable  
De la ambición continua de aquel pecho,  
De aquellos corazones, incesantes  
En querer disfrutar; de aquella hidra  
Que siempre en mil pasiones renaciendo,  
Nunca tranquila reposó y cansada!  
¡Vano es parar el rápido torrente  
A orillas del abismo en que se sume!

Deseó siempre el corazón humano...

¡Hasta la tumba, deseó constante!  
Vio el sepulcro; cesó la ilusión grata  
De por siempre existir, y al fin un día,  
A fuerza de ver muertes, convencíase  
Que era fuerza morir. Más... ¿pudo entonces  
Contener sus miradas, y sereno  
El cuadro terminar de sus afanes  
En el abismo horrible de la nada?  
¿Pudo ver sin espanto el desgraciado  
Su vida terminar hórrida y triste,  
Sin aguardar un bien, entre las tumbas,  
Que en el mundo engañoso no topara?  
¿Pudo mirar el déspota tranquilo  
No reinar más, ni ya bajo sus plantas  
La humanidad postrarse? ¿Pudo un día  
El tierno esposo, el cariñoso padre,  
El sensible amador, adiós eterno  
A la esposa querida, al hijo amado  
Decir sereno, y de los dulces lazos  
De amor... ¡por siempre más!... desenredarse?  
No; que en el sueño de la corta vida  
Soñó también que prolongados fueran  
Con la muerte sus días; y abrazóse  
Con tan dulce ilusión. Quiso a la muerte  
El velo arrebatarse con que cubriera  
Del porvenir inmenso los abismos;  
Y al abrir con sus ojos el sepulcro,  
A través de las fétidas reliquias,  
Del placer y la paz vio los destellos.  
¡Ay! ¡No fue engaño su dichosa idea!  
¡Encanto dulce! ¡imagen de consuelo!  
¡Oh! si del hombre todos los delirios  
Fuesen tan gratos... ¡aventuroso fuera!

Aquí, mi amigo, de Platón guiado,  
A la luz de las lámparas sombrías  
Que sobre estas columnas reverberan,  
Mi mente me dictaba lo que al hombre,  
Ambicioso por siempre, extender place  
Más allá de la tumba ¡oh mi querido!  
¿Por qué en sueño tan grato despertarme  
Quiere una ciencia inútil y funesta?  
¿Por qué abrirme a la luz los ojos ciegos,  
Luz que no pueden, débiles, llorosos,  
Sufrir sin turbación? Ya que el humano  
Marchitó las guirnaldas, que a la vida  
Al salir de sus manos, dio natura,

Deja que espere, al fin de su carrera,  
Puro placer y paz interminable.  
¡Ah! ¡qué importa si es sólo una esperanza!  
También sobre la tierra una esperanza,  
¡Son solamente los ansiados goces!  
Al alma nunca sacia lo presente;  
Esperar el placer... ¡es disfrutarle!

Pero, ¿qué pudo en manos de los hombres  
Puro permanecer? Todo... inocente  
Nace; mas ¡ay! que al soplo del malvado  
Brotó la sangre... agóstanse las flores!

Deseaba intranquilo el infelice  
Sus días terminando, ver de nuevo  
Sin término otra vida levantarse;  
Cuna el sepulcro fue de su ventura,  
E impávido corrió, de sus vacíos  
A lanzarse en la sima. En todas partes  
Creó delicias raras y tormentos  
Su mente arrebatada, y en diversas  
Esperanzas el hombre dividido  
Fue, como en cultos, razas y países.

Vio el muelle egipcio, el ingenioso griego,  
Bajo las cavernosas catacumbas,  
Mansiones de placer; deja el humano  
Sus prendas breve plazo, se adormece,  
Y allá despierta en ignorado reino.  
El anciano Carón, barquero adusto,  
Su sombra guía por neblinas ondas  
Del Averno a los campos infinitos;  
Ve del Erebo en la profunda noche,  
En derredor de lóbregas cavernas,  
Los genios de maldad silbar horribles,  
¡Furias, Parcas y fúnebres ensueños!  
De la orilla en el barro cenagoso,  
Sumidos ve los manes insepultos,  
Y escuchando los gritos penetrantes,  
Que lejos dan los malos en sus penas,  
Del Tártaro imagina los tormentos,  
Y huye aterrado, y al Elíseo vuela,  
De siempre pura luz mansión dichosa.  
Allí torna otra vez a las delicias  
Que tal vez suspendió; ve las queridas  
Sombras que amara un día entre los hombres!...  
¡Si allí bajara la que el ser me ha dado,

La estrecharía Madre cariñosa,  
Cuál siempre la miré; y embriagada  
Los éliseos jardines recorriendo,  
A par de aquellos hijos que adoraba,  
Prolongara el placer!

En vano Tisbe  
Baja amorosa al hórrido sepulcro;  
Su Píramo querido, entre los bosques  
De fragante arrayan, prepara el lecho  
Donde un amor eterno los corona  
En juventud inacabable, ardiente!...  
Allí, olvidados de su error funesto,  
Se estrechan con placer: llanto de fuego  
Baña sus rostros; el amante labio  
Se une al labio feliz; juntos palpitan  
Por siempre sus ardientes corazones...  
Y si algún tanto su delirio cesa,  
Un breve, suavísimo desmayo,  
Cual fresca aurora del tostado Julio,  
Suspende sus fatigas, y de nuevo  
Los encendidos besos, los suspiros  
Restallan ¡ay!... para durar eternos!...  
¡Oh puerta del vivir... tumba dichosa!

Baja, si gustas, al risueño albergue  
Dó el oriental voluptuoso espera,  
Atravesando el peligroso puente,  
Ceñir sus sienes con las palmas de oro  
Del árbol de la dicha. En vano un día  
Lloran su sangre de Ismael los hijos  
Só el yugo de un sultán, o en los desiertos  
¡La sed los quema y abrasados mueren!  
La muerte es su placer; allá, acostados  
En grutas de ámbar olorosas, miran  
Serpear por campiñas de diamante  
Ríos de miel y néctar deliciosos.  
Allí, entre flores y banquetes santos,  
Dó angélicas criaturas administran  
Al labio humano copas de ambrosía,  
Mil candorosas jóvenes deidades,  
Más puras que el azul de los espacios,  
Siempre nuevos placeres añadiendo,  
Jóvenes siempre, y siempre más hermosas,  
Halagan sin cesar entre sus brazos  
A aquellos pechos que el amor subyuga  
Hasta más lejos de la triste huesa.

Allí en días más plácidos y tiernos  
Que una noche de luna a los amantes  
Recostados, al margen de un arroyo,  
En brazos de sus célicas amadas  
Se encantan con los sonos melodiosos  
De mil campanas de cristal radiante,  
Que se mecen pendientes de las ramas,  
Como un vergel de fúlgidas estrellas.  
También entre el ramaje, que guarnece  
De topacio las rocas, en las márgenes  
De las divinas sonoras fuentes  
Entonan dulces cánticos y trinos  
Mil pintadas suaves avecillas;  
Donde nadan en éxtasis absortas  
Las almas de los jóvenes poetas.  
Tibulo encantador, Nasón amante  
Melodioso Meléndez, en aquellos  
Retiros cantaríais a las bellas,  
De estro y de amor perpetuos embriagados.

¡Oh si también allá, bajo los sauces,  
O en el triste rincón de una pradera,  
Posado entre las hojas de un aliso,  
Cantase yo la luna y las tristezas!  
¡Oh si cuando, mi acento entrecortado,  
Cesase de llorar, y en mi extravío,  
«¡Lina adorada!» extático exclamase...  
Lina me oyera, y un suspiro solo,  
Un sólo palpitar sacrificara  
A la triste pasión que me devora!...  
¡Oh cielo hermoso, a mi deseo vano...

Pero deja recuerdos ¡ay! tan dulces  
A más sencilla edad; deja que el griego,  
El romano, el egipcio, el persa muelle,  
Y el bárbaro habitante de Bizancio,  
Corran sus encantados paraísos;  
Deja que torvo el Druida sangriento,  
El fiero escandinavo, el bretón frío  
Que en los bosques de Albión un tiempo erraba,  
Circuyan las mansiones sepulcrales,  
Para más destrozar sus enemigos,  
Y devorar en bárbaros banquetes  
Sus cadáveres negros humeando;  
Deja que el europeo al cielo suba,  
Entre celestes coros conducido,  
A ver de Dios la majestad augusta;

Deja al árido ateo contemplando  
Su ciego acaso y su espantoso nada!

Tú ahora, ven conmigo, atravesando  
El paso hercúleo, y las turbadas ondas  
Del mar que fiera dominó Cartago.  
Ve allá en la margen del Ésaró humilde  
Que atraviesa los muros de Crotona,  
De un templo las columnas ruinosas.  
Allí sentado un venerable anciano  
Te dirige su voz, la voz que un tiempo  
Los doctores del Indo le enseñaron;  
Oye, mi amigo, su lección divina.  
Pitágoras os habla; no el empíreo,  
No campos placenteros, no festines  
Os promete, ni amor: «Mortal», os dice,  
«Tu vida pasará como las mieses  
Que doran las llanuras cada estío,  
Y otra vez volverás a la existencia.  
Dó quier circula el fuego de la vida,  
Y de una en otra criatura, corre  
La inmensa escala de los seres todos».  
Bien como el agua, que del mar se eleva  
Vaga en nubes, despéñase en torrentes,  
Y sosegada, fecundando el suelo,  
Vuelve a la mar en variado curso.  
Si felizmente la virtud hermosa  
Orna tu vida, ilustra tus desgracias,  
Serás dichoso en existencia nueva  
Que el cielo te destina. ¡Oh tú, abatido  
Mísero labrador, que só el arado  
Desfallecido expiras, canta alegre  
Himno de gloria; que a las altas gradas  
Del sólio subirás, donde ora brilla  
Tu bárbaro opresor. Y si allí sabio  
La deprimida humanidad doliente  
Tu corazón benéfico levanta,  
Más dichoso serás, y a las campiñas  
Y a las cabañas tornarás tranquilo!  
¡Dogma consolador! ¡Dogma del cielo!

¡Oh, amigo mío! ¿Pudo más suave  
Esperanza halagar mortales pechos?  
Otro espere de Elíseos la fragancia;  
Otro al Olimpo y los mayores orbes  
Subir pretenda en venturoso vuelo.

Mas ¡ay! ¡cuán poco el corazón del hombre  
Si es una siempre, halaga la esperanza!  
La vida es lo que anhela; en vano dura  
La desgracia, y anubla de sus días  
La breve aurora; la desgracia misma  
Le une a la vida más. Así el salvaje  
Que en Spitzberg, de los eternos hielos  
Entre el duro crujir pasó su infancia,  
A la margen del Betis trasladado,  
Suspira, en su vergel, por la natía  
Estéril roca, y el erguido abeto,  
La larga noche, y la enterrada choza  
Envuelta en pieles y apretada nieve.

¡Oh, mi Genaro! Déjame que ceda  
A tan grata ilusión: yo también quiero  
Renacer otra vez. Odié la vida...  
Y la espero mejor. ¡Ah! ¡cuán dichoso  
Veré la tumba abrirse, y recibirme!  
Sí, naceré otra vez. Desde otro asilo  
Escribiré a mi amigo mis deseos;  
Aspiraré otra vez de mi ardores  
La llama infausta, vana, y los pesares  
De la amistad, a par de sus delicias;  
Aun otra vez en mi laúd doliente  
La muerte cantaré; veré de nuevo  
Las amenas riberas del Landrove  
De otras flores cubiertas y otras ninfas.  
Viviré un día, cuando ya no truene  
Sobre la tierra la injusticia armada,  
Y la oliva que nazca en el sepulcro  
De los malvados, cubra con sus ramos  
Los dichosos jardines de mi patria.  
Ya no entonces mi voz saldrá rugiente  
Entonando los himnos sanguinosos  
Que el libre pecho entre los hierros canta.  
Solo que aún triste, mi cansada huella  
Vagará en los extensos panteones,  
Y el polvo de los déspotas pisando,  
Recorreré el recinto religioso  
Dó reposan sus víctimas heladas.

Tal vez allí mi tumba descubriendo,  
Meditando yo mismo en mis despojos,  
Diré: «¡Aquí yace un amador sombrío!  
No lejos mora su adorada Lina.»  
Y el dulce sentimiento que me excite

El recuerdo que salga de la huesa.  
De aquel sentir antiguo de mi pecho  
Será tal vez el renovar confuso.

Allí vendrá un anciano, a quien el brazo  
Dará una bella joven, cual guiaba  
Al venerable Ossian blanda Malvina,  
Entre las tumbas de Morvén sombrío.  
«Joven», aquel anciano me dijera,  
Cuando en los años de que tú disfrutas  
Me vieron jugueteón estas orillas,  
¡Oh cuánto amaba al desgraciado amigo  
Que ese mármol cubrió!... ¡cuántos momentos  
Entre mis brazos acalló sus penas  
Y exhaló su tristeza que espiraba!  
¡Cuántos, al vislumbrar de oscura noche,  
Un mismo lecho en calma deliciosa  
Unió nuestro cariño, y escuchaba  
La triste relación de nuestros goces!  
¡Cuánto esa Lina!... ¡cuánto esa memoria!...  
No ames, ¡oh joven!... Y llorando entonces,  
Él posara su sien sobre mis hombros,  
Yo bañara sus canas con mi llanto...  
Otra vez y otras mil a mi Benino  
Entre mis brazos enlazando al pecho.  
¿Qué hay más bello, Genaro, entre los sueños  
Que al hombre pensador dulces halagan?  
¿Prefieres aguardarlo en las estrellas,  
Mansión extraordinaria, que no idea  
Por sí la humana mente, donde en éxtasi,  
Ya sin humano sentimiento, vive?  
Será el supremo este deleite acaso;  
Pero a quien sus encantos no imagina  
Profano... ¡ni es consuelo, ni esperanza!

No, amigo, no; si en lo futuro incierta  
Vaga mi mente, mi razón me dice  
Que sólo al soplo del placer franquea  
Mi pobre corazón, fácil entrada.  
¡Ay mi querido! Si la vida fuese  
Dulce, como será la ansiada tumba,  
No así sumiera en tétrico letargo  
Aqueste corazón tan infelice,  
Aqueste pecho, que vivir no puede  
Sin que el aliento del amor aspire!

Dame, Genaro, tus consejos santos;

Haz que brillen mis días más serenos,  
Y deja que la mano de la Parca  
Se adelante hacia mí; nunca he temido  
El filo atroz que a tantos estremece!  
Me acordaré, muriendo, de mi amada,  
Y expiraré tranquilo; mis deseos,  
Mis placeres, e inquietas esperanzas,  
Y mis delirios, todos, se acabaron;  
¡Venga después lo que me guarde el cielo!...  
¡Mejor será que mi penosa vida!

¡Acaso mi memoria algún agrado  
Te traiga entonces!... viéndose, con flores,  
-Sin ambición, ni envidias, ni rencores-,  
El ciprés de mi tumba engalanado.  
Abril 21 de 1829.

#### Mi color

¡Oh cual me place, hermosa,  
La blancura festiva  
Con que pinta la aurora  
La cuna de los días!  
El cisne en los estanques  
Que sus alas erguidas  
Ostenta, y por los aires,  
Cual blanco rayo, gira;  
La cándida paloma,  
Mensajera de dichas;  
El jazmín oloroso,  
Y la azucena altiva;  
Las nacaradas conchas  
Por la playa esparcidas,  
La espuma de los mares,  
Y la nieve en las cimas,  
Cuando el cierzo las nubes  
Allí apiñadas limpia...  
¡Qué blancas y qué hermosas  
Son a mis ojos, Lina!  
Cuando la primavera  
Sale vertiendo risas,  
Coronando los bosques,  
Vistiendo las campiñas,  
Y a los frescos arroyos  
Esmalta las orillas,  
Con mil cándidas flores  
Nevadas margaritas,

Parece al firmamento,  
Cuando en noche tranquila  
Mil plateados astros  
Por los espacios vibran;  
También la pura rosa  
Con su color hechiza  
El seno que perfuma,  
Los ósculos que liba;  
¡Ay qué color tan bello  
El de la rosa, Lina!  
El oriente y ocaso  
Con sus nubes carmíneas,  
Inspirando deleites  
Al expirar el día;  
Los pacíficos mares  
Cuando el sol ya declina,  
Y en las olas oculta  
Sus trenzas de oro, tibias;  
Los pechos palpitantes  
Donde el amor anida,  
O en atrevido vuelo  
Regalado se agita;  
Las mejillas que besa  
Cuando ardiente se anima...  
Todo la bella rosa  
Con su color eclipsa;  
¡Todo!... bien que si brotan  
Halagüeña sonrisa  
Los amorosos labios  
De la adorada mía...  
Escóndese la rosa  
No púdica... ¡de envidia!  
¿Y no es también hermoso  
El color de la espiga  
Cuando en mares de oro  
Fluctúa con la brisa,  
O cuando resplandecen  
Allá por las marinas  
Las apartadas playas  
Que el horizonte alindan?  
Pues, ¿y el dorado fruto  
Que en el vergel domina?  
¿La olorosa naranja,  
Las pomos que Amor pinta,  
Y a través de las hojas  
Se mecen suspendidas?  
Es hermoso el dorado;

Y más bello, mi Lina,  
El azul majestuoso  
De la bóveda empírea;  
El verde de los mares,  
y el verde, que varía  
En mil gratos matices,  
Si el aire y sol le rizan!  
Vedle ya, de esmeraldas,  
Y de grama que ahija,  
De las blandas praderas  
Tejer la alfombra rica,  
Dó el triste Sar arrastra  
Sus aguas escondidas;  
Ya con tortuosas ramas  
De las lozanas viñas  
Vestir con verdes visos  
Las amantes colinas  
Que el rauda Miño asorda.  
O el Avia fertiliza;  
Ya en el vergel frondoso,  
Corona siempre viva  
De aquel plácido Landro  
Que vio nacer mis días,  
Donde voló mi infancia...  
(¡Halague mis cenizas!)  
Pintar los tiernos juncos,  
Las hojas, que acarician  
El pérsico meloso,  
Las fresas y las guindas;  
Al nogal corpulento,  
Las copudas encinas  
Cubrir de augusta sombra;  
Y en la choza pajiza  
Dó el labrador sencillo  
Goza serenas dichas,  
Teñir el musgo y yedra  
Que los muros abrigan.  
-Mas ¡ah! ni el blanco puro  
Ni la rosa encendida,  
Ni el oro refulgente,  
Ni el azul que ilumina  
Los ámbitos del cielo,  
Ni el verde que matiza,  
Son, amada, a mis ojos,  
De más plácida vista  
Que el negro de la noche,  
Cuando triste respira

Mi corazón perdido  
En su melancolía;  
¡Entonces todo es negro!  
Las montañas erguidas,  
Los árboles espesos,  
Los campos y las villas;  
Negro es el Sar medroso,  
Y negras sus orillas;  
Negros esos retiros  
Donde el alma medita;  
Y puesto que tus ojos  
También con negros, Lina...  
Negro mi color sea...  
¡Negra la suerte mía!  
Diciembre 11 de 1828.

#### Mi reclusión

Cuando al sumirse la existencia mía  
Bajo estos elevados paredones,  
De sus vagos delirios e ilusiones  
Libre creí mi ciega fantasía;  
Cuando, dejado el mundo tumultuoso,  
Estos tranquilos techos me acogieron,  
Y sombras, y silencio delicioso  
A mi inquietud febril sobrevinieron,  
Mis labios sonrieron,  
De blando gozo se inundó mi pecho,  
Y exclamé satisfecho:  
«¡Al fin tendré aquí paz!... y sepultado  
En mi lúgubre asilo,  
Aquí seré olvidado;  
¡Viviré oscuro, viviré tranquilo!»

«De vana gloria, y ambición exento,  
Sobre el dolor y el infortunio alzado,  
No se verá mi corazón manchado  
De orgullo vil, ni vil abatimiento.  
Yo seré el mismo; empero mis pasiones  
Las mismas no serán... ¡ya se apagaron!  
Sin pábulo mis ciegas ilusiones,  
Un pecho dejarán que atormentaron.  
Mis deseos se helaron,  
Que ya no los inflama la esperanza;  
Y en súbita mudanza  
Despeñado al abismo del olvido,  
Menospreciado luego,

Después aborrecido,  
¡Al fin también se extinguirá mi fuego!»

Dije, y entré. Mi tétrico retiro  
Me abrió en silencio sus antiguas puertas,  
¡Salve! les dije a sus paredes yertas,  
Y mi triste saludo fue un suspiro.  
Extático quedé; se heló mi acento;  
No lloraron mis ojos cual solían,  
Creí sentir la calma del contento,  
Y mis afectos pareció que huían.  
No huyeron ¡ay!... dormían;  
Dormían fatigados, y humeando;  
Estaban reposando,  
Por más fuerza cobrar... ¡y despertaron!  
Despertaron ardiendo,  
Y otra vez circularon  
Con nuevo brío en torbellino horrendo.

¡Vana fue mi quimérica esperanza!  
¡Vano el encierro y soledad oscura!  
Los males de mi pecho no hallan cura,  
¡Jamás mi corazón tuvo mudanza!  
No dejará de amar hasta que expire,  
¡No dejará de arder hasta que muera!  
Y aunque a breñas y a yermos me retire,  
Conmigo llevaré mi pasión fiera.  
Si aborrecer pudiera  
Me juzgara infeliz, lo soy ahora  
Porque mi pecho adora;  
¡Y siempre lo seré!... mi aciaga suerte  
Al amor me condena,  
Y amor será mi muerte,  
Amor mi vida abrasa, y la envenena.

Él es, él es el bárbaro castigo  
De un infeliz que no conoce el crimen;  
Sus lazos son los grillos que me oprimen,  
No los cerrojos de mi oscuro abrigo,  
No, ¡mármoles sagrados, altos muros!  
Tal vez mi bien de vuestra guarda espero  
¡Oh! no me le neguéis, patios oscuros;  
Atended a mi acento lastimero.  
No entre vosotros quiero,  
Fantasmas de placer; no, de ilusiones  
Que cebéis mis pasiones;  
Corred tan sólo por mi mente un velo

De letárgico olvido,  
Y aquí hallaré consuelo;  
Aquí el reposo que lloré perdido.

Aquí de mi adorada los acentos;  
No me harán palpitar, ni sus miradas  
Sobre mis tristes ojos desmayadas  
Tendrán en suspensión mis movimientos.  
Vendrá a alumbrar mi calabozo el día.  
¡Y yo no la veré!... la noche helada  
Vendrá también, y entre su niebla umbría,  
Tampoco la veré; ni en mi morada,  
Contra mí reclinada,  
Podrá tocar mi labio enardecido  
La orla de su vestido;  
Ni exhalando en su seno mi tristeza,  
Posaré en su regazo  
Mi lánguida cabeza;  
¡Ni de su cuello penderá mi brazo!  
Y así borrada en mi cruel despecho  
Será su imagen, su recuerdo amante.  
Yo llegaré a no amar, vendrá un instante  
Que yerto quede, y sin amor mi pecho.  
¡Vendrá... pronto vendrá!... cuando me muera,  
Cuando al sepulcro baje ya vecino...  
Allá en su seno la quietud me espera;  
Allí te olvidaré. No; no imagino,  
Mi bien, otro destino  
Donde no pueda amarte; ni en la muerte  
¡Dejaré de quererte!  
Que ni desgracias, ni mi oscura vida,  
Ni mi injusto castigo  
Me privarán, querida,  
De verte siempre, y de vivir contigo.

¡Nunca! En vano se cubre mi morada  
De ciega oscuridad; en sus visiones  
Veo brillar tus ojos, tus facciones,  
Siento sonar tu voz enamorada  
Por estos patios lúgubres vagando  
En el silencio de la noche oscura.  
Siempre estás ante mí... siempre temblando  
¡De ti imploro el abrazo de ternura!  
Mi planta se apresura  
Por volar a tus pies. Mas... ¡sombra vana!  
Cada vez más lejana,  
Mi frenético anhelo no te alcanza;

Y delira, y te sigue,  
Y en trémula esperanza  
¡Cada vez más iluso te persigue!

Breve tal vez y turbulento sueño  
Reposo intenta dar a mis ardores;  
Pero entre sus fantásticos vapores  
Yo te busco, y te tengo, dulce dueño!  
Y torna al punto mi cruel desvelo,  
Y en hórrido delirio me levanto;  
Brilla la aurora; se ilumina el cielo,  
¡Mas mi ilusión no cesa, ni mi encanto!  
Ni el ardoroso llanto  
Su curso suspendió... ¡triste mañana!...  
La fúnebre campana  
Pulsa en mi corazón; pero sus sonos  
Al anunciar el día  
No alejan las visiones,  
De mi siempre anublada fantasía.

A todas horas sin cesar te veo;  
Siempre están palpitando tus acentos  
Sobre mi alma... ¡Todos los momentos,  
Mi vida toda... en adorarte empleo!  
Que mi vida es amar; mi pecho ardiente  
Mas no sabe ni quiere; ¡mas no espera!  
Mi deidad es amor (mi labio miente),  
¡Mi deidad eres tu!... Yo no existiera  
Si amor no sostuviera  
Esta máquina débil, en alimento  
Es la pasión que aliento;  
Y en el combate eterno en que batallo,  
Es mi sangrienta daga;  
La sola dicha que hallo,  
¡El único deleite que me embriaga!

¡Cuan puro este place naciera un día,  
Y que en breve mudó! Mi desventura  
Aquella aurora emponzoñó tan pura,  
¡Hoy ya suplicio de la vida mía!  
¡Tú... tú también mudaste, dulce dueño!  
Ya no es tu rostro el plácido semblante  
Dó lozano vigor brilló risueño,  
Cuando yo no cuidaba ser tu amante,  
Palidez devorante  
Marchita tus mejillas nacaradas;  
Tus célicas miradas

Salen allá de esos hundidos ojos...  
Tus labios son ruinas;  
Tus cabellos, despojos.  
¡Tú también al sepulcro te avecinas!

Pero nunca más gracias te hechizaron  
¡Nunca tan bella así me pareciste!  
¡Ama mi corazón todo lo triste!...  
Y esos los rayos son que me abrasaron.  
¡Pero... más triste yo! -Si se presenta  
En mis ardidos labios falsa risa,  
Es calma que presagia la tormenta,  
Como presagia el huracán la brisa;  
¡Oh mi Lina!... sumisa  
Tu nombre al pronunciar, la voz me falta  
Mi cabeza se exalta  
Sólo a tu idea... tiemblo al escucharte,  
Mi vista desvaría  
Atónita al mirarte,  
¡Y al asirte en mis brazos, moriría!

No... no es éste el amar de los mortales;  
No es este su querer pálido y frío...  
¡Es gozar, es morir!... ¡luz... desvarío!  
¡Gloria sin fin, tormentos infernales!  
-Ven a mí, dulce bien, tú mi consuelo,  
Y yo el tuyo seré; ¡y uno seremos!  
No en vano tan iguales nos dio el cielo  
El amor y el dolor, lazos extremos!  
Ven... los dos lloraremos:  
Yo enjugaré tus lágrimas ardientes,  
Con besos más fervientes.  
Tú sostendrás con plácidos abrazos  
Mi triste caimiento;  
Y si muero en tus brazos,  
¡Tuyo será mi postrimer aliento!

¡Imagen de placer! ¡Sombra perdida  
De un delicioso fin! ¡Sorda venganza  
Del Destino, ahogó en germen mi esperanza!  
Esperanza del bien... ¿dónde eres ida?  
Mas... ¡cuando esperé yo!...Días pasaron  
Que feliz pude ser -¡nunca lo he sido!  
¡Ay! ¡cuando más mis llamas se elevaron,  
Fue cuando el cielo decretó su olvido!  
¡Ay dulce bien querido!...  
No, ya no pido amor; guárdale pura

A quien con más ventura,  
(Si con menos amor) logarte pueda,  
¡Oh! ¡nunca merecerte!  
A mí sólo me queda  
¡Llorar, amarte... ambicionar la muerte!

En la muerte de un hermano niño  
¡Caro hermanito mío!  
¡Cómo el soplo ligero de tu vida  
Dejó tu cuerpo frío!  
¡Qué pronto fue abatida,  
La flor de tu existencia interrumpida!

¡Cuán breve cesó el lloro  
Que las primeras penas te arrancaron!  
¡Como al empíreo coro  
Tus lágrimas se alzaron,  
Y a las caricias nuestras te robaron!

Aún la undécima luna  
De tu vivir efímero duraba;  
Aún la vaga cuna  
Tu dormir arrullaba,  
Y el néctar maternal te alimentaba.

¡Cuál tu trémula mano  
Ya en cariñosa muestra se tendía!  
Ya jugueteón y ufano,  
La primera alegría  
En tu purpúreo labio sonreía.

Y ya tu informe acento,  
Por un plácido instinto, señalaba  
El rayo de contento,  
Que a tu labio asomaba  
Si el nombre maternal balbuceaba.

Bello cual la inocencia,  
En tus mejillas derramara Flora,  
Sus tintas y su esencia;  
Tu risa encantadora,  
Era como la risa de la aurora.

Dormías al arrullo  
De tu Madre, envidiada y envidiosa;  
Cual yace en su capullo  
El botón de la rosa,

Que mece el aura, de gozarle ansiosa.

Como un sutil aliento  
La encapotada muerte, introducida  
En súbito momento,  
A tu cuna querida,  
¡Vino a apagar la antorcha de tu vida!

¡Vano fue que en sus brazos  
El maternal cariño te estrechase!...  
Que en ansiosos abrazos  
Tu calor alentase,  
Y alma nueva en sus besos te inspirase.

Su llanto enardecido  
Sobre tus yertos miembros descendía;  
Con ardiente gemido  
Su pecho te oprimía...  
¡Y nueva vida al tuyo dar quería!

Tus ojuelos brillantes  
De una pálida nube se empañaron;  
Tus venas palpitantes  
Su curso retardaron,  
Y en inacción helada desmayaron!

La Parca destructora  
En tus lívidos labios ha tendido  
Su mano engañadora;  
Tu aliento fue oprimido,  
Y el color de tus rosas extinguido.

En tanto... Ángel airoso,  
Rápido de los cielos descendiendo,  
Con un beso amoroso  
Tu vida recogiendo,  
En sus labios a Dios la fue subiendo.

Tu espíritu divino  
Voló sobre la esfera refulgente;  
Y el cielo cristalino,  
En su primera fuente  
Recibió el soplo que animó tu mente.

Dejaste los mortales,  
Dejaste nuestro suelo de dolores;  
Dejaste nuestros males,

Y en eternos dulzores  
Trocaste nuestros duros amargores.

¿Quién sabe si la suerte  
Mil ásperas cadenas te forjaba?  
Para tu dura muerte,  
Si tal vez afilaba  
La más cruel saeta de su aljaba?

Acaso algún tirano  
En ti su torva saña esgrimiría;  
Tal vez luchando en vano,  
En desigual porfía  
Tu infelice vivir terminaría.

Tal vez de injusta guerra  
El odioso aparato te llevara  
A desolada tierra,  
Do tu vida acabara  
Lejos del seno de tu Patria cara.

En vano en los desiertos,  
Tu lánguido ayear repetirías;  
Con los brazos abiertos,  
En vano te alzarías,  
Y a tu mísero hermano llamarías

¡En cuán feliz instante  
Las miserias terrenas te dejaron!  
Pero aún tierno infante,  
Los dolores turbaron  
Ese corto vivir que te arrancaron.

Sin gustar los placeres  
Bajaste a los abismos del olvido,  
Continuos padeceres,  
Y continuo gemido...  
Lloro continuo tu vivir ha oído!

Pero no las pasiones  
En sus volcanes fieros te abrasaron;  
Ni en rebeldes facciones  
Tus deseos se alzaron,  
Y en pos de falsos bienes se afanaron.

Jamás las amarguras  
De los nombres más dulces conociste;

Ni en las mismas ternuras  
De la amistad, sentiste  
Cuanto pueda doler al alma triste!

Nunca tiernos abrazos  
Inflamarán el fuego de tus venas;  
Nunca en amantes lazos  
Sentirás duras penas,  
Ni el peso oprimidor de sus cadenas.

Ni de ambición sangrienta  
En carro atronador serás llevado;  
Ni la espada cruenta  
Penderá de tu lado.  
-¡Ay! duerme, duerme en sueño reposado!

En el dulce regazo,  
Tu alientose apagó dó se encendiera;  
Tu muerte fue un abrazo,  
¡Oh... feliz!... ¡quién muriera  
Tan dulcemente... sin cuidar que muera!

Breve sueño dormirte,  
¡Cuán lejos ¡ay de mí! y te ha amanecido!  
¡La vida transpusiste!...  
-Hermanito querido;  
¡Salí tras ti clamando... y eras ido!

Tiende a mí tus alitas  
Del seno del Señor, donde reposas...  
-Llévame adonde habitas;  
Enséñame eras cosas  
Que no oyó humano oído... ¡tan sabrosas!

De ellas siempre sediento  
Mi corazón está desque respira;  
Por ti serán mi aliento...  
El estro de mi lira,  
¡Y nueva vida que en mis venas gira!  
Junio 26 de 1829.

Al silencio  
Oda

Cuando mi alma embelesada canta  
Allá dentro del pecho extasiado,  
-Mi labio está callado,

Mi vista absorta, estática mi planta.  
Y sólo en triste giro  
Rompe el silencio con algún suspiro.

Mientras... la noche en negra colgadura  
Enluta el orbe; callan las praderas;  
En las solas riberas  
Apenas el Océano murmura;  
Y el silencio prosigue,  
Y mi anhelante corazón le sigue.

Las fúlgidas estrellar, centellean;  
Giran miles de globos por los cielos,  
En prolongados vuelos  
Los funestos cometas se pasean,  
¡Y todo calla!- en tanto...  
Cunde en silencio el tenebroso manto.

Temblorosa Diana se presenta  
El ámbar del rocío destilando,  
Huye y vuela callando;  
Llega la aurora y el silencio aumenta,  
Arde el sol encendido,  
Arde inmenso, y no se oye su ruido.

¡Salve, salve, silencio majestoso!  
¡Sigue, callando, tu eternal carrera,  
Mientras de esta ribera,  
Mirando al mar y al campo nebuloso,  
Solitario palpito...  
El ruidoso gozar no necesito.

¿Qué era un tiempo la grata melodía  
En el vergel umbroso resonando,  
Y el eco fiel y blando  
Que mi amor y mis penas repetía,  
Si, mientras más sonaba,  
Más mi pecho afligido se apenaba?

En este valle y fúnebres retiros  
Oí un día mil plácidos acentos,  
Amorosos lamentos,  
Cánticos tiernos, flébiles suspiros...  
Y del son regalado...  
¡Sólo un recuerdo ingrato me ha quedado!

Oí por las cabañas de esta orilla

Mil repetidas quejas elevarse;  
Al pastor lamentarse,  
Al pescador gritar de en barquilla,  
Y en sus alas el viento  
Prolongaba el tristísimo lamento.

Allá en las puertas de ciudad oscura  
Sólo tristes murmullos me aterraban;  
En derredor zumbaban  
Confusos gritos de maldad impura  
Con audacia funesta,  
Mientras callaba la virtud modesta.

El cavernoso abismo, de su seno  
Abortó los tiranos y la guerra!  
Gimió dó quier la tierra:  
Tembló la mar al pavoroso trueno,  
Y donde se mostraron,  
Allí la humanidad encadenaron.

No es mío, no, los ayes lastimeros  
Con que en los campos la miseria llora,  
Ni recordar ahora.  
Quiero vanos placeres pasajeros,  
No humeantes murallas,  
Ni el sangriento fragor de las batallas.

Que recostado en estas rocas quiero,  
Lejos huyendo el turbulento mundo,  
El silencio profundo  
De la noche abarcar; y el orbe entero,  
Cuan compasadamente  
Eterno marcha, contemplar mi mente.

Sí, cual oculta el remontado cielo,  
La sublime verdad en su tesoro,  
Así el placer que adoro  
Cubre su faz de silencioso velo;  
Y el que en su seno goza  
Mientras se oculta más, más se alboroz.

La noche, el mar, los cielos no acabados,  
Los campos y desiertos extendidos.  
Los ojos encendidos  
Dó prende amor en vuelos abrasados...  
Todo en silencio mueve...  
Y el alma mía en su quietud se embebe.

Y como alguna vez ruge el Tonante  
Con sorda tempestad, porque más puro  
Brille el etéreo muro;  
O cual se opone al triste caminante  
Desierto inanimado  
Porque más goce en el vergel cuidado;

Así exhala natura breve acento,  
Que más vivo el silencio resucita;  
Más amante palpita  
El corazón en fatigado aliento,  
Y de variar gustoso,  
Torna más dulce al plácido reposo.  
Tal de noche las aguas sonoras  
Se oyen bramar, retiemblan las montañas;  
De sus hondas entrañas  
Lanza el abismo voces temerosas;  
Y otra vez se adormecen,  
Y los lúgubres ecos enmudecen.

Mientras, suspira el viento en la floresta,  
El río se desliza murmurando;  
La fiera vagueando  
Lanza por las tinieblas voz funesta;  
Se queja Filomena...  
Y mi amada tal vez llora su pena.

Sí, mi amada, mi bien, mi dulce Lina  
A mí se acerca, y mudos nos hablamos;  
En silencio gozamos,  
Y mi frente en su seno se reclina;  
Nuestros pechos se oprimen,  
Y nuestros labios ¡ay! aman y gimen.

Gimen, sí, gimen: el sollozo ardiente  
En que el seno agitado al fin prorrumpe.  
Mi placer no interrumpe;  
Más extasía la embargada mente;  
Y cuanto más suspira  
Más, en silencio, el corazón delira.

Así, cuando mi alma se arrebata  
Contemplando en las tumbas silenciosas  
Las sombras pavorosas  
Que animadas mi mente se retrata,  
Cuando la visión crece,

Al compás, la ilusión se desvanece.

Torno al silencio, los contentos míos,  
El blando lloro, el meditar sereno,  
Hallo sólo en su seno;  
Y la pasión, los ciegos desvaríos,  
La razón que los calma:  
¡Salve, oh silencio... bálsamo del alma!  
Enero 7 de 1829.

### Segundo período: Juventud

#### Una voz

Yo conozco esa voz, a su sonido  
Todo mi ser se estremeció temblando;  
Hela subir cual bélico alarido,  
A los cielos mi muerte demandando.

Conozco ya esa voz, un tiempo ufana  
La señal dio de paz y de alegría.  
Hoy retumba, cual lúgubre campana,  
Que en alta noche anuncia la agonía.

La oyó mi corazón la vez primera,  
Y entre aromas y púrpura sonaba.  
Fue el céfiro vital de primavera,  
Y «amor, amor»... su acento pronunciaba.

Ahora se eleva de una tumba oscura;  
Nube la sigue de terror secreto;  
Aún pronuncia aquel nombre de ternura  
Pero es quien le pronuncia... un esqueleto!

Agigantado, aéreo, luminoso,  
Véole alzar la vengadora frente;  
Lánzame ese gemido doloroso,  
Y se hunde entre las sombras de repente.

Dó quier que vuelvo mi aterrada planta,  
Allí me sigue, inseparable sombra;  
A cada paso airada se levanta  
Mi nombre dice, y otro ser me nombra.

Oigola entre la espuma del torrente  
Oigola en el bramar del torbellino;  
En el sordo murmullo de la fuente,  
En el tronar del piélago marino.

Ya, como aterrador remordimiento,  
Mi sueño torna en convulsión inquieta  
Ya despierto a en estrépito violento,  
Cual si escuchara la final trompeta;

Ya del placer el desmayado instante  
Con bárbara ficción remedar quiere;  
Ya en resuello profundo, agonizante,  
Imita las congojas de quien muere!...

De quien murió...; Gran Dios!... de quien me llama,  
De quien me emplaza a su desierto asilo;  
De ese tremendo ser que me reclama;  
Que ni en la tumba me miró tranquilo!

Obedézcote ya, voz misteriosa;  
Héme sumiso a ti, como en la vida;  
Heme postrado ante la yerta losa;  
Ve tu incesante petición cumplida!

A pasar van, cual tu vivir amargo,  
Los lentos días de mi amargo duelo.  
Y será más profundo mi letargo;  
Que mi tumba también será de hielo.

De ti quedó un recuerdo de hermosura,  
De ti la sombra que implacable miro;  
De ti esa voz de muerte y de ternura,  
Ese que vaga, universal suspiro.

De mi existencia oscura, solitaria,  
No quedará ni voz, ni sombra leve;  
No habrá en mi losa funeral plegaria,  
Nadie que un ¡ay! por mi memoria eleve.

A nadie llamaré; ni quien se asombre  
Habrá en el mundo a mi nocturno acento;  
Ni, como el tuyo, mi olvidado nombre  
Eco será jamás de un pensamiento.

La mariposa negra

Borraba ya del pensamiento mío  
De la tristeza el importuno ceño;  
Dulce era mi vivir, dulce mi sueño,  
Dulce mi despertar.

Ya en mi pecho era lóbrego vacío  
El que un tiempo rugió volcán ardiente;  
Ya no pasaban negras por mi frente  
Nubes que hacen llorar.

Era una noche azul, serena, clara,  
Que embebecido en plácido desvelo,  
Alcé los ojos en tributo al Cielo,  
De tierna gratitud.

Mas ¡ay! que apenas lánguido se alzara  
Este mirar de eterna desventura,  
Turbarse vi la lívida blancura  
De la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda,  
Cruzar siento en zumbido revolante,  
Y con nubloso vértigo incesante  
A mi vista girar.

Cubrió la luz incierta, moribunda,  
Con alas de vapor, informe objeto,  
Cubrió mi corazón terror secreto  
Que no puedo calmar.

No, como un tiempo, colosal quimera  
Mi atónita atención amedrentaba;  
Mis oídos profundo no aterraba  
Acento de pavor:

Que fue la aparición vaga y ligera;  
Leve la sombra aérea y nebulosa;  
Que fue sólo una negra mariposa  
Volando en derredor.

No cual suele, fijó su giro errante  
La antorcha que alumbraba mi desvelo;  
De su siniestro misterioso vuelo  
La luz no era el imán.

¡Ay! que sólo el fulgor agonizante  
En mis lánguidos ojos abatidos,  
Ser creí de sus giros repetidos  
Secreto talismán.

Lo creo, sí... que a mi agitada suerte  
Su extraña aparición no será en vano.

Desde la noche de ese infausto arcano,  
¡Ay Dios!... aún no dormí.  
¿Anunciaráme próxima la muerte?  
¿O es más negro su vuelo repentino?...  
¡Ella trae un mensaje del Destino!...  
Yo... ¡no le comprendí!

Ya no aparece sólo entre las sombras;  
Dó quier me envuelve su funesto giro;  
A cada instante sobre mí la miro  
Mil círculos trazar.  
Del campo entre las plácidas alfombras,  
Del bosque entre el ramaje la contemplo  
Y hasta bajo las bóvedas del templo...  
Y ante el sagrado altar.

«Para calmar mi frenesí secreto  
Cesa un instante, negra mariposa:  
Tus leves alas en mi frente posa;  
Tal vez me aquietarás...»  
Mas redoblando su girar inquieto  
Huye, y parece que a mi voz se aleja,  
Y revuelve, y me sigue, y no me deja...  
¡Ni se para jamás!

A veces creo que un sepulcro amado  
Lanzó, bajo esta larva aterradora,  
El espíritu errante, que aún adora  
Mi yerto corazón.  
Y una vez ¡ay! extático y helado,  
La vi, la vi... creciendo de repente,  
Mágica desplegar sobre mi frente  
Nueva transformación.

Vi tenderse sus alas como un velo,  
Sobre un cuerpo fantástico colgadas,  
En rozagante túnica trocadas,  
Só un manto funeral.  
Y el lúgubre zumbido de su vuelo,  
Trocóse en voz profunda melodiosa,  
Y trocóse la negra mariposa  
En Genio celestial.

Cual sobre estatua de ébano luciente  
Un rostro se alza en ademán sublime,  
Dó en pálido marfil su sello imprime  
Sobrehumano dolor;

Y de sus ojos el brillar ardiente,  
Fósforo de visión, fuego del cielo,  
Hiere en el alma... como hiere el vuelo  
Del rayo vengador!

«Un momento ¡gran Dios!» mis brazos yertos  
Desesperado la tendí gritando:  
«¡Ven de una vez!, la dije sollozando,  
¡Ven y me matarás!»  
Mas ¡ay! que, cual las sombras de los muertos,  
Sus formas vanas a mi voz retira,  
Y de nuevo circula y zumba y gira...  
Y no para jamás...

¿Qué potencia infernal mi mente altera?  
¿De dónde viene esta visión pasmosa?  
Ese genio... esa negra mariposa,  
¿Qué es?... ¿Qué quiere de mí?...  
En vano llamo a mi ilusión, quimera;  
No hay más verdad que la ilusión del alma:  
Verdad fue mi quietud, mi paz, mi calma...  
Verdad... que ya perdí!

Por ocultos resortes agitado  
Vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente,  
Y mi canto otra vez vuela y mi mente  
A esa extraña región,  
Dó sobre el cráter de un abismo helado.  
Las nieves del volcán se derritieron...  
Al fuego que ligeras encendieron  
Dos alas de crespón.  
1834.

#### Su mirar

Pasó... no era mujer!... era mi sueño  
Que el aura del crepúsculo mecía:  
El ángel era que forjó en su empeño  
De amor mi fantasía.

Aérea, alada, leve, transparente  
Volar la vi sobre la verde alfombra,  
Como pasa un celaje de occidente,  
Como vaga una sombra.

Azul ropaje celestial vestía,  
Y alas de gasa el serafín radiante:

Era la luz, el aire, la armonía...  
Y un pálido semblante.

Yo no vi en él lo que otro tiempo viera  
En la espléndida faz de la hermosura,  
Cuando a mi pecho fulminar sintiera  
Su llama ardiente, dura.

No era un mirar sobre la faz del mundo;  
No era un mirar de la terrestre vida:  
Hundiérase del cielo en lo profundo  
Su mirada perdida.

Allá, en un punto, en la insondable esfera  
Misteriosa lanzábase y lejana,  
Que ni alcanzar ni comprender pudiera  
Otra mirada humana.

I desde sus incógnitas regiones  
En mágico reflejo a mí volvía,  
Y de ella en torno un mundo de ilusiones  
Fantástico nacía...

¡Ilusiones! ¡ay!... pasaron  
Como ráfaga encendida.  
Que del árbol de la vida  
hoja y flores abrasaron.

Mi alma las alas plegó  
De su vagaroso vuelo;  
Y en el abismo de hielo  
De la realidad cayó.

Faltó la tierra a mis pies  
En aquel seno profundo;  
Faltó a mis ojos el mundo...  
Que una ilusión sólo es.

Faltó el misterioso afán  
Que me encumbraba a la esfera;  
Faltó el norte a mi carrera,  
Y a mi brújula el imán.

Llevarle pude quietud  
A mi solitaria calma,  
Y era... la vejez de un alma  
Que perdió amor y virtud!...

Rayo, aquel mirar divino  
A mi abismo descendió  
En busca de mi destino;  
Y a su fulgor repentino  
Mi espíritu despertó.

Volvió la vida a latir,  
Volvió el alma a delirar;  
Volvió el ardor de sentir;  
Y el infierno de vivir...  
Y el paraíso de amar

Y esa mirada angelical, sublime.  
Marcado lleva el sello del dolor:  
Es el mirar de un serafín que gime,  
Y pide a Dios un rayo de su amor.

Simbólico mirar, que transparenta  
So un espíritu puro, virginal,  
El ansia vaga, de llorar sedienta,  
De la pasión primera de un mortal.

Mirar, que eleva eterna una plegaria  
Al que a la dura tierra le arrojó,  
Y en su aflicción profunda, solitaria,  
A los cielos demanda -«¿Y quién soy yo...

»Que de orfandad, misterios y amargura  
Aparición fatídica me hallé?  
Arrojada en el mundo a la ventura,  
Ajena compasión mi madre fue.

»De mi expósita cuna los vagidos  
No arrulló nunca el gremio maternal;  
Ni en su ósculo inefable recogidos  
Los sollozos sentí de mi natal.

«Pasó una noche, y despertó una aurora:  
Flor arrojada a un arenal me vi.  
Dónde está mi jardín el cielo ignora,  
Y el árbol bello a que arrancada fui!»

¡Ay! de esa soledad la historia triste  
En tu pálida frente adiviné.  
La lágrima primera que vertiste,  
Como esmalte en tus párpados se ve.

Y allá buscan la imagen de consuelo  
Que el mundo les negara sin piedad.  
Bájalos ¡ay!... que no la tiene el cielo  
Sobre otro ser de amor y soledad.

¡Bájalos!... heme aquí, triste hermosura.  
Que mi destino en su mirar leí.  
Yo también he bajado de esa altura:  
¡Ángel!... para adoraros ¡hedme aquí!

¡Aquí... del mando a la puerta!...  
Y no llaméis; que en su encono  
No ofrece a vuestro abandono  
Ni un lecho en que reposar.

Tomad la ruta desierta  
De un corazón que os adora.  
Y que os promete, señora,  
Un culto, un templo, un altar.

¡Oh mi deidad!... que yo hiciera  
Un sagrario a tu hermosura  
Dó alumbrara sola y pura  
Tu celeste brillantez.

Ni a esa túnica ligera  
Tocara el borde mi mano,  
Ni empañara aliento humano  
El esmalte de esa tez.

Allí sí que al térreo manto  
Rasgara tu vista el velo,  
Pura remontando al cielo  
Tu mirada virginal.

Mientras en transporte santo  
Yo a tus plantas noche y día,  
Extático besaría  
Tu dorado pedestal.

Y si una vez, de tu altura  
Descendiendo vagamente,  
Tu mirar sobre mi frente  
Dejarás blando caer,

Ese rayo de ventura  
Rayo a mi existencia fuera;  
Y al éxtasis sucumbiera  
¡De amor, de gloria y placer!...

Era sueño... ¡pasó!... ronca zumbando  
La voz del mundo resonó en mi oído,  
Y a tu nombre, en sus ecos repetido.  
Con pavor desperté.

-«He allí tu aparición, dijo gritando  
Por mi mano y mi voz desencantada:  
Hela allí; no es tu huérfana, tu Fada.  
Ni el ángel de tu fe.

»Qué antiguas glorias su blasón retrata:  
»Lleva en la tierra un nombre de grandeza,  
Y esa frente de luz y de belleza  
Áurea diadema orló.

»Espléndida carroza la arrebata,  
Magnífico palacio le da sombra,  
Y la Fortuna su dorada alfombra  
A sus plantas tendió.»

¡Maldición sobre ti, mundo celoso,  
Que el ángel de mis sueños me robaste;  
Que su esplendor diáfano eclipsaste  
Con tu brillo infernal.

Maldición! que a en vuelo vagaroso  
Las seráficas alas detuviste,  
Y el talismán fantástico rompiste  
De mi amor inmortal.

Y tú, visión de luz, ¿a qué del suelo  
Por la pompa trocaste y los placeres  
El cielo azul de los etéreos seres,  
Y el trono de zafir?

Yo siguiera a tu espíritu en su vuelo,  
Yo siguiera tu mente hasta las nubes...  
Y esa carroza, dó brillante subes,  
¡No la puedo seguir!

Mas aun cruza relámpago el espacio  
Ese mirar, y a lo infinito vuela;

Y aun a mi triste despertar revela  
La deidad que soñé.

Ni en las bóvedas anchas de un palacio  
Cabrá lo que abarcar no puede el mundo,  
Ni el sentimiento comprimir profundo  
Que yo te consagre.

Que en vano esos salones recorriendo  
Buscará esa mirada indagadora  
Dó el espíritu vive que os adora.  
Que sentís, que no veis...

¡Sentid, y no veáis!... y bien ardiendo  
Pase ante vos el soplo que respira.  
No queráis ver los ojos con que os mira;...  
Sentid... y no miréis!

Que negro ante estos ojos hay un velo,  
Y verás sobre mí desde tu altura  
Nube de polvo circundarme oscura,  
Y alzarse entre los dos.

¡Ay!... Mira siempre vagarosa al cielo,  
Y pura allí, sin nube y sin grandeza,  
Tú verás mi pasión; yo... tu belleza  
¡En el seno de Dios!

A S. M. La Reina gobernadora,  
Doña María Cristina de Borbón  
en el acto de jurar la Constitución de 1837.

¡Bendición sobre ti, Reina adorada;  
Sobre ti bendición, y paz y gloria,  
Hoy que al amor de un pueblo consagrada  
Juras su ley, proclamas su victoria!

Bendición sobre el solio dó se asienta  
El poder, la inocencia y la hermosura.  
El pueblo que hoy su pacto te presenta,  
También del Trono la victoria jura.

Sólo ante ti, magnánima heroína  
Puede elevar tan sacro juramento,  
Sólo por ti merecerá, Cristina.  
Que le acepte propicio el firmamento.

Que en el cerco de nubes que ennegrece

El horizonte de la patria oscuro,  
Sólo eres tú la luz que resplandece,  
Sólo es tu trono inmaculado y puro...

En la confusa oscuridad luchando,  
Su pendón tus guerreros ya no vían,  
Y por lanzarse al enemigo bando.  
Ciegos las armas contra sí volvían.

El contrario aplaudió; su risa impura  
Sonó en su campo cual rugir de fiera;  
A raya tuvo el libre su bravura  
Y gritó en alta voz: «¡Una bandera!»

Y esa bandera que buscaba en vano  
Espléndida, radiante, inmaculada.  
Esa bandera tremoló en tu mano...  
¡Bendición sobre ti, Reina adorada!

Ese estandarte nuevo, refulgente,  
En santa unión nos lleve a la pelea,  
Y cuando al torvo despotismo ahuyente  
¡Iris de paz y de bonanza sea!

Que en su fondo, a tu nombre entrelazadas,  
Simétricos ostenten sus colores  
Divisas, en mal hora separadas.  
Unidas ya, como en guirnalda, flores.

Si es de un sólo matiz lúgubre, oscuro  
Del fanatismo el pabellón de muerte,  
¿Pensáis que el paño de la tumba impuro  
Sea emblema de unión durable y fuerte?

¡Ah! no hace mucho que humillar al Sena  
Quiso el blanco pendón de sus señores;  
Miradle roto en extranjera arena,  
¡Al mágico brillar de tres colores!

Dos colores también, y el de tu manto.  
Orlan las libertades españolas;  
Mas uno es ya su lazo sacrosanto.  
Una la enseña que a en faz tremolas.

Alzala, oh Reina, en tu gloriosa mano.  
Vedla, pueblos de Europa: ¡es ella, es ella!  
Esa es la libertad del pueblo hispano:

¿Quién de vosotros la miro tan bella?

¡La libertad!... Horrorizado el mundo,  
Creyóla un tiempo del puñal armada,  
Coronada la sien de gorro inmundo,  
Sobre regios cadáveres sentada.

O el martillo del Cíclope en su mano,  
A polvo reduciendo las ciudades,  
Alzando el grito de su triunfo insano  
Sobre desamparadas soledades.

En alas de visión más venturosa  
La ve España bajar sobre su suelo,  
Pura, fecunda, celestial, gloriosa,  
Como al hombre en amor la ha dado el cielo.

La ve con la diadema en su cabeza.  
Subir contigo al soberano asiento,  
Y las, formas tomar de tu belleza,  
Y pronunciar tu sacro juramento.

La ve dorar las alas refulgentes  
Del Ángel Regio que a tu lado brilla.  
Y al cielo alzar sus manos inocentes,  
Que también piden paz para Castilla.

La ve... y ahoga el llanto de ternura  
La voz con un tu nombre victorea,  
Y al nombre augusto que tu labio jura,  
Con lágrimas responde: «¡Eterno sea!»

Y cuando alzas sublime al firmamento.  
Confirmando tu voto, una mirada,  
¡Bendición, bendición... murmura el viento,  
Bendición sobre ti, Reina adorada!

La mano fría  
Breve fue y robado instante  
A la amarga inquieta vida,  
En que el ánima rendida  
Rindió los miembros también.  
Eran horas de alta noche,  
Y en mi solitario lecho  
Posaba tranquilo el pecho,  
Lenta pulsando la sien.

Cuando súbito en el sueño  
Vibró el cuerpo estremecido,  
Y taladrando mi oído,  
Grito de muerte sentí:

Desperté, tendí con ansia  
Los yertos brazos al viento,  
Contuve tardo el aliento,  
Miré en torno... ¡y nada vi!

Todo era silencio y sombras,  
Todo oscuridad y calma;  
Sólo el reposo del alma  
Despareciera fugaz.

Que ella, que sin lumbre mira  
Percibió negro y secreto  
Más que la noche, el objeto,  
Que a ahuyentar vino su paz.

Y en breve sentí arrastrarse.  
Como en la yerba un gusano,  
Áspera y fría una mano,  
Que por mis miembros trepó.

Una mano férrea. dura.  
Una mano sola, helada...  
Cual de un muerto despegada...  
¡Que en mi frente se posó!

Posó: cual monte de hielo  
Su enorme peso oprimía,  
Sin dejarle a mi agonía  
Ni un ¡ay! de espanto lanzar.

Porque en mis labios su dedo  
Sentí cual férrea mordaza,  
Que su sello de amenaza.  
Imprimió muda al pasar.

¡Y pasó! pasó la noche,  
Y el sueño, y la helada mano...  
Y a la aurora esperé en vano  
Que disipara mi horror.

Que horrible, más que las sombras,  
Su negra faz mostró el día...  
Todo mudado se había  
¡De mi vista en derredor!

Radiante no brilló el mundo.  
Ni iluminado el espacio,

Ni su disco de topacio  
Trémulo ostentaba el sol.  
Ni del pabellón pendían  
De un cielo desmantelado,  
Nubes de gasa y brocado  
Recamadas de arrebol.

Trocara en árido polvo  
Su esmeralda la pradera;  
En negros paños la esfera  
Su abrigado turquí.  
Y ante un sol descolorido,  
Sobre una tierra desierta...  
La naturaleza muerta...  
¡Muerta la vida creí!

Tantas voces que armonía  
Daban, y concierto al mundo,  
Callaban en lo profundo  
De medrosa soledad.  
O sueltas a un tiempo, el caos  
Lanzaba al mundo aturdido,  
En ráfagas, el ruido  
De su eterna tempestad.

Y vía cruzar los hombres,  
Al azar, graves o inquietos,  
Ora errantes esqueletos  
Sin espíritu ni voz,  
Ora fantasmas siniestros,  
Derramando en su mirada,  
Fuego el alma depravada,  
Sangre el corazón feroz.

Busqué entonces con recelo  
En la universal negrura,  
Una forma de hermosura,  
Un destello de beldad.  
En vano ¡ay Dios!... que el conjuro  
De aquella noche de espanto,  
De la belleza el encanto  
Robó también sin piedad.

Y vi inmóviles y mudos  
Los semblantes de las bellas;  
Apagadas sus centellas,  
Sus pupilas sin lucir.

Las vi, desecadas momias,  
Yertas pasando a mi lado,  
Su labio frío y cerrado,  
Y mi seno sin latir.

Sí, que como centro horrible  
De aquel mundo en esqueleto,  
Sin calor quedara y quieto.  
Cadáver, mi corazón.

Y la mano que en mi frente  
Sus dedos selló pasando,  
Se fijara en él, pesando  
Con perenne compresión.

¡Ay!... ¿Qué mano, santo cielo,  
Qué mano fue vengadora,  
La que con magia traidora  
Transformó el mundo, o mi ser?

¿Era la mano del Tiempo,  
Por dedos sus desengaños?  
No... no brillara veinte años  
El sol desde mi nacer.

¿Era la mano de mármol  
De emboscada muerte oscura,  
Abriendo la sepultura  
De una existencia veloz;

Asiéndome con la rabia  
De implacable odio tirano;  
Que al fin fiaba a una mano  
Lo que no pudo una voz?...

No, que un día, en mis dolores,  
Vino la Parca a mi lecho,  
Y cruzadas en mi pecho  
Sus leves manos sentí.

Y eran manos perfumadas,  
Suavísimas, deliciosas,  
Que festonaban de romas  
Una tumba que perdí.

¿Fue acaso del Infortunio  
Esa mano... o del Destino?  
¿Del cielo enojada vino,  
O de la infernal región?

No... que al orgullo del hombre  
Sorprendí el horrible arcano...

De que era la helada mano...  
¡La mano de la Razón!

A un ángel caído  
Fragmentos

Helos allí postrados por el suelo.  
Desde el trono esplendente en que brillaron:  
Genios de eterna luz los creó el cielo,  
Y genios de tinieblas se tornaron.

He allí esa frente, más que el sol, radiante,  
Que llevar pudo estrellas por guirnalda,  
Cuando entre nubes de oro y de diamante  
Desplegaban sus alas de esmeralda.

Su voz sonaba, y al hosanna eterno  
Se inundaban los cielos de armonía;  
Su vuelo alzando, hasta el remoto infierno  
Luminosa su huella se extendía...

Pero intentó su vanidad demente  
El poder igualar que los creara,  
Quiso, alzando sus ondas, el torrente  
La montaña inundar de dó bajara;

Y la montaña le tragó en su seno,  
Só el gran poder cine al universo abruma.  
Y a los abismos, convertida en cieno.  
Fue su brillante vanidosa espuma.

A los abismos ¡ay! dó abrió su planta  
Vasto sepulcro a su impotente crimen.  
Dó en vano su soberbia se levanta,  
Con los hierros luchando que la oprimen.

Ya es su voz el bramar de la tormenta;  
Su resuello feroz, los huracanes;  
Que alguna vez abrasador revienta  
Con espantoso estrépito en volcanes...

¡Eso, y no más!... les queda de la gloria  
Que deslumbraba en la terrestre esfera,  
El despecho infernal de su memoria...  
¡Y el resplandor de la infernal hoguera!

Y ellos... que para amar fueron nacidos

Con el amor de un Dios alimentados.  
Helos sin fin... de Dios aborrecidos,  
¡A odiar y a maldecirse condenados!

Pero tal vez no todos la sentencia  
De no amar, y el tormento merecieron;  
Pudo mirar la celestial clemencia  
Que, espíritus de amor, no le perdieron.

Pudo ser que en las huestes celestiales  
Débiles almas ¡ay! también se hallaran,  
Que, sin ceder al crimen, criminales,  
Siguiesen a otros ángeles que amaran.

Pudo ser que el rebelde sentimiento,  
De el yugo sacudir de criatura  
Fuese en alguno el generoso intento  
De dar vida a otros seres y ventura.

Y pudo ser que la justicia eterna,  
Al sumergir la turba maldecida,  
De una mirada perdonase tierra,  
A esos tristes espíritus, la vida.

«Vivid, les dijo, en la mansión del hombre,  
De su dolor al yugo uncid la frente,  
Llevad su carne mísera y su nombre,  
Prisión de un alma de ángel penitente.

»Pasad sobre su valle de dolores.  
Largo destierro y siglos de quebranto;  
Pues pecasteis de amor, de sus amores  
Probad tan sólo el afanoso llanto.

»Y si del rayo que encendió el infierno  
Sólo os hirió al pasar leve centella,  
En amenaza de un suplicio eterno  
Guarde vuestro interior su eterna huella,

»Y guarde a un tiempo el éxtasis del cielo,  
Y el arranque inmortal de su grandeza.  
Pero... ¡sin alas para alzar el vuelo.  
Sobre el nivel de la mortal flaqueza.

»El mundo no comprenda vuestra lucha,  
A vuestro llanto... estúpido se ría;  
Y a vuestra voz responda, si la escucha,

Con gritos de sarcasmo y de alegría.

»Mas apurando el cáliz de los males,  
Séaos consuelo, en el dolor sumidos,  
que otros serán los genios infernales;  
Vosotros sed... los ángeles caídos!...»

Y desde entonces se ven  
Sobre el suelo peregrinos,  
Esos seres, que la sien  
Doblan con triste desdén  
A los humanos Destinos.

Extrañas apariciones  
Que, perdidas e ignoradas,  
Cruzan las generaciones,  
Cual cruzan nobles pasiones  
Por las almas degradadas.

Que el mundo no las comprende,  
Porque a su altura no llega,  
Y su grandeza le ofende;  
Que humilla lo que sorprende;  
¡Y lo que deslumbra... ciega!...

Así los vemos pasar  
Solitarios e infelices,  
De otros seres a la par.  
Sin huellas y sin raíces.  
Como barcos por el mar.

Ni para su rumbo hay puerto,  
Ni para su noche hay polo;  
Y en el Océano incierto,  
Como fiera del desierto,  
Por marchar... ¡marchan tan sólo!...

Para cumplir su destino,  
Para ceder a su afán...  
Sin curar que en su camino  
Los envuelva el torbellino,  
¡O los lleve el huracán!

Y si compasivo el cielo  
Con la raza que los ve,  
Libre les deja en vuelo  
Porque avasallado el suelo

Se postre humilde a su pie,

Y en sus marmóreos anales  
Graba entonces la memoria  
Esos nombres colocalés,  
Que se alzan como fanales  
En la noche de la historia.

Ellos oscuros están,  
Mientras en torno iluminan,  
Como el cráter de un volcán,  
Cuyo seno ardientes minan  
Hondos abismos de afán.

Y en la cumbre en que se admiran.  
Y en el templo en que se adoran.  
Ni aire de placer respiran,  
Ni hallan eco si suspiran...  
¡Ni lágrimas cuando lloran!

Por eso raudo el solitario vuelo  
De su vivir apuran;  
Por eso surcan como el rayo el cielo...  
Y como el rayo duran.

Por eso eterno torbellino agitan  
Con sus formas inquietas,  
O el fantástico mundo sólo habitan  
De amantes y poetas.

Como un canto sublime,  
El misterioso lúgubre lamento  
De una deidad que gime.

Y por eso tal vez pasa fecundo  
De amargura y dolores  
Algún ser, que portento admira el mundo  
De hermosura y de amores...

Hélos allí que aparecen  
En la forma aérea y vaga  
De una fantástica Maga,  
De una Fada, o de una Hurí.

Cree el hombre que amor le traen  
En su pupila de estrellas,  
Y desciende el rayo en ellas,

Y en vez de amor... frenesí.

Que entonces nacen ardientes,  
Horribles... esas pasiones  
Que a mortales corazones  
Piadoso el cielo negó.

Y a vueltas de esa belleza,  
Reflejo del sol eterno,  
Se oculta el ardor de infierno,  
Que sus alas abrasó.

Aún queda a su triste noche  
Luz de aurora en el semblante,  
Y en sus ojos de diamante  
Fascina la brillantez;

Queda en sus labios perfume  
De celestial ambrosía,  
Y ese acento de armonía,  
Que aún llega al cielo tal vez...

Mas si al acento atraídos,  
Si de esa luz fascinados,  
Mortales desventurados,  
Osáis su aliento aspirar,

Veréis cual se torna en llama  
Que inextinguible os devora;  
Y al sentirlos en mal hora  
Arder... ¡creeréis que es amar!

¡Ay!... no es amar el suplicio  
De ese convulsar inquieto,  
De ese anhelar sin objeto,  
¡Sin horizonte... ni fin!

De esos deseos sin nombre,  
Que aborta el alma abrasada  
En la órbita arrebatada  
Del alma de un serafín.

¡Ay!... no es el amor del mundo,  
Flor de la vida del alma,  
Con su transporte, su calma,  
Su esperanza y galardón,

Con sus lánguidos suspiros,  
Y su llanto de alegría,  
Con sus besos de ambrosía;  
Su placer y su ilusión.

No es ese lazo de rosas  
De dos almas que se hallaron  
Juntas, cuando despertaron,  
Su juventud al nacer;

Y antes de seguir el curso  
De esta vida de tormento  
Sacrifican un momento  
Sobre el altar del placer.

No: de esos seres extraños  
No hay lazos, placer, ni flores;  
Ni caricias, ni favores,  
Ni un suspiro... ¡ni un mirar!

Altar sí, dó en sacrificio  
Se da al ángel que se adora  
El llanto, que eterno llora  
Quien le vio una vez pasar...

¡Ay! tú cruzaste, hermosa, ante mis ojos;  
Yo vi en tu frente escrita mi pasión,  
Y como un reo me postré de hinojos...  
Para oír mi sentencia y maldición.

Hirióme el rayo que esquivé en el suelo,  
Cuando, presa de ciega vanidad,  
Pedí un objeto para amar al cielo,  
Pedí, para un mortal... ¡una deidad!

Yo desdeñé también rebelde, ingrato,  
La triste condición en que nací;  
Mil corazones rechacé insensato,  
Mil plegarias amantes desoí.

Era una sed que no aplacó la fuente,  
Buscó el raudal que por el monte va;  
He allí que pasa indómito el torrete.  
¡Y sin templar mi sed, me ahogará!

He allí que cruza su mirar de fuego  
Bajo un rostro de tibia palidez;

Y al yo mirarla... convertirse luego,  
Mudo mármol, sus ojos y su tez...

Ni una voz, ni un acento, ni un suspiro...  
¡Ni un leve pensamiento para mí!  
Ni el anhelo mirar con que le miro,  
¡Ni la vida aceptar que le rendí!

¡Ay! si era mi existencia sola, oscura,  
¿De qué me sirve tu funesta luz?  
Antorcha de una negra sepultura,  
Déjala con su noche y con su cruz,

¿A qué viniste a perturbar mi sueño.  
Blanco fantasma, y mi profunda paz  
¿A qué arrancaste el tétrico beleño  
Que circundaba lívido mi faz?

Era triste, era horrible, era la muerte...  
¡En yerta postración, mi juventud!  
Tú pasaste a mi lado, y para verte  
Débil me levanté del ataúd.

Tú venías del cielo... yo te amaba;  
Creí que me mirabas... ¡te adoré!  
Sentí correr mi sangre, ¡y era lava!  
Y «¡esto sí que es morir!» triste clamé.

Porque al punto ligeras más que el viento  
Tus alas te llevaron más allá...  
Y en vano, en convulsivo movimiento,  
¡Mi espíritu infeliz te sigue ya!

Porque en vano delicias de otra esfera  
Soñé al mirar tu aérea aparición;  
Y realizada la fatal quimera  
Que en mal hora abortó mi corazón...

«¡No soy más que un mortal!» vano mi acento  
Con plegaria de amor te dirigí,  
«¡No soy más que un mortal!...» y el firmamento,  
Otros ángeles tiene para ti.

Y para mí... ¿qué guarda? El mundo, el cielo,  
¿Qué son ya para un ser que odian los dos?  
Cuando me niega su quietud el suelo,  
Y ángeles de dolor me envía Dios?

¿Queda tal vez oculto algún abismo,  
De su destino incógnito a cumplir?  
¿Seré tal vez espíritu yo mismo,  
Condenado, como ellos, a vivir?

¡Ay!... ¡Si en mi noche esta esperanza fuera  
Crepúsculo de bien y de verdad!  
¡Si ese ángel su mirada detuviera  
Un momento en mis ojos, por piedad!...

¡Si cruzando sus manos en mi pecho,  
Temblaran, al pulsar del corazón!  
¡Si reposando en mi abrasado lecho,  
Viera de tanto ardor la abnegación!

Tal vez entonces, ángel destronado,  
¡Descendiera un recuerdo sobre ti!  
Y ¡ay!... -¿eres tú?, clamaras-, ¡desgraciado!  
El ser de amor que con mi amor perdí.

¿Eres tú el que yo busco? Y ceñiría  
Mi cuello con su abrazo celestial;  
Y entonces ¡ángel mío!... moriría...  
¡Mísero ser!... ¡no soy más que un mortal!

Un mezquino mortal que sufre y llora  
Luchando con el mundo en que nació;  
Un mortal que a los ángeles adora,  
Porque en el mundo qué adorar no halló.

Un corazón perdido en el desierto,  
Dó viento al horizonte una beldad,  
Al llegar a sus pies rendido y muerto,  
Ya no le pidió amor... ¡sino piedad!

¡Y ni piedad, ni amor!... ¡Ángel caído!  
Tu destino en el mundo es bien cruel.  
Mas te envía el Señor... ¡dále cumplido!  
¡Vierte entera la copa de su hiel!

¡Y ni amor, ni piedad!... Ahoga en el vuelo  
De tus alas, el ay de mi sufrir;  
Para ti queda en esperanza un cielo;  
Para mí... ¡la esperanza de morir!

Y ni amor, ni piedad... mas tus oídos

Escucharán mi voto criminal.  
Tú eres ¡ay! de los ángeles caídos;  
Yo buscaré tal vez uno infernal.

Y en mi despecho me diré violento  
Por consuelo a mi ciego frenesí:  
-¡No soy más que un mortal!... ni el firmamento  
Otros ángeles tiene para mí.»

Mariposa y flor  
Traducción de Víctor Hugo

I

«No -decía a la errante Mariposa  
Triste la Flor, del tallo suspendida-,  
No vuelas más.  
¿A qué en la vega giras vagarosa,  
Mientras me agito al duro tronco asida?  
¿Por qué te vas?...

Amémonos, unamos la existencia  
Aquí, donde tan lejos de los hombres,  
Nos puso Dios;  
Dó huyendo su maléfica presencia  
Nos crean, confundiendo nuestros nombres,  
Flores las dos.

Mas ¡ay! que el aura leve te arrebata;  
En tanto, dura me aprisiona al suelo  
Honda raíz.  
Y no me es dado en círculos de plata  
Girar contigo, y perfumar tu vuelo.  
¡Suerte infeliz!...

Y allá lejos te pierdo en la pradera.  
O inquieta cruzas la esmaltada alfombra  
De flor en flor,  
Mientras yo quedo, en soledad severa,  
A ver lenta girar mi propia sombra  
En derredor.

Mas tú vuelves, y tornas, y te agitas,  
A cada flor mostrando brilladora  
Un nuevo encanto.  
Así mi ansiosa juventud marchitas;  
Así me veis, volviendo a cada aurora,  
¡Bañada en llanto!

¡Oh! coronen mi afán horas felices,  
Y fiel amante ya, tu vago vuelo  
Reposa en mí.  
Toma en la tierra como yo, raíces;  
O alas me da para cruzar el cielo,  
Unida a ti.»

## II

A\*\*\*\*\*

Mariposas y flores, dueño mío,  
La tumba en breve reunirá, y su suerte  
Será común.  
¿A qué esperar a un túmulo tardío,  
Si antes unirnos puede que la muerte,  
La vida aún?

Aún hay, sí, dó vivamos, dó volemos...  
Si al azul de la esfera vagarosa  
Tiendes las alas.  
Y campos hay también donde brotemos  
Si en el campo pretendes, pura rosa,  
Lucir tus galas.

Adonde quieras, sí, donde respires,  
O matiz seas, o aromado aliento,  
Brisa o vapor,  
O mariposa rutilante gires,  
O ligero botón... halague el viento  
Tu ala, o tu flor.

¡Pero unidas, mi bien!.. en tanto dura  
La vida... nuestra unión, mi único anhelo,  
Mi bien real;  
Que después ¡oh mi amor! a la ventura.  
Podremos escoger... la tierra, el cielo...  
Nos será igual.

### Desvarío

Alto mi juventud remontó el vuelo,  
Y más alto mi amor.  
Ídolo a su pasión buscó en el cielo,  
Pábulo digno a su inmortal ardor

Era un culto, una fe... Yo prosternado  
Le subí en el altar.  
¡Ay! era una Deidad... no le fue dado

Mis sacrílegos votos aceptar.

Las oyó por mi mal... oyó el acento  
Que impuro blasfemó...  
Y descendió a mis brazos y mi aliento...  
No, mi aliento de amor no le abrasó.

Pero a mis pies el suelo estremecido  
Fuego brotó infernal.  
Vi al ídolo en cenizas convertido,  
Y el ara santa en urna sepulcral.

Aún está allí... desnudo y solitario  
Como mi corazón,  
Un túmulo, dó estaba un santuario,  
Alza imponente su fatal padrón.

¡Ah! pensé que de altar su negra losa  
Me pudiera servir,  
Y en ofrenda de culto religiosa  
Mis lágrimas eternas recibir.

Yo las lloré... sobre la piedra dura  
Se helaron al caer.  
Nada tuvo la yerta sepultura  
A mi ardiente oración que responder.

Fuera del mundo, allá lindando al cielo  
Se levanta su cruz;  
Mas en torno a mis pasos por el suelo  
Ni despide fosfórica una luz.

Luz y fuego perdí... sin movimiento,  
Sin camino después,  
De la vida el calor faltó a mi aliento.  
La claridad del día ante mis pies.

Fáltame ¡ay Dios! la antorcha y el camino,  
Y vano es preguntar:  
-«¿Cuál puede ser, respóndeme el Destino,  
Si atrás queda un sepulcro y un altar?

»¿Cuál puede ser a quien mayor encierra  
Que el mundo, un corazón?  
¿Darle podrá entre el polvo de la tierra  
Lo que no le dio un culto, una pasión?

»¡No hay más allá!... ni senda ni camino  
Que a tus plantas tender.  
Si un instante no más fue tu destino...  
Un instante del cielo pudo ser.

»¿Y a qué lento su término a la vida,  
Y el camino buscar,  
Si al vuelo fue de un rayo recorrida,  
Cruzando entre una tumba y un altar?»

Mas yo dije tronando en mi despecho  
A la insultante voz:  
«Las puertas abre de mi eterno lecho,  
Que este eterno morir... ¡menos atroz!

»Si terminó su efímera carrera  
Mi existencia infeliz,  
¿Qué de sus restos el Destino espera,  
Que no arranca infecunda su raíz?

»Por qué aún fría, como ondas de veneno  
Corre sangre veloz?  
¿Por qué aún hueco el abismo de mi seno  
Al eco se estremece de una voz.

»¡Un altar... una tumba!... únicos seres  
Fuera del mundo ya.  
¡Un altar!... no comprendo sus placeres,  
¡La tumba!... su quietud segura está.

»¡Ay!... yo pedí sus goces a la vida...  
¡Su transporte al amor!  
Yo pedí el corazón a una querida,  
A la virtud su esfuerzo y al honor.

»¿Y muerte en esperanza me ofreciste  
Y en vida, soledad?  
-¡Lecho y corona en túmulo volviste,  
Y mi culto en sacrílega impiedad!...

-»¡Ay! ¿Por qué fue entre todos señalado  
Un débil corazón,  
Inocente, del cielo condenado  
Al aire respirar de otra región?

»¿Y a qué sin aire en el abismo hundido.  
Sofocarme y morir?...

Yo quiero ser del mundo en que he nacido,  
Gozar con los mortales, y sufrir.

»Quiero los campos y su blanda alfombra  
Su perfume y verdor;  
Los bosques, y su bóveda de sombra.  
Y la fuente escuchar y el ruiseñor.

»Quiero ver los matices de la aurora,  
Y los visos del mar;  
La brisa del vergel consoladora  
Sobre el césped mullido respirar,

»Quiero estrechar el seno de una bella,  
O llorar a sus pies,  
Y en himno al cielo repetir con ella;  
«¡El mundo que nos diste, hermoso es!»

»No, no ambiciono en brazos de una nube  
Subir como Ixión;  
Ni volar en las alas de un querube,  
Ni descender helado al panteón.

»Dejemos en sus sábanas de hielo  
A los muertos yacer.  
Dejemos a los ángeles su cielo,  
Y en la tierra busquemos el placer.»

Mas ¡ay!... como a sacrílego conjuro  
A mi acento se ven  
Dejar los muertos su ataúd oscuro,  
Abandonar los ángeles su Edén.

Y en tronador acento sobrehumano  
A mi voz contestar:  
«¡No hay para ti ese mundo! llore en vano  
Quien en sepulcro convirtió el altar!»

Su memoria

Héme aquí, como en medio del desierto,  
Sin árboles, sin sombra, sin arrimo;  
Héme sobre un Océano sin puerto,  
¡Noche sin astros, faro, ni arbol!  
Pero esta noche eterna tuvo un día,  
Y su rastro de luz quedó fulgente,  
Para cegar la deslumbrada mente  
Con la imagen fantástica de un sol.

Hubo un instante de ilusión, de gloria;  
¡Voló un instante el corazón al cielo!  
Y guardó el corazón una memoria  
Con que a su abismo descendió después.  
¡Ah! Cuán mejor el negro abismo fuera,  
Que de esa viva ráfaga surcado,  
Ver cada instante el cielo iluminado;  
¡Y más hondo el abismo ante los pies!

Fuera mejor del bátratro profundo  
Sin término mirar la oscura sima,  
Que la visión sublime de otro mundo  
Aparecerse al mundanal horror;  
Y mejor, bajo un túmulo de mármol  
Encerrarse al nacer, muerto viviendo,  
Que ver la luz -¡la soledad sufriendo!-  
Con un recuerdo celestial de amor,

Que emponzoña las horas de la vida,  
Como a un precito la eternal ventura;  
Como un recuerdo de virtud perdida,  
Que despierta en un alma criminal.  
Un cielo... una virtud que yo perdiera.  
Donde dejara una ilusión de gloria;  
Un mirar... un amor... una memoria...  
¡La memoria quedó para mi mal!

Héla en torno de mí, fascinadora,  
Reflejo fiel de una fatal mirada;  
Héla sobre mis ojos vengadora

La frente en que leyera mi ventura,  
De mi antiguo misántropo desdén.  
Hela dó quier, de aureola refulgente.  
De nubes de éter y de azul ceñida.  
Ángel en los espacios suspendida...  
Ángel que guarda mi perdido Edén.

Y asida de mi eterno pensamiento.  
Fija siempre sobre él, como él errante.  
Si fuerza adquiere, y vida, y movimiento.  
Y atmósfera, y perfume de deidad,  
Como deidad la miro allá en su altura  
¡Cada vez más, de mi pasión... lejana!  
Que no es dado tener al alma humana  
Con seres de otra esfera, sociedad.

Y solo yo en el mundo, ella en el cielo,  
Fatiga mi vivir, no le acompaña:  
Véla con mis delirios cuando velo;  
Ocupa, si medito, mi razón.

Y mi sueño febril acecha, y viene  
Solitaria a la orilla de mi lecho,  
Férrea mano a posar sobre mi pecho,  
Que no deja latir mi corazón.

Sobre él entonces un recuerdo pesa,  
Como si un mundo entero le abrumara;  
Cual si inmensa una lápida, una huesa  
Desplomara sobre él la eternidad.

Memoria de un placer nunca sentido,  
Memoria de deseos sin objeto,  
Memoria atroz que el corazón inquieto  
No osa creer memoria de verdad.

Que no es entonces la visión radiante,  
Que cruzó por la esfera de mi vida,  
Un día, que su angélico semblante  
De inmortal resplandor la iluminó.

Que no es aquel mirar en que brillaba  
El astro al fin de mi tormenta oscura,  
Y un nombre ¡ay Dios! que el cielo no escribió.

Que no es la aérea, arrebolada nube,  
Del aura entre los árboles mecida,  
Sílfida, que del Prado lenta sube  
Entre sombras y gas, y aroma y tul.

Que se desliza y pierde ante mis pasos,  
-Sólo un mirar dejándole a mi noche,  
Robado a los cristales de su coche,  
O de los pliegues de su manto azul.

No es genio de esperanza y de consuelo  
No es la visión de un porvenir de gloria,  
El éxtasis purísimo del cielo,  
El amor, la virtud y la beldad.

¡Todo esto fue su vista! y su memoria  
Es la imagen de espanto que me oprime;  
-El triste acento que incesante gime...  
¡Desengaño, despecho, soledad!

Tal flotar la miré sobre mi frente,  
Crespón de luto funeral colgando,

Lanzarme su mirada indiferente,  
Y a su región retroceder veloz.  
Y un punto en mi frenética congoja  
Fuerza y valor cobrando del despecho,  
La mano alzando del helado lecho,  
Así su manto, y la llamó mi voz.

-«Tente, clamé, no busques esa altura  
Dó contigo no vuela el alma mía;  
¡Sé en imagen, al menos, mi ventura!  
(¡Era tu imagen más que otra verdad!)  
»Y aunque de luto y de terror vestida  
Tu fantástica forma viene ahora,  
Aún ese luto y era muerte implora  
Como el supremo bien, mi soledad».

«¿Por qué, dime, enojada, a mi deseo  
Martirio tornas mi única esperanza?  
¿Por qué el solo recuerdo que poseo  
En vértigo me agita y convulsión?  
¿Por qué a tu paso, antorcha de mi vida,  
La sangre de mis venas siento helada?  
¿Por qué al clavarme esa fatal mirada,  
Sangre destila herido el corazón?»-

Víla a este acento estremecer el suelo,  
Y severa plantarse y silenciosa;  
Vi al viento de la noche alzar su velo,  
Y su aureola fosfórica apagar.  
Dura sentí su túnica ondulante,  
Fría mi mano que su borde asiera;  
Cual si mi voz maléfica pudiera  
Su vaporoso ser petrificar.

¡Sí, la misma visión, pero de roca!...  
¡Él mismo su semblante, más de hielo!  
Los ojos sin cristal, muda la boca;  
Yerto, clavado, inmóvil su albo pie.  
Mar bajo el mármol retumbó un gemido,  
Cual si rompiera de la tumba el seno;  
Y esta sentencia, al pavoroso trueno,  
De sus inmóviles labios escuché.

-«Si un recuerdo es esperanza,  
El recuerdo es el placer;  
Que a más la ilusión alcanza  
De la ventura, que el ser.

»Si empero el dedo divino  
Cuando el bien te hizo mirar,  
Sobre el libro del Destino  
Quiso tu dicha borrar,

»Memoria te cupo en suerte  
Como eterna maldición,  
Más horrible que la muerte...  
¡Que es la desesperación!

»Y si sueño de tu gloria,  
Fue mi realidad allí,  
Será siempre mi memoria  
Aire, o piedra para ti.

»Que sólo puede ofrecerte  
Un destino tu pasión,  
Más horrible que la muerte...  
¡Que es la desesperación!»-

A la C... de S...

Epístola

Envuelta ¡ay Dios! en enlutado manto  
Bajo tocas de duelo oscurecida,  
¿Qué fuiste, dime, aparición de llanto,  
Al asomar tu faz sobre mi vida?

¿Qué fuiste en esa playa tormentosa,  
Áncora, por el mar de algas cubierta?  
¿Qué fuiste entre las zarzas, blanca rosa,  
Sobre la cima del peñón desierta?

¿Fuiste algo para mí cuando tu velo  
Transparentó la aureola de tu frente,  
Y entre las nubes de esa noche, un cielo  
Dejó a mi vista adivinar fulgente?

¿Fuiste un humano ser, fuiste una hermosa  
Por el mundo ante mí rauda pasando,  
O fosfórica estrella, vagarosa,  
De mi ilusión la atmósfera cruzando?...

Yo no lo sé; de esta memoria incierta,  
Como en sueño fugaz, la imagen pierdo,  
Y vacilando el corazón, no acierta  
Al origen subir de este recuerdo.

Sólo sé que la orilla de esos mares  
Recorriendo mi planta solitaria,  
Sin que ni Dios, ni el mundo, a mis pesares  
Oyen su blasfemia o su plegaria,

Vacío el corazón, la sangre yerta,  
Ciega la vista de mirar al cielo,  
Cansada el alma, de esperar incierta,  
Pidiendo el cuerpo su sepulcro al suelo,

Alzarse vi entre el alga de esas rocas,  
Como sirena que del mar brotara,  
Cándida imagen entre negras tocas,  
De ébano el cuerpo, y de marfil la cara...

Yo estaba triste; en derredor el cielo  
Vasto desierto ante mis pies tendiera;  
Vos visteis mi dolor bajo ese velo;  
Mas ni un suspiro demandé siquiera.

Si vuestro seno le exhaló, lo ignoro;  
Y en mi dolor... acaso desdeñada,  
Os vi llorar, os respondió mi lloro,  
Y cayó sobre mí vuestra mirada.

Ni el mirar, ni la lágrima era mía,  
Ni fue de vos mi vago pensamiento;  
Ni yo el dolor de vuestra faz leía,  
Ni vos sobre mi faz, mi desaliento.

Y víais mi semblante en vos clavado,  
Como en lisa pared, fija pintura;  
Acaso extraño en su mirar; pasmado  
De ver, sin adorar, tanta hermosura.

Érais hermosa, sí; recuerdo ahora  
De ese rostro de nácar la belleza;  
La blanca frente, de arbol de aurora,  
La lánguida sonrisa de tristeza.

Reuerdo en esos ojos decaídos  
Brotando el fuego en ráfagas radiosas,  
Y a los labios volver descoloridos  
Blando el reír, sus naturales rosas.

¡Ah! sí, ¡érais bella!... En la mitad del cielo,

La luna sobre el mar da menos brillo  
Que vos, alzando el enlutado velo.  
Dando a la luz un rostro de Murillo.

¡Oh! sí, ¡yo le admiré! pero en mi arrobo  
Fantasma de mis sueños le creía,  
Que entre los rayos de la luna al globo,  
Sobre un grupo de nubes descendía...

Seguí, cual si fantástica cruzarais,  
Las huellas de esos ojos en el viento;  
Mas ni aún acaso en mi ilusión lograrais,  
Que alzara a vos apasionado acento.

Jamás tal vez de esta mirada incierta  
Visteis brillando la anublada lumbre;  
Y al ver hundida su pupila, y muerta,  
Juzgasteis su mirar fría costumbre.

Ni a unos ojos creísteis abismados  
En la honda sima ante mis pies pendiente,  
Que pudieran posar embelesados  
Su vago vuelo en vuestra ebúrnea frente.

Ni yo de vos creyera que a mi anhelo  
Prestarais más que la apacible calma  
De aquel reflejo de la paz del cielo,  
Que la ideal belleza infunde al alma.

Vos; visteis mi quietud; blanda sonrisa,  
De compasión acaso y de extrañeza,  
Leve agitó, como nocturna brisa,  
De vuestra faz doliente la belleza.

Y belleza y pasión dando al olvido,  
Lejos mirando el surco de su rayo,  
Por vuestra voz armónica mecido,  
Reposé en mí letárgico desmayo...

Buscó las vuestras trémula mi mano.  
Busqué esa voz... y oí rugir el viento.  
Y a lo lejos... bramar el Océano.

El huracán mi sueño sorprendiera,  
Y en su ráfaga audaz me arrebatara;

¡Y ya no os vi jamás!... de esa ribera  
¡La tempestad por siempre me arrojara!

No; ya no os vi jamás!... y en el momento  
Que no veros jamás... fue mi destino,  
Sentí trocarse en paso de tormento  
Cada paso mortal de tu camino.

Entonces tarde conocí ¡en mal hora!  
Que aquel mirar indiferente y vago,  
El rayo fue de una pasión traidora  
Que a espaldas sólo fulminó su estrago.

Y entonces ¡ay de mí! desapiadada,  
Mas alta y fría que esa inmensa sierra,  
Desplomó sobre mi alma abandonada  
Su yerta soledad toda la tierra.

¡Me encontré solo!... en mi dolor profundo  
Busqué en vano una sombra de consuelo,  
Sólo una sombra vi, mayor que el mundo,  
Seguir y huir mis pasos sobre el suelo.

Sólo esa imagen enlutada y triste  
Miro dó quier, como un mortuorio manto,  
Que el campo inmenso de la vida viste  
Con su color de soledad y llanto.

Y llanto, y soledad, hermosa mía,  
¡Y llanto y soledad eternamente!-  
Soledad, cuando amaros no creía,  
Y soledad... cuando os adoro ausente.

Soledad, cuando a par de esa hermosura,  
En letargo de amor absorto y quieto,  
No osaba revelar a su ternura,  
De mí mismo ignorado, mi secreto.

Y llanto entonces, que surcaba en vano,  
La amoratada tez de mis mejillas,  
Como inunda sin causa el Océano,  
Con periódico flujo, sus orillas.

Y llanto y soledad más triste ahora,  
Y llanto y soledad eternamente;  
Llanto porque os dejé, dulce señora,  
Y llanto ¡ay Dios! porque os adoro ausente,

Llanto, porque estas lágrimas perdidas  
Corren acaso oscuras al Leteo,  
Sin esperanza de encontrarse unidas  
Con las lágrimas ¡ay! de otro deseo.

Y soledad sin fin... porque la suerte  
Sólo en mi extraño corazón trocada,  
De amor la ausencia en desamor convierte,  
Y la memoria de mi amor... ¡en nada!...

Que nada os quedará; nube ligera,  
Que a la vista no más, cruzando el cielo,  
Ni dio sombra a una frente en la ribera  
Ni dio una gota de su lluvia al suelo.

Allá se fue lejana al horizonte  
A derramar sus líquidos torrentes,  
Y a fulminar sobre el escueto monte  
¡Lejos de vos, sin; rayos más ardientes!...

¡No... nada os quedará! Nunca esos mares  
Repetirán, al son de su bramido,  
La voz que endulzó un día mis pesares  
Con un nombre también dado al olvido.

Y para mí ¿qué quedará?... Señora,  
Quedaréis vos en mi memoria y canto;  
¡Y quedárame un alma que oí; adora!...  
¡Y quedarán mi soledad y llanto!

A la luna

Desde el primer latido de mi pecho,  
Condenado al amor y a la tristeza,  
Ni un eco en mi gemir, ni a la belleza  
Un suspiro alcancé:  
Halló por fin mi fúnebre despecho  
Inmenso objeto a mi ilusión amante;  
Y de la luna el célico semblante,  
¡Y el triste mar amé!

El mar quedóse allá por su ribera;  
Sus olas no treparon las montañas,  
Nunca llega a estas márgenes extrañas  
Su solemne mugir.

Tú empero que mi amor sigues dó quiera,  
¡Cándida luna, en tu amoroso vuelo!...

Tú eres la misma que miré en el cielo  
De mi patria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,  
Única antorcha que mis pasos guía,  
Tú sola enciendes en el alma fría  
Una sombra de amor.

Sólo el blando lucir de tu semblante  
Mis ya cansados párpados resisten;  
Sólo tus formas inconstantes visten  
Bello, grato color.

Ora cubra cargada, rubicunda  
Nube de fuego tu ardorosa frente;  
Ora cándida, pura, refulgente  
Deslumbre tu brillar.  
Ora sumida en palidez profunda  
Te mire el cielo desmayada y yerta,  
Como el semblante de una virgen muerta  
¡Ah!... que yo vi expirar.

La he visto ¡ay Dios!... Al sueño en que reposa  
Yo le cerré los anublados ojos;  
Yo tendí sus angélicos despojos  
Sobre el negro ataúd.  
Yo sólo oré sobre la yerta losa  
Donde no corre ya lágrima alguna...  
Bañala al menos tú, pálida luna...  
¡Bañala con tu luz!

Tu lo harás... que a los tristes acompañas,  
Y al pensador y al infeliz visitas;  
Con la inocencia o con la muerte habitas,  
El mundo huye de ti.  
Antorcha de alegría en las cabañas,  
Lámpara solitaria en las ruinas,  
El salón del magnate no iluminas,  
¡Pero su tumba... sí!...

Cargado a veces de aplomadas nubes  
Amaga el cielo con tormenta oscura;  
Mas ríe al horizonte tu hermosura,  
Y huyó la tempestad.  
Y allá del trono dó esplendente subes,  
Riges el curso al férvido Océano,  
Cual pecho amante, que al mirar lejano  
Hierve, de su beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantar;  
Ese hechizo falaz no es de alegría;  
Y huyen tu luz y triste compañía  
    Los astros con temor.  
Sola por el vacío te adelantas,  
Y en vano en derredor tus rayos tiendes;  
Que sólo al mundo en tu dolor descendes,  
    Cual sube a ti mi amor.

Y en esta tierra, de aflicción guarida,  
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?  
Del nocturno reposo de los seres  
    No turbas la quietud.  
No cantarán las aves tu venida;  
Ni abren su cáliz las dormidas flores;  
Sólo un ser... de desvelos y dolores,  
    ¡Ama tu yerta luz!...

¡Sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto!  
La noche anhelo por vivir contigo  
Y hacia el ocaso lentamente sigo  
    Tu curso al fin veloz.  
Párase a veces a escuchar mi llanto;  
Y descende en tus rayos amoroso  
Un espíritu vago, misterioso,  
    Que responde a mi voz...

¡Ay! calló ya... Mi celestial querida  
Sufrió también mi inexorable suerte...  
Era un sueño de amor... Desvanecerte  
    Pudo una realidad.  
Es cieno ya la esqueletada vida;  
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;  
La muerte reina ya sobre natura;  
    Y la llaman... ¡Verdad!

¡Qué feliz, que encantado, si ignorante  
El hombre de otros tiempos viviría,  
Cuando en el mundo, de los Dioses vía  
    Dó quiera la mansión!  
Cada eco fuera un suspirar amante,  
Una inmortal belleza cada fuente;  
Cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente  
    Ser pudo un Endimión.

Ora trocada en un planeta oscuro,

Girando en los abismos del vacío,  
Dó fuerza oculta y ciega, en su extravío  
    Cual piedra te arrojó.  
Es luz de ajena luz tu brillo puro;  
Es ilusión tu mágica influencia,  
Y mi celeste amor... ciega demencia,  
    ¡Ay!... que se disipó.

Astro de paz, belleza de consuelo,  
Antorcha celestial de los amores,  
Lámpara sepulcral de los dolores.  
    ¡Tierna y casta deidad!  
-¿Qué eres, de hoy más, sobre ese helado cielo?  
Un peñasco que rueda en el olvido,  
O el cadáver de un sol, que endurecido,  
    ¡Yace en la eternidad!  
1832

#### Vie et mort

Yo no hallo placer en la vida, y tengo  
miedo a lo muerte.  
(Palabras de la persona a quien fueron  
dedicados estos versos.)

Oh! le mot est horrible, c'est un cri d'agonie;  
C'est l'arrêt du destin, c'est l'oracle du sort.  
C'est l'abyme sans fond; le néant de la vie,  
    Et l'horreur de la mort.

Oui, j'ai cru quelquefois ce funeste anathème  
L'entendre murmurer dans les échos du soir;  
Mon coeur le rejeta comme le cri, blasphème  
    Du sombre désespoir.

Mon coeur le répéta; mais honteux de son crime,  
Avec son doute amer il enferma ce mot:  
Mon coeur ne croyait pas tout être une victime,  
    Tout accent un sanglot.

Il osait espérer!... La beauté, l'innocence...  
Elles furent pour lui et l'espoir, et la foi:  
Oh! ma belle, il comprit le vrai de l'existence  
    En passant près de toi.

Et ton regard devint sa céleste lumière,  
Le doux teint de ton front fut l'aube de son jour;

Sa vie fut ta pensée, ton bonheur sa prière,  
Ton âme son amour.

Et je voulus aussi de céleste harmonie  
M'enivrer dans la voix de ton tremblant soupir.  
Tu parlas -je frémis- Depuis lors (je t'en prie)  
Faut-il vivre ou mourir?

Ni vivre ni mourir. -Voilà donc le mystère...  
Toi-même tu n'as plus si désolante foi;  
Tu parlas en Pythie au fond du sanctuaire.  
Mais l'oracle est pour moi.

Non, ce n'est pas pour toi qu'est cette nuit profonde,  
Elle n'est pas pour toi cette coupe de fiel;  
Pour toi, brillant esprit, qui planes sur le monde  
T'envolant dans le ciel.

Non, non ce n'est pas toi, brillante de jeunesse,  
Innocence en sa fleur, rayonnante d'amour  
Ce n'est pas toi qui peux plonger dans la tristesse  
Du terrestre séjour.

La vie coule pour toi en longs flots de lumière,  
Et sur ce front où luit le sourire des cieux,  
Rien que l'ombre d'azur de ta longue paupière  
N'ombragera tes yeux.

D'un éternel printemps brillera sur ton âme  
Le ciel toujours serein, et l'émail de ses fleurs,  
Sans qu'y roule l'été son tonnerre de flamme,  
Ses nuages de pleurs.

Non, il n'est que pour moi le jour sombre d'orage;  
Elle fut pour moi seul l'aveugle nuit d'horreur,  
Qui poussa dans les flots d'une mer sans rivage  
Le bateau de mon coeur

Dès lors je ne vis plus ni le ciel, ni la terre,  
Ni le jour m'éclaira, ni le phare du port,  
Et je demande en vain dans ma nuit solitaire  
Ou la vie, ou la mort.

Ni la mort, ni la vie... ah! Qu'es ce que de vivre,  
Oh! mon ange adoré, si je ne vis en toi?  
La mort!... eh! bien... la mort qui de toi me délivre,  
Me glace aussi d'effroi

Je ne vis ni ne meure... sur ce désert de sable,  
Vide ou de cendre plein, mon être est un tombeau;  
L'épithaphe y manquait, et le mot qui m'accable,  
Tu l'y gravas. -C'est beau.

Mais on dit que souvent l'on voit au cimetière  
Un ange dans la nuit assis sur un cercueil,  
Y pleurant quelquefois ses larmes de lumière  
Sur un marbre de deuil.

Hélas! si dans l'essor de ta pure jeunesse,  
Fatiguée en ton vol, de calme et de bonheur,  
Tu veux aussi goûter une heure de tristesse  
Pour soulager ton coeur;

Belle apparition, viens, descende dans mon âme;  
Viens, voici le tombeau où tu pourras t'asseoir;  
Répands dans l'ombre au moins, les clartés de ta flamme  
Sur un marbre aussi noir.

Un moment sur l'horreur de ma nuit éternelle  
Fais briller de ton front l'auréole étoilée,  
Et cache sous l'éclat de l'émail de ton aile  
Ma carcasse brûlée.

Oh! viens, rayon du soir, ou rayon de l'aurore,  
De ce tombeau vivant visiter le séjour;  
De grâce, rafraîchis le feu qui brûle encore  
D'une larme d'amour.

Puis... Je ne veux plus rien... pur et charmant génie,  
Je n'ose rien de plus demander à mon sort,  
Mais, du moins, donne-moi le désir de la vie,  
Ou l'amour de la mort,

El sol de mayo  
Ese sol que candente reverbera  
Sobre el campo a sus fuegos abrasados,  
Y el joven lirio del vergel tostado  
Deja, y seco el arroyo en la pradera;

Allá en el risco de montaña fiera  
Bajo marmórea nieve sepultado,  
Torna en arroyo el témpano apretado  
Que fecunda espumoso su ladera.

Tú, sol de amor, que en la mitad de mayo,  
Alzas sobre mi fúnebre horizonte  
El fuego que me abrasa y me ilumina...

Que tu faz no me esquive un solo rayo,  
Era mi corazón nevado monte,  
Hazle, ardiendo sin fin... verde colina.  
15 de mayo de 1849.

En los días de un magnate  
Iba a cantar, Señor, y ya mi mente  
Recogía en la Historia  
Los lauros con que adorna vuestra frente  
El Genio de la gloria.

Cuando, cual nube, que de negro manto  
En julio el sol rodea,  
Cubrió mi alma de nubloso espanto  
Una lúgubre idea.

Y los ojos clavados en el suelo,  
Medité tristemente  
Del hombre audaz el orgulloso anhelo,  
Y su razón demente.

¿Por qué, clamé con alborozo y fiesta  
Solemniza aquel día,  
Que a la existencia le lanzó funesta,  
Dó nadie le pedía?

¿Por qué idolatra luego de la vida,  
Se alegra, al par que huye?  
¿Por qué del año ensalza la venida  
Que tal vez no concluye?

Teme del Tiempo la guadaña inmensa,  
Y vano al Tiempo adora;  
Como el egipcio al cocodrilo inciensa  
Que después le devora!...

No, yo no cantaré; sólo postrado,  
Pediré al cielo canto,  
Que alargue el hilo a su vivir sagrado,  
Orar será mi canto.

Pero en el tierno y fervoroso ruego,  
¡Oh extraño movimiento!  
Alcé mi frente, y de celeste fuego  
Vi circundado el viento.

Sentí angélico aroma difundido,  
Y mi arrobada calma  
Turbó una voz, que sin herir mi oído,  
Así sonó en mi alma.

-«¡Necio! tú que recónditos arcanos,  
De tu espíritu mismo, desconoces,  
Sólo creyendo en las mentidas voces,  
¡Qué osas llamar razón!

»¿Por qué dejas los ámbitos del cielo  
Dó sólo asciende el éxtasis del canto?  
¿Nada es verdad en el inmundo suelo  
Sino la inspiración!

»En buen hora esos míseros humanos  
Que de terrenos límites ceñidos,  
Para vivir no más fueran nacidos,  
Lloren su único bien.  
»En buen hora con tétrico semblante  
Miren volar la efímera existencia,  
Y el giro de los años incesante  
Siempre acusando estén.

»No así el pecho magnánimo, que abriga  
De la virtud el hálito divino;  
Ni a sus ojos la vida es un destino,  
Ni sueño... y vanidad.  
Él su enigma recóndito comprende,  
En la tierra su tránsito no es vano;  
Que... algo es la vida a quien por ella asciende  
A la inmortalidad!

»Sus días son magníficos presentes  
Que los cielos al mísero regalan,  
Y en el Empíreo, timbres que señalan  
El humano blasón.  
»Y el año que tan plácido renueva  
Para el Prócer benéfico que cantas,  
Un nuevo paso, con que eterno eleva  
Su inmortal escalón.

»En él alzado mírale, y radiante  
Deslumbrando en su espléndida carrera,  
Reverberar en la terrestre esfera  
    Como un sol de virtud.

»Así, tras de las hórridas tormentas,  
Lanza el astro purísimo del día,  
Triunfador de las nubes cenicientas,  
    Gozo, lumbre y salud.»

«Y tú el arpa profética pulsando,  
En ardoroso cántico proclama  
Que de su vida la preciosa llama  
    Jamás se apagará.

»Que el Tiempo en torno de él sus alas posa,  
Y la corriente indómita de olvido,  
En su nombre estrellándose rabiosa,  
    Sin nombre acatará.»

Calló la oculta voz, y vi la aurora  
    De este precioso día;  
Y sobre el arpa de marfil sonora  
    Preludí mi alegría.

Mas al querer con cánticos de gloria  
    Dar mi voz a los vientos,  
Resonaban tan sólo en mi memoria  
    Los divinos acentos.

Y los canté... y del éxtasis, sagrado,  
    Perdido que hube el fuego...  
Otra vez en la tierra prosternado,  
    ¡Torné a mi humilde ruego!

Tercer período: Madurez

Al Eresma

No, no empañarán mis ojos,  
Eresma, tu agua fulgente,  
Ni detendrán tu corriente  
Con su mirada fatal.

No te asustes, como el mundo,  
De mi presencia importuna;

Que no hay ni un rayo de luna,  
Que me pinte en tu cristal.

De cerrada, oscura noche,  
Encubierto y solitario,  
Como un muerto en el sudario,  
Ni la agito, ni me ve.

Ni interrumpo tu murmullo,  
Ni a tu orilla su reposo,  
Y fantasma nebuloso,  
Huellas no estampa mi pie.

Mas si al sentir en la brisa,  
Que sobre tus ondas juega,  
La ráfaga, que les llega  
De un aliento abrasador,  
Me conoces, y espantado,  
Tu murmullo me interroga,  
Eresma, el espanto ahoga!...  
Responderte ha mi dolor.

-Preguntas si la frescura  
De tus márgenes me llama,  
Y si el ardor que me inflama  
Podré en tus ondas templar.

Sed de los labios se temple;  
Mas cuando un alma se abrasa,  
Tu agua toda viene escasa,  
Río, y toda la del mar.

Ni ofrecer puedes la muerte,  
Ni yo buscar en tu centro  
La tumba, en que ya no encuentro  
El término a mi sufrir.

Que hoy son mis males mayores,  
Cuanto mezquinos parecen...  
Que a mi orgullo no merecen  
La importancia de morir.

Acaso huyendo mi planta  
De un mundo que la aprisiona,  
Fuera de él busca su zona  
De silencio y soledad.

¿A qué?... en torno a un alma sola  
Harto hay silencio profundo,  
Harto es cementerio el mundo,  
¡Y yermo la sociedad!...

Ni pienses que es el arcano  
De esos monumentos viejos  
Lo que vengo en tus reflejos,  
Claro río, a sorprender.

Quede para ojos tranquilos,  
A través de tus cristales,  
Descifrar esos anales  
De un decrépito poder.

Lean sobre ese peñasco,  
Por cuyos cimientos corres,  
Qué mano elevó las torres  
Que coronan tu ciudad.

Y a par el gigante siglo  
En que un pueblo omnipotente  
Con los arcos de ese puente  
Rubricó su eternidad.

Hallarán lápidas, tumbas,  
Letreros, templos y altares,  
Y aun bellos los alminares  
Con que alza airosa su sien.

Tu alcázar, que, vieja nave  
Encallada en una roca,  
Caerá, aunque el mar no la toca,  
Del viento al primer vaivén.

No; yo no miro esas piedras  
Que necio un siglo amontona,  
Y otro siglo desmorona,  
Del hombre en justicia fiel.

Que son hoy lo que antes fueron  
Esas mezquinas mansiones;  
Más que ciudades, prisiones;  
Y tumbas indignas de él.

Ni alzarme puedo del polvo  
Dó el hombre estampa sus huellas,  
Hasta ese manto de estrellas,  
Tu alfombra y tu pabellón.

Que el mismo brazo de hierro  
Que del mundo me repele,  
Sujeta, porque no vuele  
Lejos de él, al Corazón.

Extraña al mundo, y al cielo,

Y más que los dos piadosa,  
No hay en tu campo una rosa  
Que su fragancia me dé.

Ni dichas que cubrir pueda  
La noche con su misterio,  
Cuando cubre un cementerio  
El tálamo de mi fe.

¡Nada existe!... bellos lazos  
Que el alma a la vida unieron,  
Al ímpetu se rompieron  
De iracunda tempestad.

Una lágrima, un gemido...  
Fueron sus tristes despojos,  
Y no encontraron mis ojos,  
¡Ay!... ni mis labios, piedad.

También rechazó con mofa  
Esa sociedad mi llanto;  
Tal vez creyó que era un canto  
La queja en que prorumpí.

Y por eso guardé ¡oh río!  
Para tu orilla y tu seno...  
Todo el dolor y el veneno  
Que a derramar vengo en ti!

Que busqué en vano a mi acento  
Labio que le acompañara,  
Seno amante en que lograra,  
Sin rubor, lloro verter.

Busqué la amistad iluso,  
Dó hay sólo interés y miedo,  
Busqué amor... que hallar no puedo,  
En quien sólo ama el placer.

Y de la cumbre de hielo  
De esa soledad poblada,  
Oí abajo en la enramada  
Tus puras ondas mugir.

Y a tus solitarias márgenes  
Dije, volviendo mis huellas,  
«Agua y voz me -darán ellas  
Para llorar y gemir.»

Héme aquí... dulce mi acento  
No harás con tu blando arrullo;  
Mas cubrirá tu murmullo

Su resuello de huracán;  
Y aunque no hay en tus orillas:  
Eco con que le respondas,  
Habrá rocas y habrá ondas  
Que en ellas le estrellarán...

Y de esta lágrima inmensa  
Que un mundo entero acibara,  
Dó se exprime y se alquitara  
Toda una vida de hiel;  
De esta lágrima pesada,  
De plomo ardiente fundida,  
Siempre a un rostro suspendida....  
Y siempre cayendo de él;

De esta lágrima vidriosa  
Que ojos opacos velando,  
Con mentida luz vibrando  
Al mundo acaso engañó;  
Donde un ojo indiferente  
Tras de en prisma de hielo,  
Cual radiosa luz del cielo,  
El brillo de un rayo vio;

De esta gota de un abismo,  
Como mi dolor, profundo,  
Que ningún labio en el mundo  
Supo amoroso enjugar,  
¿Qué harás?... ¿qué, al darla a tus ondas,  
Eresma, piensas que espero?...  
Que tú la lleves al Duero...  
¡Y el Duero la lleve al mar!

En el álbum de una señora del gran mundo  
Del álbum de una hermosa las páginas doradas  
Pudieran ser de un alma la semejanza fiel;  
Ella las abre al mundo, cándidas o rosadas,  
Y el mundo va borrando de negro su papel.

E imprime bellos cuadros, y cantos y armonías,  
Y nombres, y recuerdos, y risas y dolor;  
Empero siempre páginas habrá blancas, vacías,  
Que esperan nuevos nombres de amistad y de amor.

A veces ¡ay! en vano, de una existencia entera  
Se abren las bellas hojas de nácar y marfil;  
En vano desplegándose, el corazón espera

Que grave un nombre eterno en su seno el buril.

No más que tintas pálidas, no más que nombres vanos  
El deleznable lápiz fugaz bosquejará;  
¡Nombres, tal vez sin vida! escritos con las manos  
Por quien abriga estéril el corazón quizá...

¡Ay! por mi mal, Señora, borradas y vacías  
Yo volví muchas hojas del libro de mi fe,  
E inconstancia pudieron llamar las almas frías,  
Al devorante anhelo de un nombre que no hallé.

Uno sólo... en mi oído las cántabras sirenas,  
Entre sus rocas tristes le hicieron resonar;  
Grabado está en el alma... más ¡ay! con sus arenas  
¡Cubrióle y con sus algas la furia de aquel mar!...

Y a vos, como ninguna, de gracia y de ternura,  
Existencia brillante, radiosa aparición,  
Que recibís en trono de gracia y de hermosura  
De un pueblo de amadores la esclava adoración.

Sobre el álbum magnífico de esas páginas de oro,  
De esas hojas de rosa, de nácar y marfil,  
Al estampar el mundo su unánime «¡Te adoro!»  
Decid: ¿sentisteis siempre abrasado el buril?

Y en ese torbellino de ese doblar inquieto,  
Leves unas tras otras, las hojas del amor,  
¿Vuestro sutil espíritu no sorprendió el secreto  
De lo que llama el mundo constancia, fe y honor?

¿No queda en lo más íntimo de esa existencia bella,  
Un escondido oráculo que nadie descifró  
¿Blanca no hay y vacía una página en ella,  
Dó el nombre de la vida tal vez no se escribió?..

¡Perdón, perdón, Señora! a mi indiscreta duda;  
Perdón al extravío del pensamiento audaz.  
Perdón a un alma triste, de creencias desnuda,  
¿A quien ni amor dio dichas, ni dio el olvido paz!

Blancas, rotas o escritas ¡ah! no cerréis, Señora,  
Las páginas del álbum de vuestro corazón;  
Que aun más desgracia fuera, que hallarais en mal hora  
Quien pudiera abrasarlas con sólo una pasión.

Una tarde de lluvia

Sobre el Betis tendidas como un velo  
Mira esas nubes deshacerse en llanto;  
Puras las rosas, su capullo en tanto  
Con más pompa y color abren al cielo.

Soltara empero el huracán su vuelo  
Y só el crujir de su encendido manto,  
Gruesa avenida vierais con espanto  
Tronchar las flores y arrasar el suelo.

¡Así acontece al corazón, Señora!...  
Flor que con blanda lluvia de tristeza  
Balsámicos perfumes evapora;

Mas si el cierzo desata su crudeza,  
Del torrente la furia asoladora  
Troncos deja no más... cieno y maleza!

En una despedida

Llegó el instante ansiado, instante al par temido,  
Que un misterioso enigma funesto hace a los dos;  
Y en breve entre nosotros, las aguas del olvido  
Cegarán ese abismo que hoy abre un triste adiós.

¡Así cerrarán ellas la herida envenenada,  
Que un día y otro día ahondó traidor puñal!  
¡Así al mugir lejano de tempestad pasada  
Respondiera en silencio tranquilo su raudal!

Mas hoy sobre nosotros la tempestad aún brama,  
Y al último estampido de su infernal fragor  
La nube que nos cerca, con ráfagas de llama  
Alumbra el turbio ocaso de nuestro triste amor.

Amor que al fin se apaga, llama que se oscurece  
Violenta despidiendo su centella final;  
Y en vano es mi propósito, que el cielo no agradece,  
Y en vano se renueva tu lucha desigual.

En vano de tu labio la tímida protesta  
Rechaza a mi ternura el nombre que te di.  
En vano bajo el velo de una amistad funesta  
Aún hoy retractar quieres el amoroso sí.

Brilla, brilla en tus ojos, y ese postrer instante  
Revela comprimida só un yugo tu pasión.

Estrechando las mías tu mano palpitante,  
un recuerdo, imploras un perdón.

Y en mis ojos leyendo la lúgubre fiereza  
Que enciende en mi despecho ceñuda su altivez,  
Más que mi horrible calma temiendo tu flaqueza,  
Huyes luchando trémula por la postrera vez.

Y buscas de otro abrigo la sombra protectora,  
Que sin piedad nos niega volcánica pasión.  
Para templar la llama, que oculta nos devora,  
Tu boca, en vez de un ósculo, me ofrece una oración!

-«Parte infeliz, me dices, y endulce la amargura  
Del acíbar que tragas, la hiel que yo bebí.  
No a tu consuelo niegues saber mi desventura,  
Y si otras te llorasen... yo... rogaré por ti!

»Mañana, cuando el cielo propicio a tu destino  
Tienda bajo tus pasos la alfombra de su luz,  
Contaré las pisadas de ese raudo camino  
Al son de mis plegarias, postrada ante la cruz.

»Yo invocaré a la Virgen, que cubra con su manto  
Los hombros del viajero que acaso me odiará;  
Que acaso, en duda incrédula de un voto tierno y santo,  
Ignore el alto precio que mi pasión le da.

»Yo pediré llorosa, yo clamaré ferviente  
Que un Ángel te conduzca donde es fuerza partir,  
De donde, a pesar tuyo, rogaré eternamente...  
¡Y, acaso, a pesar mío, te vuelva a conducir!

»Sí, vuelve; en los momentos de mi rogar tardío  
Mi tierna y pura súplica oiga tu corazón.  
Temple el airado enojo de tu furor sombrío  
La voz que a un tiempo elevan mi pecho y mi oración.

»Vuelve, y mi voz disipe, si trémula, sincera,  
La voz mentida, aleve, que nunca pronuncié,  
Y que de un alma crédula, más que amante, altanera,  
Me arrebató en un día la mal segura fe.

»Y vuelve ¡ay! vuelve en breve, dó ansiosa los rigores  
Que fingió en odio ingrato tu ciego frenesí,  
Más tiernos te reclaman que hipócritas amores...  
¡Oh! llórente en buen hora... ¡Yo rogaré por ti!»

Como el remiso aliento del triste que agoniza,  
Tu tímida plegaria estúpido escuché.  
De ese momento lúgubre que el dolor solemniza,  
La emoción reprimida confuso respeté.

Sobre el oscuro fondo, de mi penosa duda  
Sentí en rauda relámpago plácida luz cruzar,  
Creí oír como el eco de tu expresión ya muda,  
Mi nombre murmurando al pie del sacro altar.

Creí ver a los ángeles con tu oración subiendo,  
Esparcir su perfume hasta dó fuera yo,  
Con sus doradas alas, de mi pasión cubriendo  
La nube, que en mal hora tu espíritu aterró.

Creí verte llorosa bajo el tupido velo,  
Sólo al oscuro templo tus lágrimas fiar,  
De amarme y ser ingrata perdón pidiendo al cielo...  
Y amarme y ser ingrata, llorando, confesar.

Y era el postrer instante de mi postrero día;  
Tu mano entre mis manos, tu labio requerí...  
Tu labio quedó inmóvil... tu mano no era mía...,  
¡Oh!... ¡bórrase del tiempo la hora en que te vi!

#### Enviando mi retrato

Aún hay sobre el desierto de la vida  
Lejana y solitaria una palmera;  
Aún hay un puerto dó salvarse espera  
De su hórrida tormenta el corazón.

Aún hay, como en su norte, un pensamiento  
Clavado en mi memoria eternamente:  
Hay de mi vida otro vivir pendiente  
Con inefable eterna adoración.

Lejos, empero, sí... los bellos ojos  
Que el vértigo de amor desvanecía,  
El seno que mi acento estremecía...  
Hélos allí, abatidos de esperar.

Allí su abrazo, que se tiende al viento  
Como el ¡ay! de su idólatra ternura...  
Sal a su encuentro tú, feliz pintura...  
Ese abrazo y suspiro ve a buscar.

Vé, más que yo dichosa! vé y respira

La atmósfera de amor que ya no aliento,  
Y que ese llanto, de que estoy sediento,  
Destiñan, y sus besos, tu color.

Vé y mírala... mas ¡ay! baja tu frente,  
Llega a sus plantas, y tu planta humilla;  
Y dobla prosternado la rodilla  
Ante el altar de su celeste amor.

Sí, como ante el altar... más que ante sόlio!  
Refrena el paso, y el mirar inquieto:  
Y tus párpados velen de respeto  
La juvenil fogosa brillantez.

Conoce al fin a la mujer que miras:  
Es más que Reina, sí; besa en planta;  
Mas que amante y deidad querida y santa;  
Es una Madre... humíllate otra vez.

¿A quién, sino a una Madre?... ¿A qué otros ojos:  
Presente hiciera de esa faz mi mano?  
¿Qué amor sufriera de ese mundo vano  
Tal testigo a su fría veleidad?

¿Que fueras tú al amor?... la más ardiente  
Con un crespón de olvido te velara:  
Y, o con la planta del desdén te hollara,  
O fuérasle un padrón de vanidad.

¡Pero una Madre! te alzaré en sus brazos  
Con el delirio que me alzaba niño;  
Y más que entonces ebria en su cariño,  
Querrá dar vida a tu color con él.

Y en ese raptó brillará radiosa...  
Estrechárate extática, anhelante...  
¡Ay! no empero una voz para ese instante  
Te ha dado, ni una lágrima, el pincel.

Mudo lienzo, ilusión... para ti, nada!  
Para ella, un universo, un paraíso;  
Si en ti fijar mis años fue preciso,  
Por ti a los míos torne su vivir.

Y prodigiosa página esa tela  
De una vida de afán será la historia,  
Dó guarde lo pasado su memoria,  
Dó busque su esperanza el porvenir.

Que tú serás a un tiempo el bello infante  
Que en su regazo juvenil reía,  
El niño que lloraba y padecía,

Como entrando en la vida a su pesar;  
Y el joven triste, que en el llanto sólo  
Del seno maternal halló consuelo  
A esas angustias de amargura y duelo,  
Dó lucha el corazón antes de amar.

Ella las vio nacer, su flor temprana  
Cubrirse vio de espinas de pasiones;  
Y hoy verá más profundo en tus facciones  
Tan demudadas ¡ay!... nuevo dolor.

Y al lienzo en vano pedirá que pinte  
De ese oscuro penar el triste objeto,  
Buscando ansiosa el fúnebre secreto  
Que más que yo, tal vez halle su amor.

¡Ay! no, que de ese gesto comprimido  
Del ceño adusto en que tus ojos giran,  
Y de esos labios que al reír suspiran,  
Ni ella el confuso enigma acertará.

Ni en los raros mudables caracteres,  
Que como nubes d verano ardiente,  
Surcan informes tu abrasada frente,  
La misteriosa cifra leer podrá.

Y a su seno estrechándote afligida,  
O en sus besos intente arrebatada  
Lo que no pudo ardiente la mirada,  
Adivinar sintiendo el corazón.

Ora con llanto y trémulas plegarias  
Cuenta demande de tu vida al cielo;  
Ora reclame acentos de consuelo  
De ti pobre semblante, en su aflicción...

Y tú, callada pintura...  
¿No habrá en la inmoble actitud  
De esa olvidada apostura,  
Una expresión de ternura  
Con que calmar su inquietud?

¿Nada podrás responder  
A una infeliz que te implora?  
¿Podrás tu seno esconder  
A una mujer que te adora,  
Si es ¡ay! la que te dio el ser?

Cuando de noche, abrigada  
Del doméstico reposo,

Como una amante citada,  
Ufana y sobresaltada  
Llegue a ti con pie medroso;

Y tu lienzo descolgando,  
Por más verte a su sabor,  
Cuerpo a sus tintas prestando,  
Le interrogue sollozando  
Por el hijo de su amor...

Di, ¿qué habrás de responder?  
¿Qué la darás por consuelo...  
Ya que no la des placer!  
¿Qué amor habrás de ofrecer  
A esos amores del cielo?

¿Con qué el llanto enjugarás  
Que destiña tu barniz?  
¿Qué a sus ojos contarás?  
¡Ah!... no te miren jamás,  
Si no has de hacerla feliz!...

Mas no...de tu faz sombría  
El velo oscuro levanta,  
Y al seno materno fía  
Lo que de ti no sabría  
Ese mundo que te espanta.

Dila por qué, aunque lozana,  
Brilla así tu juventud  
De precoz favor ufana,  
No es más esa pompa vana  
Que el oro de un ataúd!

Dila por qué, aunque halagado  
De ruidosa sociedad,  
Yace en lágrimas bañado  
Tu corazón, sepultado  
En eterna soledad.

Dila que brazo enemigo  
Estorba en su derredor  
Que al menos sombra, no abrigo;  
No un compañero, un testigo...  
La amistad dé a su dolor.

Díla por que, aunque se apura

En darme un mundo aparente  
Triunfos de amor y hermosura,  
No halla un seno mi ternura  
En que reposar la frente.

Díla... mas... basta a tu duelo;  
Su precioso llanto ver...  
Pide ya una voz al cielo,  
En que la ofrezcas consuelo...  
Ya que no la des placer!...

Díla que si la vida turbulenta  
Rauda al pasar, mi faz desfiguró,  
Piense que el alma que en su seno alienta

Ese mundo de horror no corrompió.

Díla que en una atmósfera infestada  
Con el soplo mefítico, mortal,  
De una nación entera, condenada  
A ser, por todo un siglo, criminal;

Que en el negro sangriento torbellino,  
Que en torno vemos de esta edad rugir,  
Los que en mal hora sentenció el Destino  
En ella ¡desgraciados! a vivir;

Que en la borrasca universal dó boga  
Ebria una raza que su fin no vé,  
Y que el grito mortal del que se ahoga  
Canto de vida y de esperanza cree.

Que en la nueva Babel, dó erguido el hombre,  
En castigo a su necia presunción,  
De Dios ni de virtud no entiende el nombre,  
Ni de amor, heroísmo y religión.

Dó el cielo de esta raza corrompida  
Es la tierra que huella con sus pies,  
Su Destino el placer, su fin la vida,  
Y en moral sublime el ¡interés!...

Díla a una Madre tú, que del profundo  
Del alma dó su mano la plantó,  
Aun, resguardada al huracán del mundo,  
Una flor de virtud no se arrancó.

Que en vano... polvo, escombros y maleza  
Amontonó sobre ella el vendaval  
Que aún conserva un esmalte de pureza,  
Como rosa guardada en un fanal!

Que marchita tal vez, descolorida...  
Porque a la luz del cielo no creció!  
Su perfume balsámico en mi vida  
Más de una vez fragante derramó.

Y el aquilón sañudo entre sus hojas,  
Como el aura en las cuerdas de un laúd,  
Al son hizo mezclar de mis congojas  
Acentos ¡ay! de amor y de virtud.

Díla, sí!... que estos nombres sacrosantos  
Donde ella los grabó, fijos están:

Y que siempre al gemido de mis cantos  
En unísono acorde se unirán.

Que todo es de ella, cuanto el alma encierra  
De puro y grande, y noble y celestial;  
Y también de ella, si quedó a la tierra  
Centella alguna de calor vital.

Que arrebatado en vértigo inconstante,  
De borrasca en borrasca el corazón,  
Si abrigó solo efímera, un instante,  
Cada quimera de fugaz pasión,

Hubo siempre un afecto intenso, fijo,  
Y un eterno suspiro de pesar  
Del joven no... del corazón del hijo,  
Que a nadie supo así constante amar!

Y ese celeste amor, como un sagrario  
Puro el recinto conservó tal vez,  
Tutelar alejando del santuario  
De bastarda pasión la embriaguez.

Siempre radiante, y luminosa, y pura,  
Presidió allí subida en el altar,  
Y nunca... aun adorada... la hermosura  
Al ara en que ella está, pudo llegar.

Nunca humana belleza su memoria

En mi mente frenética eclipsó;  
Nunca la más querida, en su victoria,  
La copia de ese rostro recibió.

Y si a pasión funesta no fue escudo,  
Pena del cielo a un corazón infiel,  
Del despecho, mortal librarme pudo,  
Y al tósigo endulzar la amarga hiel!...

Que cuando triste al contemplar dó quiera  
Reyes del mundo al crimen y al dolor,  
A la eterna bondad llame quimera,  
Y blasfemé del mundo y su Hacedor,

Su imagen entre nubes refulgente  
Salía, como el iris oriental  
A sostener el corazón doliente,  
Y contra el genio a protestar del mal.

Ella rasgaba ante mi vista el velo  
De esa horrible verdad que nada ve,  
Y por ella volví piadoso al cielo  
Mirada ansiosa de esperanza y fe.

Que ella me la inspiró... recuerdo ahora  
Que una plegaria al murmurar los dos,  
Aprendí a amar al Dios a quien adora...  
Porque Madre también tuvo ese Dios!

Y hoy al mezclar en mi oración su nombre  
¡Creo al Señor! gritando en mi impiedad:  
-«Si tiene Madre sobre el mundo el hombre,  
»Madre tendrá la triste humanidad.»

¡Ay! díla, en fin, que unida al fondo mismo  
Del corazón que un mundo devoró,  
Pegado a las paredes de un abismo,  
Dó ni cenizas hay de cuanto ardió!

Escrito un nombre brilla venerando,  
Y una llama, a par de él, arde inmortal,  
Dó eterno y sólo quedará brillando  
El nombre suyo y el amor filial!

Háblale así... tu comprimido labio  
Repita el voto que mi voz te presta;  
Ella creará a tu boca la protesta

Que con ósculo ardiente sellará.

Y llorosa postrándose a tus plantas  
No a ti te mirará, mirará al cielo,  
Y en respuesta a tu acento de consuelo,  
A la Madre de Dios por mí orará.

¡Oh!... ¡Quién la viera en su actitud sublime,  
En las alas tendiéndose del alma,  
Por llevar hasta mí la dulce calma  
Que el cielo preste en premio a su oración!

¡Y quién besara su adorable mano  
Cuando por fin de su plegaria ardiente,  
Derrame con fervor sobre tu frente  
Su solemne Sagrada bendición!

¡Oh!... llegará hasta mí, Madre querida!  
Tu esperanza y tu fe no será en vano;  
Y el signo Santo de tu augusta mano  
Propicio sobre mí vendrá a caer.

Y, misterioso lábaro, descienda Del enemigo  
mundo en la batalla, Mi corazón, como invisible  
malla, De la traidora suerte a guarecer.

Y apure el mal su copa de amargura,  
Y remache sus hierros el Destino,  
Y en borrascoso eterno torbellino  
Despedaces el orbe en derredor;  
Que en tanto pueda iluminar fulgente  
Tu astro de paz mi soledad sombría,  
Mientras tú me bendigas, Madre mía,  
Cielo habrá para mí, mundo y amor!

En las ruinas de Itálica  
Improvisación

También muere el sepulcro. ¡También murió la historia!  
Hasta en la tumba efímero se humilla nuestro ser:  
Las ruinas son un sueño, su vida es la memoria:  
Vida y memoria llegan los siglos a perder.

No ha mucho aquí se alzaron columnas a millares,  
De un pueblo imperatorio severo pantéon,  
Las ruinas se acabaron; y mieses, y olivares  
Robaron a los muertos su póstuma ilusión.

En choza convertido, donde el zagal se aloja,  
El antro de las fieras del ancho circo está.  
Itálica!... responden los versos de Rioja:  
De Itálica los ecos, nada responden ya.

Así de almas en ruinas, que florecieron antes  
Sólo recuerdos guarda la lúgubre mansión:  
Evocad ¡ay! su vida en páginas amantes,  
No en la caverna muda del seco corazón.

El sueño de Endimión  
Para un álbum (en La Coruña)  
Reclinada la frente entre beleño  
Yace Endimión dormido en la montaña,  
Mientras del cielo que su oriente empaña,  
Leve Dïana desarruga el ceño.

Callada sigue su amoroso empeño,  
Rebozada en la luz que al joven baña:  
No era para un mortal dicha tamaña;  
Y él sigue hundido en su aplomado sueño.

También así, Señora, en el olvido,  
So la quiebra más honda del Parnaso  
El que mi númen fue, yace rendido.

Movéis de Oriente el rutilante paso,  
Y el triste sigue, a su pesar, dormido:  
¡Su helada inspiración toca al ocaso!

La sirena del norte  
Un tiempo fue que la falaz Sirena  
Del mar de Mediodía  
Sobre las rocas de la costa helena  
Las naves en el piélago sumía.

Que ya entonces el hado revelaba  
Al hombre sin ventura,  
Que también el placer la vida acaba;  
Que también es un monstruo la hermosura!

Ya el Egeo tan pérfidos cantares  
No escucha, ni el Euxino.  
Cuando la muerte corre aquellos mares,  
Truena como el cañón de Navarino...

Más felices del Norte las regiones

Aún tienen su cantora;  
Que no siempre de crudos aquilones  
Domina allí la furia bramadora.

De aquel mar la Sirena melodiosa  
Es nuncio de consuelo;  
Cuando ella canta, el pescador reposa,  
Huyen las nubes... se serena el cielo.

Vésela entonces parecer ligera  
Cual niebla de verano,  
O en los bosques vagar de la ribera,  
O surcando la espuma del Océano.

Luce a veces cual raudo meteoro,  
Sobre el oscuro monte;  
O allá, cayendo el sol, cual nube de oro,  
Asoma sobre el líquido horizonte.

Ora se asienta en el escollo alzado,  
Que el huracán azota;  
Ora sobre un bajel abandonado,  
A la merced de las tormentas flota.

Busca la vista alguna vez en vano  
Dó resuena su acento:  
Otras también la voz del Océano  
Su voz asorda, o se la lleva el viento.

Yo la vi un tiempo en mi natal ribera  
De la noche a deshora,  
Tender fulgente en la estrellada esfera  
Ráfaga hermosa de boreal aurora.

De allí sus alas cándida agitaba  
Cual cisne en su laguna,  
Y en el arpa de nácar que pulsaba,  
Vibrar me pareció rayo de luna.

Lejano empero a mi sentir huía  
Su remontado acento;  
Tal vez allá lograban su armonía  
Los globos percibir del firmamento!...

Mas tendió al fin su pavonado manto  
La noche; y más vecino  
Fueme ya dado interpretar su canto,

Y su concierto comprender divino.

Pasado había el áspero bramido  
De equinoccial tormenta;  
Era ya el tiempo en que el flotante nido  
Sobre las ondas el alción sustenta.

La atmósfera brillaba transparente,  
Melancólica y pura,  
Cual siempre brilla en la estación doliente  
En que su último adiós dice natura.

Chispas brotaba de argentada lumbre  
Fosfórica la playa,  
Y allá se veía en la enriscada cumbre  
La hoguera relucir de la atalaya.

Sobre la mar las barcas vagarosas  
Del pescador se mecen,  
Que ora cruzan cual sombras silenciosas,  
Ora con mil antorchas resplandecen.

Y el fruto de su afán de cuando en cuando  
Cual ufano guerrero,  
Sobre el marino caracol soplando,  
A las playas anuncia el marinero.

Al pie solloza de la vieja ermita  
El búho sus congojas:  
La ráfaga de otoño el bosque agita,  
Y arrancadas volar se oyen las hojas.

Entonces fue cuando elevó su acento  
La escondida Sirena:  
Yo no la vi; no revoló en el viento;  
No apareció en las ondas, ni en la arena!

Allí sonó do escombran la ribera  
Religiosas ruinas;  
Allí rústico templo un día fuera;  
Allí oró el pueblo fiel de las marinas.

Minó la mar sus frágiles cimientos  
Al altar de la aldea;  
Las ondas derribáronle y los vientos,  
Y cubrirá en breve la marca.

Allí se oyó en voz; allí el sonido  
De su arpa soberana;  
Dulce cual melancólico gemido,  
Solemne como el son de la campana.

Eran sólo infelices pescadores  
Los que su canto oían;  
Del puerto los tranquilos moradores  
Del primer sueño en la quietud yacían.

Y en tanto yo, cavé una cruz sentado,  
Absorto y vigilante,  
En vez oí de oráculo inspirado,  
Que así cantó sencilla al navegante:

«Incierto surcador del Océano,  
Que ante su yerma inmensidad perdido,  
Rumbo buscas al término lejano  
Del hemisferio antípoda escondido,  
    Sigue, sigue atrevido  
    Tu audaz seguro vuelo,  
Y allá en los altos mares te abalanza:  
Su inmensa soledad es tu esperanza...  
    Tu guía está en el cielo!

»Un tiempo fue que el mísero marino  
Senda en esos desiertos no tuviera,  
Y en la noche del mar fue su camino  
La cercana extensión de la ribera.

Indefensa y ligera  
Jamás la débil quilla  
De los rudos escollos se alejaba,  
Y el primer soplo de aquilón sembraba  
    De fragmentos la orilla.

«Mil Caribdis entonces abisomas  
De monstruos y terror el mar sembraron,  
Y las columnas de Hércules famosas  
Las puertas del Océano cerraron.  
    En vano se lanzaron  
    Aquellos hombres fieros  
A recorrer del orbe los caminos;  
Que la tierra, en sus ámbitos mezquinos...  
Los cerró prisioneros!

»La tradición guardó de los mortales

Fama de un universo allá escondido,  
Y al recordarle el hombre en sus anales  
Tristemente escribió: ¡Mundo perdido!  
    Más breve: fue que henchido  
    De ignorancia altanera,  
Llamar osó quiméricas visiones  
A las vastas incógnitas regiones  
    Do llegar no pudiera.

    »Y al fin brilló una noche de ventura  
En que, en la erguida popa reclinado,  
El nauta al fin interrogó a Natura  
Sobre el rumbo a los hombres ignorado.  
    No, no, clamó inspirado:  
    Su inmensurable vía,  
No en tan estrechos límites se encierra,  
No brillará jamás desde la tierra  
    El fanal de mi guía.

    »De ese desierto inmenso los destinos  
Sólo otra eterna inmensidad iguala.  
De ese Ponto ignorado los caminos  
Sólo el celeste Océano señala.  
    Su bóveda es mi escala;  
    Allí tiene mi vuelo  
Marcadas ya sus rutilantes huellas:  
Yo surcaré la esfera y las estrellas...  
    Mi camino es el cielo!

    «Mas ¡ay! que alguna vez negros crespones  
Ante su inmóvil faro se tendieron,

Y entre olas de aplomados nubarrones  
También los astros náufragos se hundieron.

    ¿Dó entonces se acogieron  
    Las pavoridas náos?  
¿Quién rasgó de natura el manto denso?  
¿Qué antorcha pudo iluminar lo inmenso  
    De aquel profundo caos?

    »¿Quién sino Dios, entre un oculto Cielo.  
Mediador puede ser y el Océano?  
A descorrer su impenetrable velo,  
¿Cómo llegara de un mortal la mano?  
    Preciso fue un arcano;  
    Pudo en la tierra solo

Un misterio recóndito, profundo,  
Marcar el cielo... y revelar al mundo  
La brújula y el polo.

»¿Do vas? ¿Do vas, huyendo la ribera?  
La ignorancia gritó.» ¿Por qué ese cielo,  
Por qué ese norte buscas, do te espera,  
La eterna noche y el eterno hielo?  
Y a su imbécil recelo  
Impávido el marino  
Mostrando alegre el polo refulgente,  
He allí, clamó, en la bóveda esplendente,  
Una estrella, un Destino...

»He allí brillar la inmóvil atalaya  
De donde vela Dios sobre mi suerte.  
Mientras luce, estrellándose en la playa,  
Siniestra espuma de naufragio y muerte.  
Sus!»- Y a su voz, más fuerte  
Que el piélagos iracundo,  
El ondulante pabellón alzóse,  
Y al fin... siervo el Océano postróse  
Ante el señor del mundo.

»Viéronle allá las tierras de Occidente,  
Y más allá le vieron nuevos mares...  
Y más allá volver por el Oriente  
Le vieron, con asombro, sus hogares  
De tormentas y azares  
Triunfador en su vuelo,  
Sin fanales, sin ruta, sin ribera,  
Do le plugo llegar, llegó do quiera.  
Guiado por el cielo...

»Deja, deja los riscos espumosos  
Marinero, a los fieros huracanes:  
Ni esas faros te guíen engañosos  
Incendios ¡ay! tal vez... tal vez volcanes  
La luz de tus afanes  
No alumbra en ese suelo;  
Allá la busca en mares sin orilla,  
Do encendida por Dios, eterna brilla  
La inmóvil luz del cielo.

»Y tú, infeliz habitador del mundo,  
Que en procelosa vida navegante,  
También ignoras de ese mar profundo

El misterioso término distante...»

Súbita en esto ráfaga del monte  
Sopló sobre los mares,  
Y arrebató perdido al horizonte  
El postrimero son de sus cantares.

No más oí de la gentil Sirena  
El concierto divino:  
Sino el tumbo del mar sobre la arena...  
Y el bronco son del caracol marino!

#### Al Acueducto de Segovia

Cuando sumido en tinieblas  
Sus párpados cierra el mundo,  
Y en paz los pueblos remedan  
La calma de los sepulcros;

Cuando en mi frente clavados  
No están ojos importunos,  
Y puede elevarse al cielo  
Sin apariencias de orgullo,

Cuando no sigue mis pasos  
Mirada necia del vulgo,  
Que acechar pretende en ellos  
Un fin a mí mismo oculto,

Cuando me es dado dar suelta  
Desde el seno en que los hundo,  
A los suspiros que ahogo,  
Con las lágrimas que enjugo.

Cuando turbias las estrellas  
Prestan su brillo confuso,  
Y por parecer más solos  
No da sombra cuerpo alguno.

O la luna en el ocaso  
Su disco menguado y mustio  
Esconde, y blanquea el cielo  
Un reflejo del crepúsculo.

Place a mi dolor entonces  
Abrigarse taciturno  
De la colosal arcada  
De ese gigante acueducto.

Pláceme inciertos los pasos  
Al pie de su inmenso muro  
Deslizar encapotado,  
Como fantástico bulto.

O allá a su extremo, sentado,  
Mirar sobre el fondo oscuro  
De una población dormida,  
Y se un horizonte turbio.

Como en las nubes descuellan  
En festonado dibujo,  
Ligeros los mismos arcos,  
Que sobre el suelo robustos,

Con veinte siglos de peso  
Quieren aplastar al mundo...  
Padrón de antiguas edades,  
De nuevas eras preludeo.

Entonces sobre su mole  
Y sobre su edad me subo,  
Y de la tierra elevado,  
Cual leve vapor nocturno,

De otros tiempos y otros hombres;  
Razas y pueblos descubro.  
Acalla entonces mi pecho  
Sus suspiros importunos,

O sorda el agua mugiendo  
Los confunde en su murmullo;  
Que el rumor que por las bóvedas,  
Hace el raudal en tumulto,

Sobresaliendo a compás  
En el silencio profundo,  
Parece el resuello eterno  
De un pueblo entero difunto,

De una raza de gigantes  
Dormida en aquel sepulcro...  
Y cercado de tinieblas  
Como el monumento al gusto,

Alzando bronco mi acento

sobre su acento confuso,  
Estrellando entre sur arcos  
Mi voz, creyendo en mi orgullo,

Que de su sueño de piedra  
La inmoble paz interrumpo,  
A solas con el coloco  
Le interrogo y le conjuro.

Obra gigante de gigante raza,  
Portento de la tierra y de los hombres,  
Que por más noble, inmemorial los nombres  
De tu artífice ignoras y tu edad.

Rúbrica colosal, que un pueblo eterno  
Estampó con su planta soberana,  
Arco del triunfo que en audacia insana:  
Sobre el Tiempo alcanzó la Humanidad.

Puros en vano en tu horadada cumbre  
Los raudales benéficos deslizas,  
Que en la antigua ciudad que immortalizas,  
Vierten vida a torrentes, y frescor.

De ese raudal, los hombres al nombrarte,  
Cual si por él no fueras, se olvidaron,  
Y Puente un siglo y otro te llamaron,  
Puente no más!... tu pueblo admirador.

Que un puente fue la colosal empresa  
Del que asentó robusto tu cimiento:  
Puente, so el cual pasara turbulento  
De mil generaciones ancho el mar.

Puente sobre el abismo de los tiempos  
Por la mano del hombre suspendido,  
Que a un porvenir podrá desconocido  
Un pasado recóndito enlazar.

Viera la tierra ya los anchos ríos,  
Aún de inmenso diluvio rebramando,  
En cauce estrecho, a en pesar, entrando,  
Del hombre al yugo su torrente uncir.

Y a esos seres de un día, triunfadores  
Viera ya de las olas y los vientos,  
Al Océano mismo en sus cimientos,  
Con cadenas de diques reprimir.

Ya el Eúfrates y el Tigris domeñados  
Sufrieran de Babel torres y puentes;

So altas moles doblaban reverentes  
Tajo y Danubio la vencida sien,  
«Raudos empero más, un pueblo dijo,  
Y en ciego rodar devastadores,  
Del hombre mismo corren los furoros...  
Yo sobre ellos un puente haré también!

»Y sobre las oleadas de otros pueblos,  
Y sobre sur tormentos y avenidas,  
Probemos en cien arcos esculpidas  
Las huellas a estampar de nuestros pies.

»Y que pasen las razas venideras  
Bajo el trofeo que su frente abrumba,  
Sin dejar, ni las manchas de la espuma  
Que salpiquen en él dando al través.

»Y por diadema de su sien altiva  
Que perenne y fugaz orle su frente,  
Raudal fecundo que los siglos cuente,  
Cual péndola inmortal de ese reló.

»Y que al compás de su mudanza eterna  
Su duración robusta se acrisole.»  
-Dijo, y alzando tu soberbia mole...  
A un tiempo río y puente construyó.

Y tus gigantes arcos se extendieron,  
Y en su cima las aguas resbalaron,  
Y los siglos vinieron, y estrellaron  
En tus pilares su rugir feroz.

Y tú, en silencio, inmoble los miraste  
Bajo tus plantas humillar su orgullo:  
Pasar, y de tus aguas el murmullo  
Ahogar solemne su soberbia voz.

¿Quién sabe lo que viste de esa altura?  
¿Quién leerá los anales de tu historia?  
¿Quién pudiera a en frente la memoria  
De esa frente maciza trasladar?

¿Quién sabe si a los hijos del Oriente,  
Poblando estas incógnitas orillas,  
De Nínive y Babel las maravillas

Plugo en imagen noble reflejar?

¿Quién si de ilustre sociedad perdida  
Allá en la noche de los siglos densa,

Tus grandes restos, y de ciencia inmensa,  
Y de un arte magnífico serán?

¿O si en bárbara edad animó el cielo,  
Con poderosa inspiración altiva,  
-El brazo de esa raza primitiva  
Que solo el nombre nos dejó de Hispan?

¿Quién nos dirá si el águila de Roma  
Humilló a tu grandeza su arrogancia?

¿Si acaso, asoladoras de Numancia,  
Acampó sus legiones a tus pies?

¿O si Viriato y su indomable hueste  
Cayendo de los cerros carpentanos,  
En tu bóveda osó de sus tiranos  
Colgar en triunfo el arrancado arnés?

Si te hallaron ya en pie, ¿qué te dijeron  
De la ciudad eterna los señores?...

Que envidiosos de ser tus fundadores,  
Cual hijo te adoptaban imperial.

Y dejaron dudando a las edades  
Si ellos sellaron con tu planta el suelo,  
O si fuiste más noble, alto modelo  
A su familia de obras colosal...

Y más tarde, de pueblos la marea,  
Que a renovar la humanidad esclava  
Al Austro el Norte vengador lanzaba,  
Desbordado en inmensa inundación.

Paró a tus pies, y el genio de sus triunfos  
Señaló a su furor otro camino,  
Porque, instrumento del furor divino,  
No leyó sobre ti su maldición.

En reflujo espantoso el Mediodía  
Revolvió sus falanges y escuadrones,  
Y viste desplegar sus pabellones  
A tu sombra a los hijos de Ismael.

Mas al probar su alfanje en tus pilares  
De la sed del desierto se acordaron,  
Y ese raudal benéfico adoraron,  
A quien sirves de altar y de dosel.

¡Cuántos después sangrientos y feroces,  
Cuántos pueblos cobardes o livianos;  
Cuántos gigantes... a tus pies, enanos,  
Estrelló imbécil una y otra edad!

¡Cuánto acento y rumor, gritos e idiomas  
Asordaron la voz de tu murmullo!...  
¡Hoy sobre los sepulcros de su orgullo  
Sólo anima tu voz la soledad!...

Sola tu voz quedó de tantas voces!...  
Y sólo tú de tantos monumentos  
Que el humano furor, con sus cimientos,  
O el brazo del Eterno niveló.

Y al terremoto que aplastó los montes  
Sobre las huellas de Babel borradas,  
Sobre Tiro y Tadmur desamparadas,  
Tu pedestal sencillo no tembló.

Sopló la ira de Dios... y torres, muros,  
Plazas y circos, pórticos y altares,  
Alcázares, castillos y alminares  
Dobláronse, cual cañas, a un vaivén.

Ni defendió sus santos mausoleos  
La muerte misma en su recinto helado;  
Ni quiso Dios del surco del arado  
Libertar su santuario de Salén!

Pero a ti, sí!... que el agua de los cielos  
Viertes fecunda en la mansión del hombre;  
E igualas, sin curar de raza y nombre,  
Al rico y pobre en tu precioso don.

A ti plugo al Señor en su venganza  
Olvidar cual recóndito tesoro...  
Eterna Providencia, yo te adoro!...  
Tú eres, obra gigante, su padrón.

Tú estás ahí para ensalzar su nombre,  
Tú estás ahí para cantar su gloria,  
Tú estás ahí para vengar la historia,  
Y proclamar severa una verdad.

Tú ahí quedaste a revelar al mundo  
Lo que los hombres de otros tiempos eran,  
Y a confundir los hombres que quisieran  
Ostentar hoy su estéril vanidad.

Que decirles te es dado:-«Raza imbécil,  
Gárrula eleva efímeros escombros,  
Nunca más que a la altura de tus hombros,  
Nunca más que a tu rápido vivir.

Y sin fe el corazón, sin cielo el alma,  
Tímido y bajo de tu mente el vuelo,

»Sólo a arrastrarte raudo por el suelo  
El humo de tu ciencia haces servir.  
Dó es nada el corazón, muerte se crëa,  
Y polvo cuando es polvo el pensamiento:  
Quien elevó a las nubes mi portento,  
Su espíritu elevaba más allá.

Y era más que un mortal el ser gigante  
Que en el mundo tan grandes y tan bellas,  
Pudo estampar las portentosas huellas  
Que pie de otro mortal no borrará.»

No, no las borrará; podrá insultante  
A esos siglos llamar bárbaros, fieros;  
Y esos siglos, en pie, verán severos  
Más que tu agua su acento hüir veloz.

Y de lo alto verán de esos pilares  
Disiparse a sus pies su vano orgullo,  
Pasar, y de tur, aguas el murmullo  
Ahogar solemne su blasfema voz.

¡Ay!... pasaremos, sí; de nuestra nada,  
¿Qué podremos dejar a nuestros nietos?  
Escombros, cementerios, esqueletos,  
Padrón de esta sangrienta bacanal,

Dó en breve sobre un suelo de cenizas  
Podrá, vagando atónito el viajero,  
Romanas piedras encontrar primero  
Que el polvo de esta raza criminal.

Henos aquí del cielo maldecidos,  
Que a acelerar el triunfo de su saña  
Nos da el tiempo y la muerte su guadaña  
En vértigo infernal de destrucción.

Y ruinas, sangre y mortandad cruzando  
Al ebrio profanar de un sacro nombre,  
La ley del cielo y la razón del hombre  
Arrastramos a un mismo panteón.

Henos aquí! Posteridad tremenda,  
Tú te alzarás, y en tu robusta mano  
La fuerza imbécil de este siglo enano  
En tu balanza pesarás fatal.

Con los gigantes que en jugar grandioso,  
Con piedras al descuido y sin cimiento  
Al agua a devorar dieron, y al viento  
Y a nosotros también, su obra inmortal.

Ellos fundaban en el aire ríos;  
Ellos colgaban de las nubes puentes  
Que eternos las hicieran sus torrentes  
Sobre los hombres pródigas verter.

Y nosotros también montes alzamos...  
De ruinas y de piedras sepulcrales!  
Y sobre ellos después anchos raudales  
De sangre hacemos bárbaros correr...

Y en tanto tú, sagrado monumento  
Sordo a nuestros estúpidos clamores,  
Nuestra impotente rabia y sus furores  
Como agua de turbión oirás crujir.

Y cuando el inundo ya no sepa el nombre,  
De este siglo decrepito e infecundo...  
Acaso puedas abrumar al mundo  
Con un nombre que aguarda el porvenir.

Díselo, sí; los pueblos venideros  
En ti lean el nombre soberano  
Del pueblo que te alzó, y en humo vano,  
El nombre nuestro esparzase veloz.

Ríe, si hoy a tus pies brama cual trueno  
Entre montañas... su impotente orgullo  
Pasará, y de tus aguas el murmullo  
Ahogará al fin su tormentosa voz!

El quince de octubre  
Al general don Diego León,  
Primer conde de Belascoain  
Que pase el tiempo! cálida, humeante,  
Aún del lívido tronco palpitante,  
La noble sangre brota;  
Aún, no humillada en desigual pelea,  
Pabellón de venganza, al aire ondea  
Aquella lanza rota!

Aún le vemos cruzar bello y bizarro,  
Cuando eclipsaba su enlutado carro  
El esplendor de un sólio;  
Cuando erguía, en magnífica grandeza  
Por recibir el lauro, su cabeza,  
De un fatal capitolio.

Aún miramos un pueblo consternado,  
En silenciosa execración postrado,

Conjurando al Destino;  
Y en medio de sus llantos y oraciones,  
Señal de muerte dar cuatro sayones;  
Detrás... un asesino!

Aún hierve en ¡sangre el empapado suelo;  
Y alzan en tanto en derredor su vuelo  
Fatídicos vampiros.  
Mientras... ¡ay Dios! por cantos de alabanza  
Sólo nos quedan... gritos de venganza,  
Sollozos y suspiros!

Denso se esparce ante los turbios ojos  
Vapor sangriento, que levanta rojos  
Espectros maldecidos.  
Ni articula la trémula garganta  
La voz robusta que a los héroes canta  
Con dolientes quejidos.

Que pase el tiempo!... Que el crespón de duelo  
Nos muestre en breve iluminado el cielo  
En fúlgida diadema:  
Que al evocar al Héroe inmaculado,  
No alcemos en su túmulo sagrado  
Voz triste de anatema.

Que pase el tiempo!... y sin horror, ni llanto,  
Bajo el etéreo, esplendoroso manto  
Que le vistió la Gloria;  
Descubramos al sol del mundo entero  
La estatua santa del postrer guerrero,  
Que hoy alza nuestra historia.

Tal vez faltaba en la civil campaña  
El héroe digno a sustentar de España  
El timbre hidalgo y fiero:  
Faltaba al pie de un trono derrocado  
Un nombre... con la sangre rubricado  
De un mártir caballero!

Lucharan ¡ay! en pos de breves glorias  
En arenas de estériles victorias  
Valientes los hispanos.  
Juguete, empero, de alevosa afrenta  
Los vio la Patria, al demandarles cuenta,  
Víctimas; no villanos.

Allá al morir al pie de su bandera,  
Ni aun engañada, la lealtad sincera  
Fue a los bravos abono.  
Que vencedores al mirarse un día,  
Por libertad hallaron tiranía,  
Y en orfandad el trono.

Los que, vivos, leales se contaron,  
Atónitos, proscriptos, reclamaron  
Su nombre y sus pendones.  
Los muertos, en su túmulo sin brillo...  
Acaso demandaban un caudillo  
En sus tristes mansiones!

Y fuiste tú, la prez de los leales...  
Fuiste, entre los valientes inmortales  
El mártir escogido!  
No te guardaba el cielo la victoria,  
Sino enlazar al nombre de tu gloria  
La causa del vencido!...

Que el mundo así te admire y te comprenda,  
Cuando en las aras de tu santa ofrenda  
Mártir te consagramos.  
Cuando del puro honor del pueblo ibero  
Última prez, y del valor guerrero  
Campeón te aclamamos.

Que seas tú, de nubes circundado,  
El Genio tutelar que a nuestro lado  
Nos asista serenos,  
Cuando suene en la lóbrega tormenta  
De este siglo de horror, la hora sangrienta  
De morir como buenos!...

Ya te vieron así!... genios fatales  
Para honrar tus sangrientos funerales,  
A otros héroes llamaron.  
Y a la muerte acudieron tus valientes;  
Y de tu sombra en sus radiosas frentes  
La aureola reflejaron.

Montes, Quiroga, Bória, Gobernado  
Galopando te vieron a su lado,  
En su postrer momento.  
Tu voz como en el campo conocían;  
Y por dicha, al morir, obedecían

Tu respetado acento.

Allá en los días de la lucha fiera,  
Cerrar como León, mil veces fuera  
Acento de victoria.  
Ora en el trance de su triste duelo,  
Morir como León, sea consuelo,  
Y galardón de gloria...

Que pase el tiempo!... cálida, humeante.  
Limpiad, ¡ay! de su tronco palpitante  
Esa sangre que brota.  
Que siempre invicta, en la marcial pelea...  
Sagrado pabellón al aire sea  
Su noble lanza rota!

#### Último amor

Es bello, sí, en la aurora risueña de la vida  
El palpar primero de amante corazón;  
Bello sentir brotando del alma sorprendida  
La perfumada lágrima de la primer pasión.

Bello, como en mañana se ve de primavera,  
Blanco espino en los bosques florido aparecer;  
Tierno, cual joven madre siente la vez primera  
Nueva preciosa vida su seno estremecer...

Sí; ¡recuerdo dulcísimo, memoria encantadora  
Que desvanece efímera la sombra de otra edad!  
Cuando pasó el perfume, la brisa de esa aurora,  
Nada ¡ay! al alma deja la amarga realidad!...

Mas ¡ah! si en pos las nieblas de una estación más triste  
Tienden sobre la vida su cárdeno color.  
Y en prematuro otoño el corazón se viste  
Con las últimas flores del árbol de amor...

Ah! más tierna, más bella, más esplendente y pura  
La luz de ese crepúsculo se esfuerza a revivir;  
Con fuerzas más volcánicas el corazón apura!  
Las últimas delicias de amar y de sentir.

Cual aves fugitivas a su antigua enramada,,  
Las ilusiones tornan del juvenil ardor.  
¡Oh! ¡cómo encuentra entonces el alma fatigada  
De olvidados placeres, el último, el mayor!

Qual retirado albergue, cual templo solitario,  
Del mundo en los confines parece la beldad;  
Es más que nunca el ídolo que eterno en el sagrario  
El corazón eleva, de su honda soledad.

Que es solemne, sublime, un pecho lastimado  
Ver... que el mundo con lágrimas abrevó y con su hiel,  
De pasiones herido, de penas desgarrado,  
Batido de los vientos de la fortuna infiel.

Olvidando pesares, fortunas y pasiones,  
Y su inconstancia misma, de un ídolo a los pies;  
Y adormecerse en sueño de infantiles visiones  
En los brazos de un ángel... para morir después!

Así fue un tiempo, hermosa, que si ángel pareciste  
A mis ardientes ojos, de esperanza y de amor,  
Entre sombras de dudas, y de silencio triste,  
Dejé venir misántropo la noche de mi horror.

Mas hoy... jamás idólatra tanto subió, y sincero,  
Arrebatado el éxtasis de la primera edad.  
Cuando mi voz te dijo: -«Tú eres mi amor postrero»,  
No, no empañaron dudas la fe de mi verdad.

Verdad, verdad!... bien mío... tu angélica hermosura  
Tenga en mi último voto su triste galardón.  
Destino reservaba la suerte a tu ternura  
De entregarle aherrojado mi inquieto corazón.

Verdad!... que un día al menos de este vivir de duelo  
Que del mundo en los límites tú sola endulzarás,  
Descanse en la promesa con que me liga el cielo...  
Después de ti, ángel mío... yo no amaré jamás!

Santa como la tumba sea esta fe jurada,  
Santa como postrera, si triste, mi pasión,  
Y santos, recibéndolos tu imagen adorada,  
Los últimos suspiros que exhale el corazón;

Y eternos!... que a tus plantas ya no serán fugaces  
Los que del borde se alzan... tal vez de un atáud;  
Eternos, ya que un tiempo, creyéndolos falaces,  
Los sofocó adorándote mi ardiente juventud.

Hoy ven, amada mía...Se el árbol postrimero  
A cuya sombra plácida me siente a reposar

En cuyo aroma aspire fatigado viajero  
Perfumes que no tienen la rosa ni azahar.

Ven a tomar mi vida, mi frente fatigada,  
¡Ay! si oprime un seno, reclínala a tus pies;  
Mulle de tus caricias la postrimer almohada,  
En que repose el alma... para morir después!

Y una sonrisa tuya sea el purpúreo rayo  
Del sol que alumbre espléndido mis horas de vivir.  
Tu voz, la melodía que en mi final desmayo  
Preludie las que pueda sobre el Empíreo oír..

Y tu aliento balsámico la brisa que me orée,  
Y un beso de tu labio la regalada miel,  
Que al despedir al mundo mi labio parladée.  
Tras el amargo dejo de su copa de hiel.

A don José Zorrilla  
Poeta, ven y cantemos  
A una voz nuestros amores;  
En un arpa los lloremos;  
Que bien cobijarse vemos  
A un árbol dos ruiseñores.  
(Don José Zorrilla al autor.)

No, Poeta, no más en arpa triste  
Cante de amores lánguido un acento,  
Que a conmover la tierra recibiste,  
Y su eco a trasladar al firmamento.  
Quebranta el voto que a mi duelo hiciste;  
Dáale, cual yo, con nuestro amor al viento;  
Desdeña un árbol, y a tus trovas bellas  
La copa busca de un pensil de estrellas.

No Poeta, no más cantar amores,  
Leve flor de una aurora de la vida,  
Que ni del sol resiste a los ardores,  
Ni del cierzo a la ráfaga aterida.  
Brotó sobre este tronco de dolores;  
Y aunque fragante a veces y encendida,  
Al primer soplo del mundano aliento  
Secas sus hojas desparrama el viento.

No ¡ay de mí! ruiseñor en los rosales,  
Ni entre los mirtos amoroso anido.  
Hijo del mar, sus rocas y arenales

Me dieron su tristeza y su gemido.  
El cierzo y los contrarios vendavales  
Fue el céfiro en mi cítara mecido;  
Mi césped blando y mi musgoso lecho  
Verdosas algas y marino helecho.

Dejemos ¡ay! en su inocente sombra  
Los pájaros dormir, y en sus arrullos;  
Dejémoslos gozar sobre esa alfombra  
Entre aromas, y brisas y murmullos;  
Que esa senda que el cielo les escombra  
De musgo, y grama, y flores, y capullos,  
La cumbre no es dó al hombre peregrino  
Sobre el mundo a trepar, lanzó el Destino.

Y dejemos también esos volcanes  
Allá en las nubes disipar su hoguera,  
A esas almas batidas de huracanes,  
Dentro fuego voraz, témpanos fuera;  
Esa zona de horrores y de afanes  
Dó nunca claro el sol se reverbera,  
Sino a través de impuros nubarrones  
Que alzan negras, del alma las pasiones.

Y arrojemos por fin sobre la arena  
Ese laúd de estériles dolores,  
Dó, rotas ya las cuerdas, ronco suena  
Sordo el bordón no más, llanto y furores;  
Y en vez del arrastrar de esa cadena  
Levantemos la voz, libres cantores,  
Alta y robusta, que la escuche el suelo  
El mundo sin rubor, sin ira el cielo!...

Ese mundo... hele allí que se levanta  
Con su millón de bocas, de gemidos,  
Lanzando de blasfemias y alaridos  
Un rugido feroz.

Hele allí con sus pompas y miserias,  
Sus guerras, sus cadalsos y sus leyes,  
Su libertad, sus pueblos y sus Reyes...  
¿Quién oirá nuestra voz?...

Que ¡ay! no la edad vivimos venturosa.  
Que soberano del desierto el hombre,  
Con sus cantos poblaba y con un nombre  
Su virgen soledad.  
O cuando a un pueblo ante un altar fue dado

Con una sola inspiración y acento,  
Unísono elevar al firmamento  
El himno a su Deidad.

Ya no existen ni templos, ni desiertos;  
Naturaleza y religión pasaron;  
Sólo los hombres míseros quedaron,  
Su mundo y su razón;  
Pues contra el mundo y su razón tronemos,  
Aunque a sus ojos, de cosa edad pasada  
Podamos parecer desenterrada  
Tremenda aparición.

No importa, no, que en la Babel erguida  
Que hacina en mil volúmenes su ciencia,  
De lo alto nuestra voz su inteligencia  
Ostente desdeñar.  
Así en la excelsa socavada roca  
Desdeña sorda el águila marina  
El gemir del alción, que vaticina  
Los furores del mar.

Mas no gemir; la Humanidad no muere!...  
Bajel que Dios construye, no naufraga;  
La noche cierra, y la tormenta amaga...  
Pero el Norte allí está!  
Un esfuerzo... una voz! y el marinero  
Podrá bogando saludar la aurora,  
Del que, en su afán desesperado, implora  
Un día... que vendrá!

Y reanime su luz al esqueleto  
De ese pueblo, hoy helado, en su camino;  
El ardor de esa fe brille divino,  
Que apaga duda infiel.  
Pueda Judá los esparcidos huesos  
Entre el polvo evocar de sus difuntos,  
Y alzarlos vivos del sepulcro, y juntos,  
Al soplo de Ezequiel.

Sí; muerta está en el campo, y corrompida  
La sociedad, de Dios abandonada;  
Sobre el polvo cayó desesperada,  
Sin vida y sin calor.  
Su vida y su calor eran del cielo;  
Virtud y religión eran sus lazos;  
Y los osó romper... y hecha pedazos,

Ved sus restos de horror.

Miradla ahí arrastrando entre ruinas,  
Fría serpiente que el Señor condena,  
U, hozando en los cadáveres, hiëna,  
Muerte y sangre pastar.

Miradla ya, que en su postrer congoja  
De un templo sin techumbre hace su nido,  
O va a enroscarse al pedestal hundido  
Del apagado altar.

Templos, altares, tronos y ciudades  
En escombros los vándalos hundieron!...  
Y ¿dó está la mansión que construyeron  
Con su ariete infernal?  
¿Dó se levanta la ciudad atea?  
¿Dó está tu trono, pueblo soberano?  
¿A qué frente rodó, de tu tirano  
La diadema imperial?

Esclavo siempre, la cadena al cuello,  
Rompes el seno a la fecunda tierra,  
Sin que el tesoro que madrastra encierra  
Compense tu sufrir.  
¡Oh! esa tierra que cavas, no te dieron;  
El cielo en que creías... te robaron;  
Y las puertas del templo te cerraron  
En que orar y gemir!...

Hambre y sed tiene el hombre en el desierto;  
Corra un raudal por sur, arenas de oro,  
Y a su murmullo mezclará sonoro  
Su eco nuestro laüd.  
Y a nueva y santa prometida tierra  
De amor y paz y libertad le lleve,  
Dó ley de eterna religión renueve  
Su vida y juventud.

Verás entonces cuál bañada en lloro  
Su vista al cielo con fervor levanta,  
Y en pos su vista remontar su planta  
Al éter inmortal.

Verás si el trono que en la tierra en vano  
Reclamó altivo a sus antiguos dueños  
Trocar quisiera por los ricos sueños  
De ese trono idéal;

Verás cómo, las nieblas disipando  
Y el hielo de en noche, el pensamiento,  
Se abre a la luz del claro firmamento  
Sobre su ancha raíz.  
Y ansioso girasol, sigue los rayos  
De ese astro eterno que en su empírea cumbre  
A las terrenas plantas de su lumbre,  
Su perfume y matiz.

Y al fin verás la estúpida mirada  
Que en un sepulcro pretendió vacío  
Todo abarcar el porvenir sombrío  
De la honda eternidad,  
Ardiente alzarse y reflejar radiosa  
Ese sol de vivir, que en su occidente  
Opuesto el iris deja ver fulgente  
De la inmortalidad...

Mas si rico el tesoro de esperanzas  
Si aún de ese soplo que arrebatara el viento...  
Guardar nos place al postrimer momento  
Y la vida con él!...  
En aromosa brisa de ventura  
Nos place detener el torbellino,  
Descuelga el arpa, trovador divino;  
Yo avivaré el pincel.  
Y sobre el negro fondo de dolores  
Que aún en infancia al hombre cubre ahora,  
Leve el trasluz de su cercana aurora  
El mortal pueda ver.

Pueda en su cuna de dolor postrada  
La triste Humanidad alzar la frente,  
Rayar mirando en el purpúreo oriente  
Dorado amanecer.  
Es el carro de Dios... amor le guía;  
Vuelve glorioso a redimir al mundo,  
El caos antiguo a disipar profundo  
De mal y esclavitud.  
Viene a ceñir su túnica a la Esposa,  
A orlar su sien de perlas y de flores,  
Con soplo ardiente a fecundar de amores  
Su eterna juventud...

¡Oh!... Cantemos el himno a ese himeneo  
Repita el mundo su eco melodioso,  
Y en paz espere el porvenir glorioso

Del terrenal Edén.

E infúndanos la fe de nuestras almas,  
Con tonos de tan mágica armonía,  
Que circunde una aureola de ese día  
Nuestra inspirada sien.

Y vendrá... vendrá el Tártaro y sus penas,  
Y la horrisona Gehenna de gemidos,  
Como a un conjuro a nuestra voz reunidos,  
Su grito a enmudecer.

Y en sus cavernas lóbregas el eco  
Repita en breve acorde a nuestro canto;  
«Mísera Humanidad, enjuga el llanto;  
Tu ley será el placer...»

Mas mi canto ¡ay de mí! que en mi esperanza:  
Vibrar ya oía en sonos halagüeños.  
Dichosa acelerando la mudanza,  
Que vio mi mente en días más risueños,  
Hoy, dulce amigo, a reflejar no alcanza  
El esplendor de mis brillantes sueños,  
Y en esfuerzo precoz desfallecido,  
Antes de oírse, pasará perdido.

También cubrió con su capuz mi frente  
La nube de dolor que envuelve al mundo  
Sopló también sobre mi fe valiente  
La duda de Satán su hálito inmundo:  
Nada quedó de mi entusiasmo ardiente,  
Mas que el recuerdo, por mi mal, profundo  
De esa visión de gloria y de poesía  
Que ¡ay!... me arrancó un suspiro de armonía

Mi voz se agotó ya!... tardo el aliento  
En murmullo apagado se evapora,  
Sopló una noche abrasador el viento,  
Y yermo el campo se encontró a la aurora!  
Radiará en vano puro el firmamento,  
Luz a torrentes dando brilladora:  
Que mudo y ciego el ruiseñor, sin nido...  
Lanzará en breve su final gemido!

Oh tú, que inagotables, de armonía  
Abrigas en tu pecho, manantiales,  
Que el mismo Dios, como las fuentes, cría.  
Y suelta al mundo atónito en raudales;  
Tú a quien en su concierto envidiaría

El coro de los genios celestiales,  
Tu hosanna alzando de uno al otro polo,  
No conmigo ¡ay de mí! -canta tú solo.

Más que el mundo tal vez desencantado,  
Más que él sin fe, mi corazón se ahoga;  
Más que el siglo, del bien desesperado,  
Puerto no ve sobre la mar do boga;  
Y la tormenta de arrostrar cansado,  
Soltara acaso la amarrada soga,  
Si entre el rugir del huracán no oyera  
Ráfagas de tu voz cruzar la esfera...

¡Oh! más que al mundo, para mí, nacido,  
A mí ese eco salvador descienda.  
Él, acaso, en su caos confundido,  
No al noble esfuerzo de tu canto alienda;  
Para siempre en su error adormecido  
No despierte a su son, ni le comprenda,  
O en desacorde horrible a su armonía  
Llore a tus risas... y a tu llanto ría!

A mí aún me deja de esa edad que lloro,  
Un eco el corazón, que ya no es mío;  
Viejo instrumento que vibró sonoro  
Yace sin cuerdas sobre el polvo frío.  
Sólo aún repite de su alambre de oro  
Sordo unísono el tono en su vacío...  
Mas cuando Mayo con sus flores vuelva...  
Ya te oirá solo, ruiseñor, la selva!

Aquí empieza de El Belén  
El artículo oficial

La Majestad soberana  
Que en trono de eternidad,  
De los cielos y la tierra  
Rige el gobierno imperial,  
A mí, pecador, indigno  
De merced tan singular,  
Humildemente postrado  
Ante el místico sitial,  
Donde anunciaron al mundo  
La buena Nueva de paz,  
Secretarios del Altísimo,  
Lucas, Marcos, Mateo, Juan,  
Y Pedro, el primado y jefe  
De poder y autoridad,

Y Pablo, el doctor sublime  
De doctrina y de moral;  
Hoy, por último traslado  
De su excelsa voluntad,  
Me manda esta media noche  
Que os venga a comunicar:  
Que aquella Virgen Santísima,  
Prole bendita de Adán,  
Vástago de regia estirpe,  
Por David y por Judá;  
Esposa elevada al tálamo  
Del Paráclito inmortal,  
Que en el triángulo fulgura  
De la Santa Trinidad;  
Hija humilde de los hombres,  
Y Emperatriz celestial  
De los nueve coros de Ángeles  
Que al lado de Dios están...  
Cuya corona los cielos,  
Las estrellas su collar,  
Los rayos del sol su túnica,  
La luna su pedestal...  
Cabe un humilde pesebre  
(Sin más casa, ni otro hogar),  
-Dó consagrarán grandezas  
De la más pobre humildad,  
Suceso, que no bastaran  
Los cielos a presenciar,  
Ni menos el sólio espléndido  
De la mayor Majestad-,  
Ha parido hoy en Belén  
Un Infante celestial,  
Que ha de ser Rey de los reyes  
Por toda la eternidad.  
Que hoy ha dado a luz, al fin,  
Al Príncipe singular  
Que no tiene en este mundo  
Su reinado terrenal;  
Pero que al mundo descende,  
Moisés divino, a guiar  
Por el Sarah de la vida  
La pobre raza mortal  
A la conquista de un cielo,  
Donde su ley fundará,  
En la herencia de su Padre,  
Reino que no ha de acabar...  
-Y sigue la Madre excelsa,

Que un Dios parido nos ha,  
Después del parto glorioso,  
No sólo en salud cabal,  
Sino -¡oh prodigio inaudito  
Que nunca a ser volverá!  
En integridad incólume  
De pureza virginal.  
I

Por tanto, manda y previene  
La Suprema Autoridad,  
Que preside a los Consejos  
Del destino universal;  
Que en correspondiente pompa  
A tanta celebridad,  
Cielo y tierra solemnicen  
El nunca visto natal.  
Que hasta las humildes pajas  
Dó el recién nacido está,  
Vengan hincados de hinojos,  
Postrada al suelo su faz,  
Reyes, que desde el Oriente  
En adoración traerán  
Los perfumes de la Arabia,  
Los tesoros del Catái.  
Y que mientras que a mostrarles  
La profética ciudad,  
Las estrellas por el cielo  
Peregrinando vendrán,  
A las rústicas majadas  
Un Ángel baje a anunciar  
La nueva de que ha nacido  
El Pastor universal;  
A quien, más ricos que Reyes,  
Los zagales llevarán  
El incienso de su fe  
Y el oro de su humildad...  
-En tanto verán los cielos  
Coros de Ángeles cruzar,  
A cuyo vuelo divino  
Espantado Satanás,  
Del infierno en lo más hondo  
Mande las puertas cerrar;  
Mientras que en el seno oscuro,  
De hinojos el viejo Adán,  
Circundado de los Padres,  
Oyendo, y llorando, está

Cuál resuena entre las nubes  
El angélico cantar:  
«¡Gloria a Dios en las alturas,  
Y al hombre en la tierra, paz!»  
II

Manda al Ministro de Estado:  
Que para inmortalizar  
Hazaña de tanta gloria,  
Y de tanta heroicidad,  
Se prepare una Gran Cruz  
Que el Infante tomará,  
Que al Infierno ha de vencer,  
Y que al mundo ha de salvar:  
Cruz, que hincada en el Calvario  
A los cielos tocará  
Con dos brazos, que extendidos,  
De Oriente a Poniente van.  
Cruz, cuyo purpúreo esmalte  
La sangre de un Dios será,  
Que ha de fecundar a ríos  
La herencia estéril de Adán...  
Cruz, con guirnaldas de espinas,  
Y leyenda singular  
Con letras, que misteriosas,  
Todas las lenguas leerán.  
Cruz, que no ornará arrogante  
La soberbia mundanal,  
Con pretensiones efímeras  
De irrisoria potestad...  
Sino que cuando afrentosa,  
La deícida ciudad  
La haya clavado en el Gólgota  
Patíbulo criminal,  
En el punto cielo y tierra  
La vendrán a disputar,  
Por blasón de toda gloria,  
Y de toda santidad...  
Lábaro ardiente, en las nubes  
La verá Roma triunfar:  
Toda nación la tremole,  
Como su estandarte Real:  
Por sus aspas los ejércitos  
Las águilas trocarán.  
Sea el florón que corone  
Toda diadema imperial,  
Toda cúpula de templo,

Toda bóveda de altar.  
Sea el signo que atestigüe  
Toda dudosa verdad;  
Principio de toda empresa,  
Corona de todo afán,  
Ayuda en todo peligro,  
Conjuro de todo mal.  
Bendecirán con su signo  
Los sacerdotes de paz:  
Lleváranla por el mundo  
Como invicto talismán,  
Los guerreros en su espada  
Para morir y lidiar;  
Al pecho los caballeros,  
Y al hombro, con humildad,  
Todo aquel que labra un surco  
Con sudor y con afán.  
Ante su brillo los Ángeles  
Velen su espléndida faz:  
Sólo a su signo en los aires,  
Huya al infierno Satán...  
Y porque este nacimiento  
Borra la muerte, de hoy más  
En toda tumba cristiana  
Esta cruz se plantará.  
III

Por Gracia manda la gracia  
Con que la raza mortal  
Puede recobrar el cielo,  
De que desterrada está;  
Gracia de indulto de infierno  
Y redención general  
De la esclavitud antigua  
Del poder de Satanás...  
Gracia de eternos tesoros  
De perdón y de piedad,  
Dones y premios de gloria,  
Que merecer y lograr,  
Más ricos, e inagotables  
Por la humana actividad,  
Que los frutos y alimentos  
Del sustento natural;  
Y más sin número y término  
En la inmensa variedad  
De las acciones e ideas  
Que al hombre es dado inventar,

Que son inmensos y varios,  
En el mundo material,  
Los giros de las estrellas,  
Y las ondas de la mar.  
Por Justicia, ley tan justa  
Que es la suprema bondad,  
Y ley de sabiduría,  
Que es orden universal;  
Ley de amor desconocida,  
Desde que en torpe disfraz,  
A amor convirtió en flaqueza  
La seducción infernal...  
Ley de universal familia,  
Y ley de eterna hermandad,  
Do hermano de ser no deja  
Nuestro enemigo mortal.  
Ley, sagrado complemento,  
Acta santa adicional  
De aquella Carta divina,  
Que en los truenos del Siná  
Promulgó, quien cifrar pudo  
En diez preceptos no mas,  
Toda perfección del alma;  
Como ha podido pintar  
Con siete rayos de luz  
Toda belleza visual.  
Justicia, tan compensada  
De inapelable equidad,  
Que tiene el divino amor  
De intérprete y tribunal...  
Justicia, que tiene un cielo  
De tanta felicidad,  
Que el mismo Dios a nuestra alma  
Se da por siempre a gozar;  
Y justicia, en que hay infierno  
De tanta severidad,  
Que la cifra de sus penas  
Es el no poder amar...  
Y es el no poder morir,  
Y no tener que esperar!  
IV

Es, donde es amor justicia,  
Gobernación caridad:  
Caridad fecunda, inmensa,  
Inefable, universal,  
Nunca en la tierra nombrada,

Nunca soñada quizá!...  
Al calor de cuyos rayos  
Cambiará el mundo moral,  
Cual cambia el temple del aire,  
Cuando el sol sale del mar.  
A cuyo influjo benéfico,  
Tendrá alivio todo mal,  
Toda tiranía, freno;  
Corrección, toda maldad.  
Llamárase todo imperio  
Autoridad paternal,  
Y lo que antes sumisión,  
Dirán los pueblos lealtad.  
Libre el albedrío, libre  
El pensamiento inmortal,  
La fuerza será opresión,  
Y no ley, ni autoridad.  
No más el hombre, del hombre  
Dueño y señor se dirá  
Ante Aquel, que crió hermanos  
Todos los hijos de Adán...  
Todo abuso de poder  
Traición al cielo será;  
Toda rebelión de fuerza,  
Suicidio de libertad.  
Será divino el trabajo,  
Más que noble; pues será  
Aula del Dios humanado  
El taller de un menestral.  
Habrá para todo enfermo  
Un lecho de caridad;  
Será santa la pobreza,  
Visita de Dios el mal;  
Veráse un día los Príncipes  
Los pies al pobre lavar,  
Partir con los apestados  
Su lecho y túnica, y pan...  
Y a una Reina de Castilla  
Ir con afán maternal  
Consuelos llevando y lágrimas,  
Y arrodillada rezar  
Ante el jergón de un enfermo  
Que agoniza en un desván...  
Hasta la mansión del crimen  
Hasta el cadalso, serán  
Santificados en nombre  
De aquel Reo celestial,

Que han de prender Mateo y Judas,  
Y ha de escarnecer Caifás.  
V

Al ministro de la Guerra  
Nada quisiera mandar  
Quien viene, manso Cordero,  
A morir por los demás.  
Sólo combatir nos manda  
Como enemigo mortal  
Nuestra propia carne, y nuestra  
Rebelada voluntad;  
Sólo al mundo, revestido  
De pompa vana y falaz;  
Sólo al alma, que se encubre  
Con la piel vieja de Adán.  
Paz los Ángeles cantaron  
Esta noche, y al dejar  
Jesús al mundo, en un ósculo  
«Mi Paz os dejo», dirá...  
Si empero, a Dios despreciando,  
Osare extranjero audaz  
La tumba de vuestros padres  
Con pie sacrílego hollar,  
Guardas de la eterna herencia  
De la progenie de Hispán,  
«Señor Dios de los ejércitos»  
Proclamad al Dios de paz,  
Y el Cordero de Belén  
Será el León de Judá...  
Vendrá al templo, de una cueva  
Vuestra causa a consagrar:  
Su estandarte un santo Apóstol  
Por los aires os traerá:  
Batallaréis en su nombre,  
De Gijón a Gibraltar.  
Desde Clavijo al Salado,  
De Caltañazor a Orán...  
Ante un rosario, en Lepanto  
Tragará a la luna el mar;  
San Lorenzo habrá un trofeo  
Más grande que el Escorial;  
Y si rendido al cansancio  
De tantos siglos de afán,  
A la sombra de sus; templos  
Duerme el León nacional,  
Cuando el revuelo de un águila

Turbe del sueño el solaz,  
Y con rugidos de espanto  
Le oiga el mundo despertar,  
Rebato de mil campanas  
Eco a su bramido harán...  
Cada cruz traerá un soldado,  
Cada claustro un General,  
Y una legión de valientes,  
Cada pendón parroquial.  
Habrá una Virgen del Carmen  
En Bailén, y en San Marcial,  
Y de las invictas águilas  
Todo el vuelo postrará  
Pobre hueste, guarecida  
Tras la Virgen de un Pilar.  
VI

Un Ave Maris Stella  
Leo en el sello Réal  
De la Marina, que manda  
La hermosa Estrella del Mar.  
A cuyo Oriente en las nubes  
Se ahuyenta todo huracán,  
Y que serena las olas  
Con su sonrisa de paz.  
Y de ella un pliego sellado,  
Cuyo noma al desgarrar,  
Con tres prodigios, de asombro  
Cielo y mar se postrarán-.  
Por el primero, en las olas,  
Da camino de verdad  
A los hijos de la Fe  
Con la antorcha del imán.  
Manda el otro, que en el coro  
De una oscura catedral,  
Josué cristiano, Copérnico  
Haga inmoble al sol parar,  
Y el giro de orbes y mares  
Claro revele al mortal.  
Y otro hay que a una Reina Hispana  
Manda en Plus Ultra cambiar  
El lema que en dos columnas  
Escribió remota edad.  
Y porque hay perdido un mundo  
De esos mares más allá,  
Y con su mitad antípoda  
Fuerza es la tierra hermanar;

Y que llegue dó el sol llega,  
La lumbre de la verdad;  
Manda que bajo la enseña  
Que en la Alhambra brilla ya,  
Almirante de la Fe,  
Valiente, humilde y leal  
Como ella, viendo en el cielo  
Lo que el mar calla tenaz,  
El marino de Isabel  
Vaya ese mundo a buscar;  
Y Cristóforo le nombra,  
Porque a Cristo llevará.  
VII

La Hacienda tiene un Gran Libro  
De la Deuda universal,  
Escrito en dos anchas hojas  
De dos árboles, no más.  
En la del árbol del Edén,  
Bajo una poma falaz,  
Estampó «Deuda insolvente»  
Con sus lágrimas Adán.  
Y en la del leño del Gólgota  
Una sangrienta señal  
Entre una Cruz y un Cordero  
Rubrica: Pagada está!

Las arcas de su Tesoro  
No encierras caudales más  
Que una diminuta cédula  
Con esta promesa Real:  
«Inagotables riquezas  
En el cielo ha de encontrar  
Todo aquel que en nombre mío  
Su hacienda a los pobres da.»  
Y más abajo, con signos de la garra de Satán,  
Entre un azadón y un túmulo,  
Este registro infernal:  
«En el centro de la tierra  
El oro guardado está:  
A mi reino ha de acercarse  
Quien lo quisiere encontrar.»  
VIII

A Instrucción, ciencia y doctrina  
Término no puede dar  
Quien es la palabra misma  
De la increíble Verdad.

A quien «Divino Maestro»  
Los que le oyeren, dirán;  
Y que en dos montañas dijo:  
-Al universo enseñad.-  
Por eso, cuando al empíreo  
Se remonta celestial,  
Los hombres no tienen lengua  
Para su doctrina ya;  
Y bajan lenguas del cielo  
Con que la puedan hablar...  
Por eso el saber -dó arcano  
Fue en la docta antigüedad  
Para un filósofo, el mundo;  
Para otro, la humanidad-;  
Para el mundo y para el hombre  
Es ciencia de Dios, de hoy más,  
Que en medio se ve del cielo,  
Como la tierra lo está.  
Las lumbreras de la Fe  
Giran por su inmensidad,  
Como esos miles de estrellas  
De rutilante brillar.  
Y porque tanto esplendor  
No ofusque al flaco mortal,  
Y tenga su mente inquieta  
Criterio, límite y paz,  
Luce una antorcha infalible  
Sobre una eterna ciudad,  
Como del cielo en la cúpula  
La inmoble estrella polar.  
Por eso en los siglos lóbregos  
De la más bárbara edad  
Aprenden de un catecismo  
El párvulo y el zagal  
Ciencia que ignoró Aristóteles,  
Ni soñó Platón jamás.  
Por eso tras mil portentos  
De ciencia, en que el cielo hará  
Que no sepa ningún hombre  
Más que Agustín y Tomás;  
Tras el cántico inaudito  
De aquel Poeta Titán,  
Que no cabiendo en el mundo,  
Cielos e infiernos dirá;  
Tras las santas creaciones  
Del arte y la cristiandad,  
Dó afrenta del Partenón

Será toda catedral...  
Tras el monstruo de armonía  
Que en sus bóvedas bramar  
Hará en conciertos de música  
Truenos de una tempestad:  
Tras de aquel extraordinario  
Prometeo monacal,  
Que ponga el rayo en las manos  
Del hombre débil y audaz;  
Pentecostés nuevo, al último  
Habrá un día singular,  
Que no bastando la pluma  
Ni el pincel original  
A la letra de la ciencia,  
Ni al color de la beldad,  
Mande la mente divina  
De Aquel que sabe engendrar  
De una bellota, una selva,  
Y de un átomo, un vivar,  
Que tome formas y gérmenes  
De generación vital,  
Cual las flores y los árboles,  
El pensamiento fugaz,  
Y den a pluma y pinceles  
Su múltiple eternidad,  
Gutenberg en una Biblia;  
Finigierra, en una Paz.  
IX

De entonces, sólo quien llama,  
Por su nombre a cada cual,  
Las estrellas al salir,  
Y las aves al volar,  
Podrá revelar los genios  
Que el orbe renovarán  
Con el vuelo y esplendor  
De inspiración celestial;  
Podrá enumerar los mundos  
Que en creación idéal,  
Tabla, y lienzo han de fingir,  
Bronce y mármol imitar.  
De entonces rayará el día  
Que los cielos abrirán  
Sus transparentes abismos  
A los ojos de un cristal.  
Y aquel, que fijando el curso  
Sobre el sometido mar,

Trueque el hombre alas de viento  
Por las llamas de un volcán;  
O que, vivo metèoro,  
Le mire el mundo volar  
Sobre los carros de fuego  
De la leyenda oriental.  
Y el que por último, alcance  
La atónita humanidad,  
Que, cual da la mente al brazo,  
Su rapidez para obrar,  
Cual baja del sol al mundo  
Un rayo de claridad,  
Vuele, de un polo a otro polo,  
Y de un mar al otro mar,  
Sobre invisible centella,  
La palabra de un mortal...  
Que esa palabra fulmínea  
Palabra de un Dios será,  
Cuando la oración de un pueblo,  
Conduzca al pie de un altar;  
O si desciende bendita  
De un trono pontifical,  
Sobre el vagido primero  
Del Real vástago, rapaz,  
Que viene en nombre de Dios,  
Sobre un gran pueblo a reinar.  
Que esa lengua milagrosa  
Es revelación quizá  
Para los ojos más ciegos,  
De una palpable verdad;  
Que el más etéreo elemento  
De materia, el más fugaz,  
No es más que ciego vehículo  
Pasivo, inerte y fatal  
Del espontáneo motor  
Del querer y del pensar,  
Sirviendo sumiso y dócil  
Al pensamiento inmortal;  
Cual sirve el aire a su voz,  
Y la luz a su mirar.  
X

Mas quien tiene un Ministerio  
De Instrucción tan singular,  
No dio al olvido el Fomento  
De la vida corporal.  
Y en la ocasión de las nuevas

Que El Belén os viene a dar,  
Os anuncia que no en vano  
El progreso universal  
Estrechando las distancias  
De la humana sociedad,  
Haciendo de tantos pueblos  
Una familia no más,  
Todos los climas y zonas  
Abarca la cristiandad.  
Al alcance de su mano  
Hoy vuelve a tener Adán  
Todos los frutos que tuvo  
Por herencia original.  
Y aquel que ordenó a su pueblo,  
Su fuga de libertad  
En el convite simbólico  
Rápido conmemorar,  
Hoy, en novísimo anuncio  
De que cumplidas están  
Las sacrosantas promesas  
De Redención general,  
Manda, que en ledo alboroque  
De su fausta Navidad,  
Celebre todo cristiano,  
Dulce, alegre, fraternal,  
Pascua de nuevo convite  
De santa comunidad:  
Manda, que en bello contraste  
De su pobreza natal,  
No haya tristes, no haya pobres  
La noche en que a nacer va.  
Manda, que en dulce memoria  
De aquel licor virginal,  
Que, en pasión anticipada  
Humillando su Deidad,  
Probó con labios hambrientos  
Débil niño, en el portal,  
Vosotros probéis los néctares  
Por cuyo invento, piedad  
Alcanzo el viejo Noé  
Del diluvio universal.  
Y a tragos, leche de almendras  
Y de las Navas bebáis,  
Y el turrón comáis simbólico,  
Y el morisco mazapán;  
La nata y miel que Isaías  
Al nacido Emmanuel da;

Y el pavo que nos mandaron  
Los Indios del Rey Gaspar...  
Que cenéis... de Noche-Buena...  
-Jesús, os manda cenar-,  
Festín de su advenimiento  
Y de nuestra libertad...  
Que cenéis... hasta otra noche,  
En que Él también cenará...  
En que, sentado al banquete  
De su propio funeral,  
Dé el brindis de la salud  
De toda la humanidad...  
Relieves de cuya mesa  
Espléndido os dejará,  
Preparado de su mano  
Otro celeste manjar:  
Será su carne gloriosa,  
Será su sangre inmortal...  
Que es ambrosía de gloria,  
Y elixir de eternidad!...  
-Cenad, en tanto, de fiesta,  
De apetito y de solaz;  
Cenad pascua de recuerdo  
Del trabajo corporal,  
Y del dominio del hombre  
Sobre su suelo natal:  
Cenad el pobre viático  
De esta existencia fugaz,  
Con los frutos de la tierra,  
Y los peces de la mar!...  
Comed el pan amasado  
Con vuestro sudor y afán...  
Mañana, el Pan de los Ángeles  
En las gradas de un altar.  
Y así tendréislo entendido;  
Y que se cumpla, sin más,  
Por los dilatados ámbitos  
De toda la cristiandad.  
Y que también se disponga  
Su cumplimiento especial,  
En aquella egregia casa  
Que lustre a la Corte da,  
Donde, de Dios bendecidas  
Y del amor conyugal,  
La Religión tiene un templo,  
La poesía un altar,  
La amistad un culto, y votos

De eterna felicidad.

-Rubricado.-PASTOR DÍAZ.

-Lugar del sello Real.

Poesías

Nicomedes Pastor Díaz

Prólogo de esta edición  
de Juan Eugenio Hartzenbusch

En el año de 1840 publicó sus versos en Madrid el Sr. D. Nicomedes-Pastor Díaz con el discreto prólogo que sigue a éste, y debiera excusar el nuestro; pero la costumbre o manía reinante de prologuizar toda publicación exige que, antes de lo que previno muy al caso el autor, vaya impreso algo de otra pluma, que de seguro no ha de ser tan propio ni tan necesario.

Aquí sólo convendría manifestar que no es la presente colección igual del todo a la del año 1840; pues, en efecto, sale ordenada en otra forma, y enriquecida con catorce composiciones, de gran valor algunas, y todas de alguno.

Después de tal aviso, nada puede añadirse que no sepa el lector, o pueda saber, ya por sí, ya por la noticia biográfica inserta en el primer tomo, de estas obras, ya en fin por el prólogo que va reimpresso a las pocas páginas. Quien ignore que el señor Pastor Díaz ha sido uno de los mejores poetas españoles de nuestros tiempos; el que no conozca ya el carácter por que se distingue su poesía, no espere de nosotros una filosófica disertación, destinada a probar qué fue Pastor Díaz como poeta, y por qué lo fue: aquello nos lo declara él mismo; esto nos lo indica también suficientemente, y no tratamos de esclarecerlo más, porque no es tiempo aún de que salgan a luz todos los secretos y pormenores de una vida forzosamente relacionada con las de otros, que, o viven aún, o bajaron al sepulcro dejando a sus familias tiernos recuerdos, que merecen ser atendidos y respetados.

«Mis versos (dijo nuestro difunto amigo en el prólogo ya citado) no pertenecen al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice, humanitario; son composiciones individuales.» Ama mi corazón todo lo triste, añade en una de las obras nuevamente agregadas a nuestro libro; y en la primera de él, intitulada Mi inspiración, se nos presenta desde luego como cantor de amores y desventuras: una visión, una fantasma, que se le aparece misteriosa y lúgubre y le llama infeliz, le anuncia:

«...

El dedo del destino

Trazó tu oscura y áspera carrera.  
Yo he leído en su libro diamantino  
La suerte que te espera.  
A vano, eterno llanto  
Te condenó, y a fúnebres pasiones...  
El rigor de la suerte  
Cantarás sólo, inútiles ternuras,  
La soledad, la noche, y las dulzuras  
De apetecida muerte.»

La predicción de la fantasma, en su parte primera, no fue cumplida. Llevado pronto Nicomedes Pastor Díaz a puestos honrosos, luego a mandar una provincia, después al Consejo de la Corona y al Senado; Embajador y Ministro, condecorado con cinco grandes cruces, insigne en el periodismo, en el Parlamento y en el Parnaso, la carrera de Pastor Díaz como hombre público no fue ni oscura ni áspera, sino llana, próspera y brillante. Pero las amargas de su juventud habían puesto desde muy al principio la queja en los labios de su musa, que nunca supo sonreír sino con tristeza. La prematura muerte de una mujer tiernamente amada, célebre por él con el nombre de Lina, fijó su carácter poético; nacieron de una tumba las flores de la corona que ornó sus sienes; y para todas las impresiones que agitaron su corazón después, y le movieron a tomar en las manos la lira, sólo tuvo, como el cantor de Eliodora,

Voz de dolor y canto de gemido.

Vemos ya declarado, por quien mejor lo pudo saber, el hecho con la causa, la índole poética melancólica de los versos de nuestro amigo, y la razón de ella: fue un deplorable suceso, de consecuencias permanentes, una desgracia de la juventud, que lastimó el corazón del autor y su imaginación, igualmente sensible, para toda la vida. En los discursos, en las lecciones, en las demás obras de Pastor Díaz, aparece el repúblico, el literato, el orador, el hombre de Estado; en sus poesías el hombre a solas: allí su ingenio, aquí su corazón: pudiéramos decir de ellas, repitiendo una inscripción muy sonada, tiempo antes que naciese nuestro poeta: Son coeur est ici, son esprit est partout.

A la verdad, muchos han sido los escritores que experimentaron en su juventud pérdidas semejantes, y no se acibaró tanto y tan largamente por eso el carácter de su poesía. Y no eran hombres que sentían menos que otros las pesadumbres; pero sabían o podían sentir cual el mal el bien, y en la vida hay de todo. Pastor Díaz hubo de nacer con una predisposición señalada para la elegía; y reuniéndose en él una causa natural y otra fortuita y fuerte, hubo de escoger para sus poemas asuntos dolorosos, los cuales no escasean en la vida más apacible. A los diez y siete años no cumplidos, cuando, según él mismo nos lo dice, amaba sin objeto, ya las inspiraciones de su musa eran tristes, ya (quejándose de soledad espantosa) deseaba la muerte. Vivía entonces, y no la conocería tal vez aún, la que había de ser otra Laura para el Petrarca nuevo, y ya la queja era la voz del joven poeta.

Desde el primer arrullo ya emite la tórtola tonos dolientes: el presentimiento de la desgracia es en ciertos corazones innato; y entre temerla antes y plañirla después, consumen los breves días de su existencia. Quien apetecía morir si no había de gozar las dichas de amor, para él todavía incógnitas, bien podía, al amar con objeto, y hallarse separado de él, anhelar otra vez la muerte, como fin de una ausencia cruel y desesperada. «¡Verla y expirar!» decía Leandro a las olas que le repelían de la torre, donde le esperaban en vano los brazos amantes de la tierna Hero.

Procede a la composición dirigida A la muerte, que tiene la fecha de 1829, la que lleva el título de La inocencia, escrita después (en 1830); pero está muy bien colocada primero, porque los afectos del autor expresados en ella se refieren de hecho a tiempos anteriores. Contaría Pastor Díaz de veinticuatro a veinticinco años a lo sumo cuando se hallaba en la situación que allí se describe. Podía entonces decir a Amelia:

«Y cuando de tu angélica ternura  
Inspirado me veo,  
Yo creo en la virtud, en la hermosura,  
Y hasta en la dicha creo.»

Amargo es, por cierto, ese hasta, cuya explicación se hallará en los versos siguientes:

«Ángel de la inocencia, yo te imploro!...  
Disipa estas quimeras.  
Celestial hermosura, yo te adoro...  
Mas ¡ay! Tú no me quieras.  
No se fijen tus vagas ilusiones  
Sobre mi ardiente seno.  
Teme el triste furor de mis pasiones  
Y su oculto veneno.  
Todos los fuegos que mi pecho inflama  
Son rayos matadores.  
Quema mi corazón todo lo que ama;  
Sólo inspira dolores.»

Desde que Pastor Díaz había escrito El amor sin objeto, hasta cuando se retrató en estas estrofas, había recorrido muchas revueltas en el laberinto del mundo; por fortuna podía decir:

«Allá en otros momentos  
Podré sentir, mi bien, palpitaciones,  
Nunca remordimientos.»

Acaudalaba ya experiencia bastante para prorrumpir en este otro pensamiento, uno de los más profundos y más bellos que se leen en las obras de nuestro autor:

«Y abarcando a su fin de una mirada  
Mi efímera existencia,  
Diré: Felicidad... o no eres nada,  
O fuiste la Inocencia.»

¡Hermosísimo rasgo, de exquisita delicadeza y sólida verdad! La dicha nace de la virtud, y la virtud del hombre, el cual es por naturaleza frágil, suele ser hija del arrepentimiento: así, a la candidez inmaculada de la inocencia no iguala felicidad alguna: toda otra virtud, toda otra dicha será puramente de hombres; la felicidad propia de la inocencia es de ángeles, criaturas predilectas de la Suma Sabiduría.

Siguiendo el autor la historia de sus deseos y sentimientos, nos cuenta:

«Corrí a las fuentes dó mi labio ardiente  
Beber el bien quería;  
Y a su hidrónico afán inobediente,  
El néctar del deleite no corría...  
Y corrió por mi mal... ¡y era veneno!  
Bebieronle conmigo:  
Crimen en vez de amor ardió en mi seno;  
Fui amante inútil y funesto amigo.»

Al crimen sigue indefectiblemente el remordimiento: estos versos, pues, a pesar de su fecha, se refieren a un tiempo, según va dicho, posterior.

En las composiciones tituladas Desvarío, Su memoria y A la luna, encontrará el lector acá y allá esparcidos los trémulos y confusos rasgos de la catástrofe tan vivamente sentida

por el poeta: de una vaguedad tétrica semejante participan los versos de Su mirar y Una voz. A la fuerza del tiempo, consolador el más eficaz de los tristes, ceden las penas en el corazón del amante de Lina; ya era dulce su sueño, sus días plácidos; ya no pasaban por su frente negras nubes que le arrancasen lágrimas, cuando en una noche serena y clara, levantando con gratitud los ojos al cielo, vio delante de sí revolotar una Mariposa negra, que turbó de nuevo la paz de su espíritu, laboriosamente adquirida; y, con pesar ya sobre el volcán gruesa capa de nieve,

«Las nieves del volcán se derritieron  
Al fuego que ligeras encendieron  
Dos alas de crespón.»

En la lucha que mantiene el hombre consigo mismo, no hay arma, no hay auxilio, por endeble que sea, que no baste para decidir la victoria del sentimiento: La mano fría de la razón es impotente para extinguir la llama que brota más pujante cuanto más concentrada estuvo. Aconsejamos al lector que vea la composición titulada La mano fría, o ya entre las primeras, porque allí es su lugar por la fecha, o ya entre las últimas, porque a ellas corresponde más por su objeto y su tono.

Dulcísimo es el de los versos dedicados a la muerte de aquel hermano, que se le murió en la niñez; misericordioso y benévolo el de los que forman la composición aplicada A un ángel caído; blandamente amorosas (como que expresan el cariño filial) las estrofas con que remite su retrato Nicomedes-Pastor a su digna madre. Bajo los rudos majestuosos arcos del acueducto de Segovia discurre con severa filosofía; con la autoridad de la ciencia católica en el largo romance que leyó la noche de Navidad de 1857 en casa del Sr. Marqués de Molins: de la titulada El quince de Octubre juzgarán los políticos; en ciertos versos de ella habló el autor en nombre de algunos; los sentimientos expresados en los cuartetos A S. M. la Reina Gobernadora fueron los de muchos millones de habitantes de España. Con citar aquí La Sirena del Norte habremos recorrido la lista de todo lo bello, de casi todo lo que en poesía escribió nuestro amigo: no mucho en cantidad, mucho, sí, por su alta valía: el tierno Latorre y el sentido cantor de la Arrebolera, nos dejaron aún menos rasgos de sus felices plumas, atinadas hasta en aquella sobriedad para producir, que deja al lector con deseo de más largo placer entre la admiración de lo que disfruta.

D. Nicomedes-Pastor Díaz, nacido con exquisita sensibilidad y con imaginación ardiente, viviendo su juventud en una época turbulenta, cuando el hierro y el fuego devastaban su patria; cuando veía derrocar los alcázares de lo pasado, y no alzaba todavía la edad presente sus monumentos para la venidera; herido en sus afectos, contrariado en sus más dulces inclinaciones, burlado en el logro de sus más vehementes anhelos, reservó casi exclusivamente para sí la voz de su poesía, que no pudo ser sino dolorosa; y cantando sus sentimientos en dulce sonido, atrajo a su alrededor a las almas tiernas, que le oyeron y le oyen con viva simpatía, con melancólico deleite, con admiración y entusiasmo. Producto de su juventud los más de sus versos, a la juventud los dedicó, más capaz de sentirlos y saborearlos, que la madurez de la vida ni su decadencia. Los jóvenes hallarán en ellos fieles pinturas de pasiones y padecimientos, de esperanzas y desengaños, que les son ya o les

habrán de ser conocidos; algo tal vez oscuro en el pensamiento o por la expresión, mucho que les admire, mucho que los enseñe, nada que ofenda, nada que perjudique ni su moralidad ni su gusto.

La poesía de Pastor Díaz se explyaya en conceptos graves o delicados, o brillantes y enérgicos; su versificación bien trabajada une del continuo la propiedad, la variedad y la armonía. No diremos que por variar el ritmo de los endecasílabos convenga usarlos de la factura de estos:

Así las ondas de este Landro hermoso...

¡Mísero yo! No soy más que un mortal...  
Miro do quier como un mortuorio manto...  
Y sobre sus tormentos y avenidas...  
La copa busca de un pensil de estrellas...

Sin embargo, estos versos, con la buena, con la oportunísima entonación que les daba Nicomedes-Pastor al leerlos, encantaban al que los oía. El verbo convulsar, el violento monosílabo lee, convertido en consonante de ve; leerá e ideal hechos voces disílabas, y alguna que otra incorrección harto leve, ¿qué son entre tantos excelentes versos que forman esta colección preciosa, modelo de arte métrica de los mejores que puede presentar nuestro siglo en España? No eran tan esmerados, por cierto, los autores del siglo de oro de nuestras letras, cuyo estudio se prescribe en reglamentos y cátedras, en libros de clase y en controversias críticas. El que busque versos defectuosos en las obras de Pastor Díaz, tardará en encontrarlos; quien los apetezca fluidos, valientes, sonoros, buenos en fin, abra por cualquiera de sus páginas este libro, sincera historia de un corazón doliente, sembrada de episodios y digresiones interesantes, donde una rica imaginación reviste de galas deslumbradoras las maduras sentencias de la filosofía.

Juan Eugenio Hartzenbusch

Prólogo del autor  
En la edición de 1840

Al dar a la prensa estas composiciones, creo de mi deber manifestar el principal motivo que me ha decidido a hacerlo. Si la prensa fuera el público, no me atrevería a llamar su atención sobre estas producciones; pero le respeto demasiado, y le conozco lo bastante, para que yo pueda presumir que dar a la estampa meramente este libro es publicarle. La prensa es un medio de copiar como cualquier otro; y cuando el número de personas, que por afición, por curiosidad o por cortesía me piden copias de mis versos, ha llegado a ser

demasiado considerable para que yo pueda satisfacerlas a todas, he creído más cómodo, formar esta pequeña colección y tenerla impresa.

Por otra parte, habiéndoseme llamado más de una vez poeta, debo presentar mis títulos a fin de no usurpar un nombre no merecido, y de no arrogarme, a la sombra del misterio, una reputación fundada en lo que no existe; porque tal vez no existirá más que lo que al presente imprimo. Las composiciones que ahora doy a luz, muchas de ellas publicadas ya en folletines o en periódicos literarios, cuentan por la mayor parte siete u ocho años de fecha. Hace tiempo que, dedicado a negocios y ocupaciones de muy distinta naturaleza, no he podido entregarme al delicioso placer de hacer versos. Tal vez no puedo hacerlos ya; tal vez no los haré nunca. En esta época desventurada, las facultades poéticas se extinguen pronto, la imaginación se desencanta, el corazón se hiela, el gusto, en vez de perfeccionarse, se corrompe, las ilusiones se disipan, y la región poética del mundo se eclipsa, quedando sólo a la vista el mundo real y positivo, o la parte de él llamada así por los desdichados que creen que la imaginación, el sentimiento, el alma, el amor de lo bello y el éxtasis de lo sublime no son nada, como los ciegos pudieran llamar mundo real al que ellos palpan, creyendo fantástico el que nosotros vemos.

He aquí las razones que me asisten para aventurarme a dar a luz estas páginas; he aquí la disculpa de mi osadía.

Por lo demás, todo el que lea el prólogo que escribí para las poesías de mi amigo el Sr. Zorrilla, conocerá la poca importancia que yo puedo dar a estos versos, y aun al género a que pertenecen. En aquel escrito están consignados mis principios literarios, y allí se puede ver lo que a mis ojos vale y significa la estéril y anárquica literatura de nuestra edad. Mis versos son hijos de esta triste edad, y de esta literatura más triste aún: no pertenecen al porvenir, ni a la sociedad, ni a la moral, ni a la religión, ni a objeto alguno universal, o, como ahora se dice, humanitario: son composiciones individuales, acentos aislados, plegarias, suspiros, desahogos, gemidos solitarios de un corazón que, como la mayor parte de los corazones que nos rodean, gime y llora solamente por haber nacido. Y si nadie puede estar más convencido que lo estoy yo de que la poesía debe tener un fin social, y una misión fecunda, moral y civilizadora; si a nadie pueden parecer más vanas, fútiles y efímeras todas esas obras de escombros, que van esparciendo como el polvo de su camino los que hoy peregrinan por el desolado campo de las artes; si creo que la ráfaga del huracán que sobre ellos sopla, barrerá pronto ese polvo, y barrerá sus huellas; si estoy evidentemente penetrado de que poesía social no puede existir donde no hay sociedad, y de que en Europa la sociedad pereció, y no hay más que individuos; y si de tan terrible anatema creo heridas las más célebres producciones y las más ilustres capacidades literarias de nuestra época, dejo a cualquiera colegir lo que de estos oscuros cantos podré yo creer y esperar. Por eso he dicho que no los publicaba, sí que los imprimía. En la poesía puede suceder lo que en la arquitectura; en torno de los monumentos es preciso que se eleven las obras pasajeras que sólo duran la vida de un hombre. A par del Escorial y del Vaticano se alzan miles de casas comunes, que se derriban y se renuevan cada generación: y al pie de las Pirámides levanta el árabe su barraca de palmas, que dura sólo un día; como a vista de Homero, Virgilio, Dante, Tasso, Shakespeare y Calderón, que, cantaron para los siglos y para las generaciones, hoy se escribe para una población, para una clase, para una tertulia. He aquí todo el interés, toda la importancia que, a lo más, doy a mis versos. Hasta desgracia

es no tener más fe, y carecer de la arrogante presunción del que estampó al frente de los suyos: Exegi monumentum aere perennius.

Por eso al imprimir estos preludios, he creído deber disculparme para con el público y para con los artistas, del arrojo de publicarlos.

Primer período: Adolescencia

### Mi inspiración

Cuando hice resonar mi voz primera  
Fue en una noche tormentosa y fría:  
Un peñón de la cántabra ribera  
De asiento me servía:  
El aquilón silbaba;  
La playa y la campiña estaban solas;  
Y el Océano rugidor sus olas  
A mis pies estrellaba.

No brillaban los astros en el cielo,  
Ni en la tierra se oía humano acento;  
Estaba oscuro, silencioso el suelo,  
Y negro el firmamento.  
Sólo en el horizonte  
Alguna vez relámpagos lucían;  
Y al mugir de las mares respondían  
Los pinares del monte.

Fuera ya entonces cuando el pecho mío,  
Lanzado allá de la terrestre esfera,  
Vio que el mundo era un árido vacío;  
El bien, una quimera.  
Nunca un placer pasaba  
Blando ante mí, ni su ilusión mentida;  
Y el peso enorme de una inútil vida  
Mi espíritu agobiaba.

Quise admirar del mundo la hermosura,  
Y hallé do quiera el mal. De amor ardía,  
Y nunca a mi benévola ternura  
Otro amor respondía.  
Sólo y desconsolado,  
Cantar quise a la tierra mi abandono,  
Mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono

Para un desventurado?...

Al destino acusé, y acusé al cielo  
Porque este corazón dado me habían;  
Y de mi queja, y de mi triste anhelo  
Los cielos se reían.  
¿Dó acudir?... ¡Ay!... Demente  
Visitaba las rocas y las olas  
Por gozarme en su horror, llorar a solas,  
Y gemir libremente.

Un momento a mi lánguido gemido  
Otro gemido respondió lejano,  
Que sonó por las rocas, cual graznido  
De acuático milano.  
De repente se tiende  
Mi vista por la playa procelosa,  
Y de repente una visión pasmosa  
Mis sentidos sorprende.

Alzarse miro entre la niebla oscura  
Blanco un fantasma, una deidad radiante,  
Que mueve a mí su colosal figura  
Con pasos de gigante.  
Reluce su cabeza  
Como la luna en nebuloso cielo:  
Es blanco su ropaje, y negro velo  
Oculta su belleza

Que es bella, sí; de cuando en cuando el viento  
Alza fugaz los móviles crespones,  
Y aparecen un rápido momento  
Celestiales facciones.  
Pero nube de espanto  
Tiñó de palidez sus formas bellas,  
Y sus ojos, luciendo como estrellas,  
Muestran reciente el llanto.

Cual ciega tromba que aquilón levanta  
En los mares del Sur, así camina;  
Y sin hollar el suelo con su planta,  
A mi escollo se inclina.  
Llega, calladamente  
En sus brazos me ciñe, y yo temblando  
Recibí con horror ósculo blando  
Con que selló mi frente.

El calor de su seno palpitante  
Tornóme en breve de mi pasmo helado:  
Creí estar en los brazos de una amante,  
Y... «¿quién, clamé, arrobado,  
Quién eres... que mi vida  
Intentas reanimar, fúnebre objeto?  
¿Calmarás tú mi corazón inquieto?  
¿Eres tú mi querida?»

«¿O bien descienes del elíseo coro  
Sola, y envuelta en el nocturno manto,  
A ser la compañera de mi lloro,  
La musa de mi canto?  
Habla, visión oscura;  
Dame otro beso, o muéstrame tu lira;  
De amor o de estro el corazón inspira  
A un mortal sin ventura.»

«No, me responde con acento escaso,  
Cual si exhalara su postrer gemido;  
Nunca, nunca los ecos del Parnaso  
Mi voz han repetido.  
No tengo nombre alguno;  
Y habito entre las rocas cenicientas,  
Presidiendo al horror y a las tormentas  
Que en los mares reúno.»

«Mi voz sólo acompaña los acentos  
Con que el alción en su viudez suspira,  
O los gritos y lánguidos lamentos  
Del náufrago que expira.  
Y sí una noche hermosa  
Las playas dejo y su pavor sombrío,  
Sólo la orilla del cercano río  
Paseo silenciosa.»

«Entro al vergel, só cuya sombra espesa  
Va un amante a gemir por la que adora;  
Voy a la tumba que una madre besa,  
O dó un amigo llora.  
¡Pero en vano mi anhelo!  
Sé trocar en ternezas mis terrores,  
Sé acompañar el llanto y los dolores;  
Más nunca los consuelo.»

«¡Ni a ti, infeliz!... el dedo del Destino  
Trazó tu oscura y áspera carrera.

Yo he leído en su libro diamantino  
La suerte que te espera.  
A vano, eterno llanto  
Te condenó, y a fúnebres pasiones,  
Dejándoos sólo los funestos dones  
De mi amor y mi canto.»

«De ébano y concha ese laúd te entrego  
Que en las playas de Albión hallé caído;  
No empero de él recobraré su fuego  
Tu espíritu abatido.  
El rigor de la suerte  
Cantarás sólo, inútiles ternuras,  
La soledad, la noche, y las dulzuras  
De apetecida muerte.»

«Tu ardor no será nunca satisfecho;  
Y sólo alguna noche en mi regazo  
Estrechará tu desmayado pecho  
Iluso, aéreo abrazo.  
¡Infeliz si quisieras  
Realizar mis fantásticos favores!  
Pero, ¡más infeliz si otros amores  
En ese mundo esperas!»

Diciendo así, su inanimado beso  
Tornó a imprimir sobre mi labio ardiente.  
Quise gustar su fúnebre embeleso;  
¡Pero huyó de repente!  
Voló; de mi presencia  
Desapareció cual ráfaga de viento,  
Dejándome su lúgubre instrumento,  
Y mi fatal sentencia.

¡Ay! se cumplió!.. que desde aquel instante  
Mi cáliz amargar plugo a los cielos,  
Y en vano a veces mi nocturna amante  
Torna a darme consuelos.  
Mis votos más queridos  
Fueron siempre tiranas privaciones;  
Mis afectos, desgracias o ilusiones;  
Y mis cantos... ¡gemidos!

En vano algunos días la fortuna  
Ondeó sobre mi faz gayos colores;  
En vano bella se meció mi cuna  
En un Edén de flores;

En vano la belleza  
Y la amistad sus dichas me brindaron;  
Rápidas sombras, ¡ay! que recargaron  
¡Mi sepulcral tristeza!...

Escrito está que este interior veneno  
Roa el placer que devoré sediento.  
Canta, pues, los combates de mi seno,  
¡Infernal instrumento!  
Destierra la alegría,  
Que nunca pudo a su región moverte;  
Y exhala ya tus cánticos de muerte  
Sin tono ni armonía.

Y tú, amor, si tal vez te me presentas,  
No pintaré tu imagen adorada;  
Describiré el horror de las tormentas,  
Y mi visión amada.  
En mi negro despecho  
Rocas serán mis campos de delicias,  
Lánguidas agonías mis caricias,  
¡Y una tumba mi lecho!

El amor sin objeto  
Vanamente mis ojos inquietos  
Por do quiera se tienden y giran;  
Vanamente mis labios suspiran  
Abrasados de fúnebre ardor.  
Soledad espantosa me cerca,  
Noche eterna mi pecho ha cubierto;  
Para mí todo el mundo es desierto...  
¡Pues que nadie responde a mi amor!

Todo es fuego mi pecho exaltado;  
Sólo amando me place la vida,  
Y fijando en otra alma querida  
De existir la penosa ilusión.  
Ilusión... ilusión desgraciada  
Que la triste verdad no realiza;  
Ilusión que mi pena eterniza...  
¡Porque nadie responde a mi amor!

Yo no sé lo que quiere mi pecho,  
Yo no sé porque tiemblo y qué lloro,  
No conozco lo mismo que adoro,  
No hallo objeto a mi triste pasión.  
Sólo encuentro un inmenso vacío

Donde el alma se agita sedienta,  
Y esta sed de querer se acrecienta...  
¡Porque nadie responde a mi amor!

Tal vez amo en mis tristes delirios  
A un fantasma que forja mi mente;  
Y dó quiera le miro presente,  
Le da vida mi fúnebre ardor.

Yo le escucho, le estrecho en mis brazos,  
Yo su aliento de aroma respiro;  
Yo... ¡infelice!... demente deliro...  
¡Nadie, nadie responde a mi amor!

Vanamente de nácar y rosas  
El Oriente engalana la aurora;  
Vanamente su faz brilladora  
Lanza el sol con radioso esplendor  
Ni la tarde en los campos me agrada,  
Ni de noche la luna brillante;  
Luz y sombra buscaba en mi amante,  
¡Ay!... ¡y nadie responde a mi amor!

Con mi amante risueña la aurora  
Me inundara de blanda alegría;  
Con mi amante gozara yo el día,  
Campo y sombras, y grato frescor.

Con mi amante la luna me viera,  
De sus rayos bañado y de llanto,  
Apurar ese mágico encanto  
¡Que a las penas les presta el amor!

Tú tal vez, corazón que yo busco,  
Tú tal vez solitario palpitas,  
Y en fantásticos sueños te agitas,  
Y suspiras y lloras cual yo.

Ven a mí, yo te haré venturoso,  
Yo te ofrezco esas horas risueñas,  
Yo te ofrezco esa dicha que sueñas...  
Ven, querida... ¡responde a mi amor!

¡Ven a mí... yo no busco hermosura;  
No apetece este pecho vacío  
Sino un pecho de amor como el mío,  
Sino el alma, sino el corazón.

¡Ven!... abiertos te esperan mis brazos;  
Ya parece que en ellos te estrecho;  
Ya parece que siento tu pecho

Contra el mío latiendo de amor.

¡Nadie me oye!... mis voces se apagan,  
Y se apaga con ellas mi vida;  
Donde no halla mi pecho querida,  
Un sepulcro hallará mi dolor.

Un sepulcro es el lecho florido  
Que apetece mi anhelo postrero;  
Un sepulcro la dicha que espero,  
Pues no existe la dicha de amor.

La inocencia  
A Amelia

Tendió su manto ya de oro y de rosa  
La tarde en la pradera.  
¡Qué tranquilo está el mar! ¡Qué silenciosa  
La ría y la ribera!

Mas... ¡qué en vano a mis ojos tan brillante  
Decoración se pinta,  
Si no refleja otra mirada amante  
Su inanimada tinta!

Que el alma sin amor, y sin profundos  
Latidos, y aun pesares,  
Se halla más sola en medio de esos mundos  
Que un bajel en los mares.

Mas aún benigno compadece el cielo  
Mi espíritu postrado;  
Y un ángel me depara de consuelo  
De su altura bajado.

Aun hay para mi noche luz de aurora;  
Aún Amelia me ama.  
Bella inocente, ven... tu amigo llora,  
Y en su dolor te llama.

No tardes ¡ay!... Tus ojos virginales,  
Tu celeste inocencia,  
Me infunden nuevo amor a los mortales  
Y a mi triste existencia.

Y cuando de tu angélica ternura  
Inspirado me veo,  
Yo creo en la virtud, en la hermosura...

¡Y hasta en la dicha creo!

Ya viene allá... ¡Cuán cándidas, cuan bellas  
Se ostentan sus facciones!  
Aún no surcan ¡su rostro, cual centellas,  
Fogosas las pasiones.

Mas sus ojos mirándome se inflaman  
De rayos de alegría,  
Y con magia del cielo la derraman  
¡Hasta en el alma mía!...

Ven a mi corazón, dulce hermosura;  
Ven, ángel, a mis brazos;  
Ven, y de tu pureza y mi ternura  
Forme el dolor los lazos;

¡Ay! ven... que aunque mi pecho los rigores  
Del desengaño oprimen,  
Aún no trocara al mundo mis dolores  
Por sus goces de crimen...

¡Santa ilusión que en la desgracia imploro!...  
A ser vuelve mi anhelo  
No es ilusión esa virtud que adoro:  
Conservádmela ¡oh cielo!

Eternizad de este ángel la pureza,  
Y esa celeste calma:  
Que es el supremo bien esa belleza  
Que da la paz del alma.

¡Amelia!... Un corazón desencantado  
Nada puede ofrecerte;  
Ni tú hallarás donde te guarde el hado  
Más venturosa suerte.

Fascinada por mágicas visiones  
Crearás en otros seres;  
Suspirarás por nuevas sensaciones,  
Por extraños placeres.

Abrazarás la nube engañadora  
De esa dicha mentida,  
Y llorarás, como tu amigo llora,  
La bella edad perdida.

Verás al fin de era esperada calma  
Un letargo sombrío,  
Y llegarán los vuelos de tu alma  
Al caos del vacío.

Así las ondas de este Landro hermoso  
Corren al mar vecino,  
Apeteciendo el natural reposo  
De su raudo camino.

Hélas, empero, aquí, por los juncuales,  
Tan puras, tan serenas,  
Retratando en sus plácidos cristales  
Las márgenes amenas.

Y hélas allá cuan bravas y verdosas  
Tus ojos amedrentan;  
Y en montañas alzándose espumosas...  
En las rocas revientan.

Quédate, Amelia mía, en la ribera,  
Quédate entre las flores;  
No agoste tu lozana primavera  
Canícula de amores.

Vive los días de tu alegre mayo  
Enlazada a tu amigo;  
Que aún tiene rama el árbol que hirió el rayo  
Para darte su abrigo.

No serás tú la nube que le encienda,  
¡Leve vapor de aurora!  
Ni será que a tu soplo se desprenda  
Su cima protectora.

No... ni el cariño avivaré risueño  
Que tu candor me ofrece;  
Ni seré osado a despertar el sueño  
Que feliz te adormece.

Y ¡ojalá que jamás se despertara!  
Y piadosa la suerte,  
De ese sueño a los dos nos transportara  
¡Al sueño de la muerte!...

¿Quién sabe en tanto si pasión traidora

Su tiro oculto apresta?  
¿Si en tu pecho sonar podrá una hora  
De mudanza funesta?

¿Qué?... ¿sonó ya tal vez?... En tu alma bella  
La compasión trocada  
¿Habrá encendido la primer centella  
Que brota en tu mirada?...

¡Tú tiembles!... ¡tú enmudeces!... ¡tú suspiras!  
Y reprimiendo el llanto,  
Mi mano estrechas, y mis ojos miras  
Con sonrisa de espanto.

¡Ángel de la inocencia, yo te imploro!...  
Disipa estas quimeras.  
Celestial hermosura, yo te adoro...  
Mas ¡ay!... ¡Tú... no me quieras!

No se fijen tus vagar, ilusiones  
Sobre mi ardiente seno.  
Teme el triste furor de mis pasiones,  
¡Y su oculto veneno!

Todos los fuegos que mi pecho inflama  
Son rayos matadores.  
Quema mi corazón todo lo que ama;  
Sólo inspira dolores.

Sufra yo solo, y mi feliz querida  
Enjague en paz mi llanto;  
Su voz arrulle el sueño de mi vida  
Como un celeste canto.

Y duerma tu ilusión con mis temores  
Tan sumida en el pecho,  
Que pueda la virtud mullir de flores  
Para los dos un lecho.

Alcémosle, mi bien, en la espesura  
Que este valle guarece,  
Lejos del mundo que con risa impura  
La inocencia escarnece.

Y no importa que oscuros e ignorados  
Nos rechace aquí el suelo,  
Si nos ven a su gloria aproximados

Los ángeles del cielo...

¡Ven, ángel mío, ven!... La unión más santa  
En mis brazos te espera...  
Mira cómo la luna se levanta  
Por la azulada esfera.

Como ella, por el cielo sostenidos,  
Nosotros volaremos  
Dó la oscura región de los sentidos  
De lo alto miraremos.

Y pasarán cual sombra las pasiones;  
Y allá, en otros momentos,  
Podré sentir, mi bien, palpitaciones...  
¡Nunca remordimientos!

Y abarcando, a su fin, de una mirada  
Mi efímera existencia,  
Diré: «Felicidad... o no eres nada,  
O fuiste la Inocencia.»  
1830.

A la muerte

Te teneam moriens, Tib. Eleg. , lib. I.

Ven a mis manos, de la tumba oscura,  
Ven, laúd lastimero,  
Dó Tibulo cantaba su ternura,  
Dando a Delia su acento postrimero.

Y tráeme los ayes encantados  
Con que dulce gemía,  
Cuando ya con los párpados cerrados,  
En brazos de su amor, desfallecía.

Ven, y el son de tu armónico suspiro,  
Sobre mi arpa vibrando,  
Al viento dé las ansias que respiro,  
El fin de mi existencia preludiando.

Yo lloraré de un alma solitaria  
El insaciable anhelo,  
Invocando en mi lúgubre plegaria  
Él solo bien que me reserva el cielo.

Yo ensalzaré tu celestial dulzura,  
Muerte consoladora.  
Yo cantaré en tus brazos tu hermosura;  
Nadie en el mundo como yo te adora.

Parece ya que en el dintel sombrío  
De la tumba dichosa  
Siento exhalar un delicioso frío  
Que el ardor temple de mi sed fogosa;

Y que un ángel más bello que mi Lina,  
Con semblante risueño,  
En féretro de rosas me reclina,  
Y el himno entona de mi eterno sueño.

«Venid, exclama, a los sepulcros yertos  
A terminar los males.  
No es ilusión la dicha de los muertos;  
¡La nada es el vivir de los mortales!...»

-Lo sé, lo sé; mas de otro modo, un día,  
Brillante a mis ardores  
El campo de la vida se ofrecía  
Vertiendo aromas y brotando flores.

«Dó más placer divise, dije ufano,  
Allí está mi ventura.  
El ser que me formó no es un tirano;  
Y el bien en el gozar puso natura.»

«Destiérrese de mí la razón lenta  
Y su impotente brillo;  
Será mi norte lo que el pecho sienta;  
Será feliz mi corazón sencillo.»

Dije, y cual ave del materno nido  
Lancéme en vuelo osado;  
La senda del placer hollé atrevido,  
Siempre de sed inmensa arrebatado.

Corrí a las fuentes dó mi labio ardiente  
Beber el bien quería;  
y a su hidrópico afán desobediente,  
El néctar del deleite no corría...

Y corrió por mi mal... ¡y era veneno!  
Bebieronle conmigo;

Crimen en vez de amor ardió en mi seno,  
Fui amante inútil y funesto amigo.

Denso vapor al fin anubló el alma;  
Y en letargo profundo  
De quietud falsa, de horrorosa calma,  
Dejé los hombres, y maldije al mundo...

¡Oh natura falaz! Tú me engañaste  
Con pérfida mentira,  
Cuando en mi débil corazón grabaste  
Esa imagen ideal por quien suspira.

Pasó de mis fantásticas visiones  
La magia encantadora;  
¡Destino atroz!... no tengo ya pasiones;  
Y un solo bien mi corazón implora.

Envía sólo un rayo de contento  
Sobre mi hora postrera;  
Dame un solo placer, sólo un momento...  
El momento no más en que me muera.

Ya que entoldaste siempre mi ventura  
Con tan nubloso velo,  
Rasga en mi ocaso su cortina oscura,  
Déjame, cuando expire, ver el cielo.

¡Ay! y al sentir ese éxtasis profundo  
Que da la patria eterna,  
A la que fue mi patria en este mundo  
Volver me deja una mirada tierna.

Llévame de mi Landro a los vergeles,  
Y allí, muerte piadosa,  
Bajo los mismos sauces y laureles  
Dó mi cuna rodó, mi tumba posa...

Apura, oh muerte, mi deseo apura...  
Y a mis votos te presta.  
Lleva a su colmo mi postrer ventura;  
Premia un instante una pasión funesta.

Propicia a la ilusión que me alucina,  
Llévame a la que adoro;  
Tremola entre los brazos de mi Lina  
Tu crespón para mí, bordado de oro.

En ellos ¡ay! exánime posando,  
Mi rostro al suyo uniendo,  
Al compás de su lloro agonizando,  
Y sus tardías lágrimas bebiendo,

Mis brazos se enlazaran a su cuello,  
Que apoyo me prestara  
Para esforzar el último resuello  
Que en sus labios mi espíritu exhalara...

¡Ay! accede al ansiar de un alma triste,  
¡Muerte que anhelé tanto!...  
Y en vez de esa corona que no existe,  
¡Cubra una flor no más tu negro manto!

Mas no... no cederás tu poderío,  
¡Oh destino inclemente!  
Y contra el mármol del sepulcro mío  
Con furor ciego estrellarás mi frente.

Mi tierna juventud, mis padeceres,  
Mi llanto no te apiada...  
¡Moriré, moriré!... mas sin placeres;  
¡Ay! ¡moriré fin ver a mi adorada!  
1829.

A alborada

Poesía gallega

¡Ay miña pequeniña!  
¡Qu'ollos bonitos tés! ¡Que brilladores!  
¡Case salta a alma miña,  
É vendo os teus colores,  
Ver me parece todos os amores!

Agora qu'á alborada  
Os dulce paxariños xa cantaron,  
É da fresca orballada,  
N'as perlas os ramiños se pintaron,  
Agora ¡qué diviños  
Brillaran os teus ollos cristaliños!

¡Ay! asoma esas luces,  
Asoma a esa ventana, miña hermosa;  
Tú que sempre reluces  
Con elas máis lustrosa  
Qu'á Luna, cando nace silenciosa.

Verásme aquí cantando,  
Xunto estas augas craras, estas penhas,  
Verásme aquí agardando  
Que se rompan as lúgubres cadenas  
D'a noite que m'aparta  
De quén nunca a alma miña se véu farta.

Mírame, sí, querida,  
Cando d'o blando sono te levantes,  
Máis fresca, é máis garrida  
Qu'estas frores fragantes,  
Qu'á espuma d'estas ondas resonantes.

¿E aínda non parecen  
Eses olliños teus? ¿Dormes rosiña?  
¿Dormes, é resplandecen  
Os campanarios altos d'a mariña?  
¿Aínda non oiche  
Aquela dulce voz que m'aprendiche?

¿Déixasme qu'aquí solo  
Á as áugas lles dirixa os meus acentos,  
É non vés ao meu colo  
Fartarme de contentos,  
É amante aproveitar esteis momentos?

Des d'aquí vexo os mares  
Serenos, estenderse alá no ceo;  
Oio d'aquí os cantares  
Da pillara fugaz, d'o merlo feo,  
Pero o teu seno lindo  
Non ovexo, meu bén, qu'estas durmindo.

Xa se foi o luceiro;  
Desperta d'esa cama, miña rosa;  
Desperta, é ven primeiro  
Abrir á venturosa  
Ventana d'o teu carto: ven graciosa.

Sál como sempre sales,  
Máis diviña qu'á diosa de Citera  
Salindo dos cristales,  
Máis galana qu'á leda primavera  
Esparcindo rosales:  
Venus pra min, amante,  
Primavera, mañan, é fror fragante.

Xa te vexo salindo  
Mirarme, é retirarte avergonzada,  
¿É de quén vás fuxindo  
Tontiña arrebatada?  
¿Do teu amor que canta n'a enramada?

Non fuxas, non, querida;  
Ven aquí: baixa á escala sin temores:  
Esa frente garrida  
Á miña man á cubrirá de frores;  
Xa as teño aquí xuntiñas;  
¡Qué venturosas son! ¡Qué bonitiñas!

Ven despeinada ainda  
Darme o primeiro abrazo, darm'a vida  
¡Canto es así máis linda!  
Ven qu'a mañan frorida  
Solo pr'os que se queren foi nacida.

Non, non, durme, descansa,  
Naide turbe o reposo d'o teu peito:  
Plácida quietud mansa  
Sin cesar vele o téu hermoso leito:  
Durme, que non tés penas,  
É acaso en min soñando te enaxenas.

Reposen os teus ollos,  
Eses ollos diviños, venenosos:  
Tamén finos cogollos  
N'os rosales pomposos  
Agardan por abrirse recelosos.

Sí, miña prenda amante:  
Eu cantarei aquí mentras que dormes.  
¡Ay qu'o Landro brillante  
Non é dourado Taxo; nin o Tormes  
Alinda o meu retiro!  
Durme, si, durme, mentras qu'eu suspiro.  
Mayo 11 de 1828.

La inmortalidad  
Epístola a Genaro  
... anne aliquas ad caelum hinc ire putandum est  
Sublimes animas; iterumque ad tarda reverti  
Corpora? Quae lucis miseris tam dira cupido?...

Virg. AEneid. lib. VI.

Decretada ya está por el Destino  
Mi eterna suerte al fin: siempre sombrío,  
Sólo la oscura soledad me agrada;  
Claustros y torres, bosques y ruinas.

Buscando alivio a una pasión tan triste,  
Cual hoy me abrasa lo interior del pecho,  
Vengo a templar las llamas que me cercan,  
Junto a estos muros santos, dó reposan  
Generaciones mil; aquí gustoso  
Cerca miro las olas estrellarse,  
Las luchas remedando de mi pecho;  
Y más cerca, las urnas solitarias  
¡Aumentando el pavor de las tinieblas!  
Ellas me aguardan, ¡ay! ¡Genaro amigo!

Cual incierto marino, descubriendo  
La playa a dó los vientos le conducen,  
Primero ve desde la erguida popa  
Qué mansión el destino le prepara;  
Así yo, de las olas dó fluctúo  
Contemplo el puerto a dó ru rumbo lleva  
La contrastada nave de mis días.  
La contrastada nave de mis días.  
¡Ignorada región!... ¡Oh! si a lo menos  
De aquel país oscuro, algún viajero  
¡Tornase a las mansiones de la vida!...  
¡Supiera el hombre su eternal destino!  
Mas ¡ah! no vuelven; y el postrer letargo,  
Es cima que, una vez ya traspasada.  
El mísero mortal nunca recobra.

Pero ¿puede lo eterno a los humanos  
Parar arrebatado el pensamiento?  
¡En vano un muro inmenso nos separa!  
¡Cuan corta es la carrera de la vida  
Al rápido correr de aquella mente,  
Que altiva, impetuosa, irresistible,  
Supo escalar la cima de los cielos  
Ensanchando el espacio, y de los mundos  
La inmensidad continua dilatando!  
¡Cuán estrecha, al vagar interminable  
De la ambición continua de aquel pecho,  
De aquellos corazones, incesantes  
En querer disfrutar; de aquella hidra  
Que siempre en mil pasiones renaciendo,

Nunca tranquila reposó y cansada!  
¡Vano es parar el rápido torrente  
A orillas del abismo en que se sume!

Deseó siempre el corazón humano...  
¡Hasta la tumba, deseó constante!  
Vio el sepulcro; cesó la ilusión grata  
De por siempre existir, y al fin un día,  
A fuerza de ver muertes, convencíase  
Que era fuerza morir. Más... ¿pudo entonces  
Contener sus miradas, y sereno  
El cuadro terminar de sus afanes  
En el abismo horrible de la nada?  
¿Pudo ver sin espanto el desgraciado  
Su vida terminar hórrida y triste,  
Sin aguardar un bien, entre las tumbas,  
Que en el mundo engañoso no topara?  
¿Pudo mirar el déspota tranquilo  
No reinar más, ni ya bajo sus plantas  
La humanidad postrarse? ¿Pudo un día  
El tierno esposo, el cariñoso padre,  
El sensible amador, adiós eterno  
A la esposa querida, al hijo amado  
Decir sereno, y de los dulces lazos  
De amor... ¡por siempre más!... desenredarse?  
No; que en el sueño de la corta vida  
Soñó también que prolongados fueran  
Con la muerte sus días; y abrazóse  
Con tan dulce ilusión. Quiso a la muerte  
El velo arrebatarse con que cubriera  
Del porvenir inmenso los abismos;  
Y al abrir con sus ojos el sepulcro,  
A través de las fétidas reliquias,  
Del placer y la paz vio los destellos.  
¡Ay! ¡No fue engaño su dichosa idea!  
¡Encanto dulce! ¡imagen de consuelo!  
¡Oh! si del hombre todos los delirios  
Fuesen tan gratos... ¡venturoso fuera!

Aquí, mi amigo, de Platón guiado,  
A la luz de las lámparas sombrías  
Que sobre estas columnas reverberan,  
Mi mente me dictaba lo que al hombre,  
Ambicioso por siempre, extender place  
Más allá de la tumba ¡oh mi querido!  
¿Por qué en sueño tan grato despertarme  
Quiere una ciencia inútil y funesta?

¿Por qué abrirme a la luz los ojos ciegos,  
Luz que no pueden, débiles, llorosos,  
Sufrir sin turbación? Ya que el humano  
Marchitó las guirnaldas, que a la vida  
Al salir de sus manos, dio natura,  
Deja que espere, al fin de su carrera,  
Puro placer y paz interminable.  
¡Ah! ¡qué importa si es sólo una esperanza!  
También sobre la tierra una esperanza,  
¡Son solamente los ansiados goces!  
Al alma nunca sacia lo presente;  
Esperar el placer... ¡es disfrutarle!

Pero, ¿qué pudo en manos de los hombres  
Puro permanecer? Todo... inocente  
Nace; mas ¡ay! que al soplo del malvado  
Brotó la sangre... agóstanse las flores!

Deseaba intranquilo el infelice  
Sus días terminando, ver de nuevo  
Sin término otra vida levantarse;  
Cuna el sepulcro fue de su ventura,  
E impávido corrió, de sus vacíos  
A lanzarse en la sima. En todas partes  
Creó delicias raras y tormentos  
Su mente arrebatada, y en diversas  
Esperanzas el hombre dividido  
Fue, como en cultos, razas y países.

Vio el muelle egipcio, el ingenioso griego,  
Bajo las cavernosas catacumbas,  
Mansiones de placer; deja el humano  
Sus prendas breve plazo, se adormece,  
Y allá despierta en ignorado reino.  
El anciano Carón, barquero adusto,  
Su sombra guía por neblinas ondas  
Del Averno a los campos infinitos;  
Ve del Erebo en la profunda noche,  
En derredor de lóbregas cavernas,  
Los genios de maldad silbar horribles,  
¡Furias, Parcas y fúnebres ensueños!  
De la orilla en el barro cenagoso,  
Sumidos ve los manes insepultos,  
Y escuchando los gritos penetrantes,  
Que lejos dan los malos en sus penas,  
Del Tártaro imagina los tormentos,  
Y huye aterrado, y al Elíseo vuela,

De siempre pura luz mansión dichosa.  
Allí torna otra vez a las delicias  
Que tal vez suspendió; ve las queridas  
Sombras que amara un día entre los hombres!...  
¡Si allí bajara la que el ser me ha dado,  
La estrecharía Madre cariñosa,  
Cuál siempre la miré; y embriagada  
Los elíseos jardines recorriendo,  
A par de aquellos hijos que adoraba,  
Prolongara el placer!

En vano Tisbe

Baja amorosa al hórrido sepulcro;  
Su Píramo querido, entre los bosques  
De fragante arrayan, prepara el lecho  
Donde un amor eterno los corona  
En juventud inacabable, ardiente!...  
Allí, olvidados de su error funesto,  
Se estrechan con placer: llanto de fuego  
Baña sus rostros; el amante labio  
Se une al labio feliz; juntos palpitan  
Por siempre sus ardientes corazones...  
Y si algún tanto su delirio cesa,  
Un breve, suavísimo desmayo,  
Cual fresca aurora del tostado Julio,  
Suspende sus fatigas, y de nuevo  
Los encendidos besos, los suspiros  
Restallan ¡ay!... para durar eternos!...  
¡Oh puerta del vivir... tumba dichosa!

Baja, si gustas, al risueño albergue  
Dó el oriental voluptuoso espera,  
Atravesando el peligroso puente,  
Ceñir sus sienes con las palmas de oro  
Del árbol de la dicha. En vano un día  
Lloran su sangre de Ismael los hijos  
Só el yugo de un sultán, o en los desiertos  
¡La sed los quema y abrasados mueren!  
La muerte es su placer; allá, acostados  
En grutas de ámbar olorosas, miran  
Serpear por campiñas de diamante  
Ríos de miel y néctar deliciosos.  
Allí, entre flores y banquetes santos,  
Dó angélicas criaturas administran  
Al labio humano copas de ambrosía,  
Mil candorosas jóvenes deidades,  
Más puras que el azul de los espacios,

Siempre nuevos placeres añadiendo,  
Jóvenes siempre, y siempre más hermosas,  
Halagan sin cesar entre sus brazos  
A aquellos pechos que el amor subyuga  
Hasta más lejos de la triste huesa.  
Allí en días más plácidos y tiernos  
Que una noche de luna a los amantes  
Recostados, al margen de un arroyo,  
En brazos de sus célicas amadas  
Se encantan con los sonos melodiosos  
De mil campanas de cristal radiante,  
Que se mecen pendientes de las ramas,  
Como un vergel de fúlgidas estrellas.  
También entre el ramaje, que guarnece  
De topacio las rocas, en las márgenes  
De las divinas sonoras fuentes  
Entonan dulces cánticos y trinos  
Mil pintadas suaves avecillas;  
Donde nadan en éxtasis absortas  
Las almas de los jóvenes poetas.  
Tibulo encantador, Nasón amante  
Melodioso Meléndez, en aquellos  
Retiros cantaríais a las bellas,  
De estro y de amor perpetuos embriagados.

¡Oh si también allá, bajo los sauces,  
O en el triste rincón de una pradera,  
Posado entre las hojas de un aliso,  
Cantase yo la luna y las tristezas!  
¡Oh si cuando, mi acento entrecortado,  
Cesase de llorar, y en mi extravío,  
«¡Lina adorada!» extático exclamase...  
Lina me oyera, y un suspiro solo,  
Un sólo palpitar sacrificara  
A la triste pasión que me devora!...  
¡Oh cielo hermoso, a mi deseo vano...

Pero deja recuerdos ¡ay! tan dulces  
A más sencilla edad; deja que el griego,  
El romano, el egipcio, el persa muelle,  
Y el bárbaro habitante de Bizancio,  
Corran sus encantados paraísos;  
Deja que torvo el Druida sangriento,  
El fiero escandinavo, el bretón frío  
Que en los bosques de Albión un tiempo erraba,  
Circuyan las mansiones sepulcrales,  
Para más destrozar sus enemigos,

Y devorar en bárbaros banquetes  
Sus cadáveres negros humeando;  
Deja que el europeo al cielo suba,  
Entre celestes coros conducido,  
A ver de Dios la majestad augusta;  
Deja al árido ateo contemplando  
Su ciego acaso y su espantoso nada!

Tú ahora, ven conmigo, atravesando  
El paso hercúleo, y las turbadas ondas  
Del mar que fiera dominó Cartago.  
Ve allá en la margen del Ésaró humilde  
Que atraviesa los muros de Crotona,  
De un templo las columnas ruinosas.  
Allí sentado un venerable anciano  
Te dirige su voz, la voz que un tiempo  
Los doctores del Indo le enseñaron;  
Oye, mi amigo, su lección divina.  
Pitágoras os habla; no el empíreo,  
No campos placenteros, no festines  
Os promete, ni amor: «Mortal», os dice,  
«Tu vida pasará como las mieses  
Que doran las llanuras cada estío,  
Y otra vez volverás a la existencia.  
Dó quier circula el fuego de la vida,  
Y de una en otra criatura, corre  
La inmensa escala de los seres todos».  
Bien como el agua, que del mar se eleva  
Vaga en nubes, despéñase en torrentes,  
Y sosegada, fecundando el suelo,  
Vuelve a la mar en variado curso.  
Si felizmente la virtud hermosa  
Orna tu vida, ilustra tus desgracias,  
Serás dichoso en existencia nueva  
Que el cielo te destina. ¡Oh tú, abatido  
Mísero labrador, que só el arado  
Desfallecido expiras, canta alegre  
Himno de gloria; que a las altas gradas  
Del sólio subirás, donde ora brilla  
Tu bárbaro opresor. Y si allí sabio  
La deprimida humanidad doliente  
Tu corazón benéfico levanta,  
Más dichoso serás, y a las campiñas  
Y a las cabañas tornarás tranquilo!  
¡Dogma consolador! ¡Dogma del cielo!

¡Oh, amigo mío! ¿Pudo más suave  
Esperanza halagar mortales pechos?  
Otro espere de Elíseos la fragancia;  
Otro al Olimpo y los mayores orbes  
Subir pretenda en venturoso vuelo.  
Mas ¡ay! ¡cuán poco el corazón del hombre  
Si es una siempre, halaga la esperanza!  
La vida es lo que anhela; en vano dura  
La desgracia, y anubla de sus días  
La breve aurora; la desgracia misma  
Le une a la vida más. Así el salvaje  
Que en Spitzberg, de los eternos hielos  
Entre el duro crujir pasó su infancia,  
A la margen del Betis trasladado,  
Suspira, en su vergel, por la natía  
Estéril roca, y el erguido abeto,  
La larga noche, y la enterrada choza  
Envuelta en pieles y apretada nieve.

¡Oh, mi Genaro! Déjame que ceda  
A tan grata ilusión: yo también quiero  
Renacer otra vez. Odié la vida...  
Y la espero mejor. ¡Ah! ¡cuán dichoso  
Veré la tumba abrirse, y recibirme!  
Sí, naceré otra vez. Desde otro asilo  
Escribiré a mi amigo mis deseos;  
Aspiraré otra vez de mi ardores  
La llama infausta, vana, y los pesares  
De la amistad, a par de sus delicias;  
Aun otra vez en mi laúd doliente  
La muerte cantaré; veré de nuevo  
Las amenas riberas del Landrove  
De otras flores cubiertas y otras ninfas.  
Viviré un día, cuando ya no truene  
Sobre la tierra la injusticia armada,  
Y la oliva que nazca en el sepulcro  
De los malvados, cubra con sus ramos  
Los dichosos jardines de mi patria.  
Ya no entonces mi voz saldrá rugiente  
Entonando los himnos sanguinosos  
Que el libre pecho entre los hierros canta.  
Solo que aún triste, mi cansada huella  
Vagará en los extensos panteones,  
Y el polvo de los déspotas pisando,  
Recorreré el recinto religioso  
Dó reposan sus víctimas heladas.

Tal vez allí mi tumba descubriendo,  
Meditando yo mismo en mis despojos,  
Diré: «¡Aquí yace un amador sombrío!  
No lejos mora su adorada Lina.»  
Y el dulce sentimiento que me excite  
El recuerdo que salga de la huesa.  
De aquel sentir antiguo de mi pecho  
Será tal vez el renovar confuso.

Allí vendrá un anciano, a quien el brazo  
Dará una bella joven, cual guiaba  
Al venerable Ossian blanda Malvina,  
Entre las tumbas de Morvén sombrío.  
«Joven», aquel anciano me dijera,  
Cuando en los años de que tú disfrutas  
Me vieron jugueteón estas orillas,  
¡Oh cuánto amaba al desgraciado amigo  
Que ese mármol cubrió!... ¡cuántos momentos  
Entre mis brazos acalló sus penas  
Y exhaló su tristeza que expiraba!  
¡Cuántos, al vislumbrar de oscura noche,  
Un mismo lecho en calma deliciosa  
Unió nuestro cariño, y escuchaba  
La triste relación de nuestros goces!  
¡Cuánto esa Lina!... ¡cuánto esa memoria!...  
No ames, ¡oh joven!... Y llorando entonces,  
Él posara su sien sobre mis hombros,  
Yo bañara sus canas con mi llanto...  
Otra vez y otras mil a mi Benino  
Entre mis brazos enlazando al pecho.  
¿Qué hay más bello, Genaro, entre los sueños  
Que al hombre pensador dulces halagan?  
¿Prefieres aguardarlo en las estrellas,  
Mansión extraordinaria, que no idea  
Por sí la humana mente, donde en éxtasi,  
Ya sin humano sentimiento, vive?  
Será el supremo este deleite acaso;  
Pero a quien sus encantos no imagina  
Profano... ¡ni es consuelo, ni esperanza!

No, amigo, no; si en lo futuro incierta  
Vaga mi mente, mi razón me dice  
Que sólo al soplo del placer franquea  
Mi pobre corazón, fácil entrada.  
¡Ay mi querido! Si la vida fuese  
Dulce, como será la ansiada tumba,  
No así sumiera en tétrico letargo

Aqueste corazón tan infelice,  
Aqueste pecho, que vivir no puede  
Sin que el aliento del amor aspire!

Dame, Genaro, tus consejos santos;  
Haz que brillen mis días más serenos,  
Y deja que la mano de la Parca  
Se adelante hacia mí; nunca he temido  
El filo atroz que a tantos estremece!  
Me acordaré, muriendo, de mi amada,  
Y expiraré tranquilo; mis deseos,  
Mis placeres, e inquietas esperanzas,  
Y mis delirios, todos, se acabaron;  
¡Venga después lo que me guarde el cielo!...  
¡Mejor será que mi penosa vida!

¡Acaso mi memoria algún agrado  
Te traiga entonces!... viéndose, con flores,  
-Sin ambición, ni envidias, ni rencores-,  
El ciprés de mi tumba engalanado.  
Abril 21 de 1829.

#### Mi color

¡Oh cual me place, hermosa,  
La blancura festiva  
Con que pinta la aurora  
La cuna de los días!  
El cisne en los estanques  
Que sus alas erguidas  
Ostenta, y por los aires,  
Cual blanco rayo, gira;  
La cándida paloma,  
Mensajera de dichas;  
El jazmín oloroso,  
Y la azucena altiva;  
Las nacaradas conchas  
Por la playa esparcidas,  
La espuma de los mares,  
Y la nieve en las cimas,  
Cuando el cierzo las nubes  
Allí apiñadas limpia...  
¡Qué blancas y qué hermosas  
Son a mis ojos, Lina!  
Cuando la primavera  
Sale vertiendo risas,  
Coronando los bosques,

Vistiendo las campiñas,  
Y a los frescos arroyos  
Esmalta las orillas,  
Con mil cándidas flores  
Nevadas margaritas,  
Parece al firmamento,  
Cuando en noche tranquila  
Mil plateados astros  
Por los espacios vibran;  
También la pura rosa  
Con su color hechiza  
El seno que perfuma,  
Los ósculos que liba;  
¡Ay qué color tan bello  
El de la rosa, Lina!  
El oriente y ocaso  
Con sus nubes carmíneas,  
Inspirando deleites  
Al expirar el día;  
Los pacíficos mares  
Cuando el sol ya declina,  
Y en las olas oculta  
Sus trenzas de oro, tibias;  
Los pechos palpitantes  
Donde el amor anida,  
O en atrevido vuelo  
Regalado se agita;  
Las mejillas que besa  
Cuando ardiente se anima...  
Todo la bella rosa  
Con su color eclipsa;  
¡Todo!... bien que si brotan  
Halagüeña sonrisa  
Los amorosos labios  
De la adorada mía...  
Escóndese la rosa  
No púdica... ¡de envidia!  
¿Y no es también hermoso  
El color de la espiga  
Cuando en mares de oro  
Fluctúa con la brisa,  
O cuando resplandecen  
Allá por las marinas  
Las apartadas playas  
Que el horizonte alindan?  
Pues, ¿y el dorado fruto  
Que en el vergel domina?

¿La olorosa naranja,  
Las pomas que Amor pinta,  
Y a través de las hojas  
Se mecen suspendidas?  
Es hermoso el dorado;  
Y más bello, mi Lina,  
El azul majestuoso  
De la bóveda empírea;  
El verde de los mares,  
y el verde, que varía  
En mil gratos matices,  
Si el aire y sol le rizan!  
Vedle ya, de esmeraldas,  
Y de grama que ahija,  
De las blandas praderas  
Tejer la alfombra rica,  
Dó el triste Sar arrastra  
Sus aguas escondidas;  
Ya con tortuosas ramas  
De las lozanas viñas  
Vestir con verdes visos  
Las amantes colinas  
Que el raudó Miño asorda.  
O el Avia fertiliza;  
Ya en el vergel frondoso,  
Corona siempre viva  
De aquel plácido Landro  
Que vio nacer mis días,  
Donde voló mi infancia...  
(¡Halague mis cenizas!)  
Pintar los tiernos juncos,  
Las hojas, que acarician  
El pérsico meloso,  
Las fresas y las guindas;  
Al nogal corpulento,  
Las copudas encinas  
Cubrir de augusta sombra;  
Y en la choza pajiza  
Dó el labrador sencillo  
Goza serenas dichas,  
Teñir el musgo y yedra  
Que los muros abrigan.  
-Mas ¡ah! ni el blanco puro  
Ni la rosa encendida,  
Ni el oro refulgente,  
Ni el azul que ilumina  
Los ámbitos del cielo,

Ni el verde que matiza,  
Son, amada, a mis ojos,  
De más plácida vista  
Que el negro de la noche,  
Cuando triste respira  
Mi corazón perdido  
En su melancolía;  
¡Entonces todo es negro!  
Las montañas erguidas,  
Los árboles espesos,  
Los campos y las villas;  
Negro es el Sar medroso,  
Y negras sus orillas;  
Negros esos retiros  
Donde el alma medita;  
Y puesto que tus ojos  
También con negros, Lina...  
Negro mi color sea...  
¡Negra la suerte mía!  
Diciembre 11 de 1828.

#### Mi reclusión

Cuando al sumirse la existencia mía  
Bajo estos elevados paredones,  
De sus vagos delirios e ilusiones  
Libre creí mi ciega fantasía;  
Cuando, dejado el mundo tumultuoso,  
Estos tranquilos techos me acogieron,  
Y sombras, y silencio delicioso  
A mi inquietud febril sobrevinieron,  
Mis labios sonrieron,  
De blando gozo se inundó mi pecho,  
Y exclamé satisfecho:  
«¡Al fin tendré aquí paz!... y sepultado  
En mi lúgubre asilo,  
Aquí seré olvidado;  
¡Viviré oscuro, viviré tranquilo!»

«De vana gloria, y ambición exento,  
Sobre el dolor y el infortunio alzado,  
No se verá mi corazón manchado  
De orgullo vil, ni vil abatimiento.  
Yo seré el mismo; empero mis pasiones  
Las mismas no serán... ¡ya se apagaron!  
Sin pábulo mis ciegas ilusiones,  
Un pecho dejarán que atormentaron.

Mis deseos se helaron,  
Que ya no los inflama la esperanza;  
Y en súbita mudanza  
Despeñado al abismo del olvido,  
Menospreciado luego,  
Después aborrecido,  
¡Al fin también se extinguirá mi fuego!»

Dije, y entré. Mi tétrico retiro  
Me abrió en silencio sus antiguas puertas,  
¡Salve! les dije a sus paredes yertas,  
Y mi triste saludo fue un suspiro.  
Extático quedé; se heló mi acento;  
No lloraron mis ojos cual solían,  
Creí sentir la calma del contento,  
Y mis afectos pareció que huían.  
No huyeron ¡ay!... dormían;  
Dormían fatigados, y humeando;  
Estaban reposando,  
Por más fuerza cobrar... ¡y despertaron!  
Despertaron ardiendo,  
Y otra vez circularon  
Con nuevo brío en torbellino horrendo.

¡Vana fue mi quimérica esperanza!  
¡Vano el encierro y soledad oscura!  
Los males de mi pecho no hallan cura,  
¡Jamás mi corazón tuvo mudanza!  
No dejará de amar hasta que expire,  
¡No dejará de arder hasta que muera!  
Y aunque a breñas y a yermos me retire,  
Conmigo llevaré mi pasión fiera.  
Si aborrecer pudiera  
Me juzgara infeliz, lo soy ahora  
Porque mi pecho adora;  
¡Y siempre lo seré!... mi aciaga suerte  
Al amor me condena,  
Y amor será mi muerte,  
Amor mi vida abrasa, y la envenena.

Él es, él es el bárbaro castigo  
De un infeliz que no conoce el crimen;  
Sus lazos son los grillos que me oprimen,  
No los cerrojos de mi oscuro abrigo,  
No, ¡mármoles sagrados, altos muros!  
Tal vez mi bien de vuestra guarda espero  
¡Oh! no me le neguéis, patios oscuros;

Atended a mi acento lastimero.  
No entre vosotros quiero,  
Fantasmas de placer; no, de ilusiones  
Que cebéis mis pasiones;  
Corred tan sólo por mi mente un velo  
De letárgico olvido,  
Y aquí hallaré consuelo;  
Aquí el reposo que lloré perdido.

Aquí de mi adorada los acentos;  
No me harán palpitar, ni sus miradas  
Sobre mis tristes ojos desmayadas  
Tendrán en suspensión mis movimientos.  
Vendrá a alumbrar mi calabozo el día.  
¡Y yo no la veré!... la noche helada  
Vendrá también, y entre su niebla umbría,  
Tampoco la veré; ni en mi morada,  
Contra mí reclinada,  
Podrá tocar mi labio enardecido  
La orla de su vestido;  
Ni exhalando en su seno mi tristeza,  
Posaré en su regazo  
Mi lánguida cabeza;  
¡Ni de su cuello penderá mi brazo!  
Y así borrada en mi cruel despecho  
Será su imagen, su recuerdo amante.  
Yo llegaré a no amar, vendrá un instante  
Que yerto quede, y sin amor mi pecho.  
¡Vendrá... pronto vendrá!... cuando me muera,  
Cuando al sepulcro baje ya vecino...  
Allá en su seno la quietud me espera;  
Allí te olvidaré. No; no imagino,  
Mi bien, otro destino  
Donde no pueda amarte; ni en la muerte  
¡Dejaré de quererte!  
Que ni desgracias, ni mi oscura vida,  
Ni mi injusto castigo  
Me privarán, querida,  
De verte siempre, y de vivir contigo.

¡Nunca! En vano se cubre mi morada  
De ciega oscuridad; en sus visiones  
Veo brillar tus ojos, tus facciones,  
Siento sonar tu voz enamorada  
Por estos patios lúgubres vagando  
En el silencio de la noche oscura.  
Siempre estás ante mí... siempre temblando

¡De ti imploro el abrazo de ternura!  
Mi planta se apresura  
Por volar a tus pies. Mas... ¡sombra vana!  
Cada vez más lejana,  
Mi frenético anhelo no te alcanza;  
Y delira, y te sigue,  
Y en trémula esperanza  
¡Cada vez más iluso te persigue!

Breve tal vez y turbulento sueño  
Reposo intenta dar a mis ardores;  
Pero entre sus fantásticos vapores  
Yo te busco, y te tengo, dulce dueño!  
Y torna al punto mi cruel desvelo,  
Y en hórrido delirio me levanto;  
Brilla la aurora; se ilumina el cielo,  
¡Mas mi ilusión no cesa, ni mi encanto!  
Ni el ardoroso llanto  
Su curso suspendió... ¡triste mañana!...  
La fúnebre campana  
Pulsa en mi corazón; pero sus sonos  
Al anunciar el día  
No alejan las visiones,  
De mi siempre anublada fantasía.

A todas horas sin cesar te veo;  
Siempre están palpitando tus acentos  
Sobre mi alma... ¡Todos los momentos,  
Mi vida toda... en adorarte empleo!  
Que mi vida es amar; mi pecho ardiente  
Mas no sabe ni quiere; ¡mas no espera!  
Mi deidad es amor (mi labio miente),  
¡Mi deidad eres tu!... Yo no existiera  
Si amor no sostuviera  
Esta máquina débil, en alimento  
Es la pasión que aliento;  
Y en el combate eterno en que batallo,  
Es mi sangrienta daga;  
La sola dicha que hallo,  
¡El único deleite que me embriaga!

¡Cuan puro este place naciera un día,  
Y que en breve mudó! Mi desventura  
Aquella aurora emponzoñó tan pura,  
¡Hoy ya suplicio de la vida mía!  
¡Tú... tú también mudaste, dulce dueño!  
Ya no es tu rostro el plácido semblante

Dó lozano vigor brilló risueño,  
Cuando yo no cuidaba ser tu amante,  
Palidez devorante  
Marchita tus mejillas nacaradas;  
Tus célicas miradas  
Salen allá de esos hundidos ojos...  
Tus labios son ruinas;  
Tus cabellos, despojos.  
¡Tú también al sepulcro te avecinas!

Pero nunca más gracias te hechizaron  
¡Nunca tan bella así me pareciste!  
¡Ama mi corazón todo lo triste!...  
Y esos los rayos son que me abrasaron.  
¡Pero... más triste yo! -Si se presenta  
En mis ardidios labios falsa risa,  
Es calma que presagia la tormenta,  
Como presagia el huracán la brisa;  
¡Oh mi Lina!... sumisa  
Tu nombre al pronunciar, la voz me falta  
Mi cabeza se exalta  
Sólo a tu idea... tiemblo al escucharte,  
Mi vista desvaría  
Atónita al mirarte,  
¡Y al asirte en mis brazos, moriría!

No... no es éste el amar de los mortales;  
No es este su querer pálido y frío...  
¡Es gozar, es morir!... ¡luz... desvarío!  
¡Gloria sin fin, tormentos infernales!  
-Ven a mí, dulce bien, tú mi consuelo,  
Y yo el tuyo seré; ¡y uno seremos!  
No en vano tan iguales nos dio el cielo  
El amor y el dolor, lazos extremos!  
Ven... los dos lloraremos:  
Yo enjugaré tus lágrimas ardientes,  
Con besos más fervientes.  
Tú sostendrás con plácidos abrazos  
Mi triste caimiento;  
Y si muero en tus brazos,  
¡Tuyo será mi postrimer aliento!

¡Imagen de placer! ¡Sombra perdida  
De un delicioso fin! ¡Sorda venganza  
Del Destino, ahogó en germen mi esperanza!  
Esperanza del bien... ¿dónde eres ida?  
Mas... ¡cuando esperé yo!...Días pasaron

Que feliz pude ser - ¡nunca lo he sido!  
¡Ay! ¡cuando más mis llamas se elevaron,  
Fue cuando el cielo decretó su olvido!  
¡Ay dulce bien querido!...  
No, ya no pido amor; guárdale pura  
A quien con más ventura,  
(Si con menos amor) logarte pueda,  
¡Oh! ¡nunca merecerte!  
A mí sólo me queda  
¡Llorar, amarte... ambicionar la muerte!

En la muerte de un hermano niño  
¡Caro hermanito mío!  
¡Cómo el soplo ligero de tu vida  
Dejó tu cuerpo frío!  
¡Qué pronto fue abatida,  
La flor de tu existencia interrumpida!

¡Cuán breve cesó el lloro  
Que las primeras penas te arrancaron!  
¡Como al empíreo coro  
Tus lágrimas se alzaron,  
Y a las caricias nuestras te robaron!

Aún la undécima luna  
De tu vivir efímero duraba;  
Aún la vaga cuna  
Tu dormir arrullaba,  
Y el néctar maternal te alimentaba.

¡Cuál tu trémula mano  
Ya en cariñosa muestra se tendía!  
Ya jugueteón y ufano,  
La primera alegría  
En tu purpúreo labio sonreía.

Y ya tu informe acento,  
Por un plácido instinto, señalaba  
El rayo de contento,  
Que a tu labio asomaba  
Si el nombre maternal balbuceaba.

Bello cual la inocencia,  
En tus mejillas derramara Flora,  
Sus tintas y su esencia;  
Tu risa encantadora,  
Era como la risa de la aurora.

Dormías al arrullo  
De tu Madre, envidiada y envidiosa;  
Cual yace en su capullo  
El botón de la rosa,  
Que mece el aura, de gozarle ansiosa.

Como un sutil aliento  
La encapotada muerte, introducida  
En súbito momento,  
A tu cuna querida,  
¡Vino a apagar la antorcha de tu vida!

¡Vano fue que en sus brazos  
El maternal cariño te estrechase!...  
Que en ansiosos abrazos  
Tu calor alentase,  
Y alma nueva en sus besos te inspirase.

Su llanto enardecido  
Sobre tus yertos miembros descendía;  
Con ardiente gemido  
Su pecho te oprimía...  
¡Y nueva vida al tuyo dar quería!

Tus ojuelos brillantes  
De una pálida nube se empañaron;  
Tus venas palpitantes  
Su curso retardaron,  
Y en inacción helada desmayaron!

La Parca destructora  
En tus lívidos labios ha tendido  
Su mano engañadora;  
Tu aliento fue oprimido,  
Y el color de tus rosas extinguido.

En tanto... Ángel airoso,  
Rápido de los cielos descendiendo,  
Con un beso amoroso  
Tu vida recogiendo,  
En sus labios a Dios la fue subiendo.

Tu espíritu divino  
Voló sobre la esfera refulgente;  
Y el cielo cristalino,  
En su primera fuente

Recibió el soplo que animó tu mente.

Dejaste los mortales,  
Dejaste nuestro suelo de dolores;  
Dejaste nuestros males,  
Y en eternos dulzores  
Trocaste nuestros duros amargores.

¿Quién sabe si la suerte  
Mil ásperas cadenas te forjaba?  
Para tu dura muerte,  
Si tal vez afilaba  
La más cruel saeta de su aljaba?

Acaso algún tirano  
En ti su torva saña esgrimiría;  
Tal vez luchando en vano,  
En desigual porfía  
Tu infelice vivir terminaría.

Tal vez de injusta guerra  
El odioso aparato te llevara  
A desolada tierra,  
Do tu vida acabara  
Lejos del seno de tu Patria cara.

En vano en los desiertos,  
Tu lánguido ayear repetirías;  
Con los brazos abiertos,  
En vano te alzarías,  
Y a tu mísero hermano llamarías

¡En cuán feliz instante  
Las miserias terrenas te dejaron!  
Pero aún tierno infante,  
Los dolores turbaron  
Ese corto vivir que te arrancaron.

Sin gustar los placeres  
Bajaste a los abismos del olvido,  
Continuos padeceres,  
Y continuo gemido...  
Lloro continuo tu vivir ha oído!

Pero no las pasiones  
En sus volcanes fieros te abrasaron;  
Ni en rebeldes facciones

Tus deseos se alzaron,  
Y en pos de falsos bienes se afanaron.

Jamás las amarguras  
De los nombres más dulces conociste;  
Ni en las mismas ternuras  
De la amistad, sentiste  
Cuanto pueda doler al alma triste!

Nunca tiernos abrazos  
Inflamarán el fuego de tus venas;  
Nunca en amantes lazos  
Sentirás duras penas,  
Ni el peso oprimidor de sus cadenas.

Ni de ambición sangrienta  
En carro atronador serás llevado;  
Ni la espada cruenta  
Penderá de tu lado.  
-¡Ay! duerme, duerme en sueño reposado!

En el dulce regazo,  
Tu alientose apagó dó se encendiera;  
Tu muerte fue un abrazo,  
¡Oh... feliz!... ¡quién muriera  
Tan dulcemente... sin cuidar que muera!

Breve sueño dormirte,  
¡Cuán lejos ¡ay de mí! y te ha amanecido!  
¡La vida transpusiste!...  
-Hermanito querido;  
¡Salí tras ti clamando... y eras ido!

Tiende a mí tus alitas  
Del seno del Señor, donde reposas...  
-Llévame adonde habitas;  
Enséñame esas cosas  
Que no oyó humano oído... ¡tan sabrosas!

De ellas siempre sediento  
Mi corazón está desde respira;  
Por ti serán mi aliento...  
El estro de mi lira,  
¡Y nueva vida que en mis venas gira!  
Junio 26 de 1829.

## Al silencio

### Oda

Cuando mi alma embelesada canta  
Allá dentro del pecho extasiado,  
-Mi labio está callado,  
Mi vista absorta, estática mi planta.  
Y sólo en triste giro  
Rompe el silencio con algún suspiro.

Mientras... la noche en negra colgadura  
Enluta el orbe; callan las praderas;  
En las solas riberas  
Apenas el Océano murmura;  
Y el silencio prosigue,  
Y mi anhelante corazón le sigue.

Las fúlgidas estrellar, centellean;  
Giran miles de globos por los cielos,  
En prolongados vuelos  
Los funestos cometas se pasean,  
¡Y todo calla!- en tanto...  
Cunde en silencio el tenebroso manto.

Temblorosa Diana se presenta  
El ámbar del rocío destilando,  
Huye y vuela callando;  
Llega la aurora y el silencio aumenta,  
Arde el sol encendido,  
Arde inmenso, y no se oye su ruido.

¡Salve, salve, silencio majestoso!  
¡Sigue, callando, tu eternal carrera,  
Mientras de esta ribera,  
Mirando al mar y al campo nebuloso,  
Solitario palpito...  
El ruidoso gozar no necesito.

¿Qué era un tiempo la grata melodía  
En el vergel umbroso resonando,  
Y el eco fiel y blando  
Que mi amor y mis penas repetía,  
Si, mientras más sonaba,  
Más mi pecho afligido se apenaba?

En este valle y fúnebres retiros  
Oí un día mil plácidos acentos,  
Amorosos lamentos,

Cánticos tiernos, flébiles suspiros...  
Y del son regalado...  
¡Sólo un recuerdo ingrato me ha quedado!

Oí por las cabañas de esta orilla  
Mil repetidas quejas elevarse;  
Al pastor lamentarse,  
Al pescador gritar de en barquilla,  
Y en sus alas el viento  
Prolongaba el tristísimo lamento.

Allá en las puertas de ciudad oscura  
Sólo tristes murmullos me aterraban;  
En derredor zumbaban  
Confusos gritos de maldad impura  
Con audacia funesta,  
Mientras callaba la virtud modesta.

El cavernoso abismo, de su seno  
Abortó los tiranos y la guerra!  
Gimió dó quier la tierra:  
Tembló la mar al pavoroso trueno,  
Y donde se mostraron,  
Allí la humanidad encadenaron.

No es mío, no, los ayes lastimeros  
Con que en los campos la miseria llora,  
Ni recordar ahora.  
Quiero vanos placeres pasajeros,  
No humeantes murallas,  
Ni el sangriento fragor de las batallas.

Que recostado en estas rocas quiero,  
Lejos huyendo el turbulento mundo,  
El silencio profundo  
De la noche abarcar; y el orbe entero,  
Cuan compasadamente  
Eterno marcha, contemplar mi mente.

Sí, cual oculta el remontado cielo,  
La sublime verdad en su tesoro,  
Así el placer que adoro  
Cubre su faz de silencioso velo;  
Y el que en su seno goza  
Mientras se oculta más, más se alboroz.

La noche, el mar, los cielos no acabados,

Los campos y desiertos extendidos.  
Los ojos encendidos  
Dó prende amor en vuelos abrasados...  
Todo en silencio mueve...  
Y el alma mía en su quietud se embebe.

Y como alguna vez ruge el Tonante  
Con sorda tempestad, porque más puro  
Brille el etéreo muro;  
O cual se opone al triste caminante  
Desierto inanimado  
Porque más goce en el vergel cuidado;

Así exhala natura breve acento,  
Que más vivo el silencio resucita;  
Más amante palpita  
El corazón en fatigado aliento,  
Y de variar gustoso,  
Torna más dulce al plácido reposo.  
Tal de noche las aguas sonoras  
Se oyen bramar, retiemblan las montañas;  
De sus hondas entrañas  
Lanza el abismo voces temerosas;  
Y otra vez se adormecen,  
Y los lúgubres ecos enmudecen.

Mientras, suspira el viento en la floresta,  
El río se desliza murmurando;  
La fiera vagueando  
Lanza por las tinieblas voz funesta;  
Se queja Filomena...  
Y mi amada tal vez llora su pena.

Sí, mi amada, mi bien, mi dulce Lina  
A mí se acerca, y mudos nos hablamos;  
En silencio gozamos,  
Y mi frente en su seno se reclina;  
Nuestros pechos se oprimen,  
Y nuestros labios ¡ay! aman y gimen.

Gimen, sí, gimen: el sollozo ardiente  
En que el seno agitado al fin prorrumpe.  
Mi placer no interrumpe;  
Más extasía la embargada mente;  
Y cuanto más suspira  
Más, en silencio, el corazón delira.

Así, cuando mi alma se arrebató  
Contemplando en las tumbas silenciosas  
Las sombras pavorosas  
Que animadas mi mente se retrata,  
Cuando la visión crece,  
Al compás, la ilusión se desvanece.

Torno al silencio, los contentos míos,  
El blando lloro, el meditar sereno,  
Hallo sólo en su seno;  
Y la pasión, los ciegos desvaríos,  
La razón que los calma:  
¡Salve, oh silencio... bálsamo del alma!  
Enero 7 de 1829.

#### Segundo período: Juventud

##### Una voz

Yo conozco esa voz, a su sonido  
Todo mi ser se estremeció temblando;  
Hela subir cual bélico alarido,  
A los cielos mi muerte demandando.

Conozco ya esa voz, un tiempo ufana  
La señal dio de paz y de alegría.  
Hoy retumba, cual lúgubre campana,  
Que en alta noche anuncia la agonía.

La oyó mi corazón la vez primera,  
Y entre aromas y púrpura sonaba.  
Fue el céfiro vital de primavera,  
Y «amor, amor»... su acento pronunciaba.

Ahora se eleva de una tumba oscura;  
Nube la sigue de terror secreto;  
Aún pronuncia aquel nombre de ternura  
Pero es quien le pronuncia... un esqueleto!

Agigantado, aéreo, luminoso,  
Véole alzar la vengadora frente;  
Lánzame ese gemido doloroso,  
Y se hunde entre las sombras de repente.

Dó quier que vuelvo mi aterrada planta,  
Allí me sigue, inseparable sombra;  
A cada paso airada se levanta  
Mi nombre dice, y otro ser me nombra.

Oigola entre la espuma del torrente  
Oigola en el bramar del torbellino;  
En el sordo murmullo de la fuente,  
En el tronar del piélagos marino.

Ya, como aterrador remordimiento,  
Mi sueño torna en convulsión inquieta  
Ya despierto a en estrépito violento,  
Cual si escuchara la final trompeta;

Ya del placer el desmayado instante  
Con bárbara ficción remedar quiere;  
Ya en resuello profundo, agonizante,  
Imita las congojas de quien muere!...

De quien murió...¡Gran Dios!... de quien me llama,  
De quien me emplaza a su desierto asilo;  
De ese tremendo ser que me reclama;  
Que ni en la tumba me miró tranquilo!

Obedézcote ya, voz misteriosa;  
Héme sumiso a ti, como en la vida;  
Heme postrado ante la yerta losa;  
Ve tu incesante petición cumplida!

A pasar van, cual tu vivir amargo,  
Los lentos días de mi amargo duelo.  
Y será más profundo mi letargo;  
Que mi tumba también será de hielo.

De ti quedó un recuerdo de hermosura,  
De ti la sombra que implacable miro;  
De ti esa voz de muerte y de ternura,  
Ese que vaga, universal suspiro.

De mi existencia oscura, solitaria,  
No quedará ni voz, ni sombra leve;  
No habrá en mi losa funeral plegaria,  
Nadie que un ¡ay! por mi memoria eleve.

A nadie llamaré; ni quien se asombre

Habrá en el mundo a mi nocturno acento;  
Ni, como el tuyo, mi olvidado nombre  
Eco ser  jams de un pensamiento.

La mariposa negra  
Borraba ya del pensamiento mío  
De la tristeza el importuno ceño;  
Dulce era mi vivir, dulce mi sueño,  
Dulce mi despertar.  
Ya en mi pecho era lóbrego vacío  
El que un tiempo rugió volcán ardiente;  
Ya no pasaban negras por mi frente  
Nubes que hacen llorar.

Era una noche azul, serena, clara,  
Que embebecido en plácido desvelo,  
Alcé los ojos en tributo al Cielo,  
De tierna gratitud.  
Mas  ay! que apenas lánguido se alzara  
Este mirar de eterna desventura,  
Turbarse vi la lívida blancura  
De la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda,  
Cruzar siento en zumbido revolante,  
Y con nubloso vértigo incesante  
A mi vista girar.  
Cubrió la luz incierta, moribunda,  
Con alas de vapor, informe objeto,  
Cubrió mi corazón terror secreto  
Que no puedo calmar.

No, como un tiempo, colosal quimera  
Mi atónita atención amedrentaba;  
Mis oídos profundo no aterraba  
Acento de pavor:  
Que fue la aparición vaga y ligera;  
Leve la sombra aérea y nebulosa;  
Que fue sólo una negra mariposa  
Volando en derredor.

No cual suele, fijó su giro errante  
La antorcha que alumbraba mi desvelo;  
De su siniestro misterioso vuelo  
La luz no era el imán.  
 Ay! que sólo el fulgor agonizante  
En mis lánguidos ojos abatidos,

Ser creí de sus giros repetidos  
Secreto talismán.

Lo creo, sí... que a mi agitada suerte  
Su extraña aparición no será en vano.  
Desde la noche de ese infausto arcano,  
¡Ay Dios!... aún no dormí.  
¿Anunciaráme próxima la muerte?  
¿O es más negro su vuelo repentino?...  
¡Ella trae un mensaje del Destino!...  
Yo... ¡no le comprendí!

Ya no aparece sólo entre las sombras;  
Dó quier me envuelve su funesto giro;  
A cada instante sobre mí la miro  
Mil círculos trazar.  
Del campo entre las plácidas alfombras,  
Del bosque entre el ramaje la contemplo  
Y hasta bajo las bóvedas del templo...  
Y ante el sagrado altar.

«Para calmar mi frenesí secreto  
Cesa un instante, negra mariposa:  
Tus leves alas en mi frente posa;  
Tal vez me aquietarás...»  
Mas redoblando su girar inquieto  
Huye, y parece que a mi voz se aleja,  
Y revuelve, y me sigue, y no me deja...  
¡Ni se para jamás!

A veces creo que un sepulcro amado  
Lanzó, bajo esta larva aterradora,  
El espíritu errante, que aún adora  
Mi yerto corazón.  
Y una vez ¡ay! extático y helado,  
La vi, la vi... creciendo de repente,  
Mágica desplegar sobre mi frente  
Nueva transformación.

Vi tenderse sus alas como un velo,  
Sobre un cuerpo fantástico colgadas,  
En rozagante túnica trocadas,  
Só un manto funeral.  
Y el lúgubre zumbido de su vuelo,  
Trocóse en voz profunda melodiosa,  
Y trocóse la negra mariposa  
En Genio celestial.

Cual sobre estatua de ébano luciente  
Un rostro se alza en ademán sublime,  
Dó en pálido marfil su sello imprime  
Sobrehumano dolor;  
Y de sus ojos el brillar ardiente,  
Fósforo de visión, fuego del cielo,  
Hiere en el alma... como hiere el vuelo  
Del rayo vengador!

«Un momento ¡gran Dios!» mis brazos yertos  
Desesperado la tendí gritando:  
«¡Ven de una vez!, la dije sollozando,  
¡Ven y me matarás!»  
Mas ¡ay! que, cual las sombras de los muertos,  
Sus formas vanas a mi voz retira,  
Y de nuevo circula y zumba y gira...  
Y no para jamás...

¿Qué potencia infernal mi mente altera?  
¿De dónde viene esta visión pasmosa?  
Ese genio... esa negra mariposa,  
¿Qué es?... ¿Qué quiere de mí?...  
En vano llamo a mi ilusión, quimera;  
No hay más verdad que la ilusión del alma:  
Verdad fue mi quietud, mi paz, mi calma...  
Verdad... que ya perdí!

Por ocultos resortes agitado  
Vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente,  
Y mi canto otra vez vuela y mi mente  
A esa extraña región,  
Dó sobre el cráter de un abismo helado.  
Las nieves del volcán se derritieron...  
Al fuego que ligeras encendieron  
Dos alas de crespón.  
1834.

Su mirar  
Pasó... no era mujer!... era mi sueño  
Que el aura del crepúsculo mecía:  
El ángel era que forjó en su empeño  
De amor mi fantasía.

Aérea, alada, leve, transparente  
Volar la vi sobre la verde alfombra,

Como pasa un celaje de occidente,  
Como vaga una sombra.

Azul ropaje celestial vestía,  
Y alas de gasa el serafín radiante:  
Era la luz, el aire, la armonía...  
Y un pálido semblante.

Yo no vi en él lo que otro tiempo viera  
En la espléndida faz de la hermosura,  
Cuando a mi pecho fulminar sintiera  
Su llama ardiente, dura.

No era un mirar sobre la faz del mundo;  
No era un mirar de la terrestre vida:  
Hundiérase del cielo en lo profundo  
Su mirada perdida.

Allá, en un punto, en la insondable esfera  
Misteriosa lanzábase y lejana,  
Que ni alcanzar ni comprender pudiera  
Otra mirada humana.

I desde sus incógnitas regiones  
En mágico reflejo a mí volvía,  
Y de ella en torno un mundo de ilusiones  
Fantástico nacía...

¡Ilusiones! ¡ay!... pasaron  
Como ráfaga encendida.  
Que del árbol de la vida  
hoja y flores abrasaron.

Mi alma las alas plegó  
De su vagaroso vuelo;  
Y en el abismo de hielo  
De la realidad cayó.

Faltó la tierra a mis pies  
En aquel seno profundo;  
Faltó a mis ojos el mundo...  
Que una ilusión sólo es.

Faltó el misterioso afán  
Que me encumbraba a la esfera;  
Faltó el norte a mi carrera,  
Y a mi brújula el imán.

Llamarle pude quietud  
A mi solitaria calma,  
Y era... la vejez de un alma  
Que perdió amor y virtud!...

Rayo, aquel mirar divino  
A mi abismo descendió  
En busca de mi destino;  
Y a su fulgor repentino  
Mi espíritu despertó.

Volvió la vida a latir,  
Volvió el alma a delirar;  
Volvió el ardor de sentir;  
Y el infierno de vivir...  
Y el paraíso de amar

Y esa mirada angelical, sublime.  
Marcado lleva el sello del dolor:  
Es el mirar de un serafín que gime,  
Y pide a Dios un rayo de su amor.

Simbólico mirar, que transparenta  
So un espíritu puro, virginal,  
El ansia vaga, de llorar sedienta,  
De la pasión primera de un mortal.

Mirar, que eleva eterna una plegaria  
Al que a la dura tierra le arrojó,  
Y en su aflicción profunda, solitaria,  
A los cielos demanda -«¿Y quién soy yo...

»Que de orfandad, misterios y amargura  
Aparición fatídica me hallé?  
Arrojada en el mundo a la ventura,  
Ajena compasión mi madre fue.

»De mi expósita cuna los vagidos  
No arrulló nunca el gremio maternal;  
Ni en su ósculo inefable recogidos  
Los sollozos sentí de mi natal.

«Pasó una noche, y despertó una aurora:  
Flor arrojada a un arenal me vi.  
Dónde está mi jardín el cielo ignora,  
Y el árbol bello a que arrancada fui!»

¡Ay! de esa soledad la historia triste  
En tu pálida frente adiviné.  
La lágrima primera que vertiste,  
Como esmalte en tus párpados se ve.

Y allá buscan la imagen de consuelo  
Que el mundo les negara sin piedad.  
Bájalos ¡ay!... que no la tiene el cielo  
Sobre otro ser de amor y soledad.

¡Bájalos!... heme aquí, triste hermosura.  
Que mi destino en su mirar leí.  
Yo también he bajado de esa altura:  
¡Ángel!... para adoraros ¡hedme aquí!

¡Aquí... del mando a la puerta!...  
Y no llaméis; que en su encono  
No ofrece a vuestro abandono  
Ni un lecho en que reposar.

Tomad la ruta desierta  
De un corazón que os adora.  
Y que os promete, señora,  
Un culto, un templo, un altar.

¡Oh mi deidad!... que yo hiciera  
Un sagrario a tu hermosura  
Dó alumbrara sola y pura  
Tu celeste brillantez.

Ni a esa túnica ligera  
Tocara el borde mi mano,  
Ni empañara aliento humano  
El esmalte de esa tez.

Allí sí que al térreo manto  
Rasgara tu vista el velo,  
Pura remontando al cielo  
Tu mirada virginal.

Mientras en transporte santo  
Yo a tus plantas noche y día,  
Extático besaría  
Tu dorado pedestal.

Y si una vez, de tu altura  
Descendiendo vagamente,  
Tu mirar sobre mi frente  
Dejarás blando caer,

Ese rayo de ventura  
Rayo a mi existencia fuera;  
Y al éxtasis sucumbiera  
¡De amor, de gloria y placer!...

Era sueño... ¡pasó!... ronca zumbando  
La voz del mundo resonó en mi oído,  
Y a tu nombre, en sus ecos repetido.  
Con pavor desperté.

-«He allí tu aparición, dijo gritando  
Por mi mano y mi voz desencantada:  
Hela allí; no es tu huérfana, tu Fada.  
Ni el ángel de tu fe.

»Qué antiguas glorias su blasón retrata:  
»Lleva en la tierra un nombre de grandeza,  
Y esa frente de luz y de belleza  
Áurea diadema orló.

»Espléndida carroza la arrebata,  
Magnífico palacio le da sombra,  
Y la Fortuna su dorada alfombra  
A sus plantas tendió.»

¡Maldición sobre ti, mundo celoso,  
Que el ángel de mis sueños me robaste;  
Que su esplendor diáfano eclipsaste  
Con tu brillo infernal.

Maldición! que a en vuelo vagaroso  
Las seráficas alas detuviste,  
Y el talismán fantástico rompiste  
De mi amor inmortal.

Y tú, visión de luz, ¿a qué del suelo  
Por la pompa trocaste y los placeres  
El cielo azul de los etéreos seres,  
Y el trono de zafir?

Yo siguiera a tu espíritu en su vuelo,  
Yo siguiera tu mente hasta las nubes...

Y esa carroza, dó brillante subes,  
¡No la puedo seguir!

Mas aun cruza relámpago el espacio  
Ese mirar, y a lo infinito vuela;  
Y aun a mi triste despertar revela  
La deidad que soñé.

Ni en las bóvedas anchas de un palacio  
Cabrá lo que abarcar no puede el mundo,  
Ni el sentimiento comprimir profundo  
Que yo te consagre.

Que en vano esos salones recorriendo  
Buscará esa mirada indagadora  
Dó el espíritu vive que os adora.  
Que sentís, que no veis...

¡Sentid, y no veáis!... y bien ardiendo  
Pase ante vos el soplo que respira.  
No queráis ver los ojos con que os mira;...  
Sentid... y no miréis!

Que negro ante estos ojos hay un velo,  
Y verás sobre mí desde tu altura  
Nube de polvo circundarme oscura,  
Y alzarse entre los dos.

¡Ay!... Mira siempre vagarosa al cielo,  
Y pura allí, sin nube y sin grandeza,  
Tú verás mi pasión; yo... tu belleza  
¡En el seno de Dios!

A S. M. La Reina gobernadora,  
Doña María Cristina de Borbón  
en el acto de jurar la Constitución de 1837.

¡Bendición sobre ti, Reina adorada;  
Sobre ti bendición, y paz y gloria,  
Hoy que al amor de un pueblo consagrada  
Juras su ley, proclamas su victoria!

Bendición sobre el solio dó se asienta  
El poder, la inocencia y la hermosura.  
El pueblo que hoy su pacto te presenta,  
También del Trono la victoria jura.

Sólo ante ti, magnánima heroína

Puede elevar tan sacro juramento,  
Sólo por ti merecerá, Cristina.  
Que le acepte propicio el firmamento.

Que en el cerco de nubes que ennegrece  
El horizonte de la patria oscuro,  
Sólo eres tú la luz que resplandece,  
Sólo es tu trono inmaculado y puro...

En la confusa oscuridad luchando,  
Su pendón tus guerreros ya no vían,  
Y por lanzarse al enemigo bando.  
Ciegos las armas contra sí volvían.

El contrario aplaudió; su risa impura  
Sonó en su campo cual rugir de fiera;  
A raya tuvo el libre su bravura  
Y gritó en alta voz: «¡Una bandera!»

Y esa bandera que buscaba en vano  
Espléndida, radiante, inmaculada.  
Esa bandera tremoló en tu mano...  
¡Bendición sobre ti, Reina adorada!

Ese estandarte nuevo, refulgente,  
En santa unión nos lleve a la pelea,  
Y cuando al torvo despotismo ahuyente  
¡Iris de paz y de bonanza sea!

Que en su fondo, a tu nombre entrelazadas,  
Simétricos ostenten sus colores  
Divisas, en mal hora separadas.  
Unidas ya, como en guirnalda, flores.

Si es de un sólo matiz lúgubre, oscuro  
Del fanatismo el pabellón de muerte,  
¿Pensáis que el paño de la tumba impuro  
Sea emblema de unión durable y fuerte?

¡Ah! no hace mucho que humillar al Sena  
Quiso el blanco pendón de sus señores;  
Miradle roto en extranjera arena,  
¡Al mágico brillar de tres colores!

Dos colores también, y el de tu manto.  
Orlan las libertades españolas;  
Mas uno es ya su lazo sacrosanto.

Una la enseña que a en faz tremolas.

Alzala, oh Reina, en tu gloriosa mano.  
Vedla, pueblos de Europa: ¡es ella, es ella!  
Esa es la libertad del pueblo hispano:  
¿Quién de vosotros la miro tan bella?

¡La libertad!... Horrorizado el mundo,  
Creyóla un tiempo del puñal armada,  
Coronada la sien de gorro inmundo,  
Sobre regios cadáveres sentada.

O el martillo del Cíclope en su mano,  
A polvo reduciendo las ciudades,  
Alzando el grito de su triunfo insano  
Sobre desamparadas soledades.

En alas de visión más venturosa  
La ve España bajar sobre su suelo,  
Pura, fecunda, celestial, gloriosa,  
Como al hombre en amor la ha dado el cielo.

La ve con la diadema en su cabeza.  
Subir contigo al soberano asiento,  
Y las, formas tomar de tu belleza,  
Y pronunciar tu sacro juramento.

La ve dorar las alas refulgentes  
Del Ángel Regio que a tu lado brilla.  
Y al cielo alzar sus manos inocentes,  
Que también piden paz para Castilla.

La ve... y ahoga el llanto de ternura  
La voz con un tu nombre victorea,  
Y al nombre augusto que tu labio jura,  
Con lágrimas responde: «¡Eterno sea!»

Y cuando alzas sublime al firmamento.  
Confirmando tu voto, una mirada,  
¡Bendición, bendición... murmura el viento,  
Bendición sobre ti, Reina adorada!

La mano fría  
Breve fue y robado instante  
A la amarga inquieta vida,  
En que el ánima rendida  
Rindió los miembros también.

Eran horas de alta noche,  
Y en mi solitario lecho  
Posaba tranquilo el pecho,  
Lenta pulsando la sien.

Cuando súbito en el sueño  
Vibró el cuerpo estremecido,  
Y taladrando mi oído,  
Grito de muerte sentí:

Desperté, tendí con ansia  
Los yertos brazos al viento,  
Contuve tardo el aliento,  
Miré en torno... ¡y nada vi!

Todo era silencio y sombras,  
Todo oscuridad y calma;  
Sólo el reposo del alma  
Despareciera fugaz.

Que ella, que sin lumbre mira  
Percibió negro y secreto  
Más que la noche, el objeto,  
Que a ahuyentar vino su paz.

Y en breve sentí arrastrarse.  
Como en la yerba un gusano,  
Áspera y fría una mano,  
Que por mis miembros trepó.

Una mano férrea. dura.  
Una mano sola, helada...  
Cual de un muerto despegada...  
¡Que en mi frente se posó!

Posó: cual monte de hielo  
Su enorme peso oprimía,  
Sin dejarle a mi agonía  
Ni un ¡ay! de espanto lanzar.

Porque en mis labios su dedo  
Sentí cual férrea mordaza,  
Que su sello de amenaza.  
Imprimió muda al pasar.

¡Y pasó! pasó la noche,  
Y el sueño, y la helada mano...  
Y a la aurora esperé en vano  
Que disipara mi horror.

Que horrible, más que las sombras,  
Su negra faz mostró el día...

Todo mudado se había  
¡De mi vista en derredor!

Radiante no brilló el mundo.  
Ni iluminado el espacio,  
Ni su disco de topacio  
Trémulo ostentaba el sol.

Ni del pabellón pendían  
De un cielo desmantelado,  
Nubes de gasa y brocado  
Recamadas de arrebol.

Trocara en árido polvo  
Su esmeralda la pradera;  
En negros paños la esfera  
Su abrigado turquí.

Y ante un sol descolorido,  
Sobre una tierra desierta...  
La naturaleza muerta...  
¡Muerta la vida creí!

Tantas voces que armonía  
Daban, y concierto al mundo,  
Callaban en lo profundo  
De medrosa soledad.

O sueltas a un tiempo, el caos  
Lanzaba al mundo aturdido,  
En ráfagas, el ruido  
De su eterna tempestad.

Y vía cruzar los hombres,  
Al azar, graves o inquietos,  
Ora errantes esqueletos  
Sin espíritu ni voz,

Ora fantasmas siniestros,  
Derramando en su mirada,  
Fuego el alma depravada,  
Sangre el corazón feroz.

Busqué entonces con recelo  
En la universal negrura,  
Una forma de hermosura,  
Un destello de beldad.

En vano ¡ay Dios!... que el conjuro  
De aquella noche de espanto,  
De la belleza el encanto  
Robó también sin piedad.

Y vi inmóviles y mudos  
Los semblantes de las bellas;  
Apagadas sus centellas,  
Sus pupilas sin lucir.

Las vi, desecadas momias,  
Yertas pasando a mi lado,  
Su labio frío y cerrado,  
Y mi seno sin latir.

Sí, que como centro horrible  
De aquel mundo en esqueleto,  
Sin calor quedara y quieto.  
Cadáver, mi corazón.

Y la mano que en mi frente  
Sus dedos selló pasando,  
Se fijara en él, pesando  
Con perenne compresión.

¡Ay!... ¿Qué mano, santo cielo,  
Qué mano fue vengadora,  
La que con magia traidora  
Transformó el mundo, o mi ser?

¿Era la mano del Tiempo,  
Por dedos sus desengaños?  
No... no brillara veinte años  
El sol desde mi nacer.

¿Era la mano de mármol  
De emboscada muerte oscura,  
Abriendo la sepultura  
De una existencia veloz;

Asiéndome con la rabia  
De implacable odio tirano;  
Que al fin fiaba a una mano  
Lo que no pudo una voz?...

No, que un día, en mis dolores,  
Vino la Parca a mi lecho,  
Y cruzadas en mi pecho  
Sus leves manos sentí.

Y eran manos perfumadas,  
Suavísimas, deliciosas,  
Que festonaban de romas  
Una tumba que perdí.

¿Fue acaso del Infortunio

Esa mano... o del Destino?  
¿Del cielo enojada vino,  
O de la infernal región?  
No... que al orgullo del hombre  
Sorprendí el horrible arcano...  
De que era la helada mano...  
¡La mano de la Razón!

A un ángel caído  
Fragmentos

Helos allí postrados por el suelo.  
Desde el trono esplendente en que brillaron:  
Genios de eterna luz los creó el cielo,  
Y genios de tinieblas se tornaron.

He allí esa frente, más que el sol, radiante,  
Que llevar pudo estrellas por guirnalda,  
Cuando entre nubes de oro y de diamante  
Desplegaban sus alas de esmeralda.

Su voz sonaba, y al hosanna eterno  
Se inundaban los cielos de armonía;  
Su vuelo alzando, hasta el remoto infierno  
Luminosa su huella se extendía...

Pero intentó su vanidad demente  
El poder igualar que los creara,  
Quiso, alzando sus ondas, el torrente  
La montaña inundar de dó bajara;

Y la montaña le tragó en su seno,  
Só el gran poder cine al universo abruma.  
Y a los abismos, convertida en cieno.  
Fue su brillante vanidosa espuma.

A los abismos ¡ay! dó abrió su planta  
Vasto sepulcro a su impotente crimen.  
Dó en vano su soberbia se levanta,  
Con los hierros luchando que la oprimen.

Ya es su voz el bramar de la tormenta;  
Su resuello feroz, los huracanes;  
Que alguna vez abrasador revienta  
Con espantoso estrépito en volcanes...

¡Eso, y no más!... les queda de la gloria

Que deslumbraba en la terrestre esfera,  
El despecho infernal de su memoria...  
¡Y el resplandor de la infernal hoguera!

Y ellos... que para amar fueron nacidos  
Con el amor de un Dios alimentados.  
Helos sin fin... de Dios aborrecidos,  
¡A odiar y a maldecirse condenados!

Pero tal vez no todos la sentencia  
De no amar, y el tormento merecieron;.  
Pudo mirar la celestial clemencia  
Que, espíritus de amor, no le perdieron.

Pudo ser que en las huestes celestiales  
Débiles almas ¡ay! también se hallaran,  
Que, sin ceder al crimen, criminales,  
Siguiesen a otros ángeles que amaran.

Pudo ser que el rebelde sentimiento,  
De el yugo sacudir de criatura  
Fuese en alguno el generoso intento  
De dar vida a otros seres y ventura.

Y pudo ser que la justicia eterna,  
Al sumergir la turba maldecida,  
De una mirada perdonase tierra,  
A esos tristes espíritus, la vida.

«Vivid, les dijo, en la mansión del hombre,  
De su dolor al yugo uncid la frente,  
Llevad su carne mísera y su nombre,  
Prisión de un alma de ángel penitente.

»Pasad sobre su valle de dolores.  
Largo destierro y siglos de quebranto;  
Pues pecasteis de amor, de sus amores  
Probad tan sólo el afanoso llanto.

»Y si del rayo que encendió el infierno  
Sólo os hirió al pasar leve centella,  
En amenaza de un suplicio eterno  
Guarde vuestro interior su eterna huella,

»Y guarde a un tiempo el éxtasis del cielo,  
Y el arranque inmortal de su grandeza.  
Pero... ¡sin alas para alzar el vuelo.

Sobre el nivel de la mortal flaqueza.

»El mundo no comprenda vuestra lucha,  
A vuestro llanto... estúpido se ría;  
Y a vuestra voz responda, si la escucha,  
Con gritos de sarcasmo y de alegría.

»Mas apurando el cáliz de los males,  
Séaos consuelo, en el dolor sumidos,  
que otros serán los genios infernales;  
Vosotros sed... los ángeles caídos!...»

Y desde entonces se ven  
Sobre el suelo peregrinos,  
Esos seres, que la sien  
Doblan con triste desdén  
A los humanos Destinos.

Extrañas apariciones  
Que, perdidas e ignoradas,  
Cruzan las generaciones,  
Cual cruzan nobles pasiones  
Por las almas degradadas.

Que el mundo no las comprende,  
Porque a su altura no llega,  
Y su grandeza le ofende;  
Que humilla lo que sorprende;  
¡Y lo que deslumbra... ciega!...

Así los vemos pasar  
Solitarios e infelices,  
De otros seres a la par.  
Sin huellas y sin raíces.  
Como barcos por el mar.

Ni para su rumbo hay puerto,  
Ni para su noche hay polo;  
Y en el Océano incierto,  
Como fiera del desierto,  
Por marchar... ¡marchan tan sólo!...

Para cumplir su destino,  
Para ceder a su afán...  
Sin curar que en su camino  
Los envuelva el torbellino,  
¡O los lleve el huracán!

Y si compasivo el cielo  
Con la raza que los ve,  
Libre les deja en vuelo  
Porque avasallado el suelo  
Se postre humilde a su pie,

Y en sus marmóreos anales  
Graba entonces la memoria  
Esos nombres colcales,  
Que se alzan como fanales  
En la noche de la historia.

Ellos oscuros están,  
Mientras en torno iluminan,  
Como el cráter de un volcán,  
Cuyo seno ardientes minan  
Hondos abismos de afán.

Y en la cumbre en que se admiran.  
Y en el templo en que se adoran.  
Ni aire de placer respiran,  
Ni hallan eco si suspiran...  
¡Ni lágrimas cuando lloran!

Por eso raudo el solitario vuelo  
De su vivir apuran;  
Por eso surcan como el rayo el cielo...  
Y como el rayo duran.

Por eso eterno torbellino agitan  
Con sus formas inquietas,  
O el fantástico mundo sólo habitan  
De amantes y poetas.

Como un canto sublime,  
El misterioso lúgubre lamento  
De una deidad que gime.

Y por eso tal vez pasa fecundo  
De amargura y dolores  
Algún ser, que portento admira el mundo  
De hermosura y de amores...

Hélos allí que aparecen  
En la forma aérea y vaga  
De una fantástica Maga,

De una Fada, o de una Hurí.

Cree el hombre que amor le traen  
En su pupila de estrellas,  
Y desciende el rayo en ellas,  
Y en vez de amor... frenesí.

Que entonces nacen ardientes,  
Horribles... esas pasiones  
Que a mortales corazones  
Piadoso el cielo negó.

Y a vueltas de esa belleza,  
Reflejo del sol eterno,  
Se oculta el ardor de infierno,  
Que sus alas abrasó.

Aún queda a su triste noche  
Luz de aurora en el semblante,  
Y en sus ojos de diamante  
Fascina la brillantez;

Queda en sus labios perfume  
De celestial ambrosía,  
Y ese acento de armonía,  
Que aún llega al cielo tal vez...

Mas si al acento atraídos,  
Si de esa luz fascinados,  
Mortales desventurados,  
Osáis su aliento aspirar,

Veréis cual se torna en llama  
Que inextinguible os devora;  
Y al sentirlos en mal hora  
Arder... ¡creeréis que es amar!

¡Ay!... no es amar el suplicio  
De ese convulsar inquieto,  
De ese anhelar sin objeto,  
¡Sin horizonte... ni fin!

De esos deseos sin nombre,  
Que aborta el alma abrasada  
En la órbita arrebatada  
Del alma de un serafín.

¡Ay!... no es el amor del mundo,  
Flor de la vida del alma,  
Con su transporte, su calma,  
Su esperanza y galardón,

Con sus lánguidos suspiros,  
Y su llanto de alegría,  
Con sus besos de ambrosía;  
Su placer y su ilusión.

No es ese lazo de rosas  
De dos almas que se hallaron  
Juntas, cuando despertaron,  
Su juventud al nacer;

Y antes de seguir el curso  
De esta vida de tormento  
Sacrifican un momento  
Sobre el altar del placer.

No: de esos seres extraños  
No hay lazos, placer, ni flores;  
Ni caricias, ni favores,  
Ni un suspiro... ¡ni un mirar!

Altar sí, dó en sacrificio  
Se da al ángel que se adora  
El llanto, que eterno llora  
Quien le vio una vez pasar...

¡Ay! tú cruzaste, hermosa, ante mis ojos;  
Yo vi en tu frente escrita mi pasión,  
Y como un reo me postré de hinojos...  
Para oír mi sentencia y maldición.

Hirióme el rayo que esquivé en el suelo,  
Cuando, presa de ciega vanidad,  
Pedí un objeto para amar al cielo,  
Pedí, para un mortal... ¡una deidad!

Yo desdeñé también rebelde, ingrato,  
La triste condición en que nací;  
Mil corazones rechacé insensato,  
Mil plegarias amantes desoí.

Era una sed que no aplacó la fuente,  
Buscó el raudal que por el monte va;

He allí que pasa indómito el torrete.  
¡Y sin templar mi sed, me ahogará!

He allí que cruza su mirar de fuego  
Bajo un rostro de tibia palidez;  
Y al yo mirarla... convertirse luego,  
Mudo mármol, sus ojos y su tez...

Ni una voz, ni un acento, ni un suspiro...  
¡Ni un leve pensamiento para mí!  
Ni el anhelo mirar con que le miro,  
¡Ni la vida aceptar que le rendí!

¡Ay! si era mi existencia sola, oscura,  
¿De qué me sirve tu funesta luz?  
Antorcha de una negra sepultura,  
Déjala con su noche y con su cruz,

¿A qué viniste a perturbar mi sueño.  
Blanco fantasma, y mi profunda paz  
¿A qué arrancaste el tétrico beleño  
Que circundaba lívido mi faz?

Era triste, era horrible, era la muerte...  
¡En yerta postración, mi juventud!  
Tú pasaste a mi lado, y para verte  
Débil me levanté del ataúd.

Tú venías del cielo... yo te amaba;  
Creí que me mirabas... ¡te adoré!  
Sentí correr mi sangre, ¡y era lava!  
Y «¡esto sí que es morir!» triste clamé.

Porque al punto ligeras más que el viento  
Tus alas te llevaron más allá...  
Y en vano, en convulsivo movimiento,  
¡Mi espíritu infeliz te sigue ya!

Porque en vano delicias de otra esfera  
Soñé al mirar tu aérea aparición;  
Y realizada la fatal quimera  
Que en mal hora abortó mi corazón...

«¡No soy más que un mortal!» vano mi acento  
Con plegaria de amor te dirigí,  
«¡No soy más que un mortal!...» y el firmamento,  
Otros ángeles tiene para ti.

Y para mí... ¿qué guarda? El mundo, el cielo,  
¿Qué son ya para un ser que odian los dos?  
Cuando me niega su quietud el suelo,  
Y ángeles de dolor me envía Dios?

¿Queda tal vez oculto algún abismo,  
De su destino incógnito a cumplir?  
¿Seré tal vez espíritu yo mismo,  
Condenado, como ellos, a vivir?

¡Ay!... ¡Si en mi noche esta esperanza fuera  
Crepúsculo de bien y de verdad!  
¡Si ese ángel su mirada detuviera  
Un momento en mis ojos, por piedad!...

¡Si cruzando sus manos en mi pecho,  
Temblaran, al pulsar del corazón!  
¡Si reposando en mi abrasado lecho,  
Viera de tanto ardor la abnegación!

Tal vez entonces, ángel destronado,  
¡Descendiera un recuerdo sobre ti!  
Y ¡ay!... -¿eres tú?, clamaras-, ¡desgraciado!  
El ser de amor que con mi amor perdí.

¿Eres tú el que yo busco? Y ceñiría  
Mi cuello con su abrazo celestial;  
Y entonces ¡ángel mío!... moriría...  
¡Mísero ser!... ¡no soy más que un mortal!

Un mezquino mortal que sufre y llora  
Luchando con el mundo en que nació;  
Un mortal que a los ángeles adora,  
Porque en el mundo qué adorar no halló.

Un corazón perdido en el desierto,  
Dó viento al horizonte una beldad,  
Al llegar a sus pies rendido y muerto,  
Ya no le pidió amor... ¡sino piedad!

¡Y ni piedad, ni amor!... ¡Ángel caído!  
Tu destino en el mundo es bien cruel.  
Mas te envía el Señor... ¡dále cumplido!  
¡Vierte entera la copa de su hiel!

¡Y ni amor, ni piedad!... Ahoga en el vuelo

De tus alas, el ay de mi sufrir;  
Para ti queda en esperanza un cielo;  
Para mí... ¡la esperanza de morir!

Y ni amor, ni piedad... mas tus oídos  
Escucharán mi voto criminal.  
Tú eres ¡ay! de los ángeles caídos;  
Yo buscaré tal vez uno infernal.

Y en mi despecho me diré violento  
Por consuelo a mi ciego frenesí:  
-¡No soy más que un mortal!... ni el firmamento  
Otros ángeles tiene para mí.»

Mariposa y flor  
Traducción de Víctor Hugo

I

«No -decía a la errante Mariposa  
Triste la Flor, del tallo suspendida-,  
No vuelas más.  
¿A qué en la vega giras vagarosa,  
Mientras me agito al duro tronco asida?  
¿Por qué te vas?...

Amémonos, unamos la existencia  
Aquí, donde tan lejos de los hombres,  
Nos puso Dios;  
Dó huyendo su maléfica presencia  
Nos crean, confundiendo nuestros nombres,  
Flores las dos.

Mas ¡ay! que el aura leve te arrebató;  
En tanto, dura me aprisiona al suelo  
Honda raíz.  
Y no me es dado en círculos de plata  
Girar contigo, y perfumar tu vuelo.  
¡Suerte infeliz!...

Y allá lejos te pierdo en la pradera.  
O inquieta cruzas la esmaltada alfombra  
De flor en flor,  
Mientras yo quedo, en soledad severa,  
A ver lenta girar mi propia sombra  
En derredor.

Mas tú vuelves, y tornas, y te agitas,  
A cada flor mostrando brilladora

Un nuevo encanto.  
Así mi ansiosa juventud marchitas;  
Así me veis, volviendo a cada aurora,  
¡Bañada en llanto!

¡Oh! coronen mi afán horas felices,  
Y fiel amante ya, tu vago vuelo  
Reposa en mí.  
Toma en la tierra como yo, raíces;  
O alas me da para cruzar el cielo,  
Unida a ti.»

## II

A\*\*\*\*\*

Mariposas y flores, dueño mío,  
La tumba en breve reunirá, y su suerte  
Será común.  
¿A qué esperar a un túmulo tardío,  
Si antes unirnos puede que la muerte,  
La vida aún?

Aún hay, sí, dó vivamos, dó volemos...  
Si al azul de la esfera vagarosa  
Tiendes las alas.  
Y campos hay también donde brotemos  
Si en el campo pretendes, pura rosa,  
Lucir tus galas.

Adonde quieras, sí, donde respires,  
O matiz seas, o aromado aliento,  
Brisa o vapor,  
O mariposa rutilante gires,  
O ligero botón... halague el viento  
Tu ala, o tu flor.

¡Pero unidas, mi bien!.. en tanto dura  
La vida... nuestra unión, mi único anhelo,  
Mi bien real;  
Que después ¡oh mi amor! a la ventura.  
Podremos escoger... la tierra, el cielo...  
Nos será igual.

Desvarío  
Alto mi juventud remontó el vuelo,  
Y más alto mi amor.  
Ídolo a su pasión buscó en el cielo,

Pábulo digno a su inmortal ardor

Era un culto, una fe... Yo prosternado  
Le subí en el altar.  
¡Ay! era una Deidad... no le fue dado  
Mis sacrílegos votos aceptar.

Las oyó por mi mal... oyó el acento  
Que impuro blasfemó...  
Y descendió a mis brazos y mi aliento...  
No, mi aliento de amor no le abrasó.

Pero a mis pies el suelo estremecido  
Fuego brotó infernal.  
Vi al ídolo en cenizas convertido,  
Y el ara santa en urna sepulcral.

Aún está allí... desnudo y solitario  
Como mi corazón,  
Un túmulo, dó estaba un santuario,  
Alza imponente su fatal padrón.

¡Ah! pensé que de altar su negra losa  
Me pudiera servir,  
Y en ofrenda de culto religiosa  
Mis lágrimas eternas recibir.

Yo las lloré... sobre la piedra dura  
Se helaron al caer.  
Nada tuvo la yerta sepultura  
A mi ardiente oración que responder.

Fuera del mundo, allá lindando al cielo  
Se levanta su cruz;  
Mas en torno a mis pasos por el suelo  
Ni despide fosfórica una luz.

Luz y fuego perdí... sin movimiento,  
Sin camino después,  
De la vida el calor faltó a mi aliento.  
La claridad del día ante mis pies.

Fáltame ¡ay Dios! la antorcha y el camino,  
Y vano es preguntar:  
-«¿Cuál puede ser, respóndeme el Destino,  
Si atrás queda un sepulcro y un altar?

»¿Cuál puede ser a quien mayor encierra  
Que el mundo, un corazón?  
¿Darle podrá entre el polvo de la tierra  
Lo que no le dio un culto, una pasión?

»¡No hay más allá!... ni senda ni camino  
Que a tus plantas tender.  
Si un instante no más fue tu destino...  
Un instante del cielo pudo ser.

»¿Y a qué lento su término a la vida,  
Y el camino buscar,  
Si al vuelo fue de un rayo recorrida,  
Cruzando entre una tumba y un altar?»

Mas yo dije tronando en mi despecho  
A la insultante voz:  
«Las puertas abre de mi eterno lecho,  
Que este eterno morir... ¡menos atroz!

»Si terminó su efímera carrera  
Mi existencia infeliz,  
¿Qué de sus restos el Destino espera,  
Que no arranca infecunda su raíz?

»Por qué aún fría, como ondas de veneno  
Corre sangre veloz?  
¿Por qué aún hueco el abismo de mi seno  
Al eco se estremece de una voz.

»¡Un altar... una tumba!... únicos seres  
Fuera del mundo ya.  
¡Un altar!... no comprendo sus placeres,  
¡La tumba!... su quietud segura está.

»¡Ay!... yo pedí sus goces a la vida...  
¡Su transporte al amor!  
Yo pedí el corazón a una querida,  
A la virtud su esfuerzo y al honor.

»¿Y muerte en esperanza me ofreciste  
Y en vida, soledad?  
-¡Lecho y corona en túmulo volviste,  
Y mi culto en sacrílega impiedad!...

-»¡Ay! ¿Por qué fue entre todos señalado  
Un débil corazón,

Inocente, del cielo condenado  
Al aire respirar de otra región?

»¿Y a qué sin aire en el abismo hundido.  
Sofocarme y morir?...  
Yo quiero ser del mundo en que he nacido,  
Gozar con los mortales, y sufrir.

»Quiero los campos y su blanda alfombra  
Su perfume y verdor;  
Los bosques, y su bóveda de sombra.  
Y la fuente escuchar y el ruiseñor.

»Quiero ver los matices de la aurora,  
Y los visos del mar;  
La brisa del vergel consoladora  
Sobre el césped mullido respirar,

»Quiero estrechar el seno de una bella,  
O llorar a sus pies,  
Y en himno al cielo repetir con ella;  
«¡El mundo que nos diste, hermoso es!»

»No, no ambiciono en brazos de una nube  
Subir como Ixión;  
Ni volar en las alas de un querube,  
Ni descender helado al panteón.

»Dejemos en sus sábanas de hielo  
A los muertos yacer.  
Dejemos a los ángeles su cielo,  
Y en la tierra busquemos el placer.»

Mas ¡ay!... como a sacrílego conjuro  
A mi acento se ven  
Dejar los muertos su ataúd oscuro,  
Abandonar los ángeles su Edén.

Y en tronador acento sobrehumano  
A mi voz contestar:  
«¡No hay para ti ese mundo! llore en vano  
Quien en sepulcro convirtió el altar!»

Su memoria  
Héme aquí, como en medio del desierto,  
Sin árboles, sin sombra, sin arrimo;  
Héme sobre un Océano sin puerto,

¡Noche sin astros, faro, ni arrebol!  
Pero esta noche eterna tuvo un día,  
Y su rastro de luz quedó fulgente,  
Para cegar la deslumbrada mente  
Con la imagen fantástica de un sol.

Hubo un instante de ilusión, de gloria;  
¡Voló un instante el corazón al cielo!  
Y guardó el corazón una memoria  
Con que a su abismo descendió después.  
¡Ah! Cuán mejor el negro abismo fuera,  
Que de esa viva ráfaga surcado,  
Ver cada instante el cielo iluminado;  
¡Y más hondo el abismo ante los pies!

Fuera mejor del bátrato profundo  
Sin término mirar la oscura sima,  
Que la visión sublime de otro mundo  
Aparecerse al mundanal horror;  
Y mejor, bajo un túmulo de mármol  
Encerrarse al nacer, muerto viviendo,  
Que ver la luz -¡la soledad sufriendo!-  
Con un recuerdo celestial de amor,

Que emponzoña las horas de la vida,  
Como a un precito la eternal ventura;  
Como un recuerdo de virtud perdida,  
Que despierta en un alma criminal.  
Un cielo... una virtud que yo perdiera.  
Donde dejara una ilusión de gloria;  
Un mirar... un amor... una memoria...  
¡La memoria quedó para mi mal!

Héla en torno de mí, fascinadora,  
Reflejo fiel de una fatal mirada;  
Héla sobre mis ojos vengadora

La frente en que leyera mi ventura,  
De mi antiguo misántropo desdén.  
Hela dó quier, de aureola refulgente.  
De nubes de éter y de azul ceñida.  
Ángel en los espacios suspendida...  
Ángel que guarda mi perdido Edén.

Y asida de mi eterno pensamiento.  
Fija siempre sobre él, como él errante.  
Si fuerza adquiere, y vida, y movimiento.

Y atmósfera, y perfume de deidad,  
Como deidad la miro allá en su altura  
¡Cada vez más, de mi pasión... lejana!  
Que no es dado tener al alma humana  
Con seres de otra esfera, sociedad.

Y solo yo en el mundo, ella en el cielo,  
Fatiga mi vivir, no le acompaña:  
Véla con mis delirios cuando velo;  
Ocupa, si medito, mi razón.

Y mi sueño febril acecha, y viene  
Solitaria a la orilla de mi lecho,  
Férrea mano a posar sobre mi pecho,  
Que no deja latir mi corazón.

Sobre él entonces un recuerdo pesa,  
Como si un mundo entero le abrumara;  
Cual si inmensa una lápida, una huesa  
Desplomara sobre él la eternidad.

Memoria de un placer nunca sentido,  
Memoria de deseos sin objeto,  
Memoria atroz que el corazón inquieto  
No osa creer memoria de verdad.

Que no es entonces la visión radiante,  
Que cruzó por la esfera de mi vida,  
Un día, que su angélico semblante  
De inmortal resplandor la iluminó.

Que no es aquel mirar en que brillaba  
El astro al fin de mi tormenta oscura,  
Y un nombre ¡ay Dios! que el cielo no escribió.

Que no es la aérea, arbolada nube,  
Del aura entre los árboles mecida,  
Sílfida, que del Prado lenta sube  
Entre sombras y gas, y aroma y tul.

Que se desliza y pierde ante mis pasos,  
-Sólo un mirar dejándole a mi noche,  
Robado a los cristales de su coche,  
O de los pliegues de su manto azul.

No es genio de esperanza y de consuelo  
No es la visión de un porvenir de gloria,  
El éxtasis purísimo del cielo,  
El amor, la virtud y la beldad.

¡Todo esto fue su vista! y su memoria  
Es la imagen de espanto que me oprime;

-El triste acento que incesante gime...  
¡Desengaño, despecho, soledad!

Tal flotar la miré sobre mi frente,  
Crespón de luto funeral colgando,  
Lanzarme su mirada indiferente,  
Y a su región retroceder veloz.

Y un punto en mi frenética congoja  
Fuerza y valor cobrando del despecho,  
La mano alzando del helado lecho,  
Así su manto, y la llamó mi voz.

-«Tente, clamé, no busques esa altura  
Dó contigo no vuela el alma mía;  
¡Sé en imagen, al menos, mi ventura!  
(¡Era tu imagen más que otra verdad!)  
»Y aunque de luto y de terror vestida  
Tu fantástica forma viene ahora,  
Aún ese luto y era muerte implora  
Como el supremo bien, mi soledad».

«¿Por qué, dime, enojada, a mi deseo  
Martirio tornas mi única esperanza?  
¿Por qué el solo recuerdo que poseo  
En vértigo me agita y convulsión?  
¿Por qué a tu paso, antorcha de mi vida,  
La sangre de mis venas siento helada?  
¿Por qué al clavarme esa fatal mirada,  
Sangre destila herido el corazón?»-

Víla a este acento estremecer el suelo,  
Y severa plantarse y silenciosa;  
Vi al viento de la noche alzar su velo,  
Y su aureola fosfórica apagar.

Dura sentí su túnica ondulante,  
Fría mi mano que su borde asiera;  
Cual si mi voz maléfica pudiera  
Su vaporoso ser petrificar.

¡Sí, la misma visión, pero de roca!...  
¡Él mismo su semblante, más de hielo!  
Los ojos sin cristal, muda la boca;  
Yerto, clavado, inmóvil su albo pie.

Mar bajo el mármol retumbó un gemido,  
Cual si rompiera de la tumba el seno;  
Y esta sentencia, al pavoroso trueno,  
De sus inmóviles labios escuché.

-«Si un recuerdo es esperanza,  
El recuerdo es el placer;  
Que a más la ilusión alcanza  
De la ventura, que el ser.

»Si empero el dedo divino  
Cuando el bien te hizo mirar,  
Sobre el libro del Destino  
Quiso tu dicha borrar,

»Memoria te cupo en suerte  
Como eterna maldición,  
Más horrible que la muerte...  
¡Que es la desesperación!

»Y si sueño de tu gloria,  
Fue mi realidad allí,  
Será siempre mi memoria  
Aire, o piedra para ti.

»Que sólo puede ofrecerte  
Un destino tu pasión,  
Más horrible que la muerte...  
¡Que es la desesperación!»-

A la C... de S...  
Epístola

Envuelta ¡ay Dios! en enlutado manto  
Bajo tocas de duelo oscurecida,  
¿Qué fuiste, díme, aparición de llanto,  
Al asomar tu faz sobre mi vida?

¿Qué fuiste en esa playa tormentosa,  
Áncora, por el mar de algas cubierta?  
¿Qué fuiste entre las zarzas, blanca rosa,  
Sobre la cima del peñón desierta?

¿Fuiste algo para mí cuando tu velo  
Transparentó la aureola de tu frente,  
Y entre las nubes de esa noche, un cielo  
Dejó a mi vista adivinar fulgente?

¿Fuiste un humano ser, fuiste una hermosa  
Por el mundo ante mí rauda pasando,  
O fosfórica estrella, vagarosa,  
De mi ilusión la atmósfera cruzando?...

Yo no lo sé; de esta memoria incierta,  
Como en sueño fugaz, la imagen pierdo,  
Y vacilando el corazón, no acierta  
Al origen subir de este recuerdo.

Sólo sé que la orilla de esos mares  
Recorriendo mi planta solitaria,  
Sin que ni Dios, ni el mundo, a mis pesares  
Oyen su blasfemia o su plegaria,

Vacío el corazón, la sangre yerta,  
Ciega la vista de mirar al cielo,  
Cansada el alma, de esperar incierta,  
Pidiendo el cuerpo su sepulcro al suelo,

Alzarse vi entre el alga de esas rocas,  
Como sirena que del mar brotara,  
Cándida imagen entre negras tocas,  
De ébano el cuerpo, y de marfil la cara...

Yo estaba triste; en derredor el cielo  
Vasto desierto ante mis pies tendiera;  
Vos visteis mi dolor bajo ese velo;  
Mas ni un suspiro demandé siquiera.

Si vuestro seno le exhaló, lo ignoro;  
Y en mi dolor... acaso desdeñada,  
Os vi llorar, os respondió mi lloro,  
Y cayó sobre mí vuestra mirada.

Ni el mirar, ni la lágrima era mía,  
Ni fue de vos mi vago pensamiento;  
Ni yo el dolor de vuestra faz leía,  
Ni vos sobre mi faz, mi desaliento.

Y víais mi semblante en vos clavado,  
Como en lisa pared, fija pintura;  
Acaso extraño en su mirar; pasmado  
De ver, sin adorar, tanta hermosura.

Érais hermosa, sí; recuerdo ahora  
De ese rostro de nácar la belleza;  
La blanca frente, de arrebol de aurora,  
La lánguida sonrisa de tristeza.

Recuerdo en esos ojos decaídos

Brotando el fuego en ráfagas radiosas,  
Y a los labios volver descoloridos  
Blando el reír, sus naturales rosas.

¡Ah! sí, ¡érais bella!... En la mitad del cielo,  
La luna sobre el mar da menos brillo  
Que vos, alzando el enlutado velo.  
Dando a la luz un rostro de Murillo.

¡Oh! sí, ¡yo le admiré! pero en mi arrobo  
Fantasma de mis sueños le creía,  
Que entre los rayos de la luna al globo,  
Sobre un grupo de nubes descendía...

Seguí, cual si fantástica cruzarais,  
Las huellas de esos ojos en el viento;  
Mas ni aún acaso en mi ilusión lograrais,  
Que alzara a vos apasionado acento.

Jamás tal vez de esta mirada incierta  
Visteis brillando la anublada lumbre;  
Y al ver hundida su pupila, y muerta,  
Juzgasteis su mirar fría costumbre.

Ni a unos ojos creísteis abismados  
En la honda sima ante mis pies pendiente,  
Que pudieran posar embelesados  
Su vago vuelo en vuestra ebúrnea frente.

Ni yo de vos creyera que a mi anhelo  
Prestarais más que la apacible calma  
De aquel reflejo de la paz del cielo,  
Que la ideal belleza infunde al alma.

Vos; visteis mi quietud; blanda sonrisa,  
De compasión acaso y de extrañeza,  
Leve agitó, como nocturna brisa,  
De vuestra faz doliente la belleza.

Y belleza y pasión dando al olvido,  
Lejos mirando el surco de su rayo,  
Por vuestra voz armónica mecido,  
Reposé en mí letárgico desmayo...

Buscó las vuestras trémula mi mano.  
Busqué esa voz... y oí rugir el viento.  
Y a lo lejos... bramar el Océano.

El huracán mi sueño sorprendiera,  
Y en su ráfaga audaz me arrebatara;  
¡Y ya no os vi jamás!... de esa ribera  
¡La tempestad por siempre me arrojara!

No; ya no os vi jamás!... y en el momento  
Que no veros jamás... fue mi destino,  
Sentí trocarse en paso de tormento  
Cada paso mortal de tu camino.

Entonces tarde conocí ¡en mal hora!  
Que aquel mirar indiferente y vago,  
El rayo fue de una pasión traidora  
Que a espaldas sólo fulminó su estrago.

Y entonces ¡ay de mí! desapiadada,  
Mas alta y fría que esa inmensa sierra,  
Desplomó sobre mi alma abandonada  
Su yerta soledad toda la tierra.

¡Me encontré solo!... en mi dolor profundo  
Busqué en vano una sombra de consuelo,  
Sólo una sombra vi, mayor que el mundo,  
Seguir y huir mis pasos sobre el suelo.

Sólo esa imagen enlutada y triste  
Miro dó quier, como un mortuorio manto,  
Que el campo inmenso de la vida viste  
Con su color de soledad y llanto.

Y llanto, y soledad, hermosa mía,  
¡Y llanto y soledad eternamente!-  
Soledad, cuando amaros no creía,  
Y soledad... cuando os adoro ausente.

Soledad, cuando a par de esa hermosura,  
En letargo de amor absorto y quieto,  
No osaba revelar a su ternura,  
De mí mismo ignorado, mi secreto.

Y llanto entonces, que surcaba en vano,  
La amoratada tez de mis mejillas,  
Como inunda sin causa el Océano,  
Con periódico flujo, sus orillas.

Y llanto y soledad más triste ahora,  
Y llanto y soledad eternamente;  
Llanto porque os dejé, dulce señora,  
Y llanto ¡ay Dios! porque os adoro ausente,

Llanto, porque estas lágrimas perdidas  
Corren acaso oscuras al Leteo,  
Sin esperanza de encontrarse unidas  
Con las lágrimas ¡ay! de otro deseo.

Y soledad sin fin... porque la suerte  
Sólo en mi extraño corazón trocada,  
De amor la ausencia en desamor convierte,  
Y la memoria de mi amor... ¡en nada!...

Que nada os quedará; nube ligera,  
Que a la vista no más, cruzando el cielo,  
Ni dio sombra a una frente en la ribera  
Ni dio una gota de su lluvia al suelo.

Allá se fue lejana al horizonte  
A derramar sus líquidos torrentes,  
Y a fulminar sobre el escueto monte  
¡Lejos de vos, sin; rayos más ardientes!...

¡No... nada os quedará! Nunca esos mares  
Repetirán, al son de su bramido,  
La voz que endulzó un día mis pesares  
Con un nombre también dado al olvido.

Y para mí ¿qué quedará?... Señora,  
Quedaréis vos en mi memoria y canto;  
¡Y quedárame un alma que oí; adora!...  
¡Y quedarán mi soledad y llanto!

A la luna

Desde el primer latido de mi pecho,  
Condenado al amor y a la tristeza,  
Ni un eco en mi gemir, ni a la belleza  
Un suspiro alcancé:  
Halló por fin mi fúnebre despecho  
Inmenso objeto a mi ilusión amante;  
Y de la luna el célico semblante,  
¡Y el triste mar amé!

El mar quedóse allá por su ribera;

Sus olas no treparon las montañas,  
Nunca llega a estas márgenes extrañas  
Su solemne mugir.

Tú empero que mi amor sigues dó quiera,  
¡Cándida luna, en tu amoroso vuelo!...  
Tú eres la misma que miré en el cielo  
De mi patria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,  
Única antorcha que mis pasos guía,  
Tú sola enciendes en el alma fría  
Una sombra de amor.  
Sólo el blando lucir de tu semblante  
Mis ya cansados párpados resisten;  
Sólo tus formas inconstantes visten  
Bello, grato color.

Ora cubra cargada, rubicunda  
Nube de fuego tu ardorosa frente;  
Ora cándida, pura, refulgente  
Deslumbre tu brillar.  
Ora sumida en palidez profunda  
Te mire el cielo desmayada y yerta,  
Como el semblante de una virgen muerta  
¡Ah!... que yo vi expirar.

La he visto ¡ay Dios!... Al sueño en que reposa  
Yo le cerré los anublados ojos;  
Yo tendí sus angélicos despojos  
Sobre el negro ataúd.  
Yo sólo oré sobre la yerta losa  
Donde no corre ya lágrima alguna...  
Bañala al menos tú, pálida luna...  
¡Bañala con tu luz!

Tu lo harás... que a los tristes acompañas,  
Y al pensador y al infeliz visitas;  
Con la inocencia o con la muerte habitas,  
El mundo huye de ti.  
Antorcha de alegría en las cabañas,  
Lámpara solitaria en las ruinas,  
El salón del magnate no iluminas,  
¡Pero su tumba... sí!...

Cargado a veces de aplomadas nubes  
Amaga el cielo con tormenta oscura;  
Mas ríe al horizonte tu hermosura,

Y huyó la tempestad.  
Y allá del trono dó esplendente subes,  
Riges el curso al férvido Océano,  
Cual pecho amante, que al mirar lejano  
Hierve, de su beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantar;  
Ese hechizo falaz no es de alegría;  
Y huyen tu luz y triste compañía  
Los astros con temor.  
Sola por el vacío te adelantas,  
Y en vano en derredor tus rayos tiendes;  
Que sólo al mundo en tu dolor descendes,  
Cual sube a ti mi amor.

Y en esta tierra, de aflicción guarida,  
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?  
Del nocturno reposo de los seres  
No turbas la quietud.  
No cantarán las aves tu venida;  
Ni abren su cáliz las dormidas flores;  
Sólo un ser... de desvelos y dolores,  
¡Ama tu yerta luz!...

¡Sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto!  
La noche anhelo por vivir contigo  
Y hacia el ocaso lentamente sigo  
Tu curso al fin veloz.  
Párate a veces a escuchar mi llanto;  
Y descende en tus rayos amoroso  
Un espíritu vago, misterioso,  
Que responde a mi voz...

¡Ay! calló ya... Mi celestial querida  
Sufrió también mi inexorable suerte...  
Era un sueño de amor... Desvanecerte  
Pudo una realidad.  
Es cieno ya la esqueletada vida;  
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;  
La muerte reina ya sobre natura;  
Y la llaman... ¡Verdad!

¡Qué feliz, que encantado, si ignorante  
El hombre de otros tiempos viviría,  
Cuando en el mundo, de los Dioses vía  
Dó quiera la mansión!  
Cada eco fuera un suspirar amante,

Una inmortal belleza cada fuente;  
Cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente  
Ser pudo un Endimión.

Ora trocada en un planeta oscuro,  
Girando en los abismos del vacío,  
Dó fuerza oculta y ciega, en su extravío  
Cual piedra te arrojó.

Es luz de ajena luz tu brillo puro;  
Es ilusión tu mágica influencia,  
Y mi celeste amor... ciega demencia,  
¡Ay!... que se disipó.

Astro de paz, belleza de consuelo,  
Antorcha celestial de los amores,  
Lámpara sepulcral de los dolores.

¡Tierna y casta deidad!

-¿Qué eres, de hoy más, sobre ese helado cielo?

Un peñasco que rueda en el olvido,  
O el cadáver de un sol, que endurecido,

¡Yace en la eternidad!

1832

Vie et mort

Yo no hallo placer en la vida, y tengo  
miedo a lo muerte.

(Palabras de la persona a quien fueron  
dedicados estos versos.)

Oh! le mot est horrible, c'est un cri d'agonie;  
C'est l'arrêt du destin, c'est l'oracle du sort.  
C'est l'abyme sans fond; le néant de la vie,  
Et l'horreur de la mort.

Oui, j'ai cru quelquefois ce funeste anathème  
L'entendre murmurer dans les échos du soir;  
Mon coeur le rejeta comme le cri, blasphème  
Du sombre désespoir.

Mon coeur le répéta; mais honteux de son crime,  
Avec son doute amer il enferma ce mot:  
Mon coeur ne croyait pas tout être une victime,  
Tout accent un sanglot.

Il osait espérer!... La beauté, l'innocence...  
Elles furent pour lui et l'espoir, et la foi:

Oh! ma belle, il comprit le vrai de l'existence  
En passant près de toi.

Et ton regard devint sa céleste lumière,  
Le doux teint de ton front fut l'aube de son jour;  
Sa vie fut ta pensée, ton bonheur sa prière,  
Ton âme son amour.

Et je voulus aussi de céleste harmonie  
M'enivrer dans la voix de ton tremblant soupir.  
Tu parlas -je frémis- Depuis lors (je t'en prie)  
Faut-il vivre ou mourir?

Ni vivre ni mourir. -Voilà donc le mystère...  
Toi-même tu n'as plus si désolante foi;  
Tu parlas en Pythie au fond du sanctuaire.  
Mais l'oracle est pour moi.

Non, ce n'est pas pour toi qu'est cette nuit profonde,  
Elle n'est pas pour toi cette coupe de fiel;  
Pour toi, brillant esprit, qui planes sur le monde  
T'envolant dans le ciel.

Non, non ce n'est pas toi, brillante de jeunesse,  
Innocence en sa fleur, rayonnante d'amour  
Ce n'est pas toi qui peux plonger dans la tristesse  
Du terrestre séjour.

La vie coule pour toi en longs flots de lumière,  
Et sur ce front où luit le sourire des cieus,  
Rien que l'ombre d'azur de ta longue paupière  
N'ombragera tes yeux.

D'un éternel printemps brillera sur ton âme  
Le ciel toujours serein, et l'émail de ses fleurs,  
Sans qu'y roule l'été son tonnerre de flamme,  
Ses nuages de pleurs.

Non, il n'est que pour moi le jour sombre d'orage;  
Elle fut pour moi seul l'aveugle nuit d'horreur,  
Qui poussa dans les flots d'une mer sans rivage  
Le bateau de mon coeur

Dès lors je ne vis plus ni le ciel, ni la terre,  
Ni le jour m'éclaira, ni le phare du port,  
Et je demande en vain dans ma nuit solitaire  
Ou la vie, ou la mort.

Ni la mort, ni la vie... ah! Qu'es ce que de vivre,  
Oh! mon ange adoré, si je ne vis en toi?  
La mort!... eh! bien... la mort qui de toi me délivre,  
Me glace aussi d'effroi

Je ne vis ni ne meure... sur ce désert de sable,  
Vide ou de cendre plein, mon être est un tombeau;  
L'épithaphe y manquait, et le mot qui m'accable,  
Tu l'y gravas. -C'est beau.

Mais on ditque souvent l'on voit au cimetière  
Un ange dans la nuit assis sur un cercueil,  
Y pleurant quelquefois ses larmes de lumière  
Sur un marbre de deuil.

Hélas! si dans l'essor de ta pure jeunesse,  
Fatiguée en ton vol, de calme et de bonheur,  
Tu veux aussi goûter une heure de tristesse  
Pour soulager ton coeur;

Belle apparition, viens, descende dans mon âme;  
Viens, voici le tombeau où tu pourras t'asseoir;  
Répands dans l'ombre au moins, les clartés de ta flamme  
Sur un marbre aussi noir.

Un moment sur l'horreur de ma nuit éternelle  
Fais briller de ton front l'auréole étoilée,  
Et cache sous l'éclat de l'émail de ton aile  
Ma carcasse brûlée.

Oh! viens, rayon du soir, ou rayon de l'aurore,  
De ce tombeau vivant visiter le séjour;  
De grâce, rafraîchis le feu qui brûle encore  
D'une larme d'amour.

Puis... Je ne veux plus rien... pur et charmant génie,  
Je n'ose rien de plus demander à mon sort,  
Mais, du moins, donne-moi le désir de la vie,  
Ou l'amour de la mort,

El sol de mayo  
Ese sol que candente reverbera  
Sobre el campo a sus fuegos abrasados,  
Y el joven lirio del vergel tostado  
Deja, y seco el arroyo en la pradera;

Allá en el risco de montaña fiera  
Bajo marmórea nieve sepultado,  
Torna en arroyo el témpano apretado  
Que fecunda espumoso su ladera.

Tú, sol de amor, que en la mitad de mayo,  
Alzas sobre mi fúnebre horizonte  
El fuego que me abrasa y me ilumina...

Que tu faz no me esquive un solo rayo,  
Era mi corazón nevado monte,  
Hazle, ardiendo sin fin... verde colina.  
15 de mayo de 1849.

En los días de un magnate  
Iba a cantar, Señor, y ya mi mente  
Recogía en la Historia  
Los lauros con que adorna vuestra frente  
El Genio de la gloria.

Cuando, cual nube, que de negro manto  
En julio el sol rodea,  
Cubrió mi alma de nubloso espanto  
Una lúgubre idea.

Y los ojos clavados en el suelo,  
Medité tristemente  
Del hombre audaz el orgulloso anhelo,  
Y su razón demente.

¿Por qué, clamé con alborozo y fiesta  
Solemniza aquel día,  
Que a la existencia le lanzó funesta,  
Dó nadie le pedía?

¿Por qué idolatra luego de la vida,  
Se alegra, al par que huye?  
¿Por qué del año ensalza la venida  
Que tal vez no concluye?

Teme del Tiempo la guadaña inmensa,  
Y vano al Tiempo adora;  
Como el egipcio al cocodrilo inciensa  
Que después le devora!...

No, yo no cantaré; sólo postrado,  
Pediré al cielo canto,  
Que alargue el hilo a su vivir sagrado,  
Orar será mi canto.

Pero en el tierno y fervoroso ruego,  
¡Oh extraño movimiento!  
Alcé mi frente, y de celeste fuego  
Vi circundado el viento.

Sentí angélico aroma difundido,  
Y mi arrobada calma  
Turbó una voz, que sin herir mi oído,  
Así sonó en mi alma.

-«¡Necio! tú que recónditos arcanos,  
De tu espíritu mismo, desconoces,  
Sólo creyendo en las mentidas voces,  
¡Qué osas llamar razón!

»¿Por qué dejas los ámbitos del cielo  
Dó sólo asciende el éxtasis del canto?  
¿Nada es verdad en el inmundo suelo  
Sino la inspiración!

»En buen hora esos míseros humanos  
Que de terrenos límites ceñidos,  
Para vivir no más fueran nacidos,  
Lloren su único bien.

»En buen hora con tétrico semblante  
Miren volar la efímera existencia,  
Y el giro de los años incesante  
Siempre acusando estén.

»No así el pecho magnánimo, que abriga  
De la virtud el hálito divino;  
Ni a sus ojos la vida es un destino,  
Ni sueño... y vanidad.  
Él su enigma recóndito comprende,  
En la tierra su tránsito no es vano;  
Que... algo es la vida a quien por ella asciende  
A la inmortalidad!

»Sus días son magníficos presentes  
Que los cielos al mísero regalan,  
Y en el Empíreo, timbres que señalan  
El humano blasón.

»Y el año que tan plácido renueva  
Para el Prócer benéfico que cantas,  
Un nuevo paso, con que eterno eleva  
Su inmortal escalón.

»En él alzado mírale, y radiante  
Deslumbrando en su espléndida carrera,  
Reverberar en la terrestre esfera  
Como un sol de virtud.

»Así, tras de las hórridas tormentas,  
Lanza el astro purísimo del día,  
Triunfador de las nubes cenicientas,  
Gozo, lumbre y salud.»

«Y tú el arpa profética pulsando,  
En ardoroso cántico proclama  
Que de su vida la preciosa llama  
Jamás se apagará.

»Que el Tiempo en torno de él sus alas posa,  
Y la corriente indómita de olvido,  
En su nombre estrellándose rabiosa,  
Sin nombre acatará.»

Calló la oculta voz, y vi la aurora  
De este precioso día;  
Y sobre el arpa de marfil sonora  
Preludí mi alegría.

Mas al querer con cánticos de gloria  
Dar mi voz a los vientos,  
Resonaban tan sólo en mi memoria  
Los divinos acentos.

Y los canté... y del éxtasis, sagrado,  
Perdido que hube el fuego...  
Otra vez en la tierra prosternado,  
¡Torné a mi humilde ruego!

Tercer período: Madurez

Al Eresma  
No, no empañarán mis ojos,

Eresma, tu agua fulgente,  
Ni detendrán tu corriente  
Con su mirada fatal.

No te asustes, como el mundo,  
De mi presencia importuna;  
Que no hay ni un rayo de luna,  
Que me pinte en tu cristal.

De cerrada, oscura noche,  
Encubierto y solitario,  
Como un muerto en el sudario,  
Ni la agito, ni me ve.

Ni interrumpo tu murmullo,  
Ni a tu orilla su reposo,  
Y fantasma nebuloso,  
Huellas no estampa mi pie.

Mas si al sentir en la brisa,  
Que sobre tus ondas juega,  
La ráfaga, que les llega  
De un aliento abrasador,

Me conoces, y espantado,  
Tu murmullo me interroga,  
Eresma, el espanto ahoga!...  
Responderte ha mi dolor.

-Preguntas si la frescura  
De tus márgenes me llama,  
Y si el ardor que me inflama  
Podré en tus ondas templar.

Sed de los labios se templa;  
Mas cuando un alma se abrasa,  
Tu agua toda viene escasa,  
Río, y toda la del mar.

Ni ofrecer puedes la muerte,  
Ni yo buscar en tu centro  
La tumba, en que ya no encuentro  
El término a mi sufrir.

Que hoy son mis males mayores,  
Cuanto mezquinos parecen...  
Que a mi orgullo no merecen  
La importancia de morir.

Acaso huyendo mi planta  
De un mundo que la aprisiona,  
Fuera de él busca su zona

De silencio y soledad.

¿A qué?... en torno a un alma sola  
Harto hay silencio profundo,  
Harto es cementerio el mundo,  
¡Y yermo la sociedad!...

Ni pienses que es el arcano  
De esos monumentos viejos  
Lo que vengo en tus reflejos,  
Claro río, a sorprender.

Quede para ojos tranquilos,  
A través de tus cristales,  
Descifrar esos anales  
De un decrépto poder.

Lean sobre ese peñasco,  
Por cuyos cimientos corres,  
Qué mano elevó las torres  
Que coronan tu ciudad.

Y a par el gigante siglo  
En que un pueblo omnipotente  
Con los arcos de ese puente  
Rubricó su eternidad.

Hallarán lápidas, tumbas,  
Letreros, templos y altares,  
Y aun bellos los alminares  
Con que alza airosa su sien.

Tu alcázar, que, vieja nave  
Encallada en una roca,  
Caerá, aunque el mar no la toca,  
Del viento al primer vaivén.

No; yo no miro esas piedras  
Que necio un siglo amontona,  
Y otro siglo desmorona,  
Del hombre en justicia fiel.

Que son hoy lo que antes fueron  
Esas mezquinas mansiones;  
Más que ciudades, prisiones;  
Y tumbas indignas de él.

Ni alzarme puedo del polvo  
Dó el hombre estampa sus huellas,  
Hasta ese manto de estrellas,  
Tu alfombra y tu pabellón.

Que el mismo brazo de hierro

Que del mundo me repele,  
Sujeta, porque no vuela  
Lejos de él, al Corazón.

Extraña al mundo, y al cielo,  
Y más que los dos piadosa,  
No hay en tu campo una rosa  
Que su fragancia me dé.

Ni dichas que cubrir pueda  
La noche con su misterio,  
Cuando cubre un cementerio  
El tálamo de mi fe.

¡Nada existe!... bellos lazos  
Que el alma a la vida unieron,  
Al ímpetu se rompieron  
De iracunda tempestad.

Una lágrima, un gemido...  
Fueron sus tristes despojos,  
Y no encontraron mis ojos,  
¡Ay!... ni mis labios, piedad.

También rechazó con mofa  
Esa sociedad mi llanto;  
Tal vez creyó que era un canto  
La queja en que prorrumpí.

Y por eso guardé ¡oh río!  
Para tu orilla y tu seno...  
Todo el dolor y el veneno  
Que a derramar vengo en ti!

Que busqué en vano a mi acento  
Labio que le acompañara,  
Seno amante en que lograra,  
Sin rubor, lloro verter.

Busqué la amistad iluso,  
Dó hay sólo interés y miedo,  
Busqué amor... que hallar no puedo,  
En quien sólo ama el placer.

Y de la cumbre de hielo  
De esa soledad poblada,  
Oí abajo en la enramada  
Tus puras ondas mugir.

Y a tus solitarias márgenes  
Dije, volviendo mis huellas,  
«Agua y voz me -darán ellas

Para llorar y gemir.»

Héme aquí... dulce mi acento  
No harás con tu blando arrullo;  
Mas cubrirá tu murmullo  
Su resuello de huracán;  
Y aunque no hay en tus orillas:  
Eco con que le respondas,  
Habrá rocas y habrá ondas  
Que en ellas le estrellarán...

Y de esta lágrima inmensa  
Que un mundo entero acibara,  
Dó se exprime y se alquitara  
Toda una vida de hiel;  
De esta lágrima pesada,  
De plomo ardiente fundida,  
Siempre a un rostro suspendida....  
Y siempre cayendo de él;

De esta lágrima vidriosa  
Que ojos opacos velando,  
Con mentida luz vibrando  
Al mundo acaso engañó;  
Donde un ojo indiferente  
Tras de en prisma de hielo,  
Cual radiosa luz del cielo,  
El brillo de un rayo vio;

De esta gota de un abismo,  
Como mi dolor, profundo,  
Que ningún labio en el mundo  
Supo amoroso enjugar,  
¿Qué harás?... ¿qué, al darla a tus ondas,  
Eresma, piensas que espero?...  
Que tú la lleves al Duero...  
¡Y el Duero la lleve al mar!

En el álbum de una señora del gran mundo  
Del álbum de una hermosa las páginas doradas  
Pudieran ser de un alma la semejanza fiel;  
Ella las abre al mundo, cándidas o rosadas,  
Y el mundo va borrando de negro su papel.

E imprime bellos cuadros, y cantos y armonías,  
Y nombres, y recuerdos, y risas y dolor;  
Empero siempre páginas habrá blancas, vacías,

Que esperan nuevos nombres de amistad y de amor.

A veces ¡ay! en vano, de una existencia entera  
Se abren las bellas hojas de nácar y marfil;  
En vano desplegándose, el corazón espera  
Que grave un nombre eterno en su seno el buril.

No más que tintas pálidas, no más que nombres vanos  
El deleznable lápiz fugaz bosquejará;  
¡Nombres, tal vez sin vida! escritos con las manos  
Por quien abriga estéril el corazón quizá...

¡Ay! por mi mal, Señora, borradas y vacías  
Yo volví muchas hojas del libro de mi fe,  
E inconstancia pudieron llamar las almas frías,  
Al devorante anhelo de un nombre que no hallé.

Uno sólo... en mi oído las cántabras sirenas,  
Entre sus rocas tristes le hicieron resonar;  
Grabado está en el alma... más ¡ay! con sus arenas  
¡Cubrióle y con sus algas la furia de aquel mar!...

Y a vos, como ninguna, de gracia y de ternura,  
Existencia brillante, radiosa aparición,  
Que recibís en trono de gracia y de hermosura  
De un pueblo de amadores la esclava adoración.

Sobre el álbum magnífico de esas páginas de oro,  
De esas hojas de rosa, de nácar y marfil,  
Al estampar el mundo su unánime «¡Te adoro!»  
Decid: ¿sentisteis siempre abrasado el buril?

Y en ese torbellino de ese doblar inquieto,  
Leves unas tras otras, las hojas del amor,  
¿Vuestro sutil espíritu no sorprendió el secreto  
De lo que llama el mundo constancia, fe y honor?

¿No queda en lo más íntimo de esa existencia bella,  
Un escondido oráculo que nadie descifró  
¿Blanca no hay y vacía una página en ella,  
Dó el nombre de la vida tal vez no se escribió?..

¡Perdón, perdón, Señora! a mi indiscreta duda;  
Perdón al extravío del pensamiento audaz.  
Perdón a un alma triste, de creencias desnuda,  
¿A quien ni amor dio dichas, ni dio el olvido paz!

Blancas, rotas o escritas ¡ah! no cerréis, Señora,  
Las páginas del álbum de vuestro corazón;  
Que aun más desgracia fuera, que hallarais en mal hora  
Quien pudiera abrasarlas con sólo una pasión.

#### Una tarde de lluvia

Sobre el Betis tendidas como un velo  
Mira esas nubes deshacerse en llanto;  
Puras las rosas, su capullo en tanto  
Con más pompa y color abren al cielo.

Soltara empero el huracán su vuelo  
Y só el crujir de su encendido manto,  
Gruesa avenida vierais con espanto  
Tronchar las flores y arrasar el suelo.

¡Así acontece al corazón, Señora!...  
Flor que con blanda lluvia de tristeza  
Balsámicos perfumes evapora;

Mas si el cierzo desata su crudeza,  
Del torrente la furia asoladora  
Troncos deja no más... cieno y maleza!

#### En una despedida

Llegó el instante ansiado, instante al par temido,  
Que un misterioso enigma funesto hace a los dos;  
Y en breve entre nosotros, las aguas del olvido  
Cegarán ese abismo que hoy abre un triste adiós.

¡Así cerrarán ellas la herida envenenada,  
Que un día y otro día ahondó traidor puñal!  
¡Así al mugir lejano de tempestad pasada  
Respondiera en silencio tranquilo su raudal!

Mas hoy sobre nosotros la tempestad aún brama,  
Y al último estampido de su infernal fragor  
La nube que nos cerca, con ráfagas de llama  
Alumbra el turbio ocaso de nuestro triste amor.

Amor que al fin se apaga, llama que se oscurece  
Violenta despidiendo su centella final;  
Y en vano es mi propósito, que el cielo no agradece,  
Y en vano se renueva tu lucha desigual.

En vano de tu labio la tímida protesta  
Rechaza a mi ternura el nombre que te di.

En vano bajo el velo de una amistad funesta  
Aún hoy retractar quieres el amoroso sí.

Brilla, brilla en tus ojos, y ese postrer instante  
Revela comprimida só un yugo tu pasión.  
Estrechando las mías tu mano palpitante,  
un recuerdo, imploras un perdón.

Y en mis ojos leyendo la lúgubre fiereza  
Que enciende en mi despecho ceñuda su altivez,  
Más que mi horrible calma temiendo tu flaqueza,  
Huyes luchando trémula por la postrera vez.

Y buscas de otro abrigo la sombra protectora,  
Que sin piedad nos niega volcánica pasión.  
Para templar la llama, que oculta nos devora,  
Tu boca, en vez de un ósculo, me ofrece una oración!

-«Parte infeliz, me dices, y endulce la amargura  
Del acíbar que tragas, la hiel que yo bebí.  
No a tu consuelo niegues saber mi desventura,  
Y si otras te llorasen... yo... rogaré por ti!

»Mañana, cuando el cielo propicio a tu destino  
Tienda bajo tus pasos la alfombra de su luz,  
Contaré las pisadas de ese raudo camino  
Al son de mis plegarias, postrada ante la cruz.

»Yo invocaré a la Virgen, que cubra con su manto  
Los hombros del viajero que acaso me odiará;  
Que acaso, en duda incrédula de un voto tierno y santo,  
Ignore el alto precio que mi pasión le da.

»Yo pediré llorosa, yo clamaré ferviente  
Que un Ángel te conduzca donde es fuerza partir,  
De donde, a pesar tuyo, rogaré eternamente...  
¡Y, acaso, a pesar mío, te vuelva a conducir!

»Sí, vuelve; en los momentos de mi rogar tardío  
Mi tierna y pura súplica oiga tu corazón.  
Temple el airado enojo de tu furor sombrío  
La voz que a un tiempo elevan mi pecho y mi oración.

»Vuelve, y mi voz disipe, si trémula, sincera,  
La voz mentida, aleve, que nunca pronuncié,  
Y que de un alma crédula, más que amante, altanera,  
Me arrebató en un día la mal segura fe.

»Y vuelve ¡ay! vuelve en breve, dó ansiosa los rigores  
Que fingió en odio ingrato tu ciego frenesí,  
Más tiernos te reclaman que hipócritas amores...  
¡Oh! llórente en buen hora... ¡Yo rogaré por ti!»

Como el remiso aliento del triste que agoniza,  
Tu tímida plegaria estúpido escuché.  
De ese momento lúgubre que el dolor solemniza,  
La emoción reprimida confuso respeté.

Sobre el oscuro fondo, de mi penosa duda  
Sentí en rauda relámpago plácida luz cruzar,  
Creí oír como el eco de tu expresión ya muda,  
Mi nombre murmurando al pie del sacro altar.

Creí ver a los ángeles con tu oración subiendo,  
Esparcir su perfume hasta dó fuera yo,  
Con sus doradas alas, de mi pasión cubriendo  
La nube, que en mal hora tu espíritu aterró.

Creí verte llorosa bajo el tupido velo,  
Sólo al oscuro templo tus lágrimas fiar,  
De amarme y ser ingrata perdón pidiendo al cielo...  
Y amarme y ser ingrata, llorando, confesar.

Y era el postrer instante de mi postrero día;  
Tu mano entre mis manos, tu labio requerí...  
Tu labio quedó inmóvil... tu mano no era mía...,  
¡Oh!... ¡bórrese del tiempo la hora en que te vi!

Enviando mi retrato

Aún hay sobre el desierto de la vida  
Lejana y solitaria una palmera;  
Aún hay un puerto dó salvarse espera  
De su hórrida tormenta el corazón.

Aún hay, como en su norte, un pensamiento  
Clavado en mi memoria eternamente:  
Hay de mi vida otro vivir pendiente  
Con inefable eterna adoración.

Lejos, empero, sí... los bellos ojos  
Que el vértigo de amor desvanecía,  
El seno que mi acento estremecía...  
Hélos allí, abatidos de esperar.

Allí su abrazo, que se tiende al viento

Como el ¡ay! de su ídólatra ternura...  
Sal a su encuentro tú, feliz pintura...  
Ese abrazo y suspiro ve a buscar.

Vé, más que yo dichosa! vé y respira  
La atmósfera de amor que ya no aliento,  
Y que ese llanto, de que estoy sediento,  
Destiñan, y sus besos, tu color.

Vé y mírala... mas ¡ay! baja tu frente,  
Llega a sus plantas, y tu planta humilla;  
Y dobla prosternado la rodilla  
Ante el altar de su celeste amor.

Sí, como ante el altar... más que ante sólio!  
Refrena el paso, y el mirar inquieto:  
Y tus párpados velen de respeto  
La juvenil fogosa brillantez.

Conoce al fin a la mujer que miras:  
Es más que Reina, sí; besa en planta;  
Mas que amante y deidad querida y santa;  
Es una Madre... humíllate otra vez.

¿A quién, sino a una Madre?... ¿A qué otros ojos:  
Presente hiciera de esa faz mi mano?  
¿Qué amor sufriera de ese mundo vano  
Tal testigo a su fría veleidad?

¿Que fueras tú al amor?... la más ardiente  
Con un crespón de olvido te velara:  
Y, o con la planta del desdén te hollara,  
O fuérasle un padrón de vanidad.

¡Pero una Madre! te alzaré en sus brazos  
Con el delirio que me alzaba niño;  
Y más que entonces ebria en su cariño,  
Querrá dar vida a tu color con él.

Y en ese rapto brillará radiosa...  
Estrechárate extática, anhelante...  
¡Ay! no empero una voz para ese instante  
Te ha dado, ni una lágrima, el pincel.

Mudo lienzo, ilusión... para ti, nada!  
Para ella, un universo, un paraíso;  
Si en ti fijar mis años fue preciso,  
Por ti a los míos torne su vivir.

Y prodigiosa página esa tela  
De una vida de afán será la historia,  
Dó guarde lo pasado su memoria,

Dó busque su esperanza el porvenir.

Que tú serás a un tiempo el bello infante  
Que en su regazo juvenil reía,  
El niño que lloraba y padecía,  
Como entrando en la vida a su pesar;  
Y el joven triste, que en el llanto sólo  
Del seno maternal halló consuelo  
A esas angustias de amargura y duelo,  
Dó lucha el corazón antes de amar.

Ella las vio nacer, su flor temprana  
Cubrirse vio de espinas de pasiones;  
Y hoy verá más profundo en tus facciones  
Tan demudadas ¡ay!... nuevo dolor.  
Y al lienzo en vano pedirá que pinte  
De ese oscuro penar el triste objeto,  
Buscando ansiosa el fúnebre secreto  
Que más que yo, tal vez halle su amor.

¡Ay! no, que de ese gesto comprimido  
Del ceño adusto en que tus ojos giran,  
Y de esos labios que al reír suspiran,  
Ni ella el confuso enigma acertará.  
Ni en los raros mudables caracteres,  
Que como nubes d verano ardiente,  
Surcan informes tu abrasada frente,  
La misteriosa cifra leer podrá.

Y a su seno estrechándote afligida,  
O en sus besos intente arrebatada  
Lo que no pudo ardiente la mirada,  
Adivinar sintiendo el corazón.  
Ora con llanto y trémulas plegarias  
Cuenta demande de tu vida al cielo;  
Ora reclame acentos de consuelo  
De ti pobre semblante, en su aflicción...

Y tú, callada pintura...  
¿No habrá en la inmoble actitud  
De esa olvidada apostura,  
Una expresión de ternura  
Con que calmar su inquietud?

¿Nada podrás responder  
A una infeliz que te implora?  
¿Podrás tu seno esconder

A una mujer que te adora,  
Si es ¡ay! la que te dio el ser?

Cuando de noche, abrigada  
Del doméstico reposo,  
Como una amante citada,  
Ufana y sobresaltada  
Llegue a ti con pie medroso;

Y tu lienzo descolgando,  
Por más verte a su sabor,  
Cuerpo a sus tintas prestando,  
Le interrogue sollozando  
Por el hijo de su amor...

Di, ¿qué habrás de responder?  
¿Qué la darás por consuelo...  
Ya que no la des placer!  
¿Qué amor habrás de ofrecer  
A esos amores del cielo?

¿Con qué el llanto enjugarás  
Que destiña tu barniz?  
¿Qué a sus ojos contarás?  
¡Ah!... no te miren jamás,  
Si no has de hacerla feliz!...

Mas no...de tu faz sombría  
El velo oscuro levanta,  
Y al seno materno fía  
Lo que de ti no sabría  
Ese mundo que te espanta.

Dila por qué, aunque lozana,  
Brilla así tu juventud  
De precoz favor ufana,  
No es más esa pompa vana  
Que el oro de un ataúd!

Dila por qué, aunque halagado  
De ruidosa sociedad,  
Yace en lágrimas bañado  
Tu corazón, sepultado  
En eterna soledad.

Dila que brazo enemigo  
Estorba en su derredor

Que al menos sombra, no abrigo;  
No un compañero, un testigo...  
La amistad dé a su dolor.

Díla por que, aunque se apura  
En darme un mundo aparente  
Triunfos de amor y hermosura,  
No halla un seno mi ternura  
En que reposar la frente.

Díla... mas... basta a tu duelo;  
Su precioso llanto ver...  
Pide ya una voz al cielo,  
En que la ofrezcas consuelo...  
Ya que no la des placer!...

Díla que si la vida turbulenta  
Rauda al pasar, mi faz desfiguró,  
Piense que el alma que en su seno alienta

Ese mundo de horror no corrompió.

Díla que en una atmósfera infestada  
Con el soplo mefítico, mortal,  
De una nación entera, condenada  
A ser, por todo un siglo, criminal;

Que en el negro sangriento torbellino,  
Que en torno vemos de esta edad rugir,  
Los que en mal hora sentenció el Destino  
En ella ¡desgraciados! a vivir;

Que en la borrasca universal dó boga  
Ebria una raza que su fin no vé,  
Y que el grito mortal del que se ahoga  
Canto de vida y de esperanza cree.

Que en la nueva Babel, dó erguido el hombre,  
En castigo a su necia presunción,  
De Dios ni de virtud no entiende el nombre,  
Ni de amor, heroísmo y religión.

Dó el cielo de esta raza corrompida  
Es la tierra que huella con sus pies,  
Su Destino el placer, su fin la vida,  
Y en moral sublime el ¡interés!...

Díla a una Madre tú, que del profundo  
Del alma dó su mano la plantó,  
Aun, resguardada al huracán del mundo,  
Una flor de virtud no se arrancó.

Que en vano... polvo, escombros y maleza  
Amontonó sobre ella el vendaval  
Que aún conserva un esmalte de pureza,  
Como rosa guardada en un fanal!

Que marchita tal vez, descolorida...  
Porque a la luz del cielo no creció!  
Su perfume balsámico en mi vida  
Más de una vez fragante derramó.

Y el aquilón sañudo entre sus hojas,  
Como el aura en las cuerdas de un laúd,  
Al son hizo mezclar de mis congojas  
Acentos ¡ay! de amor y de virtud.

Díla, sí!... que estos nombres sacrosantos  
Donde ella los grabó, fijos están:

Y que siempre al gemido de mis cantos  
En unísono acorde se unirán.

Que todo es de ella, cuanto el alma encierra  
De puro y grande, y noble y celestial;  
Y también de ella, si quedó a la tierra  
Centella alguna de calor vital.

Que arrebatado en vértigo inconstante,  
De borrasca en borrasca el corazón,  
Si abrigó solo efímera, un instante,  
Cada quimera de fugaz pasión,

Hubo siempre un afecto intenso, fijo,  
Y un eterno suspiro de pesar  
Del joven no... del corazón del hijo,  
Que a nadie supo así constante amar!

Y ese celeste amor, como un sagrario  
Puro el recinto conservó tal vez,  
Tutelar alejando del santuario  
De bastarda pasión la embriaguez.

Siempre radiante, y luminosa, y pura,

Presidió allí subida en el altar,  
Y nunca... aun adorada... la hermosura  
Al ara en que ella está, pudo llegar.

Nunca humana belleza su memoria  
En mi mente frenética eclipsó;  
Nunca la más querida, en su victoria,  
La copia de ese rostro recibió.

Y si a pasión funesta no fue escudo,  
Pena del cielo a un corazón infiel,  
Del despecho, mortal librarme pudo,  
Y al tósigo endulzar la amarga hiel!...

Que cuando triste al contemplar dó quiera  
Reyes del mundo al crimen y al dolor,  
A la eterna bondad llame quimera,  
Y blasfemé del mundo y su Hacedor,

Su imagen entre nubes refulgente  
Salía, como el iris oriental  
A sostener el corazón doliente,  
Y contra el genio a protestar del mal.

Ella rasgaba ante mi vista el velo  
De esa horrible verdad que nada ve,  
Y por ella volví piadoso al cielo  
Mirada ansiosa de esperanza y fe.

Que ella me la inspiró... recuerdo ahora  
Que una plegaria al murmurar los dos,  
Aprendí a amar al Dios a quien adora...  
Porque Madre también tuvo ese Dios!

Y hoy al mezclar en mi oración su nombre  
¡Creo al Señor! gritando en mi impiedad:  
-«Si tiene Madre sobre el mundo el hombre,  
»Madre tendrá la triste humanidad.»

¡Ay! díla, en fin, que unida al fondo mismo  
Del corazón que un mundo devoró,  
Pegado a las paredes de un abismo,  
Dó ni cenizas hay de cuanto ardió!

Escrito un nombre brilla venerando,  
Y una llama, a par de él, arde inmortal,  
Dó eterno y sólo quedará brillando

El nombre suyo y el amor filial!

Háblale así... tu comprimido labio  
Repita el voto que mi voz te presta;  
Ella creará a tu boca la protesta  
Que con ósculo ardiente sellará.

Y llorosa postrándose a tus plantas  
No a ti te mirará, mirará al cielo,  
Y en respuesta a tu acento de consuelo,  
A la Madre de Dios por mí orará.

¡Oh!... ¡Quién la viera en su actitud sublime,  
En las alas tendiéndose del alma,  
Por llevar hasta mí la dulce calma  
Que el cielo preste en premio a su oración!

¡Y quién besara su adorable mano  
Cuando por fin de su plegaria ardiente,  
Derrame con fervor sobre tu frente  
Su solemne Sagrada bendición!

¡Oh!... llegará hasta mí, Madre querida!  
Tu esperanza y tu fe no será en vano;  
Y el signo Santo de tu augusta mano  
Propicio sobre mí vendrá a caer.

Y, misterioso lábaro, descienda Del enemigo  
mundo en la batalla, Mi corazón, como invisible  
malla, De la traidora suerte a guarecer.

Y apure el mal su copa de amargura,  
Y remache sus hierros el Destino,  
Y en borrascoso eterno torbellino  
Despedaces el orbe en derredor;  
Que en tanto pueda iluminar fulgente  
Tu astro de paz mi soledad sombría,  
Mientras tú me bendigas, Madre mía,  
Cielo habrá para mí, mundo y amor!

En las ruinas de Itálica  
Improvisación

También muere el sepulcro. ¡También murió la historia!  
Hasta en la tumba efímero se humilla nuestro ser:  
Las ruinas son un sueño, su vida es la memoria:  
Vida y memoria llegan los siglos a perder.

No ha mucho aquí se alzaron columnas a millares,  
De un pueblo imperatorio severo pantëón,  
Las ruinas se acabaron; y mieses, y olivares  
Robaron a los muertos su póstuma ilusión.

En choza convertido, donde el zagal se aloja,  
El antro de las fieras del ancho circo está.  
Itálica!... responden los versos de Rioja:  
De Itálica los ecos, nada responden ya.

Así de almas en ruinas, que florecieron antes  
Sólo recuerdos guarda la lúgubre mansión:  
Evocad ¡ay! su vida en páginas amantes,  
No en la caverna muda del seco corazón.

El sueño de Endimión  
Para un álbum (en La Coruña)

Reclinada la frente entre beleño  
Yace Endimión dormido en la montaña,  
Mientras del cielo que su oriente empaña,  
Leve Dïana desarruga el ceño.

Callada sigue su amoroso empeño,  
Rebozada en la luz que al joven baña:  
No era para un mortal dicha tamaña;  
Y él sigue hundido en su aplomado sueño.

También así, Señora, en el olvido,  
So la quiebra más honda del Parnaso  
El que mi númen fue, yace rendido.

Movéis de Oriente el rutilante paso,  
Y el triste sigue, a su pesar, dormido:  
¡Su helada inspiración toca al ocaso!

La sirena del norte

Un tiempo fue que la falaz Sirena  
Del mar de Mediodía  
Sobre las rocas de la costa helena  
Las naves en el piélagos sumía.

Que ya entonces el hado revelaba  
Al hombre sin ventura,  
Que también el placer la vida acaba;  
Que también es un monstruo la hermosura!

Ya el Egeo tan pérfidos cantares

No escucha, ni el Euxino.  
Cuando la muerte corre aquellos mares,  
Truena como el cañón de Navarino...

Más felices del Norte las regiones  
Aún tienen su cantora;  
Que no siempre de crudos aquilones  
Domina allí la furia bramadora.

De aquel mar la Sirena melodiosa  
Es nuncio de consuelo;  
Cuando ella canta, el pescador reposa,  
Huyen las nubes... se serena el cielo.

Vésela entonces parecer ligera  
Cual niebla de verano,  
O en los bosques vagar de la ribera,  
O surcando la espuma del Océano.

Luce a veces cual raudo meteoro,  
Sobre el oscuro monte;  
O allá, cayendo el sol, cual nube de oro,  
Asoma sobre el líquido horizonte.

Ora se asienta en el escollo alzado,  
Que el huracán azota;  
Ora sobre un bajel abandonado,  
A la merced de las tormentas flota.

Busca la vista alguna vez en vano  
Dó resuena su acento:  
Otras también la voz del Océano  
Su voz asorda, o se la lleva el viento.

Yo la vi un tiempo en mi natal ribera  
De la noche a deshora,  
Tender fulgente en la estrellada esfera  
Ráfaga hermosa de boreal aurora.

De allí sus alas cándida agitaba  
Cual cisne en su laguna,  
Y en el arpa de nácar que pulsaba,  
Vibrar me pareció rayo de luna.

Lejano empero a mi sentir huía  
Su remontado acento;  
Tal vez allá lograban su armonía

Los globos percibir del firmamento!...

Mas tendió al fin su pavonado manto  
La noche; y más vecino  
Fueme ya dado interpretar su canto,  
Y su concierto comprender divino.

Pasado había el áspero bramido  
De equinoccial tormenta;  
Era ya el tiempo en que el flotante nido  
Sobre las ondas el alción sustenta.

La atmósfera brillaba transparente,  
Melancólica y pura,  
Cual siempre brilla en la estación doliente  
En que su último adiós dice natura.

Chispas brotaba de argentada lumbre  
Fosfórica la playa,  
Y allá se veía en la enriscada cumbre  
La hoguera relucir de la atalaya.

Sobre la mar las barcas vagarosas  
Del pescador se mecen,  
Que ora cruzan cual sombras silenciosas,  
Ora con mil antorchas resplandecen.

Y el fruto de su afán de cuando en cuando  
Cual ufano guerrero,  
Sobre el marino caracol soplando,  
A las playas anuncia el marinero.

Al pie solloza de la vieja ermita  
El búho sus congojas:  
La ráfaga de otoño el bosque agita,  
Y arrancadas volar se oyen las hojas.

Entonces fue cuando elevó su acento  
La escondida Sirena:  
Yo no la vi; no revoló en el viento;  
No apareció en las ondas, ni en la arena!

Allí sonó do escombran la ribera  
Religiosas ruinas;  
Allí rústico templo un día fuera;  
Allí oró el pueblo fiel de las marinas.

Minó la mar sus frágiles cimientos  
Al altar de la aldea;  
Las ondas derribáronle y los vientos,  
Y cubrirále en breve la marca.

Allí se oyó en voz; allí el sonido  
De su arpa soberana;  
Dulce cual melancólico gemido,  
Solemne como el son de la campana.

Eran sólo infelices pescadores  
Los que su canto oían;  
Del puerto los tranquilos moradores  
Del primer sueño en la quietud yacían.

Y en tanto yo, cavé una cruz sentado,  
Absorto y vigilante,  
En vez oí de oráculo inspirado,  
Que así cantó sencilla al navegante:

«Incierto surcador del Océano,  
Que ante su yerma inmensidad perdido,  
Rumbo buscas al término lejano  
Del hemisferio antípoda escondido,  
    Sigue, sigue atrevido  
    Tu audaz seguro vuelo,  
Y allá en los altos mares te abalanza:  
Su inmensa soledad es tu esperanza...  
    Tu guía está en el cielo!

»Un tiempo fue que el mísero marino  
Senda en esos desiertos no tuviera,  
Y en la noche del mar fue su camino  
La cercana extensión de la ribera.

Indefensa y ligera  
Jamás la débil quilla  
De los rudos escollos se alejaba,  
Y el primer soplo de aquilón sembraba  
    De fragmentos la orilla.

«Mil Caribdis entonces abisimosas  
De monstruos y terror el mar sembraron,  
Y las columnas de Hércules famosas  
Las puertas del Océano cerraron.  
    En vano se lanzaron  
    Aquellos hombres fieros

A recorrer del orbe los caminos;  
Que la tierra, en sus ámbitos mezquinos...  
Los cerró prisioneros!

»La tradición guardó de los mortales  
Fama de un universo allá escondido,  
Y al recordarle el hombre en sus anales  
Tristemente escribió: ¡Mundo perdido!

Más breve: fue que henchido  
De ignorancia altanera,  
Llamar osó quiméricas visiones  
A las vastas incógnitas regiones  
Do llegar no pudiera.

»Y al fin brilló una noche de ventura  
En que, en la erguida popa reclinado,  
El nauta al fin interrogó a Natura  
Sobre el rumbo a los hombres ignorado.

No, no, clamó inspirado:  
Su inmensurable vía,  
No en tan estrechos límites se encierra,  
No brillará jamás desde la tierra  
El fanal de mi guía.

»De ese desierto inmenso los destinos  
Sólo otra eterna inmensidad iguala.  
De ese Ponto ignorado los caminos  
Sólo el celeste Océano señala.

Su bóveda es mi escala;  
Allí tiene mi vuelo  
Marcadas ya sus rutilantes huellas:  
Yo surcaré la esfera y las estrellas...  
Mi camino es el cielo!

«Mas ¡ay! que alguna vez negros crespones  
Ante su inmóvil faro se tendieron,

Y entre olas de aplomados nubarrones  
También los astros náufragos se hundieron.

¿Dó entonces se acogieron  
Las pavoridas nãos?  
¿Quién rasgó de natura el manto denso?  
¿Qué antorcha pudo iluminar lo inmenso  
De aquel profundo caos?

»¿Quién sino Dios, entre un oculto Cielo.

Mediador puede ser y el Océano?  
A descorrer su impenetrable velo,  
¿Cómo llegara de un mortal la mano?  
Preciso fue un arcano;  
Pudo en la tierra solo  
Un misterio recóndito, profundo,  
Marcar el cielo... y revelar al mundo  
La brújula y el polo.

»¿Do vas? ¿Do vas, huyendo la ribera?  
La ignorancia gritó.» ¿Por qué ese cielo,  
Por qué ese norte buscas, do te espera,  
La eterna noche y el eterno hielo?  
Y a su imbécil recelo  
Impávido el marino  
Mostrando alegre el polo refulgente,  
He allí, clamó, en la bóveda esplendente,  
Una estrella, un Destino...

»He allí brillar la inmóvil atalaya  
De donde vela Dios sobre mi suerte.  
Mientras luce, estrellándose en la playa,  
Siniestra espuma de naufragio y muerte.  
Sus!»- Y a su voz, más fuerte  
Que el piélagos iracundo,  
El ondulante pabellón alzóse,  
Y al fin... siervo el Océano postróse  
Ante el señor del mundo.

»Viéronle allá las tierras de Occidente,  
Y más allá le vieron nuevos mares...  
Y más allá volver por el Oriente  
Le vieron, con asombro, sus hogares  
De tormentas y azares  
Triunfador en su vuelo,  
Sin fanales, sin ruta, sin ribera,  
Do le plugo llegar, llegó do quiera.  
Guiado por el cielo...

»Deja, deja los riscos espumosos  
Marinero, a los fieros huracanes:  
Ni esas faros te guíen engañosos  
Incendios ¡ay! tal vez... tal vez volcanes  
La luz de tus afanes  
No alumbra en ese suelo;  
Allá la busca en mares sin orilla,  
Do encendida por Dios, eterna brilla

La inmóvil luz del cielo.

»Y tú, infeliz habitador del mundo,  
Que en procelosa vida navegante,  
También ignoras de ese mar profundo  
El misterioso término distante...»

Súbita en esto ráfaga del monte  
Sopló sobre los mares,  
Y arrebató perdido al horizonte  
El postrimero son de sus cantares.

No más oí de la gentil Sirena  
El concierto divino:  
Sino el tumbo del mar sobre la arena...  
Y el bronco son del caracol marino!

Al Acueducto de Segovia

Cuando sumido en tinieblas  
Sus párpados cierra el mundo,  
Y en paz los pueblos remedan  
La calma de los sepulcros;

Cuando en mi frente clavados  
No están ojos importunos,  
Y puede elevarse al cielo  
Sin apariencias de orgullo,

Cuando no sigue mis pasos  
Mirada necia del vulgo,  
Que acechar pretende en ellos  
Un fin a mí mismo oculto,

Cuando me es dado dar suelta  
Desde el seno en que los hundo,  
A los suspiros que ahogo,  
Con las lágrimas que enjugo.

Cuando turbias las estrellas  
Prestan su brillo confuso,  
Y por parecer más solos  
No da sombra cuerpo alguno.

O la luna en el ocaso  
Su disco menguado y mustio  
Esconde, y blanquea el cielo  
Un reflejo del crepúsculo.

Place a mi dolor entonces  
Abrigarse taciturno  
De la colosal arcada  
De ese gigante acueducto.

Pláceme inciertos los pasos  
Al pie de su inmenso muro  
Deslizar encapotado,  
Como fantástico bulto.

O allá a su extremo, sentado,  
Mirar sobre el fondo oscuro  
De una población dormida,  
Y se un horizonte turbio.

Como en las nubes descuellan  
En festonado dibujo,  
Ligeros los mismos arcos,  
Que sobre el suelo robustos,

Con veinte siglos de peso  
Quieren aplastar al mundo...  
Padrón de antiguas edades,  
De nuevas eras preludeo.

Entonces sobre su mole  
Y sobre su edad me subo,  
Y de la tierra elevado,  
Cual leve vapor nocturno,

De otros tiempos y otros hombres;  
Razas y pueblos descubro.  
Acalla entonces mi pecho  
Sus suspiros importunos,

O sorda el agua mugiendo  
Los confunde en su murmullo;  
Que el rumor que por las bóvedas,  
Hace el raudal en tumulto,

Sobresaliendo a compás  
En el silencio profundo,  
Parece el resuello eterno  
De un pueblo entero difunto,

De una raza de gigantes

Dormida en aquel sepulcro...  
Y cercado de tinieblas  
Como el monumento al gusto,

Alzando bronco mi acento  
sobre su acento confuso,  
Estrellando entre sur arcos  
Mi voz, creyendo en mi orgullo,

Que de su sueño de piedra  
La inmoble paz interrumpo,  
A solas con el coloco  
Le interrogo y le conjuro.

Obra gigante de gigante raza,  
Portento de la tierra y de los hombres,  
Que por más noble, inmemorial los nombres  
De tu artífice ignoras y tu edad.

Rúbrica colosal, que un pueblo eterno  
Estampó con su planta soberana,  
Arco del triunfo que en audacia insana:  
Sobre el Tiempo alcanzó la Humanidad.

Puros en vano en tu horadada cumbre  
Los raudales benéficos deslizas,  
Que en la antigua ciudad que inmortalizas,  
Vierten vida a torrentes, y frescor.

De ese raudal, los hombres al nombrarte,  
Cual si por él no fueras, se olvidaron,  
Y Puente un siglo y otro te llamaron,  
Puente no más!... tu pueblo admirador.

Que un puente fue la colosal empresa  
Del que asentó robusto tu cimiento:  
Puente, so el cual pasara turbulento  
De mil generaciones ancho el mar.

Puente sobre el abismo de los tiempos  
Por la mano del hombre suspendido,  
Que a un porvenir podrá desconocido  
Un pasado recóndito enlazar.

Viera la tierra ya los anchos ríos,  
Aún de inmenso diluvio rebramando,  
En cauce estrecho, a en pesar, entrando,  
Del hombre al yugo su torrente uncir.

Y a esos seres de un día, triunfadores  
Viera ya de las olas y los vientos,

Al Océano mismo en sus cimientos,  
Con cadenas de diques reprimir.

Ya el Eúfrates y el Tigris domeñados  
Sufrieran de Babel torres y puentes;  
So altas moles doblaban reverentes  
Tajo y Danubio la vencida sien,  
«Raudos empero más, un pueblo dijo,  
Y en ciego rodar devastadores,  
Del hombre mismo corren los furoros...  
Yo sobre ellos un puente haré también!

»Y sobre las oleadas de otros pueblos,  
Y sobre sur tormentos y avenidas,  
Probemos en cien arcos esculpidas  
Las huellas a estampar de nuestros pies.

»Y que pasen las razas venideras  
Bajo el trofeo que su frente abrumba,  
Sin dejar, ni las manchas de la espuma  
Que salpiquen en él dando al través.

»Y por diadema de su sien altiva  
Que perenne y fugaz orle su frente,  
Raudal fecundo que los siglos cuente,  
Cual péndola inmortal de ese reló.

»Y que al compás de su mudanza eterna  
Su duración robusta se acrisole.»  
-Dijo, y alzando tu soberbia mole...  
A un tiempo río y puente construyó.

Y tus gigantes arcos se extendieron,  
Y en su cima las aguas resbalaron,  
Y los siglos vinieron, y estrellaron  
En tus pilares su rugir feroz.

Y tú, en silencio, inmoble los miraste  
Bajo tus plantas humillar su orgullo:  
Pasar, y de tus aguas el murmullo  
Ahogar solemne su soberbia voz.

¿Quién sabe lo que viste de esa altura?  
¿Quién leerá los anales de tu historia?  
¿Quién pudiera a en frente la memoria  
De esa frente maciza trasladar?

¿Quién sabe si a los hijos del Oriente,  
Poblando estas incógnitas orillas,  
De Nínive y Babel las maravillas

Plugo en imagen noble reflejar?

¿Quién si de ilustre sociedad perdida  
Allá en la noche de los siglos densa,  
Tus grandes restos, y de ciencia inmensa,  
Y de un arte magnífico serán?

¿O si en bárbara edad animó el cielo,  
Con poderosa inspiración altiva,  
-El brazo de esa raza primitiva  
Que solo el nombre nos dejó de Hispan?

¿Quién nos dirá si el águila de Roma  
Humilló a tu grandeza su arrogancia?  
¿Si acaso, asoladoras de Numancia,  
Acampó sus legiones a tus pies?

¿O si Viriato y su indomable hueste  
Cayendo de los cerros carpentanos,  
En tu bóveda osó de sus tiranos  
Colgar en triunfo el arrancado arnés?

Si te hallaron ya en pie, ¿qué te dijeron  
De la ciudad eterna los señores?...  
Que envidiosos de ser tus fundadores,  
Cual hijo te adoptaban imperial.

Y dejaron dudando a las edades  
Si ellos sellaron con tu planta el suelo,  
O si fuiste más noble, alto modelo  
A su familia de obras colosal...

Y más tarde, de pueblos la marea,  
Que a renovar la humanidad esclava  
Al Austro el Norte vengador lanzaba,  
Desbordado en inmensa inundación.

Paró a tus pies, y el genio de sus triunfos  
Señaló a su furor otro camino,  
Porque, instrumento del furor divino,  
No leyó sobre ti su maldición.

En reflujo espantoso el Mediodía  
Revolvió sus falanges y escuadrones,  
Y viste desplegar sus pabellones  
A tu sombra a los hijos de Ismael.

Mas al probar su alfanje en tus pilares  
De la sed del desierto se acordaron,  
Y ese raudal benéfico adoraron,  
A quien sirves de altar y de dosel.

¡Cuántos después sangrientos y feroces,  
Cuántos pueblos cobardes o livianos;  
Cuántos gigantes... a tus pies, enanos,  
Estrelló imbécil una y otra edad!  
¡Cuánto acento y rumor, gritos e idiomas  
Asordaron la voz de tu murmullo!...  
¡Hoy sobre los sepulcros de su orgullo  
Sólo anima tu voz la soledad!...

Sola tu voz quedó de tantas voces!...  
Y sólo tú de tantos monumentos  
Que el humano furor, con sus cimientos,  
O el brazo del Eterno niveló.

Y al terremoto que aplastó los montes  
Sobre las huellas de Babel borradas,  
Sobre Tiro y Tadmur desamparadas,  
Tu pedestal sencillo no tembló.

Sopló la ira de Dios... y torres, muros,  
Plazas y circos, pórticos y altares,  
Alcázares, castillos y alminares  
Dobláronse, cual cañas, a un vaivén.

Ni defendió sus santos mausoleos  
La muerte misma en su recinto helado;  
Ni quiso Dios del surco del arado  
Libertar su santuario de Salén!

Pero a ti, sí!... que el agua de los cielos  
Viertes fecunda en la mansión del hombre;  
E igualas, sin curar de raza y nombre,  
Al rico y pobre en tu precioso don.

A ti plugo al Señor en su venganza  
Olvidar cual recóndito tesoro...  
Eterna Providencia, yo te adoro!...  
Tú eres, obra gigante, su padrón.

Tú estás ahí para ensalzar su nombre,  
Tú estás ahí para cantar su gloria,  
Tú estás ahí para vengar la historia,  
Y proclamar severa una verdad.

Tú ahí quedaste a revelar al mundo  
Lo que los hombres de otros tiempos eran,  
Y a confundir los hombres que quisieran  
Ostentar hoy su estéril vanidad.

Que decirles te es dado:-«Raza imbécil,

Gárrula eleva efímeros escombros,  
Nunca más que a la altura de tus hombros,  
Nunca más que a tu rápido vivir.

Y sin fe el corazón, sin cielo el alma,  
Tímido y bajo de tu mente el vuelo,

»Sólo a arrastrarte raudo por el suelo  
El humo de tu ciencia haces servir.  
Dó es nada el corazón, muerte se creä,  
Y polvo cuando es polvo el pensamiento:  
Quien elevó a las nubes mi portento,  
Su espíritu elevaba más allá.

Y era más que un mortal el ser gigante  
Que en el mundo tan grandes y tan bellas,  
Pudo estampar las portentosas huellas  
Que pie de otro mortal no borrarä.»

No, no las borrarä; podrá insultante  
A esos siglos llamar bárbaros, fieros;  
Y esos siglos, en pie, verán severos  
Más que tu agua su acento hüir veloz.

Y de lo alto verán de esos pilares  
Disiparse a sus pies su vano orgullo,  
Pasar, y de tur, aguas el murmullo  
Ahogar solemne su blasfema voz.

¡Ay!... pasaremos, sí; de nuestra nada,  
¿Qué podremos dejar a nuestros nietos?  
Escombros, cementerios, esqueletos,  
Padrón de esta sangrienta bacanal,

Dó en breve sobre un suelo de cenizas  
Podrá, vagando atónito el viajero,  
Romanas piedras encontrar primero  
Que el polvo de esta raza criminal.

Henos aquí del cielo maldecidos,  
Que a acelerar el triunfo de su saña  
Nos da el tiempo y la muerte su guadaña  
En vértigo infernal de destrucción.

Y ruinas, sangre y mortandad cruzando  
Al ebrio profanar de un sacro nombre,  
La ley del cielo y la razón del hombre  
Arrastramos a un mismo panteón.

Henos aquí! Posteridad tremenda,  
Tú te alzarás, y en tu robusta mano  
La fuerza imbecil de este siglo enano

En tu balanza pesarás fatal.

Con los gigantes que en jugar grandioso,  
Con piedras al descuido y sin cimiento  
Al agua a devorar dieron, y al viento  
Y a nosotros también, su obra inmortal.

Ellos fundaban en el aire ríos;  
Ellos colgaban de las nubes puentes  
Que eternos las hicieran sus torrentes  
Sobre los hombres pródigos verter.  
Y nosotros también montes alzamos...  
De ruinas y de piedras sepulcrales!  
Y sobre ellos después anchos raudales  
De sangre hacemos bárbaros correr...

Y en tanto tú, sagrado monumento  
Sordo a nuestros estúpidos clamores,  
Nuestra impotente rabia y sus furores  
Como agua de turbión oirás crujir.  
Y cuando el inundo ya no sepa el nombre,  
De este siglo decrepito e infecundo...  
Acaso puedas abrumar al mundo  
Con un nombre que aguarda el porvenir.

Díselo, sí; los pueblos venideros  
En ti lean el nombre soberano  
Del pueblo que te alzó, y en humo vano,  
El nombre nuestro esparzase veloz.  
Ríe, si hoy a tus pies brama cual trueno  
Entre montañas... su impotente orgullo  
Pasará, y de tus aguas el murmullo  
Ahogará al fin su tormentosa voz!

El quince de octubre  
Al general don Diego León,  
Primer conde de Belascoain  
Que pase el tiempo! cálida, humeante,  
Aún del lívido tronco palpitante,  
La noble sangre brota;  
Aún, no humillada en desigual pelea,  
Pabellón de venganza, al aire ondea  
Aquella lanza rota!

Aún le vemos cruzar bello y bizarro,  
Cuando eclipsaba su enlutado carro  
El esplendor de un sólio;  
Cuando erguía, en magnífica grandeza

Por recibir el lauro, su cabeza,  
De un fatal capitolio.

Aún miramos un pueblo consternado,  
En silenciosa execración postrado,  
Conjurando al Destino;  
Y en medio de sus llantos y oraciones,  
Señal de muerte dar cuatro sayones;  
Detrás... un asesino!

Aún hierve en ¡sangre el empapado suelo;  
Y alzan en tanto en derredor su vuelo  
Fatídicos vampiros.  
Mientras... ¡ay Dios! por cantos de alabanza  
Sólo nos quedan... gritos de venganza,  
Sollozos y suspiros!

Denso se esparce ante los turbios ojos  
Vapor sangriento, que levanta rojos  
Espectros maldecidos.  
Ni articula la trémula garganta  
La voz robusta que a los héroes canta  
Con dolientes quejidos.

Que pase el tiempo!... Que el crespón de duelo  
Nos muestre en breve iluminado el cielo  
En fúlgida diadema:  
Que al evocar al Héroe inmaculado,  
No alcemos en su túmulo sagrado  
Voz triste de anatema.

Que pase el tiempo!... y sin horror, ni llanto,  
Bajo el etéreo, esplendoroso manto  
Que le vistió la Gloria;  
Descubramos al sol del mundo entero  
La estatua santa del postrer guerrero,  
Que hoy alza nuestra historia.

Tal vez faltaba en la civil campaña  
El héroe digno a sustentar de España  
El timbre hidalgo y fiero:  
Faltaba al pie de un trono derrocado  
Un nombre... con la sangre rubricado  
De un mártir caballero!

Lucharan ¡ay! en pos de breves glorias  
En arenas de estériles victorias

Valientes los hispanos.  
Juguete, empero, de alevosa afrenta  
Los vio la Patria, al demandarles cuenta,  
Víctimas; no villanos.

Allá al morir al pie de su bandera,  
Ni aun engañada, la lealtad sincera  
Fue a los bravos abono.  
Que vencedores al mirarse un día,  
Por libertad hallaron tiranía,  
Y en orfandad el trono.

Los que, vivos, leales se contaron,  
Atónitos, proscriptos, reclamaron  
Su nombre y sus pendones.  
Los muertos, en su túmulo sin brillo...  
Acaso demandaban un caudillo  
En sus tristes mansiones!

Y fuiste tú, la prez de los leales...  
Fuiste, entre los valientes inmortales  
El mártir escogido!  
No te guardaba el cielo la victoria,  
Sino enlazar al nombre de tu gloria  
La causa del vencido!...

Que el mundo así te admire y te comprenda,  
Cuando en las aras de tu santa ofrenda  
Mártir te consagramos.  
Cuando del puro honor del pueblo ibero  
Última prez, y del valor guerrero  
Campeón te aclamamos.

Que seas tú, de nubes circundado,  
El Genio tutelar que a nuestro lado  
Nos asista serenos,  
Cuando suene en la lóbrega tormenta  
De este siglo de horror, la hora sangrienta  
De morir como buenos!...

Ya te vieron así!... genios fatales  
Para honrar tus sangrientos funerales,  
A otros héroes llamaron.  
Y a la muerte acudieron tus valientes;  
Y de tu sombra en sus radiosas frentes  
La aureola reflejaron.

Montes, Quiroga, Bória, Gobernado  
Galopando te vieron a su lado,  
En su postrer momento.  
Tu voz como en el campo conocían;  
Y por dicha, al morir, obedecían  
Tu respetado acento.

Allá en los días de la lucha fiera,  
Cerrar como León, mil veces fuera  
Acento de victoria.  
Ora en el trance de su triste duelo,  
Morir como León, sea consuelo,  
Y galardón de gloria...

Que pase el tiempo!... cálida, humeante.  
Limpiad, ¡ay! de su tronco palpitante  
Esa sangre que brota.  
Que siempre invicta, en la marcial pelea...  
Sagrado pabellón al aire sea  
Su noble lanza rota!

#### Último amor

Es bello, sí, en la aurora risueña de la vida  
El palpar primero de amante corazón;  
Bello sentir brotando del alma sorprendida  
La perfumada lágrima de la primer pasión.

Bello, como en mañana se ve de primavera,  
Blanco espino en los bosques florido aparecer;  
Tierno, cual joven madre siente la vez primera  
Nueva preciosa vida su seno estremecer...

Sí; ¡recuerdo dulcísimo, memoria encantadora  
Que desvanece efímera la sombra de otra edad!  
Cuando pasó el perfume, la brisa de esa aurora,  
Nada ¡ay! al alma deja la amarga realidad!...

Mas ¡ah! si en pos las nieblas de una estación más triste  
Tienden sobre la vida su cárdeno color.  
Y en prematuro otoño el corazón se viste  
Con las últimas flores del árbol de amor...

Ah! más tierna, más bella, más esplendente y pura  
La luz de ese crepúsculo se esfuerza a revivir;  
Con fuerzas más volcánicas el corazón apura!  
Las últimas delicias de amar y de sentir.

Cual aves fugitivas a su antigua enramada,,  
Las ilusiones tornan del juvenil ardor.  
¡Oh! ¡cómo encuentra entonces el alma fatigada  
De olvidados placeres, el último, el mayor!

Qual retirado albergue, cual templo solitario,  
Del mundo en los confines parece la beldad;  
Es más que nunca el ídolo que eterno en el sagrario  
El corazón eleva, de su honda soledad.

Que es solemne, sublime, un pecho lastimado  
Ver... que el mundo con lágrimas abrevó y con su hiel,  
De pasiones herido, de penas desgarrado,  
Batido de los vientos de la fortuna infiel.

Olvidando pesares, fortunas y pasiones,  
Y su inconstancia misma, de un ídolo a los pies;  
Y adormecerse en sueño de infantiles visiones  
En los brazos de un ángel... para morir después!

Así fue un tiempo, hermosa, que si ángel pareciste  
A mis ardientes ojos, de esperanza y de amor,  
Entre sombras de dudas, y de silencio triste,  
Dejé venir misántropo la noche de mi horror.

Mas hoy... jamás idólatra tanto subió, y sincero,  
Arrebatado el éxtasis de la primera edad.  
Cuando mi voz te dijo: -«Tú eres mi amor postrero»,  
No, no empañaron dudas la fe de mi verdad.

Verdad, verdad!... bien mío... tu angélica hermosura  
Tenga en mi último voto su triste galardón.  
Destino reservaba la suerte a tu ternura  
De entregarle aherrojado mi inquieto corazón.

Verdad!... que un día al menos de este vivir de duelo  
Que del mundo en los límites tú sola endulzarás,  
Descanse en la promesa con que me liga el cielo...  
Después de ti, ángel mío... yo no amaré jamás!

Santa como la tumba sea esta fe jurada,  
Santa como postrera, si triste, mi pasión,  
Y santos, recibéndolos tu imagen adorada,  
Los últimos suspiros que exhale el corazón;

Y eternos!... que a tus plantas ya no serán fugaces  
Los que del borde se alzan... tal vez de un atáud;

Eternos, ya que un tiempo, creyéndolos falaces,  
Los sofocó adorándote mi ardiente juventud.

Hoy ven, amada mía...Se el árbol postrimero  
A cuya sombra plácida me siente a reposar  
En cuyo aroma aspire fatigado viajero  
Perfumes que no tienen la rosa ni azahar.

Ven a tomar mi vida, mi frente fatigada,  
¡Ay! si oprime un seno, reclínala a tus pies;  
Mulle de tus caricias la postrimer almohada,  
En que repose el alma... para morir después!

Y una sonrisa tuya sea el purpúreo rayo  
Del sol que alumbre espléndido mis horas de vivir.  
Tu voz, la melodía que en mi final desmayo  
Preludie las que pueda sobre el Empíreo oír..

Y tu aliento balsámico la brisa que me orée,  
Y un beso de tu labio la regalada miel,  
Que al despedir al mundo mi labio parladée.  
Tras el amargo dejo de su copa de hiel.

A don José Zorrilla  
Poeta, ven y cantemos  
A una voz nuestros amores;  
En un arpa los lloremos;  
Que bien cobijarse vemos  
A un árbol dos ruiñeños.  
(Don José Zorrilla al autor.)

No, Poeta, no más en arpa triste  
Cante de amores lánguido un acento,  
Que a conmover la tierra recibiste,  
Y su eco a trasladar al firmamento.  
Quebranta el voto que a mi duelo hiciste;  
Dáale, cual yo, con nuestro amor al viento;  
Desdeña un árbol, y a tus trovas bellas  
La copa busca de un pensil de estrellas.

No Poeta, no más cantar amores,  
Leve flor de una aurora de la vida,  
Que ni del sol resiste a los ardores,  
Ni del cierzo a la ráfaga aterida.  
Brotó sobre este tronco de dolores;  
Y aunque fragante a veces y encendida,  
Al primer soplo del mundano aliento

Secas sus hojas desparrama el viento.

No ¡ay de mí! ruiseñor en los rosales,  
Ni entre los mirtos amoroso anido.  
Hijo del mar, sus rocas y arenales  
Me dieron su tristeza y su gemido.  
El cierzo y los contrarios vendavales  
Fue el céfiro en mi cítara mecido;  
Mi césped blando y mi musgoso lecho  
Verdosas algas y marino helecho.

Dejemos ¡ay! en su inocente sombra  
Los pájaros dormir, y en sus arrullos;  
Dejémoslos gozar sobre esa alfombra  
Entre aromas, y brisas y murmullos;  
Que esa senda que el cielo les escombra  
De musgo, y grama, y flores, y capullos,  
La cumbre no es dó al hombre peregrino  
Sobre el mundo a trepar, lanzó el Destino.

Y dejemos también esos volcanes  
Allá en las nubes disipar su hoguera,  
A esas almas batidas de huracanes,  
Dentro fuego voraz, témpanos fuera;  
Esa zona de horrores y de afanes  
Dó nunca claro el sol se reverbera,  
Sino a través de impuros nubarrones  
Que alzan negras, del alma las pasiones.

Y arrojemos por fin sobre la arena  
Ese laúd de estériles dolores,  
Dó, rotas ya las cuerdas, ronco suena  
Sordo el bordón no más, llanto y furores;  
Y en vez del arrastrar de esa cadena  
Levantemos la voz, libres cantores,  
Alta y robusta, que la escuche el suelo  
El mundo sin rubor, sin ira el cielo!...

Ese mundo... hele allí que se levanta  
Con su millón de bocas, de gemidos,  
Lanzando de blasfemias y alaridos

Un rugido feroz.

Hele allí con sus pompas y miserias,  
Sus guerras, sus cadalsos y sus leyes,  
Su libertad, sus pueblos y sus Reyes...

¿Quién oirá nuestra voz?...

Que ¡ay! no la edad vivimos venturosa.  
Que soberano del desierto el hombre,  
Con sus cantos poblaba y con un nombre  
Su virgen soledad.

O cuando a un pueblo ante un altar fue dado  
Con una sola inspiración y acento,  
Unísono elevar al firmamento  
El himno a su Deidad.

Ya no existen ni templos, ni desiertos;  
Naturaleza y religión pasaron;  
Sólo los hombres míseros quedaron,  
Su mundo y su razón;  
Pues contra el mundo y su razón tronemos,  
Aunque a sus ojos, de cosa edad pasada  
Podamos parecer desenterrada  
Tremenda aparición.

No importa, no, que en la Babel erguida  
Que hacina en mil volúmenes su ciencia,  
De lo alto nuestra voz su inteligencia  
Ostente desdeñar.

Así en la excelsa socavada roca  
Desdeña sorda el águila marina  
El gemir del alción, que vaticina  
Los furores del mar.

Mas no gemir; la Humanidad no muere!...  
Bajel que Dios construye, no naufraga;  
La noche cierra, y la tormenta amaga...  
Pero el Norte allí está!  
Un esfuerzo... una voz! y el marinero  
Podrá bogando saludar la aurora,  
Del que, en su afán desesperado, implora  
Un día... que vendrá!

Y reanime su luz al esqueleto  
De ese pueblo, hoy helado, en su camino;  
El ardor de esa fe brille divino,  
Que apaga duda infiel.  
Pueda Judá los esparcidos huesos  
Entre el polvo evocar de sus difuntos,  
Y alzarlos vivos del sepulcro, y juntos,  
Al soplo de Ezequiel.

Sí; muerta está en el campo, y corrompida  
La sociedad, de Dios abandonada;

Sobre el polvo cayó desesperada,  
Sin vida y sin calor.  
Su vida y su calor eran del cielo;  
Virtud y religión eran sus lazos;  
Y los osó romper... y hecha pedazos,  
Ved sus restos de horror.

Miradla ahí arrastrando entre ruinas,  
Fría serpiente que el Señor condena,  
U, hozando en los cadáveres, hiëna,  
Muerte y sangre pastar.  
Miradla ya, que en su postrer congoja  
De un templo sin techumbre hace su nido,  
O va a enroscarse al pedestal hundido  
Del apagado altar.

Templos, altares, tronos y ciudades  
En escombros los vándalos hundieron!...  
Y ¿dó está la mansión que construyeron  
Con su ariete infernal?  
¿Dó se levanta la ciudad atea?  
¿Dó está tu trono, pueblo soberano?  
¿A qué frente rodó, de tu tirano  
La diadema imperial?

Esclavo siempre, la cadena al cuello,  
Rompes el seno a la fecunda tierra,  
Sin que el tesoro que madrastra encierra  
Compense tu sufrir.  
¡Oh! esa tierra que cavas, no te dieron;  
El cielo en que creías... te robaron;  
Y las puertas del templo te cerraron  
En que orar y gemir!...

Hambre y sed tiene el hombre en el desierto;  
Corra un raudal por sur, arenas de oro,  
Y a su murmullo mezclará sonoro  
Su eco nuestro laüd.  
Y a nueva y santa prometida tierra  
De amor y paz y libertad le lleve,  
Dó ley de eterna religión renueve  
Su vida y juventud.

Verás entonces cuál bañada en lloro  
Su vista al cielo con fervor levanta,  
Y en pos su vista remontar su planta  
Al éter inmortal.

Verás si el trono que en la tierra en vano  
Reclamó altivo a sus antiguos dueños  
Trocar quisiera por los ricos sueños  
De ese trono idéal;

Verás cómo, las nieblas disipando  
Y el hielo de en noche, el pensamiento,  
Se abre a la luz del claro firmamento  
Sobre su ancha raíz.  
Y ansioso girasol, sigue los rayos  
De ese astro eterno que en su empírea cumbre  
A las terrenas plantas de su lumbre,  
Su perfume y matiz.

Y al fin verás la estúpida mirada  
Que en un sepulcro pretendió vacío  
Todo abarcar el porvenir sombrío  
De la honda eternidad,  
Ardiente alzarse y reflejar radiosa  
Ese sol de vivir, que en su occidente  
Opuesto el iris deja ver fulgente  
De la inmortalidad...

Mas si rico el tesoro de esperanzas  
Si aún de ese soplo que arrebató el viento...  
Guardar nos place al postrimer momento  
Y la vida con él!...  
En aromosa brisa de ventura  
Nos place detener el torbellino,  
Descuelga el arpa, trovador divino;  
Yo avivaré el pincel.  
Y sobre el negro fondo de dolores  
Que aún en infancia al hombre cubre ahora,  
Leve el trasluz de su cercana aurora  
El mortal pueda ver.

Pueda en su cuna de dolor postrada  
La triste Humanidad alzar la frente,  
Rayar mirando en el purpúreo oriente  
Dorado amanecer.  
Es el carro de Dios... amor le guía;  
Vuelve glorioso a redimir al mundo,  
El caos antiguo a disipar profundo  
De mal y esclavitud.  
Viene a ceñir su túnica a la Esposa,  
A orlar su sien de perlas y de flores,  
Con soplo ardiente a fecundar de amores

Su eterna juventud...

¡Oh!... Cantemos el himno a ese himeneo  
Repita el mundo su eco melodioso,  
Y en paz espere el porvenir glorioso  
Del terrenal Edén.

E infúndanos la fe de nuestras almas,  
Con tonos de tan mágica armonía,  
Que circunde una aureola de ese día  
Nuestra inspirada sien.

Y vendrá... vendrá el Tártaro y sus penas,  
Y la horrisona Gehenna de gemidos,  
Como a un conjuro a nuestra voz reunidos,  
Su grito a enmudecer.

Y en sus cavernas lóbregas el eco  
Repita en breve acorde a nuestro canto;  
«Mísera Humanidad, enjuga el llanto;  
Tu ley será el placer...»

Mas mi canto ¡ay de mí! que en mi esperanza:  
Vibrar ya oía en sonos halagüeños.  
Dichosa acelerando la mudanza,  
Que vio mi mente en días más risueños,  
Hoy, dulce amigo, a reflejar no alcanza  
El esplendor de mis brillantes sueños,  
Y en esfuerzo precoz desfallecido,  
Antes de oírse, pasará perdido.

También cubrió con su capuz mi frente  
La nube de dolor que envuelve al mundo  
Sopló también sobre mi fe valiente  
La duda de Satán su hálito inmundado:  
Nada quedó de mi entusiasmo ardiente,  
Mas que el recuerdo, por mi mal, profundo  
De esa visión de gloria y de poesía  
Que ¡ay!... me arrancó un suspiro de armonía

Mi voz se agotó ya!... tardo el aliento  
En murmullo apagado se evapora,  
Sopló una noche abrasador el viento,  
Y yermo el campo se encontró a la aurora!  
Radiará en vano puro el firmamento,  
Luz a torrentes dando brilladora:  
Que mudo y ciego el ruiseñor, sin nido...  
Lanzará en breve su final gemido!

Oh tú, que inagotables, de armonía  
Abrigas en tu pecho, manantiales,  
Que el mismo Dios, como las fuentes, cría.  
Y suelta al mundo atónito en raudales;  
Tú a quien en su concierto envidiaría  
El coro de los genios celestiales,  
Tu hosanna alzando de uno al otro polo,  
No conmigo ¡ay de mí! -canta tú solo.

Más que el mundo tal vez desencantado,  
Más que él sin fe, mi corazón se ahoga;  
Más que el siglo, del bien desesperado,  
Puerto no ve sobre la mar do boga;  
Y la tormenta de arrostrar cansado,  
Soltara acaso la amarrada soga,  
Si entre el rugir del huracán no oyera  
Ráfagas de tu voz cruzar la esfera...

¡Oh! más que al mundo, para mí, nacido,  
A mí ese eco salvador descienda.  
Él, acaso, en su caos confundido,  
No al noble esfuerzo de tu canto alienda;  
Para siempre en su error adormecido  
No despierte a su son, ni le comprenda,  
O en desacorde horrible a su armonía  
Llore a tus risas... y a tu llanto ría!

A mí aún me deja de esa edad que lloro,  
Un eco el corazón, que ya no es mío;  
Viejo instrumento que vibró sonoro  
Yace sin cuerdas sobre el polvo frío.  
Sólo aún repite de su alambre de oro  
Sordo unísono el tono en su vacío...  
Mas cuando Mayo con sus flores vuelva...  
Ya te oirá solo, ruiseñor, la selva!

Aquí empieza de El Belén  
El artículo oficial

La Majestad soberana  
Que en trono de eternidad,  
De los cielos y la tierra  
Rige el gobierno imperial,  
A mí, pecador, indigno  
De merced tan singular,  
Humildemente postrado  
Ante el místico sitial,  
Donde anunciaron al mundo

La buena Nueva de paz,  
Secretarios del Altísimo,  
Lucas, Marcos, Mateo, Juan,  
Y Pedro, el primado y jefe  
De poder y autoridad,  
Y Pablo, el doctor sublime  
De doctrina y de moral;  
Hoy, por último traslado  
De su excelsa voluntad,  
Me manda esta media noche  
Que os venga a comunicar:  
Que aquella Virgen Santísima,  
Prole bendita de Adán,  
Vástago de regia stirpe,  
Por David y por Judá;  
Esposa elevada al tálamo  
Del Paráclito inmortal,  
Que en el triángulo fulgura  
De la Santa Trinidad;  
Hija humilde de los hombres,  
Y Emperatriz celestial  
De los nueve coros de Ángeles  
Que al lado de Dios están...  
Cuya corona los cielos,  
Las estrellas su collar,  
Los rayos del sol su túnica,  
La luna su pedestal...  
Cabe un humilde pesebre  
(Sin más casa, ni otro hogar),  
-Dó consagrarán grandezas  
De la más pobre humildad,  
Suceso, que no bastaran  
Los cielos a presenciar,  
Ni menos el sólio espléndido  
De la mayor Majestad-,  
Ha parido hoy en Belén  
Un Infante celestial,  
Que ha de ser Rey de los reyes  
Por toda la eternidad.  
Que hoy ha dado a luz, al fin,  
Al Príncipe singular  
Que no tiene en este mundo  
Su reinado terrenal;  
Pero que al mundo descende,  
Moisés divino, a guiar  
Por el Sarah de la vida  
La pobre raza mortal

A la conquista de un cielo,  
Donde su ley fundará,  
En la herencia de su Padre,  
Reino que no ha de acabar...  
-Y sigue la Madre excelsa,  
Que un Dios parido nos ha,  
Después del parto glorioso,  
No sólo en salud cabal,  
Sino -¡oh prodigio inaudito  
Que nunca a ser volverá!  
En integridad incólume  
De pureza virginal.  
I

Por tanto, manda y previene  
La Suprema Autoridad,  
Que preside a los Consejos  
Del destino universal;  
Que en correspondiente pompa  
A tanta celebridad,  
Cielo y tierra solemnicen  
El nunca visto natal.  
Que hasta las humildes pajas  
Dó el recién nacido está,  
Vengan hincados de hinojos,  
Postrada al suelo su faz,  
Reyes, que desde el Oriente  
En adoración traerán  
Los perfumes de la Arabia,  
Los tesoros del Catái.  
Y que mientras que a mostrarles  
La profética ciudad,  
Las estrellas por el cielo  
Peregrinando vendrán,  
A las rústicas majadas  
Un Ángel baje a anunciar  
La nueva de que ha nacido  
El Pastor universal;  
A quien, más ricos que Reyes,  
Los zagales llevarán  
El incienso de su fe  
Y el oro de su humildad...  
-En tanto verán los cielos  
Coros de Ángeles cruzar,  
A cuyo vuelo divino  
Espantado Satanás,  
Del infierno en lo más hondo

Mande las puertas cerrar;  
Mientras que en el seno oscuro,  
De hinojos el viejo Adán,  
Circundado de los Padres,  
Oyendo, y llorando, está  
Cuál resuena entre las nubes  
El angélico cantar:  
«¡Gloria a Dios en las alturas,  
Y al hombre en la tierra, paz!»  
II

Manda al Ministro de Estado:  
Que para inmortalizar  
Hazaña de tanta gloria,  
Y de tanta heroicidad,  
Se prepare una Gran Cruz  
Que el Infante tomará,  
Que al Infierno ha de vencer,  
Y que al mundo ha de salvar:  
Cruz, que hincada en el Calvario  
A los cielos tocará  
Con dos brazos, que extendidos,  
De Oriente a Poniente van.  
Cruz, cuyo purpúreo esmalte  
La sangre de un Dios será,  
Que ha de fecundar a ríos  
La herencia estéril de Adán...  
Cruz, con guirnaldas de espinas,  
Y leyenda singular  
Con letras, que misteriosas,  
Todas las lenguas leerán.  
Cruz, que no ornará arrogante  
La soberbia mundanal,  
Con pretensiones efímeras  
De irrisoria potestad...  
Sino que cuando afrentosa,  
La deícida ciudad  
La haya clavado en el Gólgota  
Patíbulo criminal,  
En el punto cielo y tierra  
La vendrán a disputar,  
Por blasón de toda gloria,  
Y de toda santidad...  
Lábaro ardiente, en las nubes  
La verá Roma triunfar:  
Toda nación la tremole,  
Como su estandarte Real:

Por sus aspas los ejércitos  
Las águilas trocarán.  
Sea el florón que corone  
Toda diadema imperial,  
Toda cúpula de templo,  
Toda bóveda de altar.  
Sea el signo que atestigüe  
Toda dudosa verdad;  
Principio de toda empresa,  
Corona de todo afán,  
Ayuda en todo peligro,  
Conjuro de todo mal.  
Bendecirán con su signo  
Los sacerdotes de paz:  
Lleváranla por el mundo  
Como invicto talismán,  
Los guerreros en su espada  
Para morir y lidiar;  
Al pecho los caballeros,  
Y al hombro, con humildad,  
Todo aquel que labra un surco  
Con sudor y con afán.  
Ante su brillo los Ángeles  
Velen su espléndida faz:  
Sólo a su signo en los aires,  
Huya al infierno Satán...  
Y porque este nacimiento  
Borra la muerte, de hoy más  
En toda tumba cristiana  
Esta cruz se plantará.  
III

Por Gracia manda la gracia  
Con que la raza mortal  
Puede recobrar el cielo,  
De que desterrada está;  
Gracia de indulto de infierno  
Y redención general  
De la esclavitud antigua  
Del poder de Satanás...  
Gracia de eternos tesoros  
De perdón y de piedad,  
Dones y premios de gloria,  
Que merecer y lograr,  
Más ricos, e inagotables  
Por la humana actividad,  
Que los frutos y alimentos

Del sustento natural;  
Y más sin número y término  
En la inmensa variedad  
De las acciones e ideas  
Que al hombre es dado inventar,  
Que son inmensos y varios,  
En el mundo material,  
Los giros de las estrellas,  
Y las ondas de la mar.  
Por Justicia, ley tan justa  
Que es la suprema bondad,  
Y ley de sabiduría,  
Que es orden universal;  
Ley de amor desconocida,  
Desde que en torpe disfraz,  
A amor convirtió en flaqueza  
La seducción infernal...  
Ley de universal familia,  
Y ley de eterna hermandad,  
Do hermano de ser no deja  
Nuestro enemigo mortal.  
Ley, sagrado complemento,  
Acta santa adicional  
De aquella Carta divina,  
Que en los truenos del Siná  
Promulgó, quien cifrar pudo  
En diez preceptos no mas,  
Toda perfección del alma;  
Como ha podido pintar  
Con siete rayos de luz  
Toda belleza visual.  
Justicia, tan compensada  
De inapelable equidad,  
Que tiene el divino amor  
De intérprete y tribunal...  
Justicia, que tiene un cielo  
De tanta felicidad,  
Que el mismo Dios a nuestra alma  
Se da por siempre a gozar;  
Y justicia, en que hay infierno  
De tanta severidad,  
Que la cifra de sus penas  
Es el no poder amar...  
Y es el no poder morir,  
Y no tener que esperar!

Es, donde es amor justicia,  
Gobernación caridad:  
Caridad fecunda, inmensa,  
Inefable, universal,  
Nunca en la tierra nombrada,  
Nunca soñada quizá!...  
Al calor de cuyos rayos  
Cambiará el mundo moral,  
Cual cambia el temple del aire,  
Cuando el sol sale del mar.  
A cuyo influjo benéfico,  
Tendrá alivio todo mal,  
Toda tiranía, freno;  
Corrección, toda maldad.  
Llamárase todo imperio  
Autoridad paternal,  
Y lo que antes sumisión,  
Dirán los pueblos lealtad.  
Libre el albedrío, libre  
El pensamiento inmortal,  
La fuerza será opresión,  
Y no ley, ni autoridad.  
No más el hombre, del hombre  
Dueño y señor se dirá  
Ante Aquel, que crió hermanos  
Todos los hijos de Adán...  
Todo abuso de poder  
Traición al cielo será;  
Toda rebelión de fuerza,  
Suicidio de libertad.  
Será divino el trabajo,  
Más que noble; pues será  
Aula del Dios humanado  
El taller de un menestral.  
Habrá para todo enfermo  
Un lecho de caridad;  
Será santa la pobreza,  
Visita de Dios el mal;  
Veráse un día los Príncipes  
Los pies al pobre lavar,  
Partir con los apestados  
Su lecho y túnica, y pan...  
Y a una Reina de Castilla  
Ir con afán maternal  
Consuelos llevando y lágrimas,  
Y arrodillada rezar  
Ante el jergón de un enfermo

Que agoniza en un desván...  
Hasta la mansión del crimen  
Hasta el cadalso, serán  
Santificados en nombre  
De aquel Reo celestial,  
Que han de prender Mateo y Judas,  
Y ha de escarnecer Caifás.  
V

Al ministro de la Guerra  
Nada quisiera mandar  
Quien viene, manso Cordero,  
A morir por los demás.  
Sólo combatir nos manda  
Como enemigo mortal  
Nuestra propia carne, y nuestra  
Rebelada voluntad;  
Sólo al mundo, revestido  
De pompa vana y falaz;  
Sólo al alma, que se encubre  
Con la piel vieja de Adán.  
Paz los Ángeles cantaron  
Esta noche, y al dejar  
Jesús al mundo, en un ósculo  
«Mi Paz os dejo», dirá...  
Si empero, a Dios despreciando,  
Osare extranjero audaz  
La tumba de vuestros padres  
Con pie sacrílego hollar,  
Guardas de la eterna herencia  
De la progenie de Hispán,  
«Señor Dios de los ejércitos»  
Proclamad al Dios de paz,  
Y el Cordero de Belén  
Será el León de Judá...  
Vendrá al templo, de una cueva  
Vuestra causa a consagrar:  
Su estandarte un santo Apóstol  
Por los aires os traerá:  
Batallaréis en su nombre,  
De Gijón a Gibraltar.  
Desde Clavijo al Salado,  
De Caltañazor a Orán...  
Ante un rosario, en Lepanto  
Tragará a la luna el mar;  
San Lorenzo habrá un trofeo  
Más grande que el Escorial;

Y si rendido al cansancio  
De tantos siglos de afán,  
A la sombra de sus; templos  
Duerme el León nacional,  
Cuando el revuelo de un águila  
Turbe del sueño el solaz,  
Y con rugidos de espanto  
Le oiga el mundo despertar,  
Rebato de mil campanas  
Eco a su bramido harán...  
Cada cruz traerá un soldado,  
Cada claustro un General,  
Y una legión de valientes,  
Cada pendón parroquial.  
Habrá una Virgen del Carmen  
En Bailén, y en San Marcial,  
Y de las invictas águilas  
Todo el vuelo postrará  
Pobre hueste, guarecida  
Tras la Virgen de un Pilar.  
VI

Un Ave Maris Stella  
Leo en el sello Réal  
De la Marina, que manda  
La hermosa Estrella del Mar.  
A cuyo Oriente en las nubes  
Se ahuyenta todo huracán,  
Y que serena las olas  
Con su sonrisa de paz.  
Y de ella un pliego sellado,  
Cuyo noma al desgarrar,  
Con tres prodigios, de asombro  
Cielo y mar se postrarán-.  
Por el primero, en las olas,  
Da camino de verdad  
A los hijos de la Fe  
Con la antorcha del imán.  
Manda el otro, que en el coro  
De una oscura catedral,  
Josué cristiano, Copérnico  
Haga inmoble al sol parar,  
Y el giro de orbes y mares  
Claro revele al mortal.  
Y otro hay que a una Reina Hispana  
Manda en Plus Ultra cambiar  
El lema que en dos columnas

Escribió remota edad.  
Y porque hay perdido un mundo  
De esos mares más allá,  
Y con su mitad antípoda  
Fuerza es la tierra hermanar;  
Y que llegue dó el sol llega,  
La lumbre de la verdad;  
Manda que bajo la enseña  
Que en la Alhambra brilla ya,  
Almirante de la Fe,  
Valiente, humilde y leal  
Como ella, viendo en el cielo  
Lo que el mar calla tenaz,  
El marino de Isabel  
Vaya ese mundo a buscar;  
Y Cristóforo le nombra,  
Porque a Cristo llevará.

VII

La Hacienda tiene un Gran Libro  
De la Deuda universal,  
Escrito en dos anchas hojas  
De dos árboles, no más.  
En la del árbol del Edén,  
Bajo una poma falaz,  
Estampó «Deuda insolvente»  
Con sus lágrimas Adán.  
Y en la del leño del Gólgota  
Una sangrienta señal  
Entre una Cruz y un Cordero  
Rubrica: Pagada está!

Las arcas de su Tesoro  
No encierras caudales más  
Que una diminuta cédula  
Con esta promesa Real:  
«Inagotables riquezas  
En el cielo ha de encontrar  
Todo aquel que en nombre mío  
Su hacienda a los pobres da.»  
Y más abajo, con signos de la garra de Satán,  
Entre un azadón y un túmulo,  
Este registro infernal:  
«En el centro de la tierra  
El oro guardado está:  
A mi reino ha de acercarse  
Quien lo quisiere encontrar.»

VIII

A Instrucción, ciencia y doctrina  
Término no puede dar  
Quien es la palabra misma  
De la increada Verdad.  
A quien «Divino Maestro»  
Los que le oyeren, dirán;  
Y que en dos montañas dijo:  
-Al universo enseñad.-  
Por eso, cuando al empíreo  
Se remonta celestial,  
Los hombres no tienen lengua  
Para su doctrina ya;  
Y bajan lenguas del cielo  
Con que la puedan hablar...  
Por eso el saber -dó arcano  
Fue en la docta antigüedad  
Para un filósofo, el mundo;  
Para otro, la humanidad-;  
Para el mundo y para el hombre  
Es ciencia de Dios, de hoy más,  
Que en medio se ve del cielo,  
Como la tierra lo está.  
Las lumbreras de la Fe  
Giran por su inmensidad,  
Como esos miles de estrellas  
De rutilante brillar.  
Y porque tanto esplendor  
No ofusque al flaco mortal,  
Y tenga su mente inquieta  
Criterio, límite y paz,  
Luce una antorcha infalible  
Sobre una eterna ciudad,  
Como del cielo en la cúpula  
La inmóvil estrella polar.  
Por eso en los siglos lóbregos  
De la más bárbara edad  
Aprenden de un catecismo  
El púrpuro y el zagal  
Ciencia que ignoró Aristóteles,  
Ni soñó Platón jamás.  
Por eso tras mil portentos  
De ciencia, en que el cielo hará  
Que no sepa ningún hombre  
Más que Agustín y Tomás;  
Tras el cántico inaudito  
De aquel Poeta Titán,

Que no cabiendo en el mundo,  
Cielos e infiernos dirá;  
Tras las santas creaciones  
Del arte y la cristiandad,  
Dó afrenta del Partenón  
Será toda catedral...  
Tras el monstruo de armonía  
Que en sus bóvedas bramar  
Hará en conciertos de música  
Truenos de una tempestad:  
Tras de aquel extraordinario  
Prometeo monacal,  
Que ponga el rayo en las manos  
Del hombre débil y audaz;  
Pentecostés nuevo, al último  
Habrá un día singular,  
Que no bastando la pluma  
Ni el pincel original  
A la letra de la ciencia,  
Ni al color de la beldad,  
Mande la mente divina  
De Aquel que sabe engendrar  
De una bellota, una selva,  
Y de un átomo, un vivar,  
Que tome formas y gérmenes  
De generación vital,  
Cual las flores y los árboles,  
El pensamiento fugaz,  
Y den a pluma y pinceles  
Su múltiple eternidad,  
Gutenberg en una Biblia;  
Finigüerra, en una Paz.  
IX

De entonces, sólo quien llama,  
Por su nombre a cada cual,  
Las estrellas al salir,  
Y las aves al volar,  
Podrá revelar los genios  
Que el orbe renovarán  
Con el vuelo y esplendor  
De inspiración celestial;  
Podrá enumerar los mundos  
Que en creación idéal,  
Tabla, y lienzo han de fingir,  
Bronce y mármol imitar.  
De entonces rayará el día

Que los cielos abrirán  
Sus transparentes abismos  
A los ojos de un cristal.  
Y aquel, que fijando el curso  
Sobre el sometido mar,  
Trueque el hombre alas de viento  
Por las llamas de un volcán;  
O que, vivo metèoro,  
Le mire el mundo volar  
Sobre los carros de fuego  
De la leyenda oriental.  
Y el que por último, alcance  
La atónita humanidad,  
Que, cual da la mente al brazo,  
Su rapidez para obrar,  
Cual baja del sol al mundo  
Un rayo de claridad,  
Vuele, de un polo a otro polo,  
Y de un mar al otro mar,  
Sobre invisible centella,  
La palabra de un mortal...  
Que esa palabra fulmínea  
Palabra de un Dios será,  
Cuando la oración de un pueblo,  
Conduzca al pie de un altar;  
O si desciende bendita  
De un trono pontifical,  
Sobre el vagido primero  
Del Real vástago, rapaz,  
Que viene en nombre de Dios,  
Sobre un gran pueblo a reinar.  
Que esa lengua milagrosa  
Es revelación quizá  
Para los ojos más ciegos,  
De una palpable verdad;  
Que el más etéreo elemento  
De materia, el más fugaz,  
No es más que ciego vehículo  
Pasivo, inerte y fatal  
Del espontáneo motor  
Del querer y del pensar,  
Sirviendo sumiso y dócil  
Al pensamiento inmortal;  
Cual sirve el aire a su voz,  
Y la luz a su mirar.

X

Mas quien tiene un Ministerio  
De Instrucción tan singular,  
No dio al olvido el Fomento  
De la vida corporal.  
Y en la ocasión de las nuevas  
Que El Belén os viene a dar,  
Os anuncia que no en vano  
El progreso universal  
Estrechando las distancias  
De la humana sociedad,  
Haciendo de tantos pueblos  
Una familia no más,  
Todos los climas y zonas  
Abarca la cristiandad.  
Al alcance de su mano  
Hoy vuelve a tener Adán  
Todos los frutos que tuvo  
Por herencia original.  
Y aquel que ordenó a su pueblo,  
Su fuga de libertad  
En el convite simbólico  
Rápido conmemorar,  
Hoy, en novísimo anuncio  
De que cumplidas están  
Las sacrosantas promesas  
De Redención general,  
Manda, que en ledo alboroque  
De su fausta Navidad,  
Celebre todo cristiano,  
Dulce, alegre, fraternal,  
Pascua de nuevo convite  
De santa comunidad:  
Manda, que en bello contraste  
De su pobreza natal,  
No haya tristes, no haya pobres  
La noche en que a nacer va.  
Manda, que en dulce memoria  
De aquel licor virginal,  
Que, en pasión anticipada  
Humillando su Deidad,  
Probó con labios hambrientos  
Débil niño, en el portal,  
Vosotros probéis los néctares  
Por cuyo invento, piedad  
Alcanzo el viejo Noé  
Del diluvio universal.  
Y a tragos, leche de almendras

Y de las Navas bebáis,  
Y el turrón comáis simbólico,  
Y el morisco mazapán;  
La nata y miel que Isaías  
Al nacido Emmanuel da;  
Y el pavo que nos mandaron  
Los Indios del Rey Gaspar...  
Que cenéis... de Noche-Buena...  
-Jesús, os manda cenar-,  
Festín de su advenimiento  
Y de nuestra libertad...  
Que cenéis... hasta otra noche,  
En que Él también cenará...  
En que, sentado al banquete  
De su propio funeral,  
Dé el brindis de la salud  
De toda la humanidad...  
Relieves de cuya mesa  
Espléndido os dejará,  
Preparado de su mano  
Otro celeste manjar:  
Será su carne gloriosa,  
Será su sangre inmortal...  
Que es ambrosía de gloria,  
Y elixir de eternidad!...  
-Cenad, en tanto, de fiesta,  
De apetito y de solaz;  
Cenad pascua de recuerdo  
Del trabajo corporal,  
Y del dominio del hombre  
Sobre su suelo natal:  
Cenad el pobre viático  
De esta existencia fugaz,  
Con los frutos de la tierra,  
Y los peces de la mar!...  
Comed el pan amasado  
Con vuestro sudor y afán...  
Mañana, el Pan de los Ángeles  
En las gradas de un altar.  
Y así tendréislo entendido;  
Y que se cumpla, sin más,  
Por los dilatados ámbitos  
De toda la cristiandad.  
Y que también se disponga  
Su cumplimiento especial,  
En aquella egregia casa  
Que lustre a la Corte da,

Donde, de Dios bendecidas  
Y del amor conyugal,  
La Religión tiene un templo,  
La poesía un altar,  
La amistad un culto, y votos  
De eterna felicidad.

-Rubricado.-PASTOR DÍAZ.  
-Lugar del sello Real.

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

